LIBROS DEL K.O.

Gary Younge

UN DÍA MÁS EN LA MUERTE DE ESTADOS UNIDOS

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia



UN DÍA MÁS EN LA MUERTE DE ESTADOS UNIDOS

GARY YOUNGE

Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia



PRIMERA EDICIÓN: diciembre de 2019

Título original: *Another Day in the Death of America*

© Del texto: Gary Younge, 2016
© De la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2019

© De la presente edición: Libros del K.O., S.L.L., 2019
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid
ISBN: 978-84-17678-27-2
CÓDIGO IBIC: JKVJ, JFFJ, 1KBB
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Mario Jodra
MAPA: Bill Donohoe
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Alba Gómez Bernabé

Para Jaiden, Kenneth, Stanley, Pedro, Tyler, Edwin,
Samuel, Tyshon, Gary y Gustin
para lo que fuisteis
y lo que podíais haber sido

Ya sabes suficiente. Yo también. Lo que nos
falta no son conocimientos. Lo que nos falta
es el valor para comprender lo que sabemos
y extraer conclusiones.

Sven Lindqvist, *Exterminad a todos los salvajes*

INTRODUCCIÓN

El adjetivo más empleado por los meteorólogos el sábado 23 de noviembre de 2013 fue «traicionero». En realidad no había ninguna traición. El día fue tan desagradable como cabía esperar de la semana anterior al Día de Acción de Gracias. Un «brote nórdico» de nieve, lluvia y viento barrió los estados del desierto y las praderas del norte hacia el Medio Oeste. De madrugada, las carreteras mojadas y las ráfagas huracanadas en el nordeste de Texas hicieron que el autobús en el que viajaba Willie Nelson con su banda de música se estrellase contra el pilar de un puente no lejos de Sulphur Springs, un choque que ocasionó heridas a tres miembros del grupo y obligó a suspender la gira. Con avisos de posibles tornados en un corredor de 800 kilómetros hacia el norte y el este del Mississippi, el temporal causó la muerte a más de una docena de personas[1]. A medida que el frente de bajas presiones avanzaba hacia el Este, también lo hizo la amenaza contra el periodo más viajero del año, con el resultado de un caos tan previsible y conocido que ha servido de argumento a muchas películas típicas de esas fechas.

Las noticias ofrecían poca cosa para distraer a nadie de un temporal tan desagradable. Una encuesta mostraba que el presidente Barack Obama contaba con el índice de aprobación más bajo en varios años. Esa noche se anunció un acuerdo preliminar con Irán a propósito de su programa nuclear. El jefe de la minoría republicana en el Senado, John Cornyn, dijo que el acuerdo, firmado con seis aliados además de Irán, formaba parte de una conspiración para desviar la atención popular de la desafortunada puesta en marcha de la nueva web de Sanidad. «Es asombroso hasta dónde está dispuesta a llegar la Casa Blanca para desviar la atención de Obamacare», tuiteó[2]. Otra de las encuestas del día revelaba, de manera poco sorprendente, que dos tercios de los estadounidenses pensaban que el país se encaminaba en una dirección equivocada. Fox News era la cadena de noticias por cable más popular, *Los juegos del hambre: en llamas* era la película más taquillera y el partido de fútbol americano universitario entre Baylor y Oklahoma State fue el programa más visto en televisión.

Era un día más en Estados Unidos. Y, como corresponde a un sábado cualquiera en Estados Unidos, 10 niños y adolescentes murieron por disparos de arma de fuego. Como en el caso del tiempo, ninguno de ellos ocupó grandes titulares fuera de su entorno inmediato porque, como en el caso del tiempo, sus muertes no alteraron el orden normal de las cosas. Es decir, sus muertes tampoco fueron algo «traicionero», sino que entraban dentro de lo previsible para un sábado. En Estados Unidos, por término medio, cada día mueren siete niños y adolescentes por armas de fuego; para ser exactos, en 2013, fueron 6,75[3]. Las armas de fuego son la principal causa de muerte de los negros menores de 19 años y la segunda causa en todos los menores de esa edad, después de los accidentes de tráfico[4]. Cada muerte es una tragedia familiar que repercute en toda una comunidad, pero la suma total apenas merece que el país se encoja de hombros.

Los que mueren por disparos en un día cualquiera, en diferentes lugares y en circunstancias muy distintas, no forman la masa crítica ni tienen el peso dramático necesarios para llamar la atención de los medios de comunicación nacionales, como un tiroteo masivo en un cine o una iglesia. Esas muertes cotidianas no son noticia, sino un mero dato de mortalidad. Son una

interferencia suficientemente baja como para que el país pueda seguir su vida sin inquietarse: una confluencia de cultura, política y economía que garantiza que cada mañana se despierten varios menores que no llegarán a acostarse esa noche, mientras el resto del país duerme profundamente.

Esa es la certidumbre en la que se basa este libro. La propuesta es sencilla. Escoger un día, encontrar todos los casos posibles de jóvenes que murieron ese día por disparos y contar sus historias. Escogí un sábado porque, aunque el promedio diario es de 6,75 menores fallecidos, esa cifra se reparte de forma desigual. El fin de semana se da la mayor probabilidad de que un joven muera por disparos, cuando no hay clase y todos están de juerga. Por lo demás, la fecha —23 de noviembre— fue arbitraria. Se trataba precisamente de eso. Podría haber sido cualquier otro día (si hubiera buscado el máximo número de muertes, habría escogido un día de verano, porque los niños tienen más probabilidades de recibir disparos cuando hace sol y están en la calle).

Esa semana hubo otros días, antes y después, en los que murieron por disparos al menos siete niños y adolescentes. Pero no escogí esos días. Esta no es una selección de los casos más persuasivos, sino una narración de las muertes que se produjeron en un día concreto. Si hubiera escogido otro día, el libro habría sido distinto. El destino escogió a las víctimas; el momento da forma al relato.

Y así, en este día, como en casi todos los demás, las víctimas cayeron, en toda la gloria y la diversidad de Estados Unidos. En barrios bajos y barrios residenciales, en el norte, el sur, el oeste y el medio oeste, en aldeas rurales y grandes ciudades, negros, hispanos y blancos, por azar y a propósito, en casa de amigos y después de una pelea, por balas que alcanzaron el blanco y otras que se desviaron. La víctima más joven tenía 9 años; la mayor, 19.

Durante 18 meses traté de encontrar a cualquiera que hubiera conocido a estos chicos —padres, amigos, profesores, entrenadores, hermanos, tutores— y repasé sus páginas de Facebook y sus cuentas de Twitter. Si había documentos oficiales sobre sus muertes —informes policiales, autopsias, llamadas al 911[5]—, también los utilicé. Pero mi intención, más que discutir las circunstancias exactas de su muerte, era explorar de qué forma vivieron sus cortas vidas, los entornos en los que habitaron y lo que el contexto de su fallecimiento puede decirnos sobre la sociedad en general.

La cita de *The New York Times* de ese día era del congresista demócrata por California Adam B. Schiff, que se reunió durante 20 minutos con Faisal bin Ali Jaber. El cuñado y el sobrino de Jaber murieron abrasados por el ataque de un dron estadounidense en un área rural de Yemen mientras intentaban convencer a miembros de Al Qaeda de que abandonaran el terrorismo. Después del encuentro, Schiff dijo: «Verdaderamente, confiere un rostro humano al término "daño colateral"»[6]. Mi objetivo, aquí, es dar rostro humano —un rostro infantil— a los «daños colaterales» de la violencia provocada por las armas de fuego en Estados Unidos.

Yo no soy estadounidense. Nací y me crie en Gran Bretaña, hijo de inmigrantes de Barbados. Me trasladé a Estados Unidos en 2003, poco antes de la Guerra de Irak, con mi esposa norteamericana, como corresponsal para *The Guardian*. Empecé en Nueva York, me mudé a Chicago al cabo de ocho años y volví a Gran Bretaña en el verano de 2015, poco después de terminar este libro.

Para un extranjero, informar desde este vasto y asombroso país durante más de una década fue casi una tarea antropológica. Desde mi perspectiva, mi misión no consistía en juzgar a Estados Unidos —aunque, como columnista, también hubo mucho de eso—, sino tratar de comprenderlo. La búsqueda de respuestas fue esclarecedora, incluso cuando no las encontraba o no me

gustaban. Durante la mayor parte del tiempo, la distancia cultural de la que disfrutaba siendo británico me sirvió como un barniz que me otorgaba una mezcla de invencibilidad e invisibilidad. No me sentía participante, sino espectador.

Sin embargo, en algún punto del proceso, empecé a sentirme involucrado. En parte fue cuestión de tiempo. A medida que conocía mejor a la gente, más allá de los límites de la entrevista, empecé a sentir una conexión más íntima con los problemas. Cuando alguien cercano sufre dolores crónicos y no tiene seguro médico o no puede asistir al funeral de sus padres porque no tiene papeles, tu relación con problemas como la reforma sanitaria o la inmigración ya no es la misma. No porque cambien nuestras opiniones, sino porque saber y comprender algo no es lo mismo ni tiene tanta intensidad como vivirlo de cerca.

Ahora bien, mi vinculación también tuvo que ver, sobre todo, con mis circunstancias personales. El fin de semana de 2007 en el que Barack Obama anunció su candidatura a la presidencia, nació nuestro hijo. Seis años más tarde, tuvimos una hija. Yo conservé mi acento inglés, pero mi lenguaje está lleno de palabras norteamericanas en cosas relacionadas con los niños: «diapers» en vez de «nappies» para decir «pañal», «stroller» en vez de «push chair» para «cochecito», «pacifier» en vez de «dummy» para «chupete». Solo he sido padre en Estados Unidos, un papel para el que mi propia educación en Inglaterra no me sirvió como punto de referencia. Porque una de las cosas que más me costó comprender —uno de los aspectos de la cultura estadounidense que más cuesta comprender a casi todos los extranjeros— fue la cultura de las armas.

En este sentido, Estados Unidos es un caso excepcional. Los adolescentes estadounidenses tienen 17 veces más probabilidades de morir por disparos de arma de fuego que los de otros países ricos. En el Reino Unido harían falta más de dos meses para que se produjera el mismo número de muertes de menores por arma de fuego que en un solo día en Estados Unidos[7]. Y además, cuando comencé a escribir este libro, llevaba suficiente tiempo en el país como para saber que las cosas eran increíblemente peores para niños negros como los míos.

De modo que dejó de ser un dato estadístico para convertirse en parte de mi vida. Un atardecer de verano, cuando llevábamos un par de años viviendo en Chicago, nuestra hija estaba intranquila y mi mujer decidió dar un paseo hasta el supermercado del barrio con el cochecito para ver si, con el movimiento, se dormía. En el camino de regreso hubo disparos en la calle y tuvo que refugiarse en una peluquería. En nuestro último año, cuando por fin se derritió la nieve, aparecieron una pistola en el callejón detrás del parque y otra en el callejón detrás del colegio de mi hijo. Mis días de ser mero espectador habían terminado. Hasta entonces, estas cosas me habían parecido interesantes e inquietantes. Ahora se habían convertido en un asunto personal. Me estaba jugando la piel. Una piel negra, en una partida en la que las cartas estaban marcadas en su contra.

En la época en la que nos preparábamos para marcharnos, la situación pareció empeorar aún más. Los niños y adolescentes que figuran en este libro murieron cuatro meses después de que George Zimmerman fuera absuelto de haber matado a disparos a Trayvon Martin en Sanford, Florida (el caso por el que se acuñó la etiqueta #BlackLivesMatter), y nueve meses antes de que muriera Michael Brown en Ferguson, Missouri (que fue cuando la etiqueta tuvo su verdadero despegue). En otras palabras, sus muertes sucedieron durante un intenso periodo de concienciación, activismo y polarización en torno a las relaciones raciales. Las muertes de las que se ocupa este libro no encajan exactamente en el relato habitual de #BlackLivesMatter. Ninguna de las víctimas murió por disparos de las fuerzas del orden y, en los casos en los que se

conoce a los asesinos, eran de la misma raza que las víctimas. Los personajes de este libro no encajan en las fábulas ordinarias de blancos y negros, el Estado y los ciudadanos.

Pero eso no significa que la raza no sea importante. Porque, por la manera de informar (o no informar) sobre estas muertes, investigarlas (o no investigarlas) y comprenderlas (o no comprenderlas), está claro que, más allá de lo que para la sociedad estadounidense representen las vidas de los negros, en muchos casos, por no decir que casi siempre, sus muertes no importan mucho. De los siete niños y adolescentes que mueren en un día normal, una es niña, tres son negros, tres son blancos y uno es hispano. Y, cada cinco días, una de esas siete víctimas será un menor de otra raza (asiático, polinesio, nativo americano o nativo de Alaska)[8]. Pero, precisamente porque el día lo escogí al azar, no fue un día medio. De los 10 menores que fallecieron durante el periodo comprendido en este libro, todos eran varones, siete negros, dos hispanos y uno blanco.

No existe otro país occidental con una tasa de asesinatos equiparable a la de la comunidad negra en Estados Unidos; para encontrar cifras comparables, hay que fijarse en México, Brasil, Nigeria o Ruanda[9].

Este no es un libro sobre temas raciales, aunque un número desproporcionado de los que murieron aquel día eran negros y ciertos aspectos relacionados con la raza son inevitables. No es un libro que pretenda hacer una comparación desfavorable de Estados Unidos con respecto a Gran Bretaña, pese a estar escrito por un británico para quien la cultura de las armas es extraña. Y tampoco es un libro sobre el control de armas; es un libro escrito porque no existe ningún control de armas.

Es un libro sobre Estados Unidos y sus niños vistos desde un prisma particular y en un momento concreto. «Tanto cuando se utilizan en la guerra como para mantener la paz, las armas no son más que unas herramientas —escribió el difunto Chris Kyle, antiguo *seal* de la Marina, en *American Gun: A History of the U. S. In Ten Firearms*—. Y, como con cualquier herramienta, la forma de usarlas es un reflejo de la sociedad a la que pertenecen»[10].

Este libro es una fotografía de esa sociedad en la que las muertes son posibles como en ninguna otra, y que tiene una cultura política aparentemente incapaz de crear un mundo en el que sean evitables.

Durante un breve periodo Estados Unidos mostró un interés nacional considerable por el hecho de que hubiera tantos tiroteos que acaban con la muerte de personas de todas las edades.

Ocurrió después de la matanza en el pequeño pueblo de Newtown, en Connecticut. Un año escaso antes del día en el que se centra este libro, un hombre perturbado de 20 años, Adam Lanza, disparó a su madre y se dirigió a la Escuela Elemental de Sandy Hook, donde mató a 20 niños pequeños y a seis adultos del equipo escolar y después disparó contra sí mismo. Si bien los tiroteos de masas son una pequeña parte de la violencia por armas de fuego, son sucesos que alteran la imagen que Estados Unidos tiene de sí mismo y agitan su conciencia mucho más que el torrente diario de muertes aisladas.

«Las muertes individuales no tienen el mismo impacto ni la misma capacidad de galvanizar a la gente, porque los tiroteos de masas son espectáculos públicos —me explicó el periodista de *The New York Times*, Joe Nocera—. Generan un duelo comunitario. Por eso es lógico que Newtown fuera lo que despertó a la gente… Yo me sentí conmovido por Sandy Hook»[11].

La repercusión política de Sandy Hook no solo se debió a una cuestión de cifras. También a las edades de las víctimas (en su mayoría, alumnos de primaria, de seis y siete años), a la angustia de

saber cómo Lanza los fue matando uno a uno, cómo se refugiaron en los aseos y cómo sus maestros los escondieron en armarios. Estas informaciones obligaron a plantearse qué podría y debería hacerse para que algo así no ocurriera de nuevo. «Ver el asesinato de tantos niños inocentes ha transformado Estados Unidos —dijo el senador demócrata de Virginia Occidental Joe Manchin, que propuso una tímida ley de control de armas que ni siquiera llegó a votarse en el Senado—. Nunca habíamos visto una cosa así»[12].

Lo cierto es que cosas así suceden todos los días. Salvo que la mayoría de la gente no se entera. El 23 de noviembre de 2013 fue uno de esos días.

[1] Elisa Fieldstad, «Deadly storm system moves east, threatens holiday travel», NBC News, http://www.nbcnews.com/news/other/deadly-storm-systemmoves-east-threatens-holiday-travel-f2D11650166

[2] John Cornyn, Twitter, https://twitter.com/johncornyn/status/404448260468641792

[3] http://wonder.cdc.gov

[4] Children's Defense Fund, «Protect Children, Not Guns Overview», 2013, http://www.childrensdefense.org/library/data/state-data-repository/protect-children-not-guns-key-facts-2013.pdf

[5] El número del teléfono de emergencias en Estados Unidos. [N. de la T.].

[6] Adam B. Schiff, 23 November 2013, http://www.nytimes.com/2013/11/23/pageoneplus/

[7] Children's Defense Fund, «Protect Children, Not Guns Overview», pág. 33.

[8] http://wonder.cdc.gov/

[9] Nate Silver, «Black Americans Are Killed at 12 Times the Rate of People in Other Developed Countries», FiveThirtyEight, http://fivethirtyeight.com/datalab/black-americans-are-killed-at-12-times-the-rate-of-people-inother-developed-countries/

[10] Kyle, Chris y Doyle, William. *American Gun: A History of the U.S. in Ten Firearms.* Nueva York: HarperCollins, 2013, pág. 255.

[11] Entrevista telefónica con el autor.

[12] Amanda Terkel, «Joe Manchin Ready For Gun Control Action: "Everything Should Be On The Table"», *Huffington Post*, http://www.huffingtonpost.com/2012/12/17/joe-manchin-gun-control_n_2314782.html,

NOTA DEL AUTOR

Para ahorrarnos subterfugios y confusiones, un proyecto como este debe ser lo más transparente y definido posible. Con ese objetivo, quiero hacer explícitos tres parámetros esenciales en los que se basa el libro.

En primer lugar, aunque el marco temporal abarca 24 horas, no es un día del calendario propiamente dicho. Esta decisión me ha permitido más flexibilidad pero no más tiempo. En Estados Unidos, un día del calendario dura 29 horas, desde que comienza en la Costa Este hasta que termina en Hawái. Este libro cuenta las muertes por arma de fuego que se produjeron entre las 3:57, hora de la Costa Este, del 23 de noviembre de 2013, y las 3:30, hora de la Costa Este, del 24 de noviembre.

En segundo lugar, el libro cuenta las muertes por arma de fuego que ocurrieron dentro de ese periodo de 24 horas, que no es lo mismo que incluir a los que recibieron disparos ese día y murieron posteriormente. Jaiden Dixon recibió un disparo el viernes, 22 de noviembre, pero no fue declarado muerto hasta el sábado 23. Está en el libro porque falleció dentro del periodo abarcado. Quindell Lee, a quien su hermano de 13 años disparó en la cabeza el 23 de noviembre en Dallas mientras su padrastro «había salido 15 minutos»[13], no está en el libro porque no fue declarado muerto hasta el lunes 25.

Por último, el libro incluye a niños y adolescentes, que no es lo mismo que hablar de menores de edad. Algunos legalmente son adultos; más de la mitad tienen más de 16 años. La mediana de la edad está en 17,5; la edad media es 14,3. Se pueden matizar y retorcer los datos y las definiciones todo lo que se quiera. Pero, cuando has visto sus fotos, sus fanfarronadas en Facebook y las referencias a su bigote de pelusilla en los informes de las autopsias, los argumentos dan igual. No es tan complejo. Son niños.

Pero puede que lo más importante para usted, lector, sea saber que estas no necesariamente fueron las únicas muertes de jóvenes por armas aquel día. Son todas las muertes que he podido averiguar. Las encontré mediante búsquedas en internet y en medios digitales que siguen la pista de los tiroteos mortales cada día. No había otra forma de enterarse.

En Estados Unidos hay más de 3.000 condados, y cada uno de ellos recoge datos a su manera y sigue normas distintas para la difusión de información. En algunos, si un periodista pregunta, le cuentan si ha habido alguna muerte por arma de fuego esa semana; en otros, se niegan. Por su parte, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades tardan más de un año en hacer la suma nacional. Ese es el motivo de que un proyecto como este, cuyo objetivo es recopilar información sobre los casos con la mayor prontitud posible, tenga que depender sobre todo, por fuerza, de los medios de información locales. Y las muertes que aparecen aquí son aquellas sobre las que encontré noticias en esos medios.

Esta, a su vez, es la razón de que falte una categoría importante y delicada: los suicidios. Por término medio, dos de las siete muertes por arma de fuego que ocurren en Estados Unidos cada día implican a jóvenes que se han quitado la vida[14] (en su inmensa mayoría varones, blancos, nativos americanos o nativos de Alaska). Salvo cuando estas tragedias son representativas de un

problema más amplio —acoso en las redes, presiones académicas o un tiroteo de masas—, en general, no se habla de ellas. Por lo visto, a nadie le interesa que los suicidios, en ninguna franja de edad, sean del dominio público. Para la familia, el dolor se agrava por el estigma. Los medios consideran que indagar es una intromisión excesiva y que carece por completo de atractivo. Los profesionales de la salud mental temen que dar a conocer un caso anime a otras personas vulnerables a imitarlo. «En televisión no les gusta hablar del suicidio porque es malo para la publicidad —me dijo un representante de C.A.R.E.S. Prevention, una organización para la prevención de suicidios con sede en Florida—. Son informaciones demasiado deprimentes». En resumen, el 23 de noviembre de 2013, casi con seguridad, murieron más niños y adolescentes por disparos de arma de fuego. Estos no son más que los que conocemos.



Lugares y horas de las muertes

1 Grove City, Ohio, 22 de noviembre, 7:36, hora de la Costa Este

2 Indianápolis, Indiana, 23 de noviembre, 3:13, hora de la Costa Este

3 Charlotte, Carolina del Norte, 23 de noviembre, 4:17, hora de la Costa Este

4 San José, California, 23 de noviembre, 16:22, hora del Pacífico

5 Marlette, Michigan, 23 de noviembre, 20:19, hora de la Costa Este

6 Houston, Texas, 23 de noviembre, 19:15, hora de la Zona Central

7 Dallas, Texas, 23 de noviembre, aproximadamente 23:00, hora de la Zona Central

8 Chicago, Illinois, 23 de noviembre, 23:05, hora de la Zona Central

9 Newark, Nueva Jersey, 24 de noviembre, 1:00, hora de la Costa Este

10 Goldsboro, Carolina del Norte, 24 de noviembre, 3:30, hora de la Costa Este

NOTA ACLARATORIA

Salvo mención en sentido contrario, las citas de los familiares, amigos y conocidos de los protagonistas, y de quienes tuvieron relación profesional con las circunstancias de sus muertes, están tomadas de entrevistas personales con el autor.

Las transcripciones literales de conversaciones con los servicios de emergencia y los operadores del 911 las he obtenido de las autoridades competentes o pertenecen al dominio público.

No se proporcionan las identidades de las personas particulares en las redes sociales, salvo si se han utilizado en homenajes o campañas públicas.

Aunque se han hecho todos los intentos posibles para identificar y reconocer las fuentes de las citas, el autor y los editores piden disculpas por cualquier olvido involuntario que haya podido haber y estarán encantados de incluir esos reconocimientos en futuras ediciones.

[13] «Child Shot by Teenage Brother Dies», CBS Dallas-Fort Worth, 25 de noviembre 2015, http://dfw.cbslocal.com/2013/11/25/child-shot-by-teenagebrother-dies/

[14] «Key Gun Violence Statistics», Brady Campaign to Prevent Gun Violence, http://www.bradycampaign.org/key-gun-violence-statistics

1
JAIDEN DIXON
(9 AÑOS)
Grove City, Ohio
22 de noviembre, 7:36, hora de la Costa Este

En casa de Nicole Fitzpatrick, las mañanas de colegio seguían una rutina previsible. En cuanto sus tres hijos —Jarid Fitzpatrick, de 17 años, Jordin Brown, de 16, y Jaiden Dixon, de 9— la oían acercarse, se tapaban las cabezas con la manta porque sabían lo que venía a continuación: la luz encendida. Los dos mayores se resignaban ante lo inevitable y se levantaban. Pero Jaiden, que dormía en una litera en la misma habitación que Jarid, intentaba prolongar su sueño todo lo posible. Mientras se frotaba los ojos, se dirigía a la habitación de su madre, donde tenía su ropa, y se subía a la cama de ella. Luego llegaban los mimos para engatusarlo. «Le hacía cosquillas para intentar que se levantara —dice Nicole—. Bromeaba con él. Le tiraba del tobillo para que se vistiera». Tenían un trato. Si conseguía vestirse —«del todo: calcetines, zapatos, camisa, todo»—, luego podía hacer lo que quisiera. «Podía jugar en el ordenador, jugar a Minecraft, ver *Duck Dynasty* o terminar lo que estuviese viendo la noche anterior —explica—. Si estaba listo para salir por la puerta, podía hacer lo que quisiera en ese rato».

Era viernes, 22 de noviembre de 2013, el quincuagésimo aniversario del asesinato de John F. Kennedy. Los periódicos de la mañana estaban llenos de nostalgia por la inocencia perdida del país. Quizá la habrían encontrado en la calle de Nicole en Grove City, una ciudad dormitorio tranquila y aburrida a las afueras de Columbus, que había sido elegida «mejor ciudad residencial» del centro de Ohio ese año. Esa tranquilidad era precisamente lo que hacía que la gente quisiera quedarse. Nicole había ido al colegio con los padres de los niños que iban al colegio con sus hijos. Amy Baker, cuyo hijo Quentin era amigo de Jaiden, era una de las amigas del colegio de Nicole, y sigue siéndolo. Baker fue la tercera generación de su familia que asistió al instituto de Grove City; su hija es la cuarta. Cuando Nicole y Amy eran niñas, Grove City tenía fama de ser un pueblo lleno de campesinos y paletos. La llamaban, algunos con ánimo de burlarse y otros con cariño, «Grovetucky», porque era una ciudad del Medio Oeste que tenía más que ver con las costumbres rurales de Kentucky que con el hecho de estar a las afueras de la ciudad más grande de Ohio. En aquella época el límite de la ciudad estaba marcado por un White Castle[15], lo cual resultaba muy apropiado. No había cine. El sitio en el que quedaban los jóvenes era el aparcamiento de Taco Bell. «Para comprar unos zapatos decentes había que salir de Grove City —dice Baker—. Lo único que había aquí era un Kmart»[16].

Desde que Nicole era niña, la población ha crecido a más del doble, y hoy son 38.500 habitantes[17]. Nicole y Amy recuerdan gran parte de su desarrollo, incluida la extensa zona comercial en la que quedé a cenar con Nicole una noche. No tiene más que 39 años, pero muchas veces habla como si fuera alguien bastante mayor. «Aquí no había nada —le decía a Jordin

cuando quería, en vano, explicarle lo limitado que era el mundo en el que había crecido—. Era todo tierras de cultivo. Maíz. Cultivos. Soja». Nicole, Jarid, Jordin y Jaiden vivían en Independence Way, una bocacalle de Independence Street y paralela a Independence Court, tres calles en forma de termómetro —calles sin salida que terminaban en forma de bombilla—, sin vallas de madera pero con una canasta casi en cada jardín y una bandera ondeante en muchos porches. Junto a una casa hay una señal de tráfico amarilla que advierte: «Despacio, niños jugando». Por la mañana está todo tan tranquilo que se oye cómo los carillones se mueven por el aire.

Llevaban allí tres años, y Nicole acababa de firmar un contrato de alquiler por otros dos. «Conocía a los vecinos de al lado, a los del otro extremo de la calle. Todo el mundo conocía a todo el mundo. No había delincuencia. No me preocupaba que Jaiden jugara en la calle. La única norma era que siempre estuviera en algún lugar visible desde nuestro jardín delantero. Nunca tuve que preocuparme en este aspecto». Esa mañana, Jaiden se preparó con tiempo suficiente para hacer el payaso. Cuando Nicole le tiró sus calcetines, él se los devolvió diciendo que quería presentarse a las pruebas para ser lanzador en su equipo de béisbol de la liga infantil. Estaba jugando con la Xbox y Nicole estaba preparándole la mochila cuando, poco después de las 7:30, sonó el timbre de la puerta. No era habitual, pero tampoco era nada extraordinario. Al final de la calle vivía una mujer con la que Nicole había ido al instituto. De vez en cuando, una de sus dos hijas adolescentes, Jasmin y Hunter, se asomaba para pedir café o azúcar o que las llevaran al colegio. Normalmente escribían antes un mensaje a Jarid o Jordin. Pero a veces aparecían sin más.

De modo que, cuando sonó el timbre, Nicole pidió que alguien abriera la puerta y Jaiden se levantó de un salto. Abrió con cautela, escondiéndose, como para dar un salto y gritar «Bu» cuando viera el rostro de Jasmin o Hunter. Pero no entró nadie. Al no entrar ningún visitante, el tiempo quedó en suspenso. Nicole asomó la cabeza para descubrir qué había detrás de aquel silencio, pero no vio nada. Miró a Jarid, que se encogió de hombros. Jordin estaba en el piso de arriba vistiéndose. Despacio, con precaución y curiosidad, Jaiden salió de detrás de la puerta para ver quién era. Entonces fue cuando Nicole oyó el «pop». Lo primero que pensó fue: «¿Por qué las niñas han pinchado un globo en la puerta? ¿Qué quieren, matarme de un susto?».

Pero entonces vio que a Jaiden se le iba la cabeza hacia atrás, una, dos veces, antes de caer al suelo. «Hubo un silencio total. Jarid estaba de pie en el salón, y fue como si todo se hubiera detenido. Recuerdo mirar a Jarid fijamente». En ese momento, pese a no haber visto ni la pistola ni al que la había disparado, supo lo que había sucedido. Era Danny. «No me hizo falta verle. Supe que era él». Jarid tampoco vio su rostro ni la pistola. Pero sí vio una sudadera con capucha que salía corriendo hacia el coche. También él supo inmediatamente quién era.

Danny Thornton era el padre de Jarid. Nicole le había conocido años antes en Sears, donde hacía llaves. Ella tenía 19 años; él, 28. «En realidad, nunca estuvimos juntos —dice—. Fue una relación intermitente. Y ha sido siempre así».

A Amy Sanders, la mejor amiga de Nicole, nunca le gustó Danny. Cuando le conoció, Jarid no tenía más que tres años. Danny sabía que ella era la mejor amiga de Nicole y, aun así, intentó ligar con ella. «Era malo y asqueroso», dice Amy.

Nicole no le veía desde julio. Danny la había encontrado hacía más de un año, en enero de 2012, y fue a pedirle ayuda. «No tenía dónde dormir —recuerda Nicole—. Iban a echarle de su casa, y decidimos dejarle que viviera con nosotros con intención de ayudarnos mutuamente. Él podría pasar tiempo con Jarid y mantenerlo controlado, y yo podría ayudarle a encontrar trabajo

y enderezar su vida para que nos diera algo de dinero». Le dio la habitación de Jarid, y los tres chicos compartieron el otro cuarto. Le ayudó a redactar su currículum y lo envió a empresas en las que podía haber trabajo para él. Danny encontró un puesto que le duró un mes, hasta que le despidieron. No volvió a encontrar ninguno más.

Mientras vivía con la familia, conoció a Jaiden. Se lo llevaba a jugar a los bolos. Una vez le dijo a Nicole que Jaiden le caía bien porque le hacía reír. Incluso afirmó que le caía mejor que su propio hijo, Jarid. La convivencia no salió bien. No había mucho dinero ni espacio, y, sin empleo, Danny tenía poco que ofrecer. Nicole necesitaba la habitación, e intentó hacérselo saber con amabilidad. Pero, se lo dijera como se lo dijera, lo cierto era que estaba echándole de casa. Danny se enfureció, y no sabía manejar bien su ira. Según los archivos judiciales, sus antecedentes se remontaban a 18 años atrás e incluían agresión criminal, violencia de género, amenazas graves, disturbios, agresiones, intento de posesión de drogas, posesión de armas sin autorización y posesión de armas ocultas. Además era boxeador semiprofesional, en la categoría de los pesos súper medios, con 1,78 metros de estatura y alrededor de 72 kilos, y tenía aptitud para los ataques zurdos: con la mano y el pie derechos adelantados, para comenzar con un derechazo, seguir con un cruzado izquierdo y luego gancho de derechas. Había llegado a pelear en Canadá y Florida, con resultados respetables: 15 victorias, 11 de ellas por K.O., y 15 derrotas, 14 de ellas por K.O.[18].

«Estaba furioso —dice Nicole—. Se llevó todas sus cosas. No sé a dónde. No me importaba».

Lo que no supo hasta tiempo después fue que, mientras estaba haciendo las maletas, le dijo a Jarid: «No me cuesta nada dejarte huérfano. No voy a estar viviendo en mi coche a los 47 años. No me cuesta nada matar a tu madre y a tus hermanos». Cuando hubiera acabado con sus vidas, aseguró a su hijo, se enfrentaría a la policía para morir en el tiroteo.

Aunque nunca amenazó a Nicole directamente con matar a su familia, sí le había hablado de su deseo de disparar a otras personas. «Habíamos discutido sobre ello. Tenía hijos gemelos. No sé ni qué edad tienen. Estaba furioso con la madre porque había presentado una demanda para que le pagara la manutención de los niños. Ya tenía otras dos órdenes judiciales de manutención, y todo ello sin tener un empleo, y con un par de antecedentes delictivos, así que no era fácil que le dieran trabajo. Me dijo que, si supiera donde vivía ella, iría a su casa para matarla y matar a los bebés. Recuerdo que dije: “No dispares contra los bebés. ¿Por qué vas a disparar contra ellos? No te han hecho nada”. Y él respondió: “No. No me quieren. Y yo no quiero nada que no me quiera a mí”».

En una ocasión había estado a punto de disparar contra otra antigua pareja, Vicky Vertin. Le contó a Nicole que se dirigía a matar a Vicky, su hija y su familia cuando recibió una llamada de un amigo con el que no hablaba desde hacía años. «Le pareció una señal de que no debía hacerlo ese día».

«Tenía una lista —dice Amy Sanders—. Una lista física, de verdad, de personas a las que quería matar… Cada vez que se veía con Nicole hablaba de la lista. Nicole le tenía miedo. Siempre pensó que, si le trataba bien, no entraría a formar parte de la lista. Pero, por desgracia, era la primera».

Jarid vivía al margen de casi todo esto. «Nunca decían nada malo de Danny delante de nosotros —dice Kayaan Sanders, el hijo de Amy, que creció con Jarid—. Nunca vi a Danny enfadado ni agresivo delante de nosotros. Siempre era el padre guay, el divertido, el que a veces decía cosas inapropiadas que nos hacían reír. Jarid nunca dijo nada malo de su padre delante de mí». De modo que, cuando Danny habló de dejarle huérfano, Jarid pensaba que estaba desahogándose,

nada más. No se lo contó a su madre hasta septiembre. Durante gran parte de su vida, Danny no había estado presente y Jarid no sabía de lo que era capaz. «Cuando Jarid me lo contó [lo que había dicho Danny], me quedé de piedra —dice Nicole—. Respondí: "Jarid, me va a matar. Me va a matar". Y Jarid me aseguró: "No, mamá. Solo se está desahogando". Me quedé petrificada. Petrificada. Les dije a mis amigos que, si me pasaba algo, buscaran a Danny y se asegurasen de que mis hijos estuvieran atendidos. Estaba preparada para que fuera yo». Pero pasó el tiempo. No supieron nada de él, y Nicole empezó a preguntarse si Jarid tendría razón. Quizá estaba desahogándose.

Entonces caducó el contrato del móvil de Danny, que estaba incluido dentro del de Nicole. Ella había seguido pagándoselo incluso después de que se fuera para mantenerle tranquilo. Pero se acercaban las Navidades, y ya no podía seguir permitiéndoselo. Vaciló, pensando en lo que le había contado Jarid y con miedo a la reacción de Danny. El 20 de noviembre, le envió un mensaje para decirle que su contrato caducaba el lunes 25. «No puedo seguir pagándolo —escribió—. Pero el teléfono es tuyo. Llévatelo y traspásalo a cualquier otra compañía». Dejó el mensaje sin enviar durante un rato. «Sabía de lo que era capaz —dice—. Pero tenía que pensar en mis hijos y en mí misma». Lo envió. Él respondió sin esperar ni una hora: «¿Por qué coño has tardado tanto?».

Nicole le reenvió el mensaje a Amy Sanders. «Te juro que un día me va a matar —escribió—. De aquí a dos años, cuando nadie sospeche de él, sé que me matará».

«Hablábamos en serio —dice Amy—. Pero, al mismo tiempo, seguía siendo una especie de broma. ¿Quién puede hacerse cargo de una realidad como esa hasta que de verdad sucede? No es real hasta que sucede».

Y sucedió. Dos días después de los mensajes, ese fue el hombre que huía de Independence Way en un Toyota azul, después de dejar a Jaiden con una bala en el cráneo y a su hijo biológico tratando desesperadamente de reanimar a su hermano. «Me esfuerzo en intentar comprender —dice Nicole—. ¿Disparó al primero que abrió la puerta, fuera quien fuera, o Jaiden era su objetivo? Porque, la verdad, podría haber entrado y habernos disparado a mí, a Jarid, a Jordin. Estábamos indefensos. Abrimos la puerta y le dejamos entrar. Nada le impedía habernos matado a todos».

Danny dejó un agujero gris y circular en la sien de Jaiden y provocó el caos. Jarid salió corriendo de la casa, gritando y llorando, a pedir a un vecino, Brad Allmon, que llamara al 911. «Acaba de disparar a mi hermano en la cara. Ha disparado a mi hermano en la cara», le dijo a Allmon[19]. Cuando consiguió contactar con los servicios de emergencia, le costó que la telefonista le entendiera en medio de todo el lío.

—Señor, por favor, tranquilícese para que pueda entender lo que dice —se escucha a la operadora—. Tenemos que enterarnos de lo que está pasando.

—Mi padre acaba de disparar a mi hermano pequeño —dice Jarid.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —la operadora, que intenta aclarar lo que ha sucedido en la casa por encima del tumulto, dice:— Tranquilícese, señor. Por favor, dígame qué ha pasado.

—No lo sé. No lo sé.

—¿Quién ha disparado?

—Danny Thornton. D-A-N-N-Y-T-H-O-R-N-T-O-N.

Jarid alterna los intentos de comunicarse con la operadora con los de reanimar a Jaiden. La desesperación y los tacos se mezclan con un lenguaje educado —«señor», «señora», «joder»,

«por favor, Dios»—, en una conversación entre una funcionaria y un adolescente histérico cuyo hermano pequeño está muriendo en sus brazos.

—Venga, Jaiden. Venga, cariño. Venga, Jaiden. Vamos, vamos.

—¿Dónde está usted ahora?

—Dios mío. Voy a matarle. Voy a matar a ese cabrón. Voy a matar a ese cabrón.

—Señor, así no va a ayudar a su hermano.

—Ha dicho que quiere que lo mate la policía.

—¿Dónde está?

—Dios mío, por favor, vengan, vengan rápido.

—¿Sabe dónde está?

—Por favor, aguanta, no me dejes. Por favor, por favor.

—Necesito que me diga dónde está el individuo que tiene la pistola. ¿Dónde ha ido?

—No lo sé. Ha salido por la jodida puerta. Le disparó y se fue.

—¿A pie o en coche?

—Conducía un Toyota Camera azul, perdón, Camry. Venga, Jaiden, por favor, no me dejes.

—Señor, tiene que hablar conmigo, ¿de acuerdo?

—Sí —dice Jarid, que instruye a otra persona en la casa—. Sostenle la cabeza. Sostenle la cabeza. Sostenle la cabeza.

—Señor, escúcheme. Necesito que responda a mis preguntas.

Jordin también llama al 911 y habla por otra línea.

—El 1916 de Independence Way. Mi hermano está herido, necesito que venga alguien ahora mismo, por favor.

—¿Le ha herido alguien o se ha caído?

—No sé. Por favor, que venga alguien. Por favor.

—¿Por dónde sangra?

—Por la cabeza. Está todo lleno de sangre.

—¿Ha tomado algún tipo de drogas o medicinas?

—No, no, no.

—¿Qué edad tiene, señor?

—Tiene nueve años. Nueve, nueve, nueve, nueve.

—¿Tiene nueve años? ¿Está respirando?

—No lo sé. No lo sé. ¿Respira, mamá? ¿Está respirando? No lo sé.

—¿Está en el interior?

—Sí, está dentro.

—Muy bien, quiero que se coloque junto a él y me diga si respira.

—Mamá, ¿respira? No, no respira.

—¿Le han disparado? ¿Está al lado de él, señor?

—Sí, señora.

—Quiero que lo tienda sobre la espalda, le quite la ropa y le ponga la mano en la frente. Póngale la otra mano bajo el cuello, inclínele la cabeza hacia atrás y coloque la oreja junto a la boca. Dígame si puede oírle respirar. ¿Le han disparado? ¿Dónde le han disparado?

—En la puerta. Abrió la puerta.

—¿En qué parte del cuerpo le han disparado?

—En la cara.

—¿En la cara?

—En la cabeza.
—¿En la cabeza? ¿Delante o detrás? ¿Puede sentir si pasa algo de aire?
—No lo sé.
—Muy bien. Permanezca tranquilo. ¿Está en la casa?
—Sí.
—¿Dónde está el hombre que le ha disparado?
—No sé.
—¿Le conoce? ¿Sabe dónde ha ido?
—No sé. Danny Thornton.
—¿Lo ha hecho a propósito?
—No sé. Creo que sí.
—La persona con el arma. ¿Se ha ido o sigue allí?
—Se ha ido.
—¿Se ha ido en coche o a pie?
—No sé.
—¿Cómo se llama, señor?
—Jordin Brown.
—Siga hablando conmigo. ¿Quién le ha disparado, lo sabe?
—Danny Thornton, creo.
—¿Sabe a dónde ha ido?
—No lo sé.
—Muy bien, Jordin, siga hablando conmigo.
Jordin solloza. La operadora habla con calma y trata de tranquilizarle.
—¿Sabes quién le ha disparado, Jordin? ¿Sospechas quién le ha disparado?
—No sé. Por favor, ¿me puede poner con la policía?
—Están yendo ya, Jordin. Ya sé que es muy difícil, pero necesito que me lo digas. Dime si sabes a dónde ha ido, ¿vale?
—No sé. Yo estaba en el piso de arriba, oí el disparo y bajé.
—Vale, Jordin. ¿Es tu hermano pequeño?
—Sí, sí.
—¿Puedes sentir si entra y sale el aire de su boca? ¿Estás con él?
—¿Aire? No, no, no, no. Por favor, por favor —dice Jordin, que ruega que la policía se dé prisa.
—Están de camino, Jordin, ¿vale? ¿Sabes dónde se ha ido esa persona?
—No lo sé. Por favor, por favor.
—Están de camino, Jordin, ¿vale?
—Están aquí. Están aquí.
—Están ahí, Jordin. Quédate al teléfono hasta que lleguen al lado de tu hermano, ¿vale?
—Ya están. Están aquí. Sí. Sí.
—Muy bien, Jordin. Voy a colgar, ¿vale? Jordin. Están ahí, Jordin.
—Sí.
—¿Quién está contigo?
—Mi madre, mis hermanos y dos policías.
—Están los policías contigo, te voy a dejar ya, Jordin, ¿vale?
—Sí, sí.

Durante todo ese rato, Nicole hizo todo lo que pudo para centrarse a pesar de la histeria. Puso una mano sobre la herida y otra en la nuca de Jaiden, donde se notaba la bala. Cogió a Jaiden, lo abrazó, lo acunó y volvió a dejarlo en el suelo. Él tuvo los ojos cerrados todo el tiempo, mientras yacía con las manos junto al cuerpo. Hasta que, todavía inconsciente, levantó el brazo izquierdo ocho o 10 centímetros y lo dejó caer de nuevo.

«Me puse como loca —dice Nicole—. Dije: "Jerry, Jerry [su apelativo para Jarid], está vivo. Está bien". Le oímos el corazón, le tomamos el pulso. No se murió de golpe. Después de que levantara el brazo, pensé en lo que hacían en televisión. Reanimación. El boca a boca. Y fue todo un borboteo, nada más. Así que volví a cogerlo en brazos. Y me lo apreté contra el pecho».

Llegaron los servicios de emergencia y se hicieron cargo de todo, mientras los chicos lloraban en el jardín delantero y Nicole temblaba por el shock. El hecho de que hubiera levantado el brazo, pensó, indicaba que aún había esperanza. «Ahora sé que no. Pero sentimos el pulso y los latidos del corazón. Sentimos que estaba vivo. Abracé a los chicos y les dije: "Sed fuertes. Vamos a ir al hospital a que le curen". Porque todo el tiempo seguía pensando: "Lo importante es que llegue allí, que le metan en el quirófano, que saquen la bala y le curen. Vamos a curarle. Vamos, vamos, vamos"».

«El hombre en estado *amok* —escribe Douglas Kellner en *Guys and Guns Amok: Domestic Terrorism and School Shootings from the Oklahoma City Bombing to the Virginia Tech Massacre*— ha perdido claramente la cabeza, es un autómata ajeno a lo que le rodea y en el que no hacen mella los ruegos ni las amenazas. Pero su conducta destructiva va precedida de largas elucubraciones sobre el fracaso y está minuciosamente planeada como forma de liberarse de una situación insoportable»[20].

Ese fue el caso de Danny, un hombre que obtenía su poder del miedo que inspiraba en otros, al mismo tiempo que su absoluta incapacidad para hacer frente a la vida adulta —para conservar un empleo, un hogar, una relación o para mantenerse a sí mismo y a sus numerosos hijos— le abrumaba y le enfurecía.

A Danny le resultaba fácil sentirse humillado. Cuando Jarid tenía alrededor de ocho años, su padre le llevó a comprarse unos zapatos nuevos. Danny quería que el niño se quedara a dormir con él después, pero sus visitas habían sido esporádicas y Jarid no se sentía cómodo en su casa. En venganza, Danny devolvió los zapatos y explicó a Nicole que no quería a nadie que no le quisiese. Cuando Nicole le preguntó cómo podía decir una cosa así delante de su propio hijo, Danny respondió: «Me daría igual si le atropellase un coche delante de mí… Ni me pararía».

«Era un sociópata —me dijo Amy Sanders, sentada con sus cuatro hijos en el cuarto de estar de su casa de Houston, a donde se mudó en agosto de 2013 para estar más cerca de su padre—. Nunca asumía la responsabilidad de nada. Nunca tenía conciencia respecto al daño que hacía a los demás. Era capaz de decir y hacer cualquier cosa».

«El síndorme *amok* es espeluznantemente cognitivo —escribe Kellner—. Se desencadena no mediante un estímulo, ni un tumor, ni un brote aleatorio de sustancias químicas en el cerebro, sino por una idea». El que mejor describió esa idea, dice Kellner, fue un psiquiatra que entrevistó en Papúa Nueva Guinea a siete hombres que habían estado bajo este trastorno homicida y resumió así la imagen que tenían de sí mismos: «No soy un hombre importante ni "grande". No poseo más que mi sentido de la dignidad. Mi vida ha quedado reducida a la nada por un agravio intolerable. Por consiguiente, no tengo nada que perder más que la vida, que no es nada, así que voy a cambiar mi vida por la tuya, que es una vida privilegiada. El intercambio me favorece, de

modo que no solo te voy a matar a ti sino que voy a matar a muchos y, al mismo tiempo, me rehabilitaré a los ojos del grupo del que ahora soy miembro, incluso aunque pueda morir en el proceso»[21].

Si se pueden encontrar hombres así en Papúa Nueva Guinea, no hay motivos para que no se encuentren en los barrios residenciales de Columbus. Sin embargo, cuando aparecen, constituyen una conmoción comprensible para el sistema. «Eso no pasa aquí —dice Nicole. Estamos sentados en la casa a la que se trasladó cuando se fue de Independence Way, un lugar espacioso con un porche y un jardín—. Nunca ha pasado. Yo no vivo en el gueto. Eso pasa en Columbus. Pasa en Reynoldsburg. Pero no en Grove City. Es aburrido. Es seguro». De todos los lugares en los que hubo menores víctimas de disparos ese día, Grove City es el que tuvo una tasa de homicidios más baja ese año: 2,7 por cada 100.000 habitantes[22], la misma que Bangladesh[23]. Los delitos a los que están acostumbrados los residentes de la ciudad son sobre todo robos de coches, tal vez alguno en una casa. Cuando pregunté a Nicole y Amy Baker sobre crímenes violentos, les fue imposible recordar la última vez que alguien había muerto asesinado, y a lo más que llegaron fue a una pelea que hubo dos años antes en una casa. Durante nuestra entrevista, para demostrar lo que aquí se consideraba disturbio, llegó la policía para pedir a Nicole que su perro, Jango, dejara de ladrar tanto: eran las 21:30.

Sin embargo, aunque un hombre como Danny que sufre el síndrome *amok* cause una enorme conmoción en el sistema, este está preparado para contenerlo. Cuando los detalles del disparo a Jaiden eran todavía parciales y aún estaban en pleno desarrollo, sin que se conociera todavía el paradero de Danny, el aparato de seguridad del barrio se replegó instintivamente en posición fetal. A los cinco minutos de la primera llamada al 911, la escuela primaria de Highland Park, a una manzana de la casa de Nicole, cerró todas sus puertas. Las clases no habían empezado todavía, de modo que el Departamento de Policía de Grove City aseguró un perímetro alrededor, desvió los autobuses escolares, dijo a los padres que llegaban en coche que se llevaran a sus hijos a casa e hizo entrar a los que ya habían dejado.

A esas alturas, Danny ya estaba lejos, conduciendo hacia el este por la autopista 270 hasta Groveport, a 20 minutos, donde su expareja Vicki Vertin, con la que compartía una hija de 18 años, trabajaba de higienista dental. Vicki, que desconocía lo ocurrido, salió al vestíbulo a recibir a su inesperado visitante.

Llevaba 12 años sin ver a Danny pero, como a Nicole, le aterrorizaba su mal genio. «Un día me dijo que me mataría —contó a una cadena de informativos local—. Y el día que apareció allí, supe que había llegado el momento»[24]. Danny llevaba una sudadera gris con capucha y tenía las manos dentro del bolsillo delantero. «Hace tiempo que no te veo», le dijo Vicki. Danny sacó la pistola, le disparó en el estómago y salió corriendo.

Para entonces, la centralita del 911 estaba ya desbordada. Recibía llamadas de todas partes. En las grabaciones se puede oír cómo llegan informaciones nuevas mientras los operadores todavía tratan de ordenar las anteriores. Acababan de terminar sus llamadas con Jordin y Jarid cuando llamó un compañero de trabajo de Vicki. Una vez que Danny había sido identificado como el responsable de los disparos en ambos escenarios, la policía tardó seis minutos en asociar los dos incidentes y comprender que se trataba de una persona decidida tanto a asesinar como a sembrar el pánico, un hombre con el síndrome *amok*.

También llamaron a la policía dos amigos de Danny. Les había dicho que había «matado a dos personas» y que «no pensaba volver a la cárcel»[25] ni pensaba «caer sin enfrentarse a la policía»[26]. Cerraron otros colegios. Informaron a los familiares de Vicki del tiroteo y los llevaron a un lugar

seguro.

Mientras tanto, Nicole había llegado al hospital, donde llamaron a un neurólogo para que acudiera a urgencias de traumatología. Mientras se llevaban a Jaiden para hacerle un TAC, llegaron más médicos y un pastor. Los policías preguntaron a Nicole si tenía idea de dónde podría ir Danny o a quién más podría atacar. Entonces fue cuando supo que había disparado a otra persona.

Les dijo que, aunque no había visto al autor del disparo, sabía quién era. «¿A quién puede atacar?». «¿Dónde podría esconderse?». La mente se le quedó en blanco. Solo podía pensar en Jaiden; no era capaz de imaginar las intenciones de Danny ni en la mejor situación, y aquella no era la mejor situación.

Si, después de la conversación mantenida con su padre unos meses antes, Jarid hubiera googleado «suicidio a manos de la policía», habría descubierto un ensayo publicado en 1998 en los *Annals of Emergency Medicine*, escrito por varios médicos e investigadores después de revisar todos los tiroteos con participación de policías investigados por el Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles entre 1987 y 1997 en relación con este fenómeno. El término *suicide by cop* lo emplea la policía para calificar los incidentes en los que un individuo provoca claramente a las fuerzas del orden para que lo maten a tiros.

Como es lógico, el término es muy controvertido, porque puede utilizarse como una excusa más para justificar las muertes a manos de policías a través de un estado mental que solo pueden intuir cuando disparan a alguien. Lo que tenía Danny en la cabeza cuando lo mencionó nunca lo sabremos.

Los autores del ensayo alegan que, para que un caso pueda considerarse «suicidio a manos de la policía», debe cumplir cuatro criterios: «(1) prueba de las intenciones suicidas del individuo, (2) prueba de que quería específicamente que los agentes le disparasen, (3) prueba de que tenía en su posesión un arma letal o lo que parecía ser un arma letal, y (4) prueba de que intensificó deliberadamente el enfrentamiento y provocó a los agentes para que le disparasen». Con arreglo a esa definición, decían que, durante los años estudiados, el suicidio por policía representó el 11 por ciento de todos los tiroteos con intervención de agentes y el 13 por ciento de todos los homicidios justificables a manos de policías. «El suicidio a manos de la policía —concluían— es una verdadera forma de suicidio»[27].

«La gente que quiere suicidarse utilizando a la policía tiene que sufrir algún tipo de depresión», me dijo el doctor Harry Hutson en una entrevista telefónica. Hutson, que escribió el ensayo, es profesor ayudante en el Departamento de Medicina de Emergencia del Hospital General de Massachusetts, de la Facultad de Medicina de Harvard. «La policía dispara a más de 400 personas cada año, y la gente sabe que, si enarbola cualquier cosa que parezca un arma, la policía actuará en defensa propia o de la comunidad. De modo que, si lo que desea es morir, los policías lo harán por él».

Los sujetos del estudio estaban entre los 18 y los 54 años, en un 98 por ciento eran varones, casi todos tenían antecedentes penales y un tercio de ellos había estado implicado en casos de violencia de género. Es decir, explica Hutson, el caso de Danny parece «muy típico». «Estaba deprimido. No quería seguir viviendo. No se sentía capaz de seguir aguantando».

Una hora y cuarenta y cinco minutos después de que disparase a Vicki, encontraron a Danny en el aparcamiento de un Walmart en el centro de Easton, a 20 minutos de la consulta y no lejos del motel en el que se había alojado. A las 9:46, estaba en su coche, atrapado entre dos vehículos de

la policía. «Casi todos estos incidentes terminan con bastante rapidez», explica Hutson, con el 70 por ciento de los disparos fatales en los 30 minutos siguientes a la llegada de las fuerzas del orden. En efecto, pronto estalló un tiroteo en el que un policía resultó herido y Danny consiguió por fin su deseo: el suicidio a manos de la policía.

Lo primero que pensó Vicki al despertarse de su operación fue que Danny podía estar todavía por ahí. «¿Le han detenido?», preguntó a su padre. «No», respondió. Vicki intentó levantarse. «Dios mío, va a volver a rematarme», pensó. Su padre le aclaró que a Danny no le habían detenido, sino que le habían matado de un disparo. Vicki volvió a echarse. Dijo que era la primera vez que se sentía a salvo en años.

En el otro extremo de la ciudad, le decían a Nicole que Jaiden no saldría adelante. «No puede sobrevivir a sus heridas —le dijo la neuróloga—. No podemos hacer nada más». La doctora dijo que el TAC de Jaiden era uno de los peores que había visto jamás. La bala había ido directamente a la parte posterior del cerebro y allí había rebotado de un lado a otro causando un daño irreparable. Pusieron respiración asistida a Jaiden mientras tomaban una decisión sobre la donación de sus órganos. «No recuerdo sentir nada —dice Nicole—. No sé si lloré. Estaba en shock, anonadada. "No puede ser verdad, no puede ser verdad. No puede estar pasando". Lo único que recuerdo es su imagen con sus deportivas. Acababa de ponerse los zapatos, y su camiseta estaba en el suelo. Y ahora estaba con una bata de hospital, con una cosa metida por la garganta y un parche en la cabeza. Todo en el plazo de una hora o así».

La última cosa que había puesto Nicole en Facebook, la noche anterior, era un enlace sobre Merrick McKoy, un hombre de Colorado que, cuatro días antes, había colgado una foto suya con su hija de 19 meses poco antes de matarla y suicidarse. «Esta es la pura definición de monstruo… —escribió Nicole—. ¡¡¿Qué le pasa a la gente?!!». Su siguiente anotación, tras el asesinato, decía simplemente: «Te quiero, Jaiden. Te quiero muchísimo».

La noticia del disparo a Jaiden se extendió por Grove City como la pólvora. Cuando una calle como Independence Way se llena de coches de policía y furgonetas de informativos, es inevitable que la gente hable de ello. Durante la mayor parte de la mañana, pocos vecinos supieron los nombres de la víctima y el agresor, así como la suerte que habían corrido. Solo sabían que habían disparado a un niño. Jimmy Lewis, que vivía enfrente de Jaiden y trabajaba en su club de actividades extraescolares en el YMCA local, había salido pronto para ir al gimnasio. El YMCA es un centro muy bullicioso, en el que los niños comen, hacen sus deberes y participan en actividades deportivas, artísticas, de naturaleza o «intelectuales» después de clase, mientras esperan a que los recojan sus padres. Jimmy recibió una llamada de su madre para alertarle del revuelo que se había formado al final de su calle. Pamela Slater, que trabajaba con él, sabía que Grove City era una comunidad tan pequeña que, fuera quien fuera la víctima, tendría repercusión en el YMCA de un modo u otro. «Había un 90 por ciento de posibilidades de que fuera uno de nuestros chicos —dice—. Y, por la edad y las relaciones que tenemos en la comunidad, aunque no estuviera inscrito en el YMCA, podía haberlo estado o ser hermano de alguien. En cualquier caso, nos iba a afectar, y a nuestros chicos también, porque tenían que conocerle».

En cuestión de horas, la profesora de Jaiden, su entrenador de béisbol, la hermana de Nicole y muchos otros estaban en el hospital. Tuvieron que pronunciar una contraseña en el puesto de seguridad para evitar que se colara algún periodista. Alrededor de mediodía, sacaron a Pamela de una reunión para decirle que la víctima era Jaiden. Quedaban solo unas horas para que llegaran los niños después del colegio, así que no tuvo tiempo de asimilar su pena ni su espanto mientras

convocaba una reunión de todos los departamentos del YMCA para redactar una carta dirigida a los padres. Su prioridad era proteger a los niños de los rumores y dejar que los padres les dieran la noticia. Cuando llegaron los niños, los empleados no dijeron nada. Y, cuando llegaron sus padres a recogerlos, les dieron la carta.

«Sabemos que os habéis enterado de que ha habido un tiroteo», les iba diciendo Pamela. «Sí, es terrible», respondían. «Pero hay unos cuantos detalles más», interrumpía ella. «Sí, es terrible», repetían los padres. «Y entonces —cuenta Pamela—, les daba la carta y les decía: "Era uno de los chicos de nuestro programa". Y entonces ellos exclamaban: "Oh, no. Es Jaiden"».

«Fue muy duro. Fue difícil tener que repetirlo una y otra vez, uno detrás de otro. Podía percibir las dimensiones y la gravedad de aquello tan inmenso que les estábamos diciendo a medida que se lo notificábamos. Pero queríamos que los padres pudieran hablar con sus hijos, sobre todo porque era fin de semana».

La mayoría de los niños se enteraron esa noche o durante el fin de semana. El entrenador de béisbol de Jaiden, Brady —un hombre tranquilo que sabía que su papel fundamental era preparar niños, antes que entrenar un deporte—, dice que sabe que a algunos niños no se lo dijeron nunca. Cuando los chicos volvieron al YMCA el lunes, había personal de apoyo para hablar con ellos.

«Recuerdo que hubo varios niños que bajaron destrozados del autobús ese lunes —relata Jimmy —. Nuestros jefes nos explicaron cómo podíamos ayudarles. La semana pasó con sus altibajos. Cada tarde les servimos la cena y, durante una semana o más, guardaron la silla de Jaiden vacía e incluso le pusieron un plato. Quizá hasta Navidad no pudimos decir "Jaiden" sin que todo el mundo se echara a llorar».

Unos meses después, mientras recorría el centro antes de las vacaciones de verano, a Pamela le impresionó ver cuántos dibujos había dedicados a Jaiden. «Había un montón de corazones con la palabra "Jaiden", o alas pequeñas con su nombre, o cruces que decían "Descansa en paz, Jaiden". No los busqué a propósito. Pero, cuando empecé a verlos, me di cuenta de que estaban en todas partes».

Amy Sanders y Nicole son como hermanas. «Tenemos muchas cosas en común —explica Amy —. Las dos somos madres solteras. Las dos tenemos hijos de raza mixta. Las dos teníamos una vida difícil. Ella no tenía familia cercana en Ohio, y yo tampoco. Así que nos convertimos en un equipo». En una familia muy moderna: dos mujeres blancas que criaban juntas a una descendencia multirracial, y unos hijos que, en la práctica, crecieron con dos madres heterosexuales.

A veces, Nicole tenía dos trabajos y entonces Amy se quedaba con los niños por la noche y cuidaba de ellos durante el día, o a la inversa. Iban a los mismos colegios. Si alguno de ellos tenía algún problema, el colegio llamaba a cualquiera de las dos. Educaron a los niños como hermanos. No necesitaban hacer ninguna maleta para ir a la casa de los otros porque siempre tenían ropa allí. Amy tuvo a su hija mayor y, poco después, Nicole se quedó embarazada de Jaiden. Estaban muy unidas en todos los aspectos hasta que Amy se fue a vivir a Houston.

En Grove City, en el hospital, mantuvieron a Jaiden conectado con la intención de que los médicos pudieran extraerle los órganos para donarlos. No podían declararle muerto hasta haber hecho un examen de su actividad cerebral, y Nicole les pidió que esperaran hasta que Amy llegara desde Houston. De esa forma, la abuela paterna del niño también tendría tiempo para llegar desde Akron. Era un trayecto de solo dos horas, pero tuvo que pararse todo el tiempo para llorar.

Cuando Amy dio la noticia a sus hijos, Kayaan empezó a dar puñetazos a las cosas. Llamó a Jarid. «Tío», le dijo. «Tío», respondió Jarid. «No hablábamos, literalmente —explica Kayaan—, solo decíamos "tío"». Pero, al cabo de unos minutos, ya no podían decir ni eso. Solo pudieron sollozar hasta que Jarid consiguió reponerse para preguntar: «¿Cuándo vienes?», «Estaremos ahí enseguida —respondió Kayaan—. Enseguida, tío».

Se tardan 19 horas por carretera de Houston a Grove City. Solo pararon para poner gasolina y para comer una vez. Un día casi entero de silencio y tristeza embutidos en un coche. Llegaron al hospital a primera hora de la mañana. Cuando entraron en la habitación, estaba abarrotada. «Todos nos miran. Todos lloran. Nadie dice nada —recuerda Kayaan—. Después de una breve pausa, lloraron y nos abrazaron. Y, por fin, alguien dijo algo y empezó la conversación». Jaiden parecía dormido, dice Amy. «Estaba respirando. El corazón le latía. La inflamación había bajado. Tenía la piel caliente. Costaba creer que no iba a volver a casa con nosotros».

Los médicos certificaron la muerte de Jaiden a las 15:47 del sábado, 23 de noviembre. En cuanto el fallecimiento fue oficial, podían empezar a buscar receptores para sus órganos. Costó un día que los distintos equipos médicos interesados, desde lugares tan alejados como Delaware y California, llegaran hasta el hospital (sus pulmones fueron a parar a una niña en Saint Louis). La larga espera se convirtió en una especie de vigilia irlandesa, salvo que sin el ataúd. Nicole y los chicos estuvieron prácticamente todo el tiempo con él. Nicole se tendía a su lado hasta que no podía soportar la idea de que no volvería a abrir los ojos, y entonces le pedía a Amy que la sustituyera un rato mientras ella se iba a dar un paseo. Cuando se lo llevaron al quirófano para extraerle los órganos, toda la familia estaba presente.

Según Nicole, Jaiden no había tenido mucha relación con su padre, Rosell Dixon III, pero la que tenía era bastante buena (Rosell no respondió a las peticiones de entrevistarle). Nunca estuvieron muy unidos, pero a veces iba a casa de su padre a jugar con sus hermanas, que tenían la misma edad. «Su padre le quería y se preocupaba por él —cuenta Nicole—, pero no tenía costumbre de ir simplemente para pasar el tiempo con él». Pero esa noche Rosell estuvo a su lado, así como sus abuelos paternos, sus primos, sus hermanos y hermanas de padre, todos contando historias y despidiéndose de él.

Hasta el instante en el que se lo llevaron en camilla para su último recorrido hasta el quirófano, Nicole se mantuvo entera. «Aguantó muy bien —dice Amy—. Como si estuviera con el piloto automático».

Sin embargo, verle marcharse por última vez fue demasiado. «Ojalá hubiera sido capaz —dice Nicole—. Pero no pude ver cómo se cerraban las puertas. Era surrealista. Era casi como si se lo llevaran a operarle de las amígdalas».

Eran alrededor de las 3:00 de la madrugada del domingo. Nicole llevaba en pie 45 horas, durante las que su vida había sufrido un vuelco total y había sido pisoteada. A partir de ahí, todo fue una nebulosa. «Solo recuerdo que me desmoroné, y lloré, y toda esa gente que me arropaba, y alguien me puso en una silla de ruedas y me sacó del hospital. No volví a su habitación a recoger nada. No volví a entrar en el hospital». La niebla no se despejó hasta el velatorio. «Fue más o menos una semana después de su muerte —recuerda—. Estaba tendido en su ataúd. Y lo recuerdo porque le había tocado tantas veces en el hospital que me acerqué a él y le besé en la frente, y le cogí la mano y estaba dura y fría. Y entonces fue cuando verdaderamente me di cuenta. Oh, Dios mío. Mi niño ha muerto. Hasta que lo vi enterrado, hice todo de forma automática».

Nicole nunca volvió a la casa de Independence Way. Fue directamente al Drury Inn, donde

permaneció hasta Navidad, de allí fue a Dallas, a casa de una prima, y de allí a Houston, a casa de Amy, para regresar a Grove City en Año Nuevo.

Cuando Nicole estaba embarazada de Jaiden, estaba convencida de que iba a ser una niña. Iba a llamarla Olivia, de manera que su diminutivo podría rimar con el de la hija pequeña de Amy, Khiviana: Livvy y Kivvy. Pero sintió alivio al saber que era un chico. «Dios hizo bien en darme varones», dice. En el colegio, había sido una apasionada y, según dicen todos, excelente jugadora de softball[28]. Había jugado como lanzadora en el equipo del instituto de Grove City, que ganaba la liga todos los años y obtuvo el campeonato del estado en 1983.

Alta y robusta, durante su juventud fue objeto de burlas con frecuencia debido a su peso. «Nunca he sido muy femenina. Era un chicazo. Llevo siempre el pelo recogido en un moño. Veo los partidos de fútbol americano y grito. En baloncesto, soy una de esas madres que le gritan al árbitro desde la grada porque ha tomado una decisión equivocada. Así que me alegro de haber tenido chicos».

La vida familiar de Jaiden me resultaba muy conocida. Yo también era el más pequeño, con gran diferencia, de tres chicos, y con una madre soltera. Jaiden estaba mimado; Jarid, el mayor, se hacía cargo constantemente de él; Jordin, el mediano, era el típico chico de en medio, y Nicole iba de un lado a otro intentando mantener todo en orden. Su casa, como la mía, era un hogar lleno de camaradería, amor, disciplina, peleas y una autonomía considerable: una mezcla de *El señor de las moscas*, *La tribu de los Brady* y un toque de *Roseanne*. «Se peleaban. Lo torturaban. Lo atormentaban. Me llamaban al trabajo todo el tiempo. "Mamá, no me dejan jugar con la Xbox", "No me dejan hacer esto o aquello". Y yo respondía: "Arregláoslas como podáis, chicos"». Jaiden era mestizo —Nicole es blanca y Rosell es negro—, pero de piel mucho más clara que sus hermanos, cuyos padres también son negros. Tenía la piel de color paja. Si salía a solas con Nicole, podía pasar por blanco, aunque muchas veces pensaban que era de Oriente Medio.

Los entrenadores de béisbol le llamaban Sonrisas. «Cualquier niño tiene un mal día —dice Brady, su entrenador—. Pero él estaba siempre sonriendo. Parecía como si nunca estuviera de mal humor». En la mayoría de las fotos muestra una sonrisa tan amplia que casi no le cabe en el rostro. En el club de extraescolares del YMCA, no lejos de su casa, participaba en casi todo. «Era de esos niños a los que me encantaría entrenar —dice Justin Allen, que de todos los del centro era el que pasaba más tiempo con Jaiden—. Me habría encantado tenerle en mi equipo. Era un líder. No porque fuera muy lanzado, sino por cómo jugaba. Era muy entusiasta y conseguía emocionar a todos los demás jugadores».

Aunque Jaiden disfrutaba muchísimo del béisbol, dice Brady, tampoco era un jugador extraordinario. «Tenía sobre todo una actitud increíble. Pero me parece que no le habían entrenado mucho. Se veía que estaba muy interesado y deseaba aprender, pero no había tenido demasiado contacto con el béisbol, así que no estaba tan familiarizado con él como otros niños de su edad. Estaba en ese momento en el que los niños empiezan a atrapar voleas, y a Jaiden le costaba todavía un poco más juzgar la trayectoria de la pelota».

Pero todo el mundo se acuerda aún de la vez que ganaron un partido gracias a una pelota que atrapó él. «En el último segundo, sacó el guante —contaba Brady, con quien hablé en casa de Nicole—. Me recordó a *Sandlot* [*Nuestra pandilla*], la película. "Levanta el guante y yo me ocuparé del resto". Ahí está él de pie. Y nosotros pensando: "Le va a pasar por encima de la cabeza. Le va a pasar por encima de la cabeza. Le va a pasar por encima de la cabeza". Y en el

último segundo, saca el guante y la atrapa. Ese fue el final del partido, y todo el mundo se volvió loco. Como si acabaran de ganar la lotería. Enloquecieron».

«Tenía una sonrisa de lado a lado —dijo Nicole—. En el coche, en el camino de vuelta, no dejaba de decir: "¿Me has visto coger la pelota?"». «Sí», repetía ella mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Además de a casi todos los deportes, a Jaiden le gustaba jugar a Hundir la flota, al escondite y a ladrones y policías en el YMCA. Jugaba a los Transformers con Ethan: él era Optimus Prime, el líder de los autobots, y Ethan era Bumblebee, que se convertía en un coche compacto. También imitaban movimientos de lucha libre que habían visto en WWE.

Su mejor amiga allí era Sidney, que tenía un año más. Sidney guarda un ligero parecido con Olive, de *Little Miss Sunshine*, la nieta cariñosa que se inscribe en el concurso. Cuando Jaiden estaba con Sidney, no jugaban a pelear, aunque él la enseñó a jugar a «planear», que consistía en saltar de una plataforma que había en el jardín de casa de Sidney con un paraguas abierto y «flotar» hasta el suelo. La mayor parte del tiempo, en el YMCA, se sentaban en los bancos del gimnasio a hacer los deberes y charlar. Se dieron mutuamente sus primeros regalos de San Valentín. No eran novios, explica Sidney, pero iban a casarse algún día. «Quizá parezca una tontería —confiesa—. Pero decíamos que, cuando nos hiciéramos mayores, íbamos a casarnos». En la vida que planeaban tener juntos, él estaría en el ejército y ella iba a ser cantante.

Jaiden era muy generoso. Cuando veía a un mendigo, quería darle dinero. Cuando hacía calor, siempre era el último en bajar del autobús del YMCA porque recorría el pasillo cerrando las ventanas que otros habían dejado abiertas. Un día, después de una feria del libro en su colegio, volvió a casa con un solo libro, y pidió a Nicole que le diera unos cuantos dólares más. Cuando ella le preguntó qué había hecho con el dinero que le había dado, él respondió que se lo había dado a una niña que quería un marcapáginas pero no podía pagarlo.

También adoraba a los animales. Perros, gatos, tortugas, lo que fuera. Nicole le había prometido que, como sus hermanos ya no tardarían muchos años en marcharse de casa, cuando se quedaran los dos solos tendrían un perro. «Estaba emocionado y con prisa por que se fueran —dice—. Y, cuando los chicos le gastaban bromas, él les replicaba: "Cuando os vayáis, vamos a tener perro"».

En casa, cuando no estaba jugando en el ordenador, sobre todo a *Minecraft*, estaba fuera fabricando aventuras. La parte posterior de la casa limitaba con un bosquecillo que llevaba hasta un arroyo, el Marsh Run Creek, donde se reunía con sus amigos a jugar a «soldados» con sus pistolas de agua. Una vez grabó un vídeo con el móvil en el que simulaba ser un superviviente al que habían abandonado en territorio enemigo. «Aquí estamos, en el bosque —decía, como el capitán Kirk cuando dictaba el diario de bitácora de su nave—. No tenemos muchas provisiones. Tengo un teléfono móvil pero la batería está baja y hay poca cobertura». Luego estaba la televisión: su cadena habitual era Cartoon Network. Se sabía de memoria la película *Cars*, y Jordin, muchas veces, se lo encontraba diciendo los diálogos con los labios, en silencio, sin hablar con nadie concreto. Y, por último, estaban las bicicletas: «Montar en bici, arreglar bicis, cambiar ruedas —recuerda Nicole—. Estaban todo el día así, unos niños dedicados a sus bicis».

Sus pecados, como sus pasiones, eran los típicos de un niño de nueve años. «No escucharme. Pasar de mí. Estar absorto en el mundo del ordenador —dice Nicole para enumerar las cosas por las que se enfadaba con él—. Nada serio. Nada grave. Cosas normales en un niño. Una vez se fue a casa de un amigo suyo sin pedir permiso. Otra vez salió a jugar sin decírnoslo ni a Jarid ni a mí». Ella salió a buscarlo, miró a derecha e izquierda y no pudo verlo. Resulta que había bajado

al arroyo. «Eso era lo más grave que hacía». Por eso fue especialmente difícil encontrarle sentido a su muerte, dice Kayaan. «Creo que en un día yo me pongo en peligro más que Jaiden en toda su vida».

Cuando le pregunto a Ethan, su amigo de nueve años en el YMCA con el que Jaiden jugaba a Transformers, cómo se enteró de su muerte, me cuenta que su madre se lo dijo en el coche, de regreso a casa. Sabía que ese día había muerto un niño, pero no que era Jaiden. «Por eso no estaba en el YMCA, claro», respondió a su madre. Se apoyó en el respaldo del asiento y se echó a llorar. «Pero una cosa que sí sé —dice— es que volverá a estar vivo. Mi madre me ha dicho que, cuando uno muere, luego resucita».

Le pregunto a Sidney, su «novia», cómo se enteró de lo que había ocurrido, y empieza a llorar. «Todavía te acuerdas mucho de él», le digo. Dejo mi cuaderno y le sugiero que hagamos una pausa.

Ella asiente y se enjuga las lágrimas. «Escribo canciones sobre él —dice, y saca del bolso su móvil, en la que tiene una escrita—. Se llama "Estrellas". Habla de que le veo de noche. Es una especie de poema, pero no rima»:

Te veo en sombras junto al bosque
Veo tu rostro en mis sueños cuando voy a la pradera
Te veo junto a las flores y cuando me acuesto
No puedo pensar, pero entonces pensaba que tú me llevabas de la mano
Y ahora te veo en las estreellaas
Me recuerdan a ti cuando reluces
Cuando te inclinas ante mi ventana
Te veo en todas partes en las estrellas
Te vi junto a mi casa tirando guijarros
Luego fui a la pradera y entonces te vi
Y entonces te vi en las estreellaas, sí, las estreellaas
Las estreellaas
No sé si estoy loca, no sé nada
Creo que estoy perdiendo la cabeza
Pero entonces te veo en las estrellas, sí, las estreellaas
Oh estreellaas, síi, sí.

La vuelta de Nicole a casa, después de sus viajes posteriores al funeral, no fue un proceso fácil. Se mudó a otra parte de Grove City para no tener que vivir en la misma casa en la que había pasado todo e incluso no tener que pasar por ese lado de la ciudad. Tenía que recomponer su vida y seguir adelante. Lo malo fue que, cuando volvió de Texas a comienzos de año, había muchas menos cosas de su antigua vida de las que esperaba. Los amigos —«Bueno, creía que eran amigos»— que se habían ofrecido a llevarle las cosas de la vieja casa a la nueva se cansaron de hacerlo, dice. Tres cuartas partes de sus pertenencias se quedaron en la casa antigua, y el dueño las tiró. Muchas de ellas tenían gran valor emocional. Había recuerdos familiares, incluido un taburete que su bisabuelo le había hecho a su abuela. Y estaban las «cajas» de los chicos. Nicole ponía todo lo que los chicos habían hecho, reunido o fabricado en un curso dentro de una caja y ponía la etiqueta con el año: «7º curso de Jarid», «6º curso de Jordin», «jardín de infancia de Jaiden». Las guardaba bajo un aparador en el sótano. Y las habían tirado todas. «Sentí que

habían borrado los últimos diez años de mi vida. Tenía que volver a empezar».

Para Nicole, «volver a empezar» significaba literalmente empezar de cero. Nunca había sido rica. Había crecido en una familia obrera. Su padre, que se trasladó a Arizona y murió en 1999, era camionero. Su madre, que cuidaba de la casa y los hijos y trabajaba como voluntaria en el colegio, está gravemente discapacitada desde que sufrió un derrame en 1993, y su hermano cuida de ella. De niña, Nicole nunca tuvo todo lo que quería, pero sí todo lo que necesitaba; todo menos autoestima. Su padre era un alcohólico que la maltrataba verbalmente y reforzaba los insultos que le dirigían en el colegio por su peso y sus actitudes de chico. «Iba de un extremo a otro en busca de aceptación —dice Amy—. Y la encontraba en los sitios menos apropiados, con tipos que se comportaban como auténticos cabrones con ella. Le decían cosas terribles, le quitaban el dinero, todo lo que querían, en definitiva, y luego se iban sin comprometerse jamás. Así es como conoció a Danny».

Cuando Nicole tenía veintipocos años, su vida era difícil, con dos niños pequeños y ningún lugar en el que vivir. «Hace dieciséis años, cuando Jarid tenía diecisiete meses y Jordin cuatro semanas, yo no disponía de un techo bajo el que dormir —dice—. Éramos auténticos *sin techo* y dormíamos en un albergue. No teníamos más que la ropa que llevábamos puesta. No era que yo no fuese inteligente o no hubiera estudiado, como mucha gente que está en esos albergues. Era sencillamente que no había adónde ir. Tenía dos hijos. No tenía familia. Nadie que pudiera acogernos. Nada de dinero. Nada de trabajo. No podía conseguir empleo porque estaba embarazada. Era una situación circunstancial, no como la de un drogadicto sin educación. No teníamos nada. Así que me partí el culo para salir de allí y progresar. El primer Día de Acción de Gracias y la primera Navidad de Jordin los celebramos en un albergue para *sin techo* en 1997, y me prometí que nunca volvería a pasar. Ellos eran tan pequeños que no se daban cuenta, pero a mí me sigue reconcomiendo. Todo lo que tenía lo hice yo. Y todo era para ellos. Hasta que llegó un momento en que empecé a ser una madre de verdad».

Empezó a trabajar de pasante en un pequeño bufete de abogados y, poco a poco, se organizó la vida. El hecho de partir de cero daba a todo lo que tenía mucho más valor. «Cuando una persona ha estado en la calle, se aferra a demasiadas cosas, porque, cuando no tiene nada, intenta conservar todo lo que tiene».

Cuando volvió a Grove City y se encontró sin la mayoría de sus cosas, se sintió como si hubiera regresado a la casilla de salida. «Fue como volver al albergue. Es como si cada día hubiera perdido algo». Su psicólogo especializado en duelo dijo que, dada su historia personal y las circunstancias de su regreso, era muy probable que estuviera experimentando un trastorno de estrés postraumático.

«Tanto si un hijo o una hija muere en un arrozal del sudeste asiático como en una aséptica sala de hospital, en un accidente repentino o después de una larga enfermedad, el resultado es el mismo —escribe Harriet Sarnoff Schiff en *The Bereaved Parent*—. Es como si el padre o la madre del hijo hubiera violado una ley natural. Le ha sobrevivido»[29].

Schiff, que perdió a su hijo Robby a los 10 años por una enfermedad cardiaca, presenta una mezcla de anécdotas, consejos sencillos y conocimientos adquiridos a partir de las experiencias de padres desconsolados a los que entrevistó para escribirlo. Su mensaje fundamental es que nadie puede entender verdaderamente a quienes han perdido a sus hijos, y eso hace que se sientan muy aislados en su pena. Aun así, insiste Schiff, con el tiempo, la vida vuelve a tener sentido. El mundo de Nicole se divide en «antes» y «después» de aquel viernes 22 de noviembre.

«Fue como si antes de aquel día estuviera en el cine viendo una película y, desde entonces, ha sido como salir al aparcamiento y sentirme deslumbrada por la luz después de tanto tiempo absorta en la pantalla. Los sitios a los que solía ir me parecen distintos, porque ahora ha terminado la película».

Tampoco es que la película que estaba viendo fuera muy optimista. Como madre soltera con tres hijos, recuerda estar agotada, abrumada y, a veces, muy deprimida. «Ojalá hubiera hecho más cosas con los niños. Ojalá no hubiera estado tan tensa y tan deprimida todo el tiempo —dice —. Había muchas noches en las que volvía del trabajo y encargaba una pizza porque no tenía fuerzas para cocinar. Me quedaba mirando fijamente la televisión, y Jaiden estaba en casa de Quentin, o en el piso de arriba, o lo que fuera. Ojalá hubiera salido a jugar con ellos. Me arrepiento de no haber hecho esas cosas con todos mis hijos».

Pese a todo, aquella película tenía un reparto completo, en el que no faltaba nada ni nadie. «Ahora, en general, me limito a tratar de salir adelante. Como he hecho siempre. Nada nuevo. Salvo que ahora, en vez de ser una madre soltera con tres hijos, soy una madre soltera con dos».

La primera vez que vi a Nicole fue en su oficina, cuatro meses después de la muerte de Jaiden. Era su cumpleaños, pero no había dicho nada a sus colegas y no tenía pensado hacer nada especial esa noche. Llevaba una sudadera con capucha y con el nombre y el rostro de Jaiden y la palabra «legendario». Una amiga había creado una página web para vender las sudaderas y recaudar fondos. Tiene una de cada color y, en aquella época, llevaba una todos los días. También llevaba un collar con el nombre de Jaiden en letra muy elaborada. Tiene otro con la huella del pulgar del niño, tomada en el tanatorio. La imagen de Jaiden la acompañaba prácticamente a todas partes. Sin embargo, en casa, le resultaba difícil verlo. «No puedo mirar ninguna de sus fotografías. Tengo fotos del colegio en el salón, sobre la chimenea. Sé dónde están, y me descubro a mí misma desviando la atención para no tener que mirar hacia allí, porque duele demasiado verlo». Está yendo a terapia, pero le cuesta aceptar los consejos. «Lo único que dicen sin parar es que la pena es distinta para cada uno. Y no dejan de decir que hay una luz al final del túnel. No dejan de decir: “Mejorará, mejorará”. Pero estoy en un punto en el que no lo veo».

Cinco meses más tarde, cuando volví a verla, seguía sin comprenderlo. Cenamos en Longhorn Steakhouse y luego volvimos a su casa, para hablar con amigos que habían conocido a Jaiden. No solo no lo comprendía, sino que se le veía peor. La mayoría de las noches se quedaba despierta todo lo que podía para evitar las pesadillas. La cabeza le daba vueltas en un bucle aparentemente infinito de hipótesis y escenas horribles, que no podía soportar pero tampoco impedir. «Lo veo una y otra vez cayendo al suelo. No dejo de pensar: “Debería haber hecho esto, debería haber hecho aquello. Debería haber estado allí. Debería haber abierto yo la puerta”. No quiero ir a la cama, porque no quiero pensar en ello».

De modo que permanece despierta y trata de enfrascarse en un juego, o en la televisión, o en un libro. Lo que sea con tal de que le ayude a no caer en el arrepentimiento, la melancolía y la autoflagelación. «Cuando me duermo es porque verdaderamente no puedo mantener los ojos abiertos ni un minuto más. Y lo hago esperando que no lleguen los sueños». Pero los sueños llegan, las pesadillas, que la invaden de tres a cinco noches por semana. Y permanecer despierta tampoco es muy divertido. «Si no pienso en él, entonces estoy bien. Pero en cuanto empiezo a pensar en él y me empieza a funcionar el cerebro, me vuelvo loca. Es como si viera las vidas de todos los demás en un programa de televisión. Y yo vivo de manera automática, hablo e interactúo con la gente, pero no estoy verdaderamente allí».

Schiff escribe: «Lo peor, mucho más que estar desvelada toda la noche, eran las mañanas. Todos los días parecía que había un breve periodo, después de abrir los ojos, en el que se me olvidaba por completo que Robby estaba muerto. Hasta que el recuerdo me inundaba como una marea, me devoraba y me hacía sentir que estaba ahogándome. Tenía que abrirme camino para levantarme de la cama cada día; cada día, en serio. Pasé así varios meses, y esa fue seguramente mi batalla más difícil»[30].

Eso mismo es lo que ha vivido Nicole. Además, después de cada noche que pasa desvelada, intentando mantener a raya las pesadillas, llega una mañana en la que está demasiado cansada para levantarse a una hora razonable. A veces se siente incapaz de salir de la cama, directamente: «Ojalá pudiera levantarme y dejar mis problemas atrás, en casa, pero no puedo».

Trabaja en un pequeño bufete de abogados desde hace tiempo y se lleva bien con su jefe. Dice que ha sido muy comprensivo desde que falleció Jaiden. Sin embargo, cuando a ella le cuesta salir adelante, a él también. Y a Nicole le ha costado salir adelante muchas veces. «He sufrido muchas crisis nerviosas, me he hundido muchas veces». Algunos días no llega a la oficina hasta mediodía. Otros, no va. «A veces le mando un mensaje para decirle: "Hoy no puedo levantarme de la cama. No puedo"».

«Enterrar a un hijo —escribe Schiff— es ver cómo colocan una parte de ti misma, el color de tus ojos, tus hoyuelos, tu sentido del humor, bajo tierra… En realidad, cuando muere un hijo, no solo lloramos por él, morimos también por ese pedazo de nuestra inmortalidad que llevaba consigo»[31].

En el vestíbulo del Cementerio de Saint Joseph, donde está enterrado Jaiden, hay una serie de folletos para ayudar a los deudos: «Cuando has perdido a tu madre», «Cuando has perdido a tu padre», «Cuando has perdido a tu marido», «Cuando has perdido a tu mujer», «Cuando muere mamá o papá», «Cómo hablar con tus hijos sobre los funerales», «La muerte de un padre», «Cuando la muerte llega de repente» y «Llorar la muerte de un hijo o una hija adultos», entre otros. Figuran prácticamente todas las permutaciones posibles del duelo, menos una: un folleto que se titulara «Cuando pierdes a tu hijo pequeño». Porque se supone que eso no tiene que suceder. Va en contra del orden natural que un padre tenga que enterrar a su hijo. Y, cuando ese hijo es tan joven como Jaiden, la tragedia es tan inconcebible que ni siquiera el cementerio tiene un folleto que ayude.

«¿Sabes qué me parece curioso? —le pregunta Brenda a su novio Nate, dueño de una funeraria, en la serie de televisión *A dos metros bajo tierra*—. Si pierdes a tu cónyuge, eres un viudo o una viuda. Si eres un niño y pierdes a tus padres, eres un huérfano. ¿Pero qué palabra hay para calificar al padre que pierde a un hijo? Supongo que es demasiado jodido y demasiado espantoso para que se le dé un nombre»[32].

[15] Cadena de hamburgueserías baratas. [N. de la T.].

[16] Unos grandes almacenes de precios muy baratos. [N. de la T.].

[17] Población según el censo: 38.519. «1990 Census of Population and Housing», U.S. Department of Commerce, 1990, https://www.census.gov/prod/cen1990/cph2/cph-2–37.pdf , «Grove City, Ohio, Quick Facts», U.S. Department of Commerce, 2015, http://www.census.gov/quickfacts/table/PST045215/3932592

[18] http://boxrec.com/boxer/7409

[19] http://www.10tv.com/content/stories/2013/11/22/grove-city-shootingschools.html

[20] Kellner, Douglas. *Guys and Guns Amok: Domestic Terrorism and School Shootings from the Oklahoma City Bombing to the Virginia Tech Massacre.* Boulder, Colorado: Paradigm, 2008, pág. 14.

[21] Ibíd.

[22] «Grove City, OH Crime and Crime Rate», USA.com, http://www.usa.com/grove-city-oh-crime-and-crime-rate.htm

[23] Lisa Evans, «Mapping Murder Throughout the World», *The Guardian*, 10 de octubre de 2011, http://www.theguardian.com/news/datablog/2011/oct/10/world-murder-rate-unodc

[24] http://www.10tv.com/content/stories/2014/07/24/columbus-ohioshooting-survivor-shares-her-journey-from-pain-to-recovery.html

[25] «Ohio Police Kill Man after Shooting of Woman, Child», *Herald Dispatch*, 22 de noviembre de 2013, http://www.herald-dispatch.com/news/recent_news/ohio-police-kill-man-after-shooting-of-woman-child/article_cea0d240-975e-533b-92de-b0343e08f52e.html

[26] Associated Press, «Ohio Boy Shot by Mom's Ex-lover still in Critical Condition», *News-Herald*, 23 de noviembre de 2013, http://www.news-herald.com/article/hr/20131123/NEWS/131129642

[27] H. Range Hutson et al., «Suicide by Cop», *Annals of Emergency Medicine* 32, no. 6 (diciembre de 1998): 665–9, http://www.annemergmed.com/article/S0196–0644(98)70064–2/abstract

[28] El softball es la versión suave del béisbol, que suelen jugar las chicas en edad escolar. [N. de la T.].

[29] Schiff, Harriet Sarnoff. *The Bereaved Parent*. Nueva York: Penguin Books, 1978., pág. 2.

[30] Ibíd., pág. 25.

[31] Ibíd., pág. 23.

[32] *Six Feet Under*, temporada 1, episodio 9, «Life's Too Short»; http://www.imdb.com/title/tt0702000/?ref_=ttqt_qt_tt

2
KENNETH MILLS-TUCKER
(19 AÑOS)

Indianápolis, Indiana
23 de noviembre, 3:13, hora de la Costa Este

Una lluvia de disparos rápida y repetitiva perforó la noche como el repiqueteo de una omnipotente máquina de escribir en una oficina oscura y vacía. Eran las 3:13 de la madrugada cuando una mujer, despertada por el ruido pero todavía con la pesadez del sueño en la voz, llamó al 911 y le contó a la operadora lo que había oído. «Disparos de algún tipo —dijo, antes de volverse hacia su marido, cuya voz se oye apagada por el teléfono—. Mi marido dice que es una automática». La telefonista pregunta en qué dirección se oían los disparos. «Hacia el norte. Desde un poco más abajo de mi calle —dice, pero el marido la corrige—. Dice que hacia el este. Hacia las oficinas principales».

—¿Cuántos disparos ha oído?

—Disparos de repetición. Más de seis.

—¿Seis?

—Más de seis. Estoy en la cama, no me he levantado. Porque nos han despertado. Me han despertado. Nunca había oído unos disparos así.

La segunda persona que llamó fue breve y directa. «¿Es el 911? La policía está por aquí cerca. Pero han disparado a alguien delante de mi casa». Mientras se desarrollaba el drama, los residentes de una zona del noroeste de Indianápolis fueron ofreciendo toda la información que podían. Las balas perdidas volaban por todas partes. Una golpeó la pared de un dormitorio, otras dos atravesaron unas ventanas. Las llamadas eran relatos parciales, a veces aterrados, de residentes cuyo sueño se había visto interrumpido por el potente estallido de un arma de guerra y que se sentían desorientados mientras se esforzaban por dar sus versiones de los hechos a la voz desapasionada de una funcionaria que buscaba datos fríos y procesables al otro lado de la línea.

—Estoy en los apartamentos Three Fountains West. Creo que he oído disparos. Y luego gente corriendo por delante de mi casa —dice una tercera persona con frases bruscas y entrecortadas —. Oí los disparos y, en cuanto miré por la ventana, había dos hombres corriendo por delante. Y luego los vi pararse.

—Muy bien. ¿Son blancos, negros, hispanos…? —pregunta la operadora.

Hay una larga pausa.

—Son negros. Y visten de negro.

—¿Los dos visten de negro?

—Eso dice mi compañero de piso. Dispararon a la víctima justo delante de su habitación.

—¿Él lo vio?

—No lo vio. Lo oyó. Entonces miró por la ventana y le vio caer.

La siguiente persona está claramente aterrada: «Mi novio, mi bebé y yo estábamos en casa y oímos un disparo. Mi ventana… Mi pared está…».

Una bala había atravesado su ventana. La mujer pierde el hilo y su novio coge el teléfono, con un tono más frenético y urgente.

—Están disparando desde mi edificio. Estamos en Falcon Crest viendo la televisión. Tengo que salir de aquí. ¿Puede enviar un coche para que salga de aquí? No quiero estar en esta zona.

—Creo que ya hay varios agentes allí —dice la operadora.

—No quiero estar aquí. Qué demonios —jadea.

—Hay muchos agentes allí —dice la operadora, que intenta tranquilizarle—. No le va a pasar nada. Hay muchos agentes.

Él no la escucha. Está diciendo a su novia que recoja sus cosas.

—Mete las cosas en la bolsa del niño. Lo llevaremos a un hotel —sigue respirando con dificultad.

—Vamos a decírselo —dice la operadora.

—¿Cuánto van a tardar? —pregunta él.

—¿Quiere irse ya?

—Sí, queremos dormir en un hotel.

Su novia vuelve al teléfono.

—Señora, mire, tenemos un bebé de dos meses.

—Lo entiendo.

—Así que verdaderamente queremos irnos ya, ¿vale? —dice la joven—. Queremos irnos.

La operadora está irritándose.

—Lo sé, señora, ya le he dicho que vamos a decirle a un agente que vaya a buscarlos, ¿de acuerdo? Están muy ocupados. Hay mucho jaleo. Van a ir a buscarlos en cuanto puedan. Pero les voy a decir que ustedes quieren irse a un hotel. Estarán allí en cuanto puedan, ¿vale? En cuanto puedan. *En.Cuanto.Puedan*. Para hablar con ustedes, ¿vale? Permanezcan dentro del apartamento. No salgan. Un agente va a ir a por ustedes.

—De acuerdo. Gracias.

Three Fountains West se encuentra en una parte curiosa de Indianápolis en la que el campo, la ciudad y la zona residencial se juntan pero no encajan. A tres minutos en coche uno puede estar en la autopista, montando a caballo, en un centro comercial, en un piso o en un adosado. Pero Three Fountains West, en sí, es una cooperativa de viviendas muy agradable. Me recordó a la ciudad inglesa en la que crecí durante los años setenta: recién construida, de precios asequibles, con casas idénticas de jardín delante y detrás, unos servicios que no estaban mal —varios parques infantiles, un centro comunitario, una piscina con tobogán— y zonas verdes cuidadas. En Three Fountains West, una casa de alquiler con tres dormitorios cuesta 620 dólares al mes, y la empresa promete «proporcionar el sentimiento de estar “en casa” sin los inconvenientes de ser los propietarios»[33]. De acuerdo con la página web de la sección censal (una zona relativamente pequeña, que suele tener unos pocos miles de habitantes), de todos los lugares en los que dispararon a niños ese día, este era el más diverso (62 por ciento de negros, 15 por ciento de blancos, 20 por ciento de hispanos)[34].

La policía llegó allí enseguida. Estaban preparándose para una operación cercana, que no tenía nada que ver, cuando los agentes oyeron las llamadas al 911 que informaban de los disparos. Aun así, cuando llegaron, los autores habían huido después de dejar una escena que parecía de una película de David Lynch. Un Honda Accord verde de 2002 se había estrellado contra un

poste de la luz y había volcado, y sus cuatro ocupantes se habían dispersado. El conductor, Wayne Wilson, de 20 años, estaba sobre el césped quejándose de dolor en la espalda. A Jaylen Grice, de 20 años, que estaba con él en la parte delantera del vehículo, le dolía todo el cuerpo. A ambos los llevaron al hospital. Tarell Davis, de 19, no estaba cuando llegó la policía, pero regresó más tarde, aparentemente ileso. Kenneth Mills-Tucker, de 19, yacía quieto, sin emitir ningún quejido. Había dado unos pasos tambaleantes y había caído a unos 30 metros del coche. Le habían disparado en el costado izquierdo y otra bala le había rozado el lado derecho del abdomen. La policía cree que el tiroteo se produjo justo delante de la administración de Three Fountains West porque se encontraron muchos casquillos en su zona de estacionamiento. Kenneth y sus amigos no llegaron muy lejos. El coche volcó a unos metros de distancia, mientras trataban de tomar Moller Road en dirección sur, y dejó la zona a oscuras durante varias horas después de chocar contra el poste eléctrico. El informe definitivo del forense sobre Kenneth Mills-Tucker dice: «La intervención médica no tuvo éxito y se decretó la imposibilidad de sostenerle con vida a las 3:57 a.m.».

Aproximadamente a la misma hora que Amy Sanders y su familia estaban atravesando la línea Mason-Dixon[35] en su viaje de Houston a Grove City para ver a Jaiden inerte pero todavía técnicamente con vida, Kenneth se convirtió en la segunda persona cuya historia relata este libro y la primera en morir en el periodo de 24 horas que abarca. Jaiden fue el más joven; Kenneth, el mayor, a solo tres días de cumplir 20 años.

En la foto utilizada en su necrológica, Kenneth, al que llamaban «KJ», está hecho un auténtico dandi, con una camisa blanca, sombrero blanco reluciente inclinado ligeramente hacia la derecha, pajarita a juego y chaleco de rayas diagonales grises y blancas. Su sonrisa cerrada resalta la barbilla prominente y la perilla que crece en ella. De aspecto formal y atractivo y, al mismo tiempo, vestido de forma divertida, de no ser negro, habría podido ser un extra en *El gran Gatsby*.

Al parecer, había dicho que estaba deseando dejar atrás la adolescencia; su nombre de usuario en Twitter era la fecha de su cumpleaños, @Nov.26th. Uno de sus últimos tuits, enviado la misma noche en que murió, decía: «De juerga con la banda Dooney Wayne y Rell a ver qué pasa esta noche. Mi último fin de semana como adolescente»[36]. Según el informe del forense, los cuatro habían salido de una fiesta en el edificio de Three Fountains hacia las 3:13 de la mañana.

Al amanecer, en Twitter resonaba la noticia de su muerte. En una conversación a las 5:21 de la mañana, una amiga mostraba sus condolencias a la novia de Kenneth, Denise: «tú eres quizá la última voz que oyó, nadie puede imaginar lo que estás pasando, es duro para todos, pero mantente firme». Denise no se había enterado. «Qué dices», escribió. «KJ muerto», fue la respuesta. «No, TF, no es verdad, de qué hablas, qué pretendes, dónde está KJ».

Los que saben a qué se debió el tiroteo no han dicho nunca nada. Si la policía lo sabe, no lo ha dicho. Mientras tanto, el asesino de Kenneth está por descubrir.

Los muertos no hablan. Cada joven fallecido aquel día tiene una historia que va más allá de su muerte. Al recopilar este libro, lo difícil fue sacar a la luz todas las historias posibles. Encontrar a los familiares no siempre fue fácil. Las noticias eran breves, normalmente escritas por el desgraciado al que le tocó estar de guardia el fin de semana. Ocasionalmente incluyen una cita de algún familiar. Pero muchas veces no. Después hubo necrológicas en internet que proporcionaban los nombres de padres, hermanos, tanatorios e iglesias. Si el tiroteo había sucedido en casa o cerca de ella, era frecuente que las familias se mudaran a otro lugar, como

hizo Nicole. De modo que entrar en contacto con la gente consistió en una mezcla de persistencia y suerte: rastrear directorios de teléfonos en la web en busca de los nombres mencionados en los obituarios con la esperanza de que figurase una dirección; enviar mensajes a través de Facebook; recorrer las calles literalmente y preguntar a la gente si conocía a la familia; hablar con los directores de los tanatorios que habían enterrado a las víctimas y los pastores que habían llevado a cabo sus funerales; pedir a los periodistas locales que compartiesen sus pistas.

Si alguno de estos esfuerzos daba fruto, llegaba la parte más difícil: hablar con las familias.

Hablar con los familiares de un niño fallecido es intrínsecamente una intromisión. La cuestión es si esa intromisión se acepta o no. No es fácil confiar en un desconocido para contarle la historia de tu hijo muerto. Los periodistas no tienen ningún derecho a saber esas historias. Pero es frecuente que a los padres les reconforte saber que alguien que no pertenece a su círculo íntimo está interesado. Les alivia saber que alguien, en alguna parte, se ha dado cuenta de que esa persona a la que dieron a luz y educaron ha desaparecido repentinamente del planeta.

Por el contrario, hay algunos que no solo no quieren hablar sino que les molesta que se les pregunte. Una familiar de uno de los niños de este libro, cuando le pedí una entrevista, me contestó con esta indignada nota de voz: «No me llame por teléfono. Es un hijo de puta estúpido. Tengo su número y se lo voy a dar a mi abogado. No quiero tener nada que ver con usted, gilipollas. No se le ocurra volver a llamarme nunca. Hijo de puta». Otro familiar con el que ya había hablado me había dado su número.

Lo cierto es que es imposible saberlo hasta que se pregunta. Se lo pedí al abuelo de Kenneth. Encontré su nombre en la lista de familiares que figuraba en la necrológica de Kenneth y lo comparé con un nombre idéntico en el directorio de teléfonos. Según el censo, su dirección estaba en un barrio con una comunidad negra numerosa. Supuse que, de todos los parientes de Kenneth, el abuelo sería el que con más probabilidad tendría un teléfono fijo. Así que llamé.

Respondió una mujer, que dijo que había llamado al número correcto pero que él no estaba en casa. Le expliqué mi idea de hacer este libro y se mostró muy entusiasta. «Gracias a Dios. Alguien debe escribir sobre esto —dijo—. Deberían enseñar a los niños de primero y segundo a mantenerse alejados de las armas. Es desolador. Los tipos que le dispararon ni siquiera le buscaban a él», dijo. Le pregunté si tenía un número de contacto de su padre o su madre.

«Espere que le llamo —dijo, en referencia al abuelo de Kenneth—. Está en casa. Creía que era usted un cobrador», se rio. El abuelo me dio el número del móvil del padre de Kenneth. En retrospectiva, debería haberle mandado al padre un mensaje de texto. Eso le habría dado tiempo para pensar en mi petición. Una llamada inesperada de un número desconocido, a mitad de día, de alguien que quiere hablar sobre tu hijo al que acaban de asesinar, desconcertaría a cualquiera. Ahora lo sé. Pero le llamé. Le dije de dónde había sacado su número, de qué trataba el libro, y le pregunté si podía verle cuando fuera a Indianápolis unas semanas después.

«¿De dónde ha sacado mi número?», preguntó. Volví a explicárselo. «¿Cómo consiguió su número?», preguntó. Se lo expliqué. «¿Cómo averiguó nuestros nombres?», preguntó. Se lo expliqué. Y así sucesivamente. Como es lógico, la sorpresa que sentía le impedía pensar en nada más. Le pedí disculpas por el asalto y pregunté si podríamos hablar en un momento más oportuno. Dijo que me llamaría esa noche.

Le envié inmediatamente un mensaje en el que le pedía perdón y le explicaba con más detalle el proyecto. No me llamó esa noche. Tampoco la noche siguiente. Dejé pasar un par de días y volví a enviarle un mensaje, y luego otro más antes de salir hacia Indianápolis. Nunca me devolvió la llamada. Cuando llegué a la ciudad cinco meses después del asesinato, llamé al abuelo a su casa

y dejé un recado. Como no me llamaron, fui a verlos y les dejé una nota en la puerta. Cuando regresé al hotel, me habían dejado un mensaje en el buzón de voz mientras estaba en el coche. Era la pareja del abuelo. El mensaje duraba cuatro segundos. Se limitaba a decir: «No vuelva a llamar».

Fui a Indianápolis en abril de 2014, a la convención anual de la Asociación Nacional del Rifle (NRA), que se celebraba en el centro de convenciones, a 20 minutos de donde habían disparado al chico.

La sensación de miedo e impotencia que revelaban aquellas llamadas al 911 la noche que murió Kenneth —el hombre atemorizado que se sentía incapaz de defender a su familia y que pedía la protección del Estado, las burbujas domésticas perforadas por el caos de la calle, los ciudadanos respetuosos con la ley paralizados por unos salvajes— es la moneda de cambio de la NRA. La operadora del 911 recomendó al hombre que llamaba que se sentara a esperar; el eslogan de la convención de la Asociación ese año era «Levántate y lucha».

Cuando la NRA llega a una ciudad, hace notar su presencia. Una gran pancarta que cubría toda una manzana en pleno centro de la ciudad prometía «nueve acres de armas y material»[37]. Y el despliegue en el interior no defraudaba. En una inmensa sala de exposiciones que mostraba las mejores máquinas de matar del sector, docenas de hombres blancos (no había presentes muchos más grupos demográficos) apuntaban armas vacías a media distancia y meditaban sus compras. Todos los grandes nombres estaban allí: Mossberg («Fabricado para ser fuerte. Orgulloso de ser americano»), Smith & Wesson («Avanzado por diseño») y Henry («Hecho en América. O no se hace»).

La relación con las armas de algunos hombres que recorren esas exposiciones es una relación romántica. A veces, casi raya en lo sexual. El tacto, el olor y el poder de un arma de fuego se funden y crean su propia alquimia erótica. «Cuando coges un fusil, una pistola, una escopeta, tienes en tus manos un pedazo de historia de Estados Unidos— escribe Chris Kyle en *American Gun*—. Coges el arma, y el olor de la pólvora y el nitrato de potasio inundan el aire. Colocas el fusil sobre el hombro y miras a lo lejos. Y lo que ves no es un blanco, sino todo un continente de posibilidades, de grandes cosas que se avecinan, un futuro prometedor… pero también esfuerzos, pruebas y penalidades. El arma de fuego que tienes en las manos es un instrumento que te ayudará a superarlos»[38].

La convención incluye decenas de seminarios que van desde «La cocina de la caza: del campo a la mesa» hasta «Los hombres y las armas del Día D». Pero los más populares, con gran diferencia, son los que se basan en la idea de que uno tiene que luchar por su vida. En el seminario titulado «Conceptos de defensa del hogar», Rob Pincus, un personaje tenso y musculoso con una perilla recortada, animaba a varios cientos de asistentes a imaginar la habitación de su casa en la que se atrincherarían en caso de asalto para «reproducir ese componente emocional» de cualquier robo domiciliario. Las familias debían tener una palabra clave. «Pensad en dónde estáis por la mañana y por la noche», les decía, mientras imaginaban el mejor escondite. A la hora de decidir qué arsenal podía ser el más apropiado, sugería un arma de calibre 20 para defenderse, o tal vez una 9 mm, «que puede ser mucho más manejable». Les decía que, al pensar en el arma que utilizarían, debían de tener en cuenta lo siguiente: «¿Cuál es la distancia práctica? ¿Cuál es la distancia previsible? ¿Cuál es el tamaño previsible? ¿Qué destreza tengo como tirador?».

En otras palabras, se trata de imaginar un robo con todos los detalles y asegurarnos de estar

siempre preparados para esa posibilidad. En lugar de ceder a la complacencia de que no va a ocurrir o es poco probable, se trata de construir un estado de alerta que implica asumir e incorporar la idea de que puede ocurrir en cualquier momento y desarrollar los reflejos para reaccionar con eficacia y en consecuencia. En definitiva, hay que vivir la vida con miedo a las amenazas y las agresiones. Sentirse estimulados por la posibilidad de que alguien, en algún momento, pueda sentirse dispuesto a invadir y atacar. «Hay que practicar —insistía—. Hay que crear el estímulo».

Pero la amenaza de la que habla la NRA no se dirige contra una persona o una familia concretas; es contra toda la civilización estadounidense. «Para justificar la necesidad de armas de fuego, el relato de los promotores del derecho a llevarlas necesita reafirmar continuamente el espíritu del salvaje oeste, que convierte la autodefensa en algo esencial y la pertenencia a las milicias en algo obligatorio —escribe James Welch, profesor ayudante en la Universidad de Texas en Arlington, en su ensayo «Ethos of the Gun»—. No importa que el salvaje oeste dejara de ser una experiencia habitual para los estadounidenses hace mucho tiempo; los más acérrimos partidarios de las armas hacen todo lo posible para mantener vivo el sentimiento de que el mundo es un lugar peligroso e inseguro»[39].

La NRA defiende el derecho a portar armas en virtud de la Segunda Enmienda a la Constitución, que se aprobó en 1791 y que afirma: «Dado que una milicia bien regulada es necesaria para la seguridad de un Estado libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas». La idea de que esta frase se refiere al derecho de cada individuo está muy extendida, pero tiene sus detractores.

«El mundo de la Segunda Enmienda es irreconocible —alega Michael Waldman en *Second Amendment: A Biography*—. Era un mundo en el que todos los hombres estadounidenses blancos servían en el ejército durante toda su vida de adultos, en el que esos soldados ciudadanos aportaban sus propias armas y las guardaban en casa, y en el que la idea de un Ejército Nacional era suficiente para que los patriotas fueran corriendo a buscar sus mosquetes. Cuando desaparecieron las milicias, desapareció el significado original de la Segunda Enmienda».

Cinco años después de retirarse, el que había sido presidente del Tribunal Supremo, Warren Burger, un magistrado conservador nombrado por Nixon, seguía diciendo que la Segunda Enmienda «ha sido objeto de uno de los mayores fraudes —repito la palabra “fraudes”— al pueblo estadounidense por parte de grupos de intereses que haya visto en toda mi vida»[40].

Volviendo a la convención de la NRA, el vicepresidente ejecutivo y consejero delegado de la Asociación, Wayne LaPierre, se dirigió a la muchedumbre para exponer el siniestro cuadro de un país envuelto en amenazas en forma de cabezas de hidra que no dejaba a salvo a nadie y en el que ningún lugar quedaba libre de sospechas. «Sabemos que, en el mundo que nos rodea, hay terroristas, individuos que invaden nuestros hogares, cárteles de la droga, ladrones de coches, asaltantes y violadores, gente que odia, asesinos que matan en campus universitarios, en aeropuertos, en centros comerciales, locos furiosos que matan al volante y criminales que conspiran para destruir nuestro país con estallidos de violencia contra nuestras redes eléctricas, o con oleadas de sustancias químicas o enfermedades que pueden destruir la sociedad que nos sostiene. Y yo os pregunto: ¿Confiáis en que este gobierno os va a proteger? No podemos contar más que con nosotros mismos»[41].

Apocalíptica en el tono, demagógica en el contenido e hiperbólica en su escala, la visión distópica evocada por LaPierre presentaba una nación no solo atacada sino también en declive. «Casi donde quiera que miremos —continuó—, nos encontramos con algo que ha fracasado.

Podemos saberlo y sentirlo. Algo se ha ido al traste. Los valores fundamentales en los que creemos, las cosas que más nos importan, están cambiando. Deteriorándose… Por eso hay cada vez más estadounidenses que compran armas y munición. No para causar ningún lío, sino porque tenemos la sensación de que Estados Unidos ya está en un lío»[42].

Todas las convenciones de la NRA atraen una pequeña pero decidida concentración de manifestantes llegados de todo el país. Pero esta fue especial. Unas semanas antes, el exalcalde de Nueva York Michael Bloomberg había anunciado su decisión de invertir 50 millones de dólares para desarrollar una red popular de defensores del control de armas que reuniría a varias de las principales organizaciones dedicadas a la cuestión, como Alcaldes contra las armas ilegales y Madres en demanda de acciones para controlar las armas, en un grupo llamado «Todas las ciudades por la seguridad en el manejo de las armas de fuego»[43]. La rueda de prensa que dieron ese día en Indianápolis para protestar contra la convención de la NRA fue uno de sus primeros actos.

Después de la reacción inicial de la pareja del abuelo de Kenneth, y dado que la convención de la NRA se celebraba en su ciudad, yo esperaba que hubiera algunos amigos o parientes del joven entre los activistas, indignados por su muerte. En la sala de la conferencia de prensa, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que era poco probable. En una ciudad en la que uno de cada cuatro habitantes es afroamericano y más de la mitad de las víctimas de homicidios son personas negras, casi no había ninguno entre los concentrados, aparte de un puñado de mujeres en el estrado que procedían, todas, de otras ciudades y que habían perdido a sus hijos por culpa de las armas. Es más, pese a que Indianápolis posee una de las tasas más elevadas de homicidios de todas las ciudades que aparecen en este libro, no parecía que estuviera allí nadie de la ciudad que hubiera sufrido las consecuencias de la violencia armada.

Cuando pregunté a uno de los organizadores si podía hablar con alguna persona local, me indicaron a una mujer de Carmel, un barrio residencial acomodado y cercano. Como la mayoría de los asistentes a la protesta, había empezado a interesarse por el control de armas después del tiroteo en la escuela primaria de Sandy Hook, en Newtown, Connecticut. Algunos con los que hablé me dijeron que, aunque ya se habían preocupado por la cuestión con anterioridad, la tragedia de Sandy Hook les había hecho volcarse más. A quienes reconocían que nunca habían prestado mucha atención al problema, Newtown les había obligado a cuestionarse su indiferencia. Dado el gran número de tiroteos masivos que hay en Estados Unidos —solo en 2013 hubo 254, incluido uno ocurrido el día sobre el que trata este libro, y cuatro en Indianápolis[44]—, pregunté a aquella mujer: «¿Qué tuvo específicamente Sandy Hook para impulsarla a actuar?».

«Tengo cuatro hijos pequeños —contestó—. Cuando sucedió aquello, no pude dejar de pensar en mis niños en el colegio. Ya estaba cada vez más preocupada. Cada vez que había un tiroteo pensaba: “Dios mío”. Pero no sabía lo verdaderamente grave que es. Hay pocas circunstancias que pesen tanto como una madre que trata de proteger a sus hijos».

Donna Dees-Thomases, que en el año 2000 organizó la Marcha del Millón de Madres (la mayor manifestación en favor del control de armas hasta la fecha), lo explicó muy bien cuando la conocí en aquella rueda de prensa: «Fue el hecho de que fueran niños de seis años. Veintiséis estadounidenses murieron víctimas de una matanza en una escuela primaria en cinco minutos. Podrían haber sido nuestros colegios. Podrían haber sido nuestros hijos. Es la inocencia de los niños. No es más terrible que cuando muere cualquier otra persona. Pero la devastación que

provoca la muerte de esos niños inocentes es innegable, ni el hecho de que no los protegimos». En toda la sala, las palabras utilizadas para describir a los niños fallecidos en Sandy Hook eran invariablemente «ángeles», «inocentes», «bebés».

Esa conexión emocional es fácil de entender. La imagen de aquel día que se nos quedó grabada a todos, los niños desconsolados, escoltados por un agente de policía, todos en fila, con los rostros retorcidos de pánico y shock, fue insoportable. Las escenas de los padres que esperaban con angustia a conocer la suerte de sus hijos y las semblanzas escritas sobre unas cortas vidas destruidas sin sentido fueron desgarradoras. También es fácil comprender el posible efecto político de aquel instante. Sandy Hook no solo fue una tragedia, sino también un ejemplo que ilustraba con enorme dureza los argumentos de los defensores del control de armas. Los derechos van acompañados de responsabilidades; las libertades, de ciertas restricciones. ¿Quieres más a las armas que a tus hijos? ¿Qué es más importante, la libertad de portar armas o la libertad de saber que tus hijos van a estar a salvo en el colegio?

Ese mismo día, en China, Min Yongjun, un hombre de 36 años con problemas de salud mental, entró con un cuchillo en una escuela primaria de Chenpeng, en la provincia de Henán, y apuñaló a 23 niños y a una mujer mayor. No murió nadie[45]. Por más que la NRA insista en su axioma de que «no son las armas las que matan a la gente, es la gente la que mata a la gente», está clarísimo que la gente puede matar a la gente con más facilidad con un arma de fuego que casi con cualquier otra cosa de las que se venden en Estados Unidos.

En las leyes, como en la vida, los niños forman una categoría especial: son los más vulnerables, los más necesitados de protección, por parte de sus padres y del Estado y también frente a ambos. El hecho de que sean niños hace que no tengan voz ni voto sobre cómo se ha construido el mundo en el que viven ni cuáles son sus normas. Su sufrimiento es más conmovedor y, por tanto, provoca una indignación más intensa contra los que los atormentan o les hacen daño. Sacar esto a relucir en un debate no es aprovecharlo como argumento, sino contextualizar el problema.

Ahora bien, la preocupación por los niños también puede ser calculada. Cuando no solo se subraya su vulnerabilidad sino que se proclama su inocencia intrínseca y se insiste en su carácter angelical, se los saca de la categoría de «protegidos» para colocarlos en un plano más elevado. De esta manera, el énfasis deja de estar en lo fácil que es obtener las armas para trasladarse a la pureza moral de los que pueden morir víctimas de ellas. Dees-Thomases tenía razón al insistir: «No es más terrible que cuando muere cualquier otra persona por arma de fuego». Y, sin embargo, obsesionarse con la inocencia de los «bebés» y los «ángeles» da a entender que existen otras víctimas más culpables, menos angélicas, más merecedoras de su suerte. La búsqueda y la utilización de la «víctima ideal, digna de encomio», es un factor básico de las campañas de justicia social. A veces puede ser una táctica eficaz, pero siempre es problemática.

En 1955 sacaron del río Tallahatchie, en Mississippi, el cuerpo del chico de 14 años Emmett Till, con una bala en el cráneo, un ojo arrancado y un lado de la frente aplastado, después de que no hubiera mostrado el «debido respeto» a una mujer blanca en una tienda de alimentos. Los dos hombres blancos que le mataron (y que confesaron el crimen posteriormente a un periodista) fueron absueltos por un jurado totalmente formado por blancos. La revista *Life*, en un editorial, llamó la atención sobre el hecho de que el padre de Till, Louis, había muerto mientras servía en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial: «[Emmett Till] no tenía nada que perder más que su vida, igual que otros muchos, incluido su padre, que murió cuando era soldado en Francia mientras luchaba en defensa de la idea estadounidense de que todos los hombres son iguales»[46]. Este intento de santificar a Emmett porque era hijo de un soldado patriota tuvo un efecto

contraproducente cuando se descubrió que, en realidad, a Louis le habían ahorcado en Italia después de ser declarado culpable de violar a dos mujeres italianas y matar a una tercera, pese a que él lo negó. Pero la cuestión es que, aunque una cámara hubiera filmado a Louis en el momento de arrojarse sobre una granada para salvar a su pelotón, eso también habría sido irrelevante para el caso de Emmett. Ningún niño debería sufrir una muerte tan brutal, independientemente de que su padre fuera un proxeneta o un sacerdote.

No todos los intentos de destacar la honorabilidad de una víctima son tan toscos como este, pero todos adolecen del mismo fallo fundamental. El centro de gravedad del argumento pasa de «Esto no debería ocurrirle a nadie» a «Esto no debería ocurrirle a una persona así», como diciendo que hay personas que sí pueden merecerlo. Subrayar la inocencia de los niños que fueron víctimas en Sandy Hook puede dejar en evidencia lo indignante e injusto que es que se dispare contra niños, pero eso no quiere decir que sea menos indignante e injusto cuando disparan a alguien que ha vivido lo suficiente como para ser culpable de algo. Cuando se utilizan esos atajos empáticos, se queda mucha gente al margen.

Kenneth Mills-Tucker era culpable de algo. Como su familia no decía nada, buceé en internet para averiguar lo que pudiera e incluso miré en los archivos públicos que contienen fichas policiales. Allí descubrí que, el 10 de marzo de 2013, alrededor de las 23:50, había sido culpable de conducir un coche siendo negro. O, para ser más exactos, de disminuir la velocidad pero «no detenerse por completo» al llegar a una señal de Stop. En el informe del suceso, el agente que le dio el alto escribe: «Cuando salí y me aproximé al vehículo, noté el olor característico de lo que, por mi práctica y mi experiencia como agente de la ley, pensé que era marihuana. Al llegar a la ventanilla del conductor, vi una gran nube de humo que salía, efectivamente, con olor a marihuana». Cogió el permiso de conducir de Kenneth y el permiso de circulación del vehículo, volvió a su coche, comprobó los datos en el ordenador y pidió un coche de apoyo. Cuando llegó el otro agente, ordenó a Kenneth y a su acompañante que salieran del coche y les colocaron «esposas por nuestra seguridad y por las causas probables del olor a marihuana».

Al registrar el vehículo, el policía encontró una pipa con residuos de marihuana justo encima de los soportes para los vasos, varios papelillos para hacer cigarrillos y tabaco de liar. Kenneth dijo que la pipa era suya, fue arrestado por «posesión de material» y le pusieron una multa por no detenerse en una señal de Stop. Una grúa se llevó el coche y la policía confiscó la pipa y llevó a Kenneth a la comisaría.

Así entran muchos hombres negros en el sistema de justicia penal en Estados Unidos: con una detención policial al azar. En *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*, Michelle Alexander explica que el 95 por ciento de las paradas que se hacen con arreglo a la Operación Pipeline no encuentran ninguna droga ilegal[47] (la Operación Pipeline es un programa de entrenamiento de agentes uniformados para que sepan identificar las pistas de existencia de drogas ilegales durante actividades rutinarias de control del tráfico). Esta fue una de ellas. Pero una vez que han parado a una persona por «algo», les da igual ficharte por lo que sea. Como dice un agente de la Policía de Carreteras de California al que se cita en el libro, «es cuestión de números… Hay que besar muchas ranas para encontrar un príncipe»[48].

Esa noche, la pipa de Kenneth le convirtió en príncipe. Aunque le mataron nueve días antes de la fecha de su comparecencia ante el juez, es de suponer, dado que al parecer la pipa era suya y que probablemente tenía escasas posibilidades de costearse un buen abogado, que le habrían declarado culpable de «algo». Es decir, habría sido expulsado del mundo de los «bebés» y los

«ángeles».

Visto con ojos comprensivos, no hace falta mucha imaginación para decir que Kenneth había sabido salir adelante. En una ciudad en la que, en 2012[49], el 38 por ciento de los niños negros no terminaron el bachillerato, él, de acuerdo con su necrológica, se había graduado en el Arsenal Technical High School[50]. En una ciudad en la que el 74 por ciento de los jóvenes negros de entre 16 y 19 años no trabajaban (aunque es cierto que muchos todavía estaban estudiando)[51], Kenneth estaba empleado en la empresa U-Haul. Pero, sobre todo, era un joven querido. «KJ era como un hijo para todos nosotros —escribió un amigo de la familia en su obituario online—. Siempre me gustaba verle en la iglesia… Siempre iba tan bien vestido, y estaba tan bien educado, y me gustaba mirar a sus ojos vivaces».

Ahora bien, si la muerte de Kenneth hubiera sido un tema de interés público, todo eso no habría importado nada. Ninguna información en los medios habría incluido que «nunca tuvo problemas con la ley»; casi todos se habrían asegurado de mencionar su «reciente condena por asuntos de drogas». Ya no habría sido inocente, ya no habría sido digno de encomio. En cierto modo, lo habrían presentado como si se hubiera merecido su fin.

Las pocas noticias que hubo sobre el suceso no dijeron nada de Kenneth, aparte de su nombre y su edad. Las circunstancias de su muerte merecieron un par de centenares de palabras; la muerte, propiamente dicha, apenas una frase; su vida, ni una sola palabra. Pero, si alguien hubiera querido denigrarle, no habría necesitado rastrear sus antecedentes policiales, sino que habría bastado revisar su cuenta de Twitter y dejar que se condenase solo. Porque, aunque los muertos no hablan, ahora, muchos jóvenes (entre ellos, todos los adolescentes que fallecieron ese día) siguen teniendo voz desde la tumba, en las redes sociales.

Hay que ser precavido a la hora de sacar conclusiones sobre el carácter de una persona por su presencia en las redes sociales. En Facebook nadie tiene hijos que lloren ni un matrimonio con problemas, y todo el mundo pasa vacaciones maravillosas bajo un cielo azul. Son escenarios de representación en los que ofrecemos unas versiones de nosotros mismos filtradas para consumo público.

Y esas representaciones se prestan a ser malinterpretadas. Cuando el policía Darren Wilson mató a Michael Brown, un chico de 18 años que no iba armado, en Ferguson, Missouri, en agosto de 2014, al principio, los medios de comunicación utilizaron una foto del joven, de su página de Facebook, con las manos en una postura que, según algunos, era un símbolo de una banda y, según otros, era la señal de la paz. En cuestión de días, cientos de jóvenes afroamericanos tuitearon fotos de sí mismos con significados opuestos —una con una imagen amenazadora y otra con una imagen «respetable»— bajo la etiqueta #IfTheyGunnedMeDown (si me disparasen). Querían demostrar lo fácil que era distorsionar la fotografía de un joven negro, sacada de contexto, para que se ajustara a un estereotipo determinado.

Tyler Atkins, por ejemplo, colgó una foto en la que llevaba esmoquin negro y pajarita blanca, con un saxofón, y otra en la que llevaba un pañuelo azul en la cabeza y apuntaba con el dedo hacia la cámara como si fuera una pistola. La primera se había tomado después de un concierto de jazz en el que había tocado; la segunda, sacada de un vídeo de rap que había hecho para un trabajo de matemáticas del instituto. «Si los medios hubieran tenido acceso a esta fotografía, seguro que habrían dicho que yo pertenecía a una banda de delincuentes, cosa que no es cierta en absoluto», explicó Atkins, que tenía 17 años, a *The New York Times*[52]. Evidentemente, muchos compartían esa sensación porque, en dos días, la etiqueta se había utilizado 168.000 veces[53].

Ahora bien, aunque sería un error conceder demasiada importancia a la actividad de alguien en

las redes sociales, también lo sería ignorarla porque, como mínimo, ofrece la imagen que una persona desea proyectar, y eso ya es revelador. A falta de cualquier contacto con la familia, las redes sociales eran la única manera de saber más sobre Kenneth.

Kenneth era un tuitero prolífico pero esporádico: en septiembre no publicó más que un tuit, mientras que, la semana antes de morir, publicó un centenar. Su cuenta de Twitter parece una mezcla de las banalidades que dan mala fama a las redes sociales —«tío, odio cuando el asiento del W.C. está frío»; «me gustaría que hubiera un móvil tan duro que cuando se te cayera no se rompiera la pantalla»— y las bravatas características de un joven con demasiado tiempo libre. Hay bastantes referencias a que fuma marihuana —«el kush que me estoy fumando me ha hecho estornudar»; «odio irme a la cama en pleno subidón. Me parece que es desperdiciar la hierba»— y un montón de fanfarronadas machistas: «si un buen coño no se la levanta a un negro, no hay nada que pueda hacerlo»; «no me fío de NINGUNA puta PUNTO». A veces, su adolescencia se transparenta mucho. Está claramente emocionado porque se acerca su cumpleaños y lo menciona tres veces en pocos días. Rompe y se reconcilia públicamente con su novia en una misma noche, como solo un adolescente puede hacerlo. En cuatro horas pasa de «el amor ya no vive aquí joder qué mierda» a «si estoy soltero voy a estar soltero un par de años es demasiada tensión» y de ahí a «aunque enfadados entre nosotros peeeeero [un emoticono de corazón]» y de ahí a «amor exigente».

Sin embargo, lo que queda más patente (y lo que distingue su *timeline* del de sus homólogos en casi todos los demás países de Occidente) es que sus fanfarronadas van más allá de las mujeres y la marihuana y abarcan las armas y la muerte. En sus siete últimos meses de vida, Kenneth perdió a tres amigos. Un tuit del 2 de octubre dice: «4/5/13 R.I.P. ReggieMac 7/21/13 R.I.P. Frank 10/2/13 R.I.P. Rockhead». Da la impresión de que Frank, un chico de 17 años que, al parecer, murió en un tiroteo accidental en el aparcamiento de un Marriott durante Black Expo, una exposición de la cultura negra, era muy amigo de Kenneth[54]. Su foto servía de fondo a la página de Twitter de Kenneth. «Echo de menos a Frank me quitasteis a mi negro», tuiteó. Y pocas semanas antes de morir, escribió: «Tío, hace 71 días que me dejaste hermano te echamos de menos no dejamos de pensar en ti ni un segundo pero debemos mantener vivo el sueño R.I.P. @ImFrank_GMG».

Que una persona tan joven tuviera contacto con tanta muerte resulta estremecedor, pero no sorprende tanto después de leer lo que tuiteaban. Justo una hora antes de morir, Frank escribió: «soy uno de los pocos jóvenes negros que manda realmente y no me importa nada que me acusen de asesinato». Un par de días antes de morir, Kenneth escribió: «Casi todos los negros llevan armas y tienen miedo de usarlas». Un par de días antes de eso apuntó: «Hago mal si le disparo cuando él quiere matarme, eso es una mierda». Y una semana antes, había citado al rapero Chief Keef: «Tengo pasta ahora que esa puta me recuerde les disparo ahora y los negros me oyen».

Más de dos años después de que muriera Kenneth, la policía detuvo a nueve sospechosos de formar parte de una banda, la Get Money Gang[55], que presumían de haber «aterrorizado» Butler-Tarkington, un barrio de la parte norte, y de traficar con drogas y armas por toda la ciudad. Los agentes requisaron 17 pistolas, casi 6 gramos de cocaína, casi 12 kilos de marihuana y más de 32.000 dólares en efectivo. La policía cree que el grupo está relacionado con cuatro homicidios en el barrio y otras zonas desde 2012, así como con la muerte de un niño de 10 años por una bala perdida.

Hubo dos individuos para los que la policía tenía órdenes de detención por su relación con la banda pero a los que no consiguió atrapar en las redadas: Jaylen Grice y Tarell Davis, dos de los

tres pasajeros que iban con Kenneth en el coche la noche de su muerte. El barrio al que supuestamente aterrorizaron está a 15 minutos de donde dispararon a Kenneth, y la cuenta de Twitter de este último está llena de referencias a GMG, Get Money Gang.

No está claro si lo que Kenneth no se toma en serio son las armas, la muerte o a sí mismo; al fin y al cabo, es Twitter. No sabemos si estaba relacionado con GMG, si sus amigos eran culpables, si alguna vez tocó un arma, si llevaba una la noche en que murió ni si el peor delito que cometió en toda su vida fue no detenerse por completo en una señal de Stop con presuntos residuos de marihuana en la pipa. A los jóvenes les gusta presumir, fanfarronear y soltar bravatas. Y una plataforma como Twitter se lo pone fácil. Pero tampoco podemos quitarle importancia y decir que son todos meros desahogos en las redes sociales. Porque Kenneth y los amigos a los que mencionaba están muertos. El día de su entierro, @QueenofPetty se disculpó en Twitter por no asistir a su funeral. Ya no podía más: «siento no haber ido a ver cómo te enterraban. No puedo ir a más funerales es desgarrador. Te veré pronto en el cielo R.I.P».

Pocos días antes de cumplir 20 años, Kenneth era tan poco adulto como cualquier estudiante de segundo año de universidad, pero nadie podía calificarlo de «inocente», «angélico» o «infantil». La elevación y la canonización de la «víctima respetable» tiene mucha influencia en el hecho de que la mayoría de los que sufren la violencia de las armas —negros, hispanos, pobres— no se sumen al movimiento en favor del control de armas. «A veces, eso ha impedido que las asociaciones crezcan más», dice Julia Browder Eichorn, una activista que lucha por el control de armas desde los años noventa. Julia, que es afroamericana y vive en Columbus, Ohio, estuvo aquellos días en Indianápolis para protestar contra la NRA. Yo la había conocido por casualidad en la Universidad de Ohio unas semanas antes, cuando había ido a dar una conferencia a Columbus. «Si colocamos como símbolo a alguien que no ha tenido una vida precisamente ejemplar, la oposición nos hará pedazos. Ya llaman a nuestros hijos, que no han hecho nada, matones. Ese es uno de los motivos fundamentales por los que no se ven más madres de color en este movimiento. Quizá sabían que sus hijos estaban haciendo estas cosas y no lo impidieron. Quizá solo rezaban para que no les ocurriese nada. Tenemos que apoyar a esa madre que a lo mejor se equivocó, o a lo mejor lo hizo lo mejor que pudo, pero cuyo hijo, por desgracia, ya no está aquí».

Muchos chicos de los que iban a morir en las 24 horas siguientes se criaron en circunstancias difíciles y tenían vidas complicadas. Pero, mientras las historias sobre armas solo protejan a los «inocentes» y los «niños», es difícil que alguien también hable en su defensa. «Los chicos que mueren son auténticos niños —le dijo Clementine Barfield, que fundó el movimiento Salvad a nuestros hijos y nuestras hijas, después de que dispararan contra sus dos hijos (uno sobrevivió y el otro murió) en el mismo suceso, en Detroit, a Deborah Prothow-Smith, antigua Comisaria de Salud Pública en Massachusetts—. Son niños reales de familias reales. Algunos estaban haciendo estupideces. Y algunos tuvieron la mala suerte de estar en el sitio equivocado en el momento inadecuado. Pero todos los niños tienen derecho a equivocarse. Todos los niños tienen derecho a vivir. Mi hijo está muerto. El suyo podría ser el siguiente»[56].

[33] «Three Fountains West», 2011, http://www.threefountainswest.com/

[34] http://www.usboundary.com/Areas/Census%20Tract/Indiana/Marion%20County/Census%20Tract%203103.06/457146#Data

– Census Tract3103.06, Marion County, Indiana; U.S. Census Bureau, «Explanation of Race and Hispanic Origin Categories», http://www.census.gov/population/estimates/rho.txt

[35] La línea Mason-Dixon es un límite trazado en el siglo XVIII para resolver unas disputas territoriales entre los estados de Virginia Occidental, Maryland, Pennsylvania y Delaware, que además marcaba el límite entre los estados esclavistas y los abolicionistas hasta la Guerra de Secesión, por lo que es una línea simbólica que separa el sur del norte de Estados Unidos. [N. de la T.].

[36] Todos los tuits de Kenneth citados en este capítulo proceden de su página de Twitter @Nov.26th, https://twitter.com/Ayeee_itsFonzy, Kenneth Mills-Tucker, tuits, septiembre-noviembre de 2013

[37] Un acre equivale aproximadamente a 4.000 metros cuadrados. [N. de la T.].

[38] Kyle y Doyle, *American Gun*, pág. 259.

[39] En Agger, Ben, y Timothy W. Luke, eds. *Gun Violence and Public Life*. Boulder: Paradigm Publishers, 2014., pág. 171.

[40] http://www.washingtonpost.com/wp-srv/national/longterm/supcourt/stories/courtguns051095.htm

[41] Samantha Lanchman, «Wayne LaPierre Warns Fellow Gun Rights Supporters of "Knockout Gamers", "Haters"», *Huffington Post*, http://www.huffingtonpost.com/2014/04/25/wayne-lapierre-nra-_n_5214959.html

[42] Wayne LaPierre, «CPAC: Wayne LaPierre's Speech», *Daily Caller*, http://dailycaller.com/2014/03/06/cpac-wayne-lapierres-speech/

[43] Aaron Blake, «Bloomberg Launches New $50 million Gun Control Effort», *The Washington Post*, https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2014/04/16/bloomberg-aims-to-spend-50-million-on-gun-control/

[44] http://www.gunviolencearchive.org/reports/mass-shootings/2013

[45] Shannon Van Sant, «China School Knife Attack Leaves 23 Injured», CBS News, http://www.cbsnews.com/news/china-school-knife-attack-leaves-23-injured/

[46] «In Memoriam, Emmett Till», *Life* Magazine, octubre de 1955.

[47] Alexander, Michelle. *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*. Nueva York: The New Press, 2012, pág. 71. (Ed. traducida: Alexander, Michelle. *El Color de la Justicia: La Nueva Segregación Racial en Estados Unidos*. Capitán Swing, 2017).

[48] Ibíd.

[49] Amos Brown III, «Black Graduation Rates Fall in State, Many Indy Districts», *Indianapolis Reporter*, http://www.indianapolisrecorder.com/education/article_bbbc4442-81be-11e2-9701-0019bb2963f4.html?TNNoMobile

[50] «Kenneth J. Mills-Tucker», *Indianapolis Star*, http://www.legacy.com/obituaries/indystar/obituary.aspx?pid=168224887

[51] «Keeping Youth Connected», CLASP, http://www.clasp.org/resourcesand-publications/files/Indianapolis_Profile.pdf

[52] Tanzina Vega, «Shooting Spurs Hashtag Effort on Stereotypes», *The New York Times*, http://www.nytimes.com/2014/08/13/us/if-they-gunned-me-downprotest-on-twitter.html/

[53] Jessica Durando, «Users Ask which Photo Media would Use #IfThey-GunnedMeDown», *USA Today*, http://www.usatoday.com/story/news/nation-now/2014/08/12/if-they-gunned-me-down-hashtag-twitter/13982539/

[54] http://fox59.com/2013/07/21/teen-found-shot-to-death-in-parking-garageof-jw-marriott/

[55] http://www.indystar.com/picture-gallery/news/2016/04/21/gett-moneygang-members-arrested/83330394/

[56] http://lawdigitalcommons.bc.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1685&context=lsfp

3
STANLEY TAYLOR
(17 AÑOS)
Charlotte, Carolina del Norte
23 de noviembre, 4:17, hora de la Costa Este

Como especialista en comportamiento en el sistema escolar de Charlotte, Mario Black dedicaba gran parte de su tiempo a intentar convencer a sus jóvenes estudiantes, en su mayoría negros, de que la vida no solo consistía —o podía no consistir—en perder el tiempo en la calle y meterse en líos. «Tres o cuatro veces al día, tengo que dejar claro a los chicos que esto es lo que les espera si no cambian su comportamiento: la cárcel o la muerte. A veces es muy difícil. Confío en convencerles de algo. Debo tener la esperanza de que se quedarán con alguna cosa de las que les digo en el futuro y la utilizarán cuando la necesiten».

Cuando un joven primo suyo, Davion Funderburk, murió de un disparo en julio de 2013, Mario se sintió obligado a hacer algo más fuera de las aulas. «Un compañero mío de estudios y yo hablamos de que nadie hacía nada. Así que decidimos que teníamos que hacerlo nosotros». Y así nació un incipiente movimiento juvenil: la Marcha del Millón de Jóvenes de Charlotte (MYMOC). Su propósito era movilizar a los adolescentes y jóvenes de la ciudad, así como a los líderes cívicos, para impedir que la violencia arrebatara la vida a tantos jóvenes. Mario pensaba mezclar la acción comunitaria con actos educativos como mesas redondas con jóvenes.

«Intento encender una llama en ellos —me explica—. Decirles que las calles no son su vida, que hay vida más allá de la calle. Queremos aportar cosas positivas a la comunidad, al grupo de gente de entre 13 y 25 años. Porque siempre oímos hablar de las cosas negativas. Aquí siempre hay alguien en ese grupo de edad que es víctima de un tiroteo».

Me entrevisté con Mario, que tiene 32 años, en un local de la cadena Olive Garden situado en un centro comercial del tamaño de un pueblo pequeño. Iba vestido de manera informal, con pantalón militar y una sudadera con capucha, y tenía la cabeza cubierta de largas rastas recogidas en una especie de coleta que le caía a la espalda, con unas cuantas sueltas alrededor del rostro y sobre el pecho.

Cuatro meses después de que dispararan al primo de Mario, uno de sus antiguos alumnos de la escuela primaria, Stanley Taylor, de 17 años, llegó en coche a una gasolinera Marathon con varios amigos. La estación de servicio, situada junto a la salida 38 de la Interestatal 77, es el negocio más rentable de un pequeño grupo de locales comerciales que incluyen una barbería y un edificio abandonado. Además de la oferta habitual de las gasolineras —cosas para picar, bebidas, billetes de lotería y artículos básicos de aseo—, vende camisetas y gorras con los logotipos de casi todos los grandes equipos de baloncesto y, en la parte de atrás, tiene un pequeño mostrador de comida rápida llamado Hot Stuff Pizza. Minutos después de que hubieran declarado la imposibilidad de mantener con vida el cuerpo de Kenneth Mills-Tucker a 940

kilómetros de distancia, en Indianápolis, Stanley estaba a punto de entrar en la tienda de Marathon con sus amigos cuando Demontre Rice llegó en su coche y se acercó tanto que pensaron que iba a atropellarlos.

«Los entornos con índices elevados de homicidios son similares —escribe Jill Leovy en *Ghettoside: Investigating a Homicide Epidemic*—. El escenario suele ser un enclave de minorías o un territorio disputado en el que la gente desconfía de la autoridad legal… Los asesinatos suelen originarse en discusiones. Muchos pueden describirse en pocas palabras: una pelea entre hombres. Las peleas pueden ser espontáneas, parte de una rencilla que viene de atrás o la culminación de "algún drama"»[57]. En este caso, fue un drama espontáneo que, dados los temperamentos volátiles de los dos hombres involucrados, no podía terminar bien.

Stanley, dice su amigo Trey Duncan, tenía mucho genio. «Como le dieras un golpe, aunque fuese leve, ya no había nada más que hacer». En la página de Facebook creada en su memoria —un espacio que suele reservarse para cariñosas reflexiones y citas bíblicas—, Quan Jones escribió: «Qué tal primo recuerdas aquella vez que estábamos en el instituto y pegaste a aquel tipo con un candado en la clase. Qué buenos tiempos aquellos en el instituto r.i.p. Lil stan alias madmix te queremos primo». Demontre, a sus 27 años, tampoco era ningún dechado de autocontrol. Su ficha incluye, entre otras cosas —y hay muchas otras cosas— arrestos por violencia de género, conducción temeraria y uso ilegal de un arma con agravante.

Los detalles exactos de lo que sucedió son confusos. Los dos intercambiaron palabras. Cuando Stanley y su grupo entraban en la estación de servicio, Rice sacó su pistola y empezó a disparar. De acuerdo con la autopsia, Stanley recibió cuatro disparos. Una bala penetró en la pierna derecha, otra rozó la misma pierna y otra le dio en la pierna izquierda. Pero lo que le mató fue lo que el forense denominó la «Herida de bala número 1». «Herida de bala penetrante en la espalda —dice la autopsia sobre la trayectoria—. Al entrar en el cuerpo, el proyectil atraviesa la piel y el tejido blando de la espalda y fractura las costillas 9 y 10. Los fragmentos de bala perforan los lóbulos superior e inferior del pulmón izquierdo. Existe gran cantidad de sangre residual presente en la cavidad pulmonar. Se extraen fragmentos de bala del pulmón izquierdo y la pared pectoral. Se retienen múltiples fragmentos de bala gris como prueba».

La llamada al 911 para denunciar el tiroteo llegó a las 4:17 de la madrugada, con una formalidad y una contención propias de alguien que estuviera vendiendo una póliza de seguros. «Sí, señora, han disparado a alguien aquí», dice una voz apagada de hombre con acento del sur de Asia y un tono como si viera disparar a gente todo el tiempo.

—¿Dónde?

—En Lasalle Street.

—¿Está todavía ahí la persona que lo ha hecho?

—Se ha ido en su coche y los otros le han seguido en otro coche.

—OK. ¿La persona a la que han disparado está todavía ahí?

—No, no está. Alguien se lo ha llevado.

—¿Pero ha pasado ahí?

—Sí, señora.

—OK. La persona a la que han disparado, ¿en qué coche se ha ido?

—No lo sé.

—¿Sabe de qué color era?

—Un coche marrón. Un buen coche. Un coche marrón. Le conozco, le conozco en persona —dice el interlocutor, en el único instante remotamente emocional de la llamada—. El tipo ese le

ha disparado.

—OK. Vamos a enviar a unos agentes.

—Gracias.

—De nada.

Tal como había advertido el hombre, cuando llegó la policía, todos se habían marchado. Los amigos de Stanley le habían metido en un coche y se lo habían llevado por el kilómetro y medio que separa las Interestatales 77 y 85. Mario cree que estaban tratando de llegar al Hospital Universitario. En cualquier caso, por el camino se encontraron con una ambulancia, le hicieron señas y metieron en ella a Stanley. Al llegar al hospital, los médicos solo pudieron certificar su fallecimiento.

El domingo, la policía emitió una orden de detención contra Rice, con la advertencia de que era un tipo «armado y peligroso». El viernes siguiente, Rice se entregó en la Cárcel del Condado de Mecklenburg, donde le acusaron de asesinato. Casi un año después, se declaró culpable de asesinato en segundo grado y fue sentenciado a una pena de entre 285 y 354 meses de prisión[58].

Stanley era alto, delgado y con la piel muy oscura. Llevaba el pelo de punta y rematado por pequeñas trenzas que le habían granjeado el apodo de MadMaxx. En las redes sociales, las fotografías de él mirando directamente a la cámara y con una gran sonrisa llena de magníficos dientes blancos son mucho menos numerosas que otras poses más estudiadas, con la boca semiabierta y la cabeza inclinada. «Tenía un sentido del humor maravilloso —dice su madre, Toshiba—. Era un buen chico. Siempre estaba haciendo el ganso. Quería verte sonreír. Siempre con bromas, siempre haciendo el tonto».

«Era un payaso —recuerda Trey, que menea la cabeza y sonríe—. A veces era tan payaso que podía llegar a irritarte». Da la impresión de que Stanley podía irritar bastante. «La verdad es que no se llevaba bien con demasiada gente», dice Toshiba, cuya apreciación de las muchas cualidades de su hijo no le impedía ver sus faltas. «No tenía pelos en la lengua —dice Shimona, amiga de Toshiba, que lo conocía desde que era pequeño—. Era muy buen niño. Listo, ganso, cariñoso, generoso. Quería a sus amigos. Quería a sus amigos». A juzgar por lo publicado en Facebook, su novia, a la que veía la mayoría de los días después de clase, lo adoraba. Durante más de un año después de su muerte, sus amigos siguieron colgando mensajes en su memoria, no solo en Año Nuevo, Navidad y su cumpleaños, sino en días corrientes, cuando no querían más que mantener su recuerdo. Unos meses después de que falleciera, alguien hizo una pintada en la pared de la estación de servicio Marathon —donde le habían disparado— que decía: «R.i.P. $tan #FordBound», en referencia a Beatties Ford Road, una calle larga y anodina en el oeste de Charlotte en la que los amigos solían pasar mucho tiempo. La única afición de la que hablan es el baloncesto. «Pero lo que de verdad le gustaba —dice Toshiba— era estar en la esquina con sus amigos».

Uno de esos amigos era Trey. Aunque Toshiba da a entender que Stanley «no había tenido ningún problema reciente con la ley», Trey indica como si tal cosa —aunque los datos no están muy claros— que Stanley fue a la cárcel durante «tres o quizá seis meses» cuando tenía «dieciséis o diecisiete años» por «algo». Stanley iba a clase a la Turning Point Academy, un centro concertado cuya misión era «reconducir el comportamiento de los alumnos mediante programas positivos que proporcionan rigor, sentimiento de relevancia y relaciones»[59]. Sin embargo, dice Trey, después de salir de la cárcel, a Stanley le costó volver a encarrilarse. «A partir de entonces fue cuesta abajo. Empezó a juntarse con gente poco recomendable y, en cuanto

estuvo con esa gente, los estudios dejaron de importarle».

Trey no recuerda un tiempo en el que no supiera quién era Stanley, porque era del mismo barrio. Pero no se hicieron amigos hasta la adolescencia. Trey, un joven delgado y sencillo, se reúne conmigo en un Burger King. En la camiseta lleva prendida una foto de Stanley. Y debajo se leen dos versículos de la Biblia, los Proverbios 3:1-2. «Hijo mío, no te olvides de mi ley; más bien, guarda en tu corazón mis mandamientos. Porque prolongarán tu vida muchos años y te traerán prosperidad». En el aniversario de la muerte de Stanley, organizó una suelta de globos que atrajo a mucha gente.

Llega con un par de baquetas y me cuenta que en otro tiempo tocaba los platillos en la banda del instituto. Stanley se presentó a las pruebas y acabó tocando el bombo. Trey dice que se le daba bastante bien, aunque Stanley no permaneció más que unos meses en la banda. Pese a ello, los dos siguieron siendo amigos. «Solíamos pasar el rato en Beatties Ford Road», dice Trey. Cuando le pregunto en qué consistía «pasar el rato», la respuesta es vaga. «Pasar el rato, ya me entiende», dice. Pero no lo entiendo. Es una afición que, pese a que consumía horas de su tiempo, parece imposible de definir y no necesita más matizaciones ni explicaciones. Parece consistir fundamentalmente en holgazanear, hablar de chicas y pensar maneras de ganar dinero. La mayor parte del tiempo solían encontrarse en L. C. Coleman Park, un lugar bucólico justo detrás de Beatties Ford Road, con una zona infantil, mesas de pícnic, barbacoas y canchas de baloncesto. «Íbamos al parque, íbamos a casa de mi colega, jugábamos a algo… pasábamos el rato», explica Trey.

Los más íntimos de Stanley no tenían más que una vaga idea de lo que quería ser o hacer. Nunca le había dicho a Trey nada sobre una futura profesión. En su funeral, un profesor del instituto leyó uno de sus últimos trabajos, en el que había escrito que sabía que no estaba viviendo como debería y quería cambiar cosas para poder terminar el bachillerato e ir a la universidad. «Estaba haciendo pequeños cambios en la buena dirección —dice Mario—. Hablaba de ir al colegio universitario local —dice Toshiba—. Quería inscribirse en el bachillerato para adultos y crear su propio negocio».

Cuando pasaban el rato en Beatties Ford Road, el gran sueño de Stanley y Trey era ir un día a Miami para «pasar el rato» y «acostarse con chicas blancas». Trey no sabe decir qué era lo que les atraía de Miami. Pero seguía teniendo ese mismo sueño incluso sin Stanley. «Ese era mi principal objetivo—dice—. Si llego a Miami, será acojonante». Hace una pausa. «Voy a llorar».

Trey no puede describir exactamente el grupo con el que solían juntarse Stanley y él en Beatties Ford; es difícil de definir, como el término «pasar el rato». No era un grupo tan formal como para tener nombre, pero sí lo suficiente como para tener un código. «No diré que fuera una banda —dice Trey—. Era una cosa del barrio. Beatties Ford. Éramos una pandilla. Los del lado oeste. El lado norte es otro barrio completamente diferente con el que ni se te ocurre liarte. Todos estábamos juntos. Este es mi hermano, este es mi hermano. Todos estábamos en la misma pandilla. Nos ayudábamos siempre. No voy a dejar que nadie te toque. Si le pegas, yo te pego a ti. Porque soy su hermano». A veces, eso convertía a Stanley en una carga. Su temeridad pasaba a ser responsabilidad de todo el grupo. «Tratas de contenerlo. Pero cuando me doy cuenta de que no hay nada que hacer, ahí estoy con él. Por eso me habría gustado verdaderamente estar allí cuando sucedió», dice, en referencia a la noche en que murió Stanley. ¿Habría servido de algo su presencia teniendo en cuenta que Rice llevaba una pistola?, le pregunto. «Tiene razón —reconoce Trey—. No habría podido hacer gran cosa».

Mario no solo dio clase a Stanley en primaria, sino que fue al colegio con Toshiba. Vio crecer al chico, con el que se encontraba de vez en cuando por la ciudad. La última vez que le vio fue aproximadamente un año antes de su muerte. «Siempre era un placer ponerme al día con él —dice Mario—. No era ningún ángel. Pero tampoco era el peor. Ni mucho menos. Era un adolescente típico que correteaba por ahí. Con sus colegas. En la calle. Ya en sus años de adolescente tenía una energía que superaba a algunos de sus profesores. Cuando terminó la escuela primaria, a veces, me lo encontraba. Y siempre mostró el máximo respeto. "Hola, Mr. Mario. Hola, Mr. Black"».

Al amanecer el sábado 23 de noviembre, Black se enteró vagamente de que había muerto otro joven de la ciudad. «En Facebook vi muchos mensajes que decían "RIP Stan", pero no me enteré de quién era hasta que lo vi en los informativos el domingo por la mañana. Yo había lanzado la Marcha del Millón de Jóvenes precisamente por ese motivo, así que me tocó muy de cerca. Los educadores nos encariñamos con estos alumnos. Somos una especie de padres fuera de casa. Así que fue como si hubieran disparado a un hijo mío. Lloré como un niño».

Llamó a Toshiba para ayudarla a organizar el funeral. Un par de semanas después se celebraba el Día de Restitución a la Comunidad del movimiento de la Marcha. Habían preparado una recogida de juguetes para los pobres y que los peluqueros cortaran el pelo gratis a los niños. Llevaban planeándolo mucho tiempo pero, con la muerte de Stanley, decidieron dedicarle la jornada a él. El acto fue un éxito, con la asistencia de más de un centenar de personas. Toshiba recibió una vela encendida en memoria de su hijo. Sin embargo, fueron muy pocos amigos de Stanley y eso decepcionó profundamente a Mario. Esa noche escribió en la página de Facebook en memoria del joven: «A todos los que aseguraban querer a Stanley o a su madre y su familia, me entristece que no vinieran hoy a apoyar la Marcha de un Millón de Jóvenes de Charlotte (MYMOC) durante nuestra jornada de restitución y en memoria de Stanley».

«Me sorprendió que aparecieran tan pocos —me dijo Mario unos meses más tarde—. Todos aseguraban que querían a Stanley con locura, y sí estuvieron en la vigilia de las velas. Pero cuando llegó el momento de honrarle, no fueron. Fue desalentador, porque eran los mismos amigos que habían dicho que le honrarían y que apoyarían a su madre. Su familia sí estuvo allí, y ellos no».

En sus clases de comportamiento, Mario utiliza la muerte de Stanley como una fábula de la que aprender. En la pared hay una fotografía de él. «Quiero que la vean cuando empiezo a explicárselo. Les digo: "Su madre recibió una llamada de teléfono el sábado antes de Acción de Gracias y tuvo que pasar la fiesta planeando un funeral. Imaginad que vuestra madre recibiera esa llamada. Que le digan que han disparado y matado a su niño, o que su niño está en la cárcel por juntarse con gente poco recomendable o estar en el lugar equivocado en el momento inoportuno"».

«A veces hay lágrimas —me dice—. Me lo tomo con calma, porque quiero que todos los chicos con los que estoy en contacto sepan que se lo ha contado Mr. Black. Confío en que sea como una luz que les ilumine para emprender la buena dirección. Tres o cuatro veces al día tengo que explicar a los chicos que eso es lo que les espera si no cambian su vida: la cárcel o la muerte. Y también les digo que soy su profesor y no quiero oír sobre ellos lo mismo que tuve que oír sobre Stanley».

Toshiba teme que pocos compañeros de Stanley tengan la intención de aprender la lección. Cuando le pregunto qué haría falta para que comprendieran lo que está en juego, responde: «No dejo de hacerme esa misma pregunta, porque ahí siguen en la calle. —Adopta el tono viril de los

chicos, un gruñido ronco—: “Él ya no está, pero nosotros vamos a seguir buscándonos la vida en la esquina”. No sé. Simplemente no lo sé. Mario se esfuerza para que los jóvenes comprendan: “Podríais tener una vida realmente buena”».

Un año después de que ella recibiera la vela, el movimiento MYMOC celebró su segundo Día de Retribución. Llovió de forma abundante y solo participaron alrededor de 20 chicos. En esta ocasión, el acto estuvo dedicado a uno de los mejores amigos de Stanley, Ajewan Jones, que había muerto tiroteado seis meses después que él. La noche que murió Stanley, el hermano de Ajewan estaba con él, y Ajewan estaba en la cárcel por haber violado la libertad condicional. En esta ocasión, la vela la recogió la madre de Ajewan, Shimona, que era amiga de Toshiba.

Cuando alguien muere por disparos en Charlotte, Judy Williams se entera enseguida. La organización que dirige, Madres de Hijos Asesinados (MOMO), lleva más de dos décadas organizando vigilias en memoria de víctimas de asesinatos. Cuando empezaron, la policía les llamaba para contarles que había habido un tiroteo. Ahora MOMO es una institución tan importante en la ciudad que las familias de las víctimas suelen acudir directamente a ellos.

Judy, una mujer cordial, devota y simpática, con el cabello corto y plateado, organizó una vigilia por Stanley a la que, según recuerda, acudió mucha gente en el Lincoln Heights Neighborhood Park. En el aniversario de su fallecimiento, ayudó a Trey a organizar la suelta de globos.

Judy creó este grupo de apoyo después de que su ahijada, Shawna Hawk, muriera estrangulada por un asesino en serie que la dejó flotando en la bañera de su casa, en Charlotte. El asesinato se produjo el 19 de febrero de 1993, el año con más homicidios en la historia de Charlotte hasta la fecha[60]. A Judy le preocupaba que la madre de Shawna no fuera capaz de superarlo. Shawna era hija única, y madre e hija habían tenido una relación casi de hermanas. Judy quiso contribuir de alguna forma después de la muerte de la niña, y se le ocurrió celebrar vigilias con velas y suelta de globos para los familiares de las víctimas.

Si una familia necesita dinero para el entierro, a veces, celebra la vigilia lo antes posible y aprovecha para hacer una colecta (han llegado a recoger más de mil dólares en una noche). Si no, trata de hacerla la víspera del funeral. Ese es el momento en el que hay más amigos y familiares venidos de fuera y proporciona cierto desahogo antes de la ceremonia formal. «Pensamos que, si la gente se reunía de todas formas, debíamos aprovecharlo —dice—. Por qué no juntar a esas personas que están en casa de la familia, dejarles que expresen lo que sienten mientras encendemos velas, hablamos, lloramos, leemos poemas, cantamos… lo que quieran hacer. Cosas que normalmente no pueden hacer durante el funeral al día siguiente».

Judy es una mujer muy religiosa. Uno de los muchos pósters que hay en la pared de su despacho como administradora del edificio de viviendas en el que vive proclama: «Tu relación con Dios es tan fuerte como la que tienes con la persona que menos te gusta». Los globos que sueltan tienen escritos versículos de la Biblia, además de un número de teléfono y una dirección de correo electrónico para que quienes los reciben puedan responder. Una vez, uno llegó hasta Canadá. Cuando conocí a Trey, un par de semanas después de la suelta de globos que había hecho en honor de Stanley, todavía no había recibido respuesta de nadie que hubiera recibido alguno.

Judy siempre está en primera línea para afrontar los efectos de la violencia, dispuesta a ocuparse de los familiares y amigos en el momento en que su dolor es más descarnado. Ha ayudado a organizar varios miles de vigilias y, cuando quiere contar una anécdota o un ejemplo,

se acuerda de casi todos los nombres de las víctimas y los lugares en los que murieron. Está muy concienciada y comprometida políticamente, y comparte sin problemas sus opiniones sobre cualquier cosa, desde la política exterior estadounidense hasta la Constitución. Cuando se le pregunta cuál es la principal causa de que haya tanta violencia con armas de fuego, no le cabe ninguna duda. «La gente ya no va a la iglesia. Ya no se habla de Dios a la gente. Se nota porque no muestran respeto mientras rezamos. Hay que recordarles que se quiten el sombrero. Antes no hacía falta decirlo».

Este fallo, en su opinión, se debe a una crisis fundamental en las familias negras. «Los hogares ya no son las incubadoras que deberían ser, un lugar en el que educar de verdad a los hijos y darles las herramientas que necesitan para salir al mundo sin robar ni matar. Muchos de ellos no hacen más que imitar lo que ven. Tenemos muchas madres adolescentes que no saben nada de criar hijos. Que no tienen a nadie que les ayuden a ser madres porque las suyas también son muy jóvenes. Hay abuelas de 32 y 36 años porque tienen hijos muy temprano. Y nadie sabe nada sobre ser padres a esas edades. Esos niños no obtienen la ayuda que necesitan, crecen prácticamente abandonados a su suerte, y les enseñan que el mundo les debe algo».

Entre los opinadores estadounidenses de derechas, es casi un dogma de fe decir que los afroamericanos se niegan a responsabilizarse de los problemas de sus comunidades y prefieren echar la culpa al racismo y la pobreza. Se obsesionan con su victimismo, dicen esos comentaristas, y no acometen la introspección y el esfuerzo necesarios para revitalizar la vida social y económica de sus barrios.

«Tengo el sueño de que los líderes negros de hoy dejen de culpar al racismo y "al sistema" de los males de la América negra —dijo el congresista republicano del Tea Party, Joe Walsh, parafraseando en su programa de radio a Martin Luther King—. Tengo el sueño de que la América negra asumirá la responsabilidad de mejorar sus propias vidas»[61]. A los líderes políticos negros que protestan por el racismo los llaman «embaucadores» que «juegan la carta de la raza» para aprovecharse del sentimiento de culpa blanco con propósitos egoístas en detrimento de su propia comunidad.

Estos argumentos se generalizaron sobre todo después de los disturbios y las manifestaciones que siguieron a las muertes, a manos de la policía, de varios jóvenes y adultos negros desarmados. Casos como los de Michael Brown, en Ferguson, y Eric Garner, en Nueva York, a quien se vio en un vídeo diciendo «No puedo respirar» mientras un agente lo estrangulaba hasta matarlo. En ambos casos, el gran jurado[62] no encontró motivos para procesar a los policías. «El presidente Obama debería demostrar algo de liderazgo —dijo el presentador de Fox News Bill O'Reilly—, [y decir]: "Está bien luchar contra la injusticia y sabemos que existe, pero amamos nuestro país, aplaudimos los avances que hemos hecho y existe una vía para triunfar. No abandonéis a vuestros hijos. No os quedéis embarazadas a los 14 años. No permitáis que vuestros barrios se deterioren hasta convertirse en zonas de fuego a discreción". Eso es lo que la comunidad afroamericana debería llevar impreso en sus camisetas»[63].

En un debate sobre Ferguson en el programa *Meet the Press*, Rudolph Giuliani, antiguo alcalde de Nueva York, dijo: «Me decepciona mucho que no tengan en cuenta el hecho de que el 93 por ciento de los negros que mueren en Estados Unidos lo hacen a manos de otros negros. Aquí estamos hablando de una excepción… Así que, ¿por qué no hacen que disminuyan [los crímenes de negros contra negros] para que muchos policías blancos no tengan por qué estar en zonas de negros? Los policías blancos no estarían allí si no estuvieran ustedes matándose el 70 por ciento

del tiempo»[64].

La idea de que es tabú hablar del «crimen de negro contra negro» se está afianzando, y no solo en la derecha. En la detallada descripción que hace Leovy en *Ghettoside* de los homicidios cometidos por la policía en Los Ángeles, asegura que los afroamericanos evitan hablar sobre el tema precisamente porque saben que los conservadores enseguida tergiversan el debate. «Algunos investigadores y activistas negros temen proporcionar más munición a los racistas blancos, más maneras de estigmatizar a los negros pobres», escribe[65].

Mi trabajo de campo para este libro indica que, entre la gente corriente, más bien ocurre lo contrario. En mis decenas de entrevistas a familiares, activistas comunitarios y otras personas se hablaba a menudo de los niños y adolescentes negros que recibían disparos de otros adolescentes negros, y casi nunca había referencias a la pobreza, al racismo ni a otros problemas estructurales. Por el contrario, se centraban casi exclusivamente en la responsabilidad personal. La «sociedad blanca» —signifique lo que signifique— no figuraba en absoluto. Casi todos describían la situación de forma muy similar a la de Williams, aunque con menos énfasis en la religión y más en la familia.

Tampoco hablaban de crímenes de «negros contra negros», pero porque es una calificación sin sentido. Estados Unidos es un país muy segregado, y el crimen se corresponde con esa realidad. En la mayoría de los delitos, las víctimas son de la misma raza que los autores. El 84 por ciento de los blancos asesinados cada año mueren a manos de otros blancos[66]. Lo normal es que los blancos que consumen drogas ilegales se las compren a otros blancos[67]. Por consiguiente, el hecho de que los negros se maten entre sí no contradice la relación entre raza y delincuencia de Estados Unidos en general, sino que la corrobora. La particularidad de la comunidad negra es su cantidad de crímenes violentos. La tasa de homicidios de jóvenes negros está disminuyendo, pero sigue siendo el cuádruple del promedio nacional y 10 veces la tasa de homicidios de jóvenes blancos[68].

El origen del problema, según la mayoría de los afroamericanos a los que he entrevistado, es la desintegración de la relación parental y el hecho de que no se transmitan en casa los valores esenciales, una situación que —afirma la mayoría— ha empeorado significativamente desde que ellos eran jóvenes. «Gran parte del problema es que hay niños criando a niños —dice Mario, cuya opinión sobre los padres adolescentes coincide con la de Judy—. Cuando yo estaba en primaria, mi madre participaba en el colegio. Había muchos padres que participaban. Hoy, en cambio, muchos niños se crían solos. Los padres son más jóvenes y creen que sus niños obtendrán ayuda de sus amigos de la calle, porque en casa no les ayuda nadie».

Este argumento siempre me ha parecido curioso porque, después de haberme criado en Inglaterra y haber ejercido como padre en Estados Unidos, no me parece que los padres estadounidenses sean peores que los británicos ni los de ninguna otra nacionalidad. De hecho, en Gran Bretaña, donde es mucho más habitual encontrarse a alguien borracho por la calle, da la impresión de que hay una cultura mucho más violenta y, al mismo tiempo, mucho menos letal. Ningún otro país occidental tiene el mismo número de muertes de menores por arma de fuego que Estados Unidos[69]. Ni siquiera se acerca. Estados Unidos tiene un índice per cápita de asesinatos por arma de fuego que es ocho veces la media de Europa Occidental[70], cuatro veces la tasa de Suiza, que es el país que más se le aproxima[71]. Aunque los estadounidenses fueran peores padres, no podrían ser *tan* malos.

Pero este razonamiento está tan asentado que los padres negros dicen que el problema es la educación de los hijos, incluso cuando los critican a ellos mismos por ser ese tipo de padres.

Shimona tuvo a Ajewan con 14 años, y él estuvo varias veces en la cárcel antes de morir tiroteado. En teoría, desde luego, es el arquetipo al que se referían Mario y Judy. Si se le pregunta cuál cree que es el origen del problema que le hizo perder a su hijo a tan corta edad, responde: «Creo que tiene mucho que ver con la familia. Los padres. A esos niños, sus madres no los quieren como hay que quererlos. Se educan en la calle. No tienen a nadie que les hable. Que les diga "esto no está bien. Sabes que no puedes ir y quitarle la vida a nadie así. Lo sabes muy bien. Sabes lo que está bien y lo que está mal"».

A veces, las contradicciones son dolorosas. Cuando estaba en Indianápolis buscando a la familia de Kenneth-Mills Tucker, conocí a DeAndra Yates, que llevaba una camiseta con el rostro de su hijo de 13 años, DeAndre Knox, que unos meses antes había quedado paralítico después recibir un disparo en la nuca durante una fiesta. DeAndra estaba en una manifestación de Madres por la Sensatez con las Armas para protestar contra las políticas defendidas en la convención nacional de la Asociación Nacional del Rifle que se estaba celebrando en la ciudad. Es decir, era indudable que tenía una opinión formada acerca de los temas sobre la mesa y la relación que guardaban con la desgracia de DeAndre. Sin embargo, cuando le pregunté cuál pensaba que era el problema, no mencionó las armas. «Los padres —dijo—. Ahí empieza todo. Con los padres».

Cuando un periódico digital local informó sobre el tiroteo en el que se vio involucrado DeAndre, hubo al menos un comentarista, Terry Payne, que se mostró de acuerdo. Era culpa de los padres. Pero no se refería a los padres de quien había disparado, sino a DeAndra. «¿Dónde están los padres y por qué hay chicos de 13 años en la calle después de anochecer? —preguntaba —. Este problema comienza mucho antes de que alguien añada un arma. ¡Si los padres no son capaces de educar a sus hijos como es debido, no deberían tenerlos, o por las buenas o esterilizándolos!». El comentario les gustó a seis lectores.

Al hablar con Toshiba se percibe el peso de todas esas acusaciones y difamaciones. La conocí en un TGI Friday's pocos meses después de que mataran a Stanley. Stanley era el mayor de sus cuatro hijos. Toshiba es una empleada de Correos menuda, delgada, con unos pómulos elevados que enmarcan un rostro atractivo y juvenil. Tiene solo 32 años. A esa edad, en Occidente, no hay mucha gente que haya enterrado a sus padres. Ella ha enterrado a un hijo. Por eso, aunque tiene un rostro sin arrugas, su voz y su postura están prematuramente —quizá solo por un tiempo— avejentadas por la pena. Mario le sugirió que hablara conmigo; si no, no creo que me hubiera concedido una entrevista. Llegó cubierta con un gorro a cuadros, de cazador, con las orejeras de piel protegiéndola del frío de Carolina. Durante los 40 minutos que duró nuestra conversación, no se lo quitó ni un instante.

Mientras reflexionamos sobre la corta vida de Stanley, en un momento dado deja de responder a mis preguntas y empieza inconscientemente a defenderse de la teoría generalizada —nunca una acusación explícita contra ella, pero sí implícita en todas las críticas contra la educación de los negros en estos casos— de que, en cierto modo, la muerte de su hijo es culpa de ella. «Lo intenté tanto con mi hijo…», dice, sobre su lucha para conducir a Stanley por otro camino y protegerle de las calles. Su tono es melancólico, resignado, derrotado, pero insistente. «Lo intenté —repite, con un tono brusco que enfatiza las batallas libradas, perdidas, anónimas y no reconocidas—. De verdad… *Lo intenté*. Intenté que estuviera en casa. Cerraba las puertas. Intenté mudarme a otro sitio. *Lo intenté*. Así que no sé. No se puede hacer nada. Lo intenté todo para que estuviera en casa. Le decía: "No todos son tus amigos. Te pegarán un tiro y no les importará". Pero solo

piensan en divertirse, estar con sus amigos, ir a fiestas, no se les puede decir nada… *Lo intenté*».

Los problemas de educar a hijos en ambientes como en los que crecen muchos jóvenes negros no tienen nada que ver con los que aparecen en programas como *Supernanny*. Cuando se critica el trabajo de los padres en estos contextos, antes hay que tener en cuenta lo que cuesta ser padres en una zona donde los colegios son malos, las bandas campan a sus anchas, las drogas y las armas están al alcance de cualquiera, los recursos son escasos y la vigilancia policial es rigurosa. Los riesgos son mayores, hay peligros por todas partes y, por tanto, el margen de error es mucho menor. Doriane Miller, una médico de atención primaria en el sur de Chicago que también trabaja en la Universidad de Chicago, recuerda una comida con un joven negro tranquilo y brillante que era becario en la universidad. Para explicarle cómo había conseguido no meterse en líos, le dijo: «Vivo en una comunidad muy tranquila en la que hay mucha gente mayor… Mi madre dice que es una buena forma de que esté a salvo. Voy a clase, vuelvo a casa, hago mis tareas y no salgo».

Miller, con la que me entrevisto en un café del barrio de Hyde Park en Chicago, no lejos de donde antes vivían los Obama, me explica que los padres negros de los barrios de rentas bajas hacen lo imposible por mantener a sus hijos a salvo. No se trata solo de fijar límites, imponer horas de vuelta a casa y asegurarse de que hacen los deberes. Llegan a aislarlos herméticamente de su entorno inmediato, donde los peligros son demasiados como para dejar nada al azar. «Vivía en ese mundo protegido —dice, en referencia al joven becario—. Tengo a muchos padres y abuelos que crean esas burbujas para los jóvenes. Los llevan a todas partes. No dejan que vayan en transporte público. No salen ni pasan tiempo en los parques. Porque es demasiado peligroso».

Criar hijos en Estados Unidos, en ambientes pobres o en contacto con ellos, es muy difícil. En su libro de 2007, *Come On, People*, el actor Bill Cosby, cuya reputación aún no estaba manchada por las numerosas acusaciones de conducta sexual inapropiada, exhorta a los padres negros a tomar medidas y a proporcionar el afecto y los cuidados necesarios para que sus hijos salgan adelante. Sus recomendaciones son detalladas y abundantes: «En cuanto una joven a su cargo diga que no le ha bajado la regla, recuérdele que vaya al médico para averiguar si está embarazada», escribe. «Si tiene alguna adicción, piense en sus hijos y busque ayuda», «Lleve a los niños a caminar o a dar una vuelta en bicicleta. Juegue a la pelota con ellos. Llévelos al parque», «Cuando sean un poco mayores, acostúmbrelos a la comida sana, sin fritos, con cereales integrales, carne magra, pescado, pollo y mucha fruta y verdura», «Si sospecha que su hijo o su hija tiene TDAH, acuda a un profesional de salud mental de inmediato» y «para algunos niños, hoy, “el aire libre” es el pequeño espacio entre la puerta del coche y la puerta de su casa. No debe ser así. Lo más bello de la naturaleza es que no le importa de qué color es cada uno. Los peces no discriminan, solo quieren que nadie los pesque»[72].

Pero estos niños no crecen en una sociedad con sanidad gratuita, servicios sociales adecuados, supermercados accesibles que vendan productos orgánicos baratos ni padres con el tiempo, la energía y los recursos necesarios para garantizar todo eso. Ser pobre es un trabajo duro, tanto si tienes empleo como si no. En los años noventa se popularizó en Estados Unidos el proverbio africano «para criar a un niño se necesita un pueblo entero». Pero la mayoría de los afroamericanos no viven en pueblos. Muchos viven en zonas urbanas pobres y aisladas, y da la impresión de que no hay muchos estadounidenses dispuestos a hablar sinceramente y en términos prácticos de lo que cuesta «criar a un niño» en esas condiciones.

Cuando mataron a un chico de 16 años en Dallas el día sobre el que trata este libro y publicaron la noticia en una página web, el primer comentario fue de una tal Marg Bargas, que decía:

«Tengo dos hijos adultos, y de ninguna manera les habría dejado estar por la calle después de anochecer, y siempre sabía dónde estaban. No echo la culpa a las víctimas, pero todos los padres podrían esforzarse más». El chico muerto en Dallas estaba acompañando a un amigo de vuelta a casa de su abuela, muy próxima, después de una velada familiar en la que habían estado bebiendo cacao caliente, jugando a Uno y viendo una película con su madre, una amiga y una hermana. Su madre, una mujer afectuosa y atenta a la que conoceremos más adelante en este libro, sabía exactamente dónde estaba; simplemente, no pudo hacer nada por salvarlo.

En esas zonas, los parques, los centros juveniles y otras instalaciones de ese tipo son de nula calidad o inexistentes. Los colegios suelen ser malos y oscilan entre los inseguros y los que están vigilados como si fueran cárceles, y ninguna de las dos cosas favorece una buena educación. Si una familia no tiene coche, tiene dificultades para llegar a los museos y otras instituciones del centro de las ciudades o de los barrios residenciales. Incluso cuando tiene coche, suelen ser lugares caros. Además, es frecuente que los padres sufran el estrés que les causa intentar salir adelante en una situación económica con bajos salarios. En una ocasión entrevisté en Los Ángeles a una familia con tres hijos; los tres habían estado en la cárcel y dos de ellos estaban condenados a cadena perpetua. Cuando pregunté a la madre en qué momento pensaba que las cosas se habían ido al traste, dijo que no tenía ni idea de sus contactos con delincuentes desde niños, porque tenía dos empleos para poder darles de comer.

Toshiba no estaba completamente sola. Mario hizo todo lo que pudo con Stanley, igual que otra maestra de primaria de la que se acuerda, Ms. Hepfinger. «Venía a buscarlo para llevarlo a sitios —dice—. Se portó muy bien». Toshiba cree que hizo todo lo posible para mantener a Stanley a salvo desde que era muy pequeño. «Stanley era un terremoto —dice—. Me tenía siempre sobre ascuas. Me daba mucho trabajo. Me pasaba mucho tiempo yendo al colegio. Yendo a todas partes». Parece como si hubiera hecho un esfuerzo mitad de Sísifo y mitad de Hércules: una pelea incesante y cuesta arriba de dimensión abrumadora. «Lo intenté», dice, mientras se le llenan los ojos de lágrimas y se le quiebra la voz.

«La juventud —afirma un dicho atribuido al dramaturgo alemán Bertolt Brecht— es cuando culpas de tus problemas a tus padres; la madurez es cuando comprendes que todo es culpa de los más jóvenes». Es muy poco frecuente que una generación, de cualquier raza y cualquier época, piense que sus hijos son más íntegros, respetuosos o diligentes que ellos. El legendario presentador de la televisión estadounidense, Tom Brokaw, calificó a quienes crecieron durante la Gran Depresión y después lucharon en la Segunda Guerra Mundial como «La mejor generación»[73]. Pero no creo que sus padres, que se habían criado a principios de siglo, consideraran tan buenos a sus hijos.

En este sentido, los afroamericanos no se diferencian de otros. El 17 de mayo de 2004, para conmemorar el 50º aniversario de *Brown v. Board of Education*, la sentencia del Tribunal Supremo que prohibió la segregación en las escuelas, Bill Cosby pronunció un discurso en una entrega de premios organizada por la agrupación de derechos civiles más antigua del país, la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (NAACP son sus siglas en inglés). Cosby reprendió a los estadounidenses negros de clase trabajadora por su desidia ante las oportunidades que les había proporcionado el movimiento de los derechos civiles. «Señoras y señores, estas personas abrieron las puertas, nos dieron derechos, y hoy… en nuestras ciudades y nuestros colegios públicos, tenemos un 50 por ciento de tasa de abandono… Señoras y señores, las personas de rentas bajas y medias bajas no están cumpliendo su parte del trato»[74].

En medio de grandes aplausos, arremetió contra los padres que no cumplían bien con sus deberes. «Hablo de esas personas que lloran cuando ven a su hijo con el traje de presidiario. ¿Dónde estaban cuando tenía dos años? ¿Dónde estaban cuando tenía 12? ¿Dónde cuando tenía 18 y cómo no se enteraron de que tenía una pistola?… Esas personas no están siendo buenos padres. Se limitan a comprarles cosas a sus hijos. Zapatillas de 500 dólares, ¿para qué? Pero no se gastan 250 dólares en *Hooked on Phonics*[75]»[76].

En su discurso, que con el paso del tiempo se le bautizó como el discurso del «*pound cake*»[77], se burló de la mentalidad victimista que critica ferozmente la brutalidad policial sin hablar en absoluto de la responsabilidad individual. «Mirad a la gente que está presa, no son presos políticos… ¡Una persona que recibe un tiro en la nuca porque tiene en la mano un pastel que ha robado! Entonces todos salimos indignados a decir que los policías no tendrían que haberle disparado. ¿Pero qué demonios hacía con el pastel robado?»[78].

El público recibió sus palabras con una ovación en pie, pero en otros lugares causaron polémica. Algunos elogiaron su sinceridad y que utilizara su posición para iniciar una conversación que, o no estaba produciéndose o lo hacía a puerta cerrada. Otros le condenaron por despreciar y ridiculizar a los miembros más pobres y acosados de la sociedad.

Su crítico más sonoro fue el profesor Michael Eric Dyson, que respondió con un libro, *Is Bill Cosby Right? Or Has the Black Middle Class Lost Its Mind?*, en el que criticaba a Cosby por tender una «fina telaraña descriptiva» de «lógica defectuosa»[79]. Como parte de esta apasionante polémica, Dyson desenterró un estudio, *Morals and Manners Among Negro Americans in 1914*, que muestra que la esencia de las observaciones de Cosby ha sido siempre la misma, incluso con el paso de varias generaciones. En el libro cita una frase de una persona de Arkansas pronunciada casi un siglo antes: «Existe una tendencia a conceder a los niños demasiadas libertades antes de que sean verdaderamente capaces de ver o comprender las consecuencias derivadas de asumir demasiado pronto responsabilidades que corresponden a los años de madurez, y creo que los padres se equivocan de principio a fin». Otro entrevistado de Georgia afirma: «No creo que los padres sean tan estrictos con sus hijos como cuando yo era niño». Durante el periodo de entreguerras, un columnista del *Amsterdam News*, el principal periódico negro de Nueva York, expresó la opinión de que los jóvenes negros que insistían en que el racismo no les dejaba ninguna oportunidad de progreso debían «comportarse con más decoro y decencia en los tranvías» y dejar de conducirse «como los monos de la selva».

Dyson concluye: «Los temas que ocupan la vida de los negros hoy —cuánto nos ocupamos de nuestros hijos, cuánta cultura popular deben consumir, el papel de la religión en su educación en valores, la formación que necesitan los padres pobres para triunfar, las barreras económicas y sociales que les impiden prosperar— son una preocupación constante de los negros desde hace, por lo menos, un par de siglos»[80].

Toshiba, sin duda, cree que los jóvenes disponen de menos oportunidades que cuando ella tenía su edad. «Cuando éramos jóvenes, aunque estuviéramos en las viviendas sociales, siempre teníamos algo que hacer —dice—. Teníamos un centro al que ir. Íbamos a fiestas. Todo el mundo volvía a casa sano y salvo. Esta generación es distinta». Casi todas las generaciones lo son. Pero las estadísticas indican que muchos de estos recuerdos se deben más a la nostalgia por el pasado o a la desesperación por el presente que a lo que de verdad sucedía entonces o sucede ahora. La tasa actual de asesinatos en Charlotte, por ejemplo, es casi la mitad de cuando Mario tenía la edad de Stanley. Las violaciones, los atracos, las agresiones, los robos en domicilios y los robos de coches han descendido en una proporción similar[81]. En otras palabras, es probable

que en la época de Toshiba volvieran a salvo de las fiestas menos jóvenes que ahora.

De acuerdo con la Campaña de Prevención de Embarazos Adolescentes de Carolina del Norte, cuando Mario tenía la edad de Stanley, la tasa de embarazos de adolescentes entre 15 y 19 años en el condado de Mecklenburg, que incluye Charlotte, era más del doble que en la actualidad[82]. Por su parte, los embarazos en las adolescentes negras cayeron un 39 por ciento entre 2007 y 2012, y siguen disminuyendo cada año[83]. La mayoría de las lacras vinculadas a la decadencia moral —tiroteos, delincuencia, embarazos adolescentes— están mejorando.

Es comprensible que la gente tenga la impresión de que la tendencia es la contraria. Muchas asunciones en las que se basan los comentarios públicos sobre la vida de los negros, en realidad, parten de datos falsos. Pensemos en dos ejemplos. Mucha gente supone que los afroamericanos tienen más probabilidades de consumir drogas que cualquier otro grupo racial. No es verdad. De acuerdo con el Consorcio Interuniversitario para la Investigación Política y Social, los blancos tienen muchas más probabilidades de haber consumido alguna vez cocaína, alucinógenos, marihuana, LSD, estimulantes como metanfetaminas y analgésicos como oxycontin. Según la encuesta, aunque los afroamericanos tenían más probabilidades de haber consumido alguna de esas drogas en los 30 días anteriores, la única que sí era más probable que hubieran consumido alguna vez era crack[84].

También está extendida la idea de que los hombres negros suelen abandonar a sus hijos. Eso tampoco es verdad. Los negros se casan menos que los blancos y es menos frecuente que los hombres negros vivan con sus parejas. Pero, de acuerdo con el Centro Nacional de Estadísticas de la Salud, hasta que sus hijos cumplen cinco años, los padres negros tienen más probabilidades de darles de comer o comer con ellos, bañarlos, cambiarles los pañales, vestirlos y leerles a diario que los padres de cualquier otro grupo racial, tanto si viven con los niños como si no. A medida que los hijos crecen, los padres negros los llevan y traen más de sus actividades, hablan más con ellos sobre su jornada y les ayudan más con los deberes. Asimismo, los hombres negros tienen muchas más probabilidades de ser cabezas de familias monoparentales que los de otros grupos raciales[85].

El único aspecto que sí ha cambiado drásticamente desde que Toshiba y Mario tenían la edad de Stanley es la tasa de encarcelamiento. Pero eso, más que con un cambio de comportamiento —la criminalidad está bajando desde hace una generación—, tiene que ver con un cambio de política; en ese mismo periodo se han disparado las cifras de población reclusa[86].

Estas asunciones erróneas son importantes porque alimentan la idea de que los tiroteos son achacables a las carencias de la cultura negra en general, y a la forma de educar de los padres negros en particular. Y también de que esos tiroteos reflejan, en cierta medida, el impulso suicida colectivo de una comunidad que ni puede ni quiere ocuparse de sus hijos. Estas opiniones están tan generalizadas y tan asentadas que la verdad deja de importar; se convierten en una especie de guiones que muchos estadounidenses repiten instintivamente, y a menudo sin pensar, con la certidumbre que dan los hechos. Son unos guiones tan enraizados que incluso las personas denigradas por ellos también los repiten de memoria.

De los 10 menores que figuran en este libro, siete eran negros, dos hispanos y uno blanco. Todos eran varones de clase trabajadora. Ahora, aunque solo sea para aligerar la carga que lleva Toshiba, centrémonos en dos aspectos fundamentales de la sociedad estadounidense.

En primer lugar, Estados Unidos no es una meritocracia. «La fe en la justicia fundamental de Estados Unidos, en que vivimos en una tierra de igualdad de oportunidades, es un factor que nos

aglutina —escribe Joseph Stiglitz en *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*—. Por lo menos, ese es el mito de Estados Unidos, poderoso y duradero. Salvo que, cada vez más, no es más que eso, un mito. Por supuesto, hay excepciones, pero, para los economistas y los sociólogos, lo que importa no son unos cuantos casos de éxito, sino lo que sucede con la mayoría de los que están abajo y en medio»[87].

En realidad, Estados Unidos se vuelve cada año más clasista y plutocrático. La brecha entre ricos y pobres crece, y las probabilidades de que los pobres puedan ser ricos disminuyen. Los que ascienden invierten tremendos esfuerzos y dinero, y tampoco es que lleguen muy lejos. Los chicos pobres que trabajan mucho y van a la universidad siguen teniendo menos oportunidades que los chicos ricos con malos resultados académicos.

En segundo lugar, Estados Unidos es racista. No todos los estadounidenses, pero sí Estados Unidos, su sistema judicial, su economía y su tejido social. ¿Cómo no va a serlo? Hace solo 50 años que dejó de ser un Estado con un sistema de *apartheid* y que los afroamericanos obtuvieron el derecho al voto y otros derechos civiles. Desde entonces han cambiado muchas cosas. Las relaciones entre miembros de distintas razas están más extendidas que nunca[88], la participación de los negros en las elecciones es por lo menos equiparable a la de los blancos[89] y, por supuesto, hay un presidente negro.

Pero el racismo es un virus resistente que muta y se adapta al cuerpo político en el que está incrustado. Por más que Estados Unidos piense en sí mismo como un país en el que el color ya no importa, las estadísticas indican lo contrario. Los afroamericanos tienen seis veces más posibilidades que los blancos de acabar en la cárcel, el doble de posibilidades de no tener trabajo y casi el triple de vivir en la pobreza. La divergencia entre la riqueza y las rentas de los negros y los blancos es mayor ahora que en la época de la Marcha a Washington, en 1963[90], y hacía 40 años que los colegios del Sur no estaban tan segregados como ahora[91].

Michael Harrington, autor de *The Other America*, afirma que, cuando los pobres nacen con unos padres inapropiados, en una parte inapropiada del país y en un grupo racial inapropiado, están condenados al fracaso. «Una vez cometido ese error —escribe—, ya pueden ser dechados de ética y fuerza de voluntad que, en su mayoría, jamás tendrán la oportunidad de salir de esa otra América»[92].

Estados Unidos no es único en este aspecto. Casi todos los países occidentales poseen jerarquías raciales y de clase. Las desigualdades están aumentando en gran parte del mundo. Pero existen pocos países en los que las distinciones de clase sean anatema para los principios fundamentales de la nación y en los que las diferencias raciales sean al mismo tiempo tan visibles y tan negadas.

Antes de continuar, es preciso que nos detengamos para desmontar otro subterfugio que invade inevitablemente cualquier discusión sobre las desigualdades estructurales: el de la responsabilidad personal. Nunca he oído a nadie decir que los individuos no tengan que asumir la responsabilidad de lo que hacen. Pero para que no haya confusiones: todos tenemos libre albedrío. Todos tenemos voluntad. Todos debemos asumir la responsabilidad de lo que hacemos. Las trayectorias de nuestras vidas no están predeterminadas. Estos son los principios esenciales de nuestra naturaleza humana. El hecho de que alguien sea pobre o negro no le da licencia para comportarse de determinada forma ni evitar las consecuencias de sus actos. Yo me crie siendo pobre y negro (aunque en Inglaterra, donde las relaciones de clase y de raza son distintas), y tengo dos hijos negros estadounidenses. A mí me enseñaron a responsabilizarme de lo que hago,

y así estoy educando a mis hijos.

Este libro está lleno de personas que tomaron decisiones equivocadas; como consecuencia, algunos se situaron en la línea de fuego y otros apretaron el gatillo. No todas las decisiones equivocadas son iguales. Algunos de los que aparecen en estas páginas están muertos; otros están en la cárcel; otros siguen paseando por las calles. Con toda probabilidad, Demontre Rice nació en un ambiente negro y de clase trabajadora, igual que Stanley, Judy y Mario. De modo que la raza y la clase no son excusas. No son coartadas para que los misántropos y los que están llenos de ambigüedad moral puedan sentirse orgullosos.

Ahora bien, sí explican muchas cosas. Las circunstancias en las que nace una persona y las oportunidades que tiene influyen en cuáles son sus opciones y en cómo toma sus decisiones aunque, a la hora de la verdad, las decisiones las tome ella. No conozco a nadie que niegue que las personas tengan libre albedrío. Pero tampoco conozco a nadie que pueda convencerme de que las circunstancias no influyen en lo que hacemos con ese libre albedrío.

De acuerdo con un informe presentado en la conferencia anual del Banco de la Reserva Federal celebrada en octubre de 2014 en Boston, los hijos de familias ricas que abandonan la escuela antes de terminar el bachillerato tienen tantas probabilidades de estar ganando un buen salario a los 40 años como los titulados universitarios de familias pobres[93]. O, como dice *The Washington Post*, «A los niños pobres que hacen todo lo que deben no les va mejor que a los niños ricos que hacen todo lo que no deben»[94].

Algunos superan las expectativas. Con su experiencia como especialista en comportamiento, Mario recuerda a los que lo lograron. «Diré que es posible», reconoce. En el colegio de primaria de Stanley había un chico al que llamaban «el corredor». «Se enfadaba y empezaba a correr. Y acabábamos en la [autopista] 77 persiguiéndolo en medio del tráfico», dice Mario con una sonrisa. El chico consiguió superar las clases especiales para niños con problemas de comportamiento y volver a las clases normales. «Ahora está en penúltimo año de carrera», dice Mario. Pero el hecho de que se acuerde de este caso concreto indica que «el corredor» no era del montón. Es de los que consiguió triunfar.

Estos casos son la excepción que confirma la regla. Y si no se entiende es por lo que parece una falta crónica de imaginación y empatía. «Tomemos a unos cuantos adolescentes del barrio más blanco y seguro de Estados Unidos y soltémoslos en un lugar en el que asesinan a sus amigos y en el que a ellos los agreden y los amenazan sin parar —escribe Leovy en *Ghettoside*—. Que quede claro que no le importan a nadie, y dejemos sin resolver los asesinatos. Limitemos sus posibilidades de huir. Y entonces veremos qué pasa»[95].

Trey, el amigo de Stanley, logró salir. Se fue de Charlotte para estudiar en Benedict College, un colegio universitario, tradicionalmente negro, de Columbia, en Carolina del Sur. «Antes de irme, estaba en la misma situación que todos los demás. No conseguía centrarme. Siempre me metía en líos. Con la peor gente y con la policía». Cuando le pregunto qué le apartó del camino que habían tomado las vidas de Stanley y Ajewan, su respuesta es breve. «La universidad. Cuando recibí la carta diciendo que me habían admitido, desperté. Pedí a Dios que me dejara intentar cambiar de vida». Cómo llegó a solicitar plaza, o a separarse de las malas influencias, no está claro. No lo sabe ni el propio Trey.

A pesar de todo, es fácil comprender por qué tantos críticos —Cosby, Mario, Williams— se centran en los padres, aunque en diversos sentidos. Lo que los lleva a esa conclusión es, más que una especie de racismo invertido, la falta de marcos alternativos para las cosas que ven y en las

que influyen. Las raíces estructurales de esta crisis están terriblemente enmarañadas. Incluyen, entre otras, la raza, la clase, la geografía, la pobreza, la historia, la educación, la salud, la política… Una panoplia de problemas endémicos sobre los que la gente siente que tiene poco control y para los que el sistema político ofrece pocas soluciones. El racismo y la pobreza no van a desaparecer a corto plazo, así que cualquier interesado en salvar la vida de los jóvenes de su entorno puede pensar, con lógica, que el pensamiento utópico sirve de poco y es mejor concentrarse en las cosas que sienten más o menos bajo su control.

Esto resulta más evidente en el caso de las armas que en cualquier otro. Cuando pregunto a los padres que perdieron un hijo ese día por qué creen que siguen ocurriendo estas tragedias, nunca mencionan las armas de fuego. Las armas tienen una presencia constante. Son uno de los motivos por los que estoy hablando con las familias. A pesar de eso, no reconocen al principio la relación entre la popularidad de las armas y el hecho de que hayan perdido a un ser querido.

Pero esa relación está ahí. Cuando les preguntaba específicamente «¿Qué opina sobre las armas?», todos tenían algo que decir. En general, se quejan de que sean tan accesibles. Sin embargo, dado que sus hijos habían muerto cuando todavía no hacía un año desde Sandy Hook y que —a pesar de los grandes esfuerzos de la Casa Blanca—, la legislación para controlar las armas no había logrado ni superar el Senado controlado por los demócratas, ninguno de los familiares tenía esperanzas de que cambiara algo. En lugar de ello, muchos lamentaban que las peleas entre adolescentes se hubieran vuelto letales y recordaban los viejos tiempos en los que las diferencias entre chicos se resolvían recurriendo al antiguo arte del pugilismo.

Un hombre que perdió a un hijo por un disparo en Newark en la madrugada del día siguiente, y que aparecerá más adelante en este libro, expresa los sentimientos de muchos cuando dice: «Antiguamente, cuando éramos jóvenes, nos metíamos en una pelea, alguien podía atacarte, pero al día siguiente hablabas con esa persona y todo seguía como si nada. Ahora, si discutes con alguien, esa persona vuelve y te pega un tiro».

Casi todos los familiares con los que he hablado consideran un problema la ubicuidad de las armas, desde luego. Pero eso no quiere decir necesariamente que crean que acabar con ellas sea una solución viable. De modo que las muertes de menores por arma de fuego, las muertes por arma de fuego en general, han pasado a verse de la misma forma que los accidentes de tráfico: el desgraciado y terrible precio que se paga por vivir en Estados Unidos en el siglo XXI. Ni siquiera los que más han sufrido el problema se imaginan eliminar las armas del país, o limitar su distribución, más de lo que podrían imaginarse acabar con los automóviles después de que atropellaran a un ser querido. No sería algo factible. Es más, después de un atropello, quizá habría una campaña local para colocar una señal de Stop o reducir el límite de velocidad. Por lo menos, nadie diría que estas medidas son anticonstitucionales. Sin embargo, en el día que narra este libro, prácticamente ninguna de las muertes ocurridas suscitaron una pregunta más amplia sobre el papel de las armas, ni mucho menos un compromiso sobre el tema.

Incluso para los que viven y combaten cada día las consecuencias de la violencia de las armas, como Mario, que organizó la Marcha del Millón de Jóvenes de Charlotte, desafiar este elemento del *status quo* no es una prioridad. Cuando le expliqué lo que quería hacer con este libro, Mario lo comprendió enseguida. ¿Cómo no? La Marcha del Millón de Jóvenes de Charlotte se creó en respuesta a un tiroteo. Sin embargo, es como si imaginar todo un mundo sin armas, igual que imaginar un mundo sin pobreza ni discriminación, fuera un lujo utópico que no conduce a nada.

Cuando le pregunto si el MYMOC incluye el control de armas en su programa, hace una pausa. «No lo hemos hablado todavía —dice—. A mí no me gustan las armas, la verdad. Aquí tienen

leyes y regulaciones. Pero si entras en Facebook, ves a un adolescente con una pistola como si nada. Y eso me preocupa. La pueden conseguir sin problemas».

En 2010, cuando la Asociación Nacional del Rifle (NRA) celebró su convención anual en Charlotte, Judy Williams organizó una protesta. Escenificó un falso funeral con los nombres de todos los que habían muerto por arma de fuego sobre el ataúd. «No creo que la Segunda Enmienda signifique lo que ellos creen —dice—. La puedes adornar y puede ir a Misa, pero eso no quiere decir que no tener control esté bien». Si la NRA volviera el año que viene, ¿volvería a protestar?, le pregunto. Hace una pausa. «La realidad es que no van a deshacerse de las armas en este país… Hay tantas en las calles y tanta gente las tiene… Es ridículo pensar que podemos sacar las armas de las casas de la gente en este país… No va a pasar».

¿Pero protestaría o no? Otra pausa. «Protestaría, porque creo que no debería ser tan fácil adquirirlas y que podrían cambiar las leyes. Pienso que muchos asesinatos no se cometerían si la gente no tuviera acceso a un arma». Pero hasta ella, que ha dedicado gran parte de su vida a ayudar a las familias de personas muertas por arma de fuego y que cree que esas leyes son necesarias, piensa también, en el fondo, que no servirían de nada. «La mayoría de las armas utilizadas en crímenes son ilegales. De modo que, aunque se cambie la ley, a los delincuentes la ley no les importa nada».

Cuando llegó el aniversario de la muerte de Stanley, los grafitis en la gasolinera de Marathon estaban tapados con pintura. Su antigua novia había tenido un hijo con otro hombre, lo cual molestó profundamente a Trey. Ms. Hepfinger, con quien Toshiba había perdido el contacto, escribió en la página web creada en su memoria: «Siempre tendré buenos recuerdos de Stanley. Tocó mi vida y la de muchos otros. Fue alumno mío en Walter G. Byers y lo echaré de menos. Pienso en ti y en tu familia».

En agosto de 2014, Mario fue homenajeado en el Trailblazers 100[96] por sus servicios a la comunidad. En el aniversario de la muerte de Stanley, Mario escribió en Facebook: «He estado tan ocupado en las últimas semanas que sinceramente creía que hoy, al despertarme, me encontraría bien. A quién quería engañar, me he despertado llorando, tan afectado como si acabara de ocurrir. Es difícil creer que han pasado 365 días y hoy hace un año desde que interrumpieron tu vida prematuramente… Así que sigo diciendo, descansa tranquilo, Stanley N. Taylor, descansa en el Paraíso».

Cuando nos conocimos, a principios de marzo de 2014, Mario estaba preparando una manifestación que se celebraría a finales de mayo sobre los problemas que afrontaban los jóvenes de la ciudad. «Vamos a hacer que sea una jornada familiar —dijo, antes de mencionar un par de ingredientes clave—. Habrá regalos y, si es posible, bandas de música».

Ya entonces estaba decepcionado por la falta de apoyos hacia su iniciativa por parte de los líderes cívicos. «Cuando empecé, mi objetivo era que la ciudad se involucrase y que también lo hiciesen las iglesias —dijo—. Pero no ha sido así. Es una tarea ímproba. Parecería que más gente se involucraría para hacer algo positivo por los jóvenes. Pero me está costando mucho que los dirigentes municipales participen. Esos que tanto hablan del problema no están dispuestos a hacer nada al respecto. Es difícil obtener donaciones. Y las necesitamos. Todo lo que hacemos lo pagamos de nuestros bolsillos. Todas las iglesias tienen grupos juveniles, y sería de esperar que quisieran intervenir en algo positivo como esto. Pero estamos en punto muerto porque no tenemos donaciones». Le preocupaba no llegar a su objetivo de hacer la manifestación el 31 de mayo. «El tiempo no se detiene».

Cuando hablé con él para una segunda entrevista en diciembre de 2014, durante la segunda

Jornada de restitución a la comunidad del MYMOC, el reloj seguía avanzando. No se había celebrado la manifestación pero, a escala nacional, había despegado el movimiento #BlackLivesMatter. El autor de la muerte de Eric Garner acababa de librarse de ir a juicio por decisión del gran jurado. Darren Wilson, el policía que había disparado a Michael Brown, también había sido exonerado por el gran jurado, y los rescoldos de Ferguson no se habían apagado todavía. Después de encender una vela por Ajewan, los reunidos guardaron un minuto de silencio por las familias Garner y Brown. Al principio, la manifestación se había aplazado hasta finales de julio, pero luego se pospuso de forma indefinida, hasta que pudieran obtener los fondos y los apoyos políticos necesarios. Mientras Mario recogía restos de glaseado de la alfombra y rogaba a los niños que sacaran sus pasteles pegajosos al pasillo, le pregunté dónde creía que estaba el problema. Suspiró. «Ojalá lo supiera. Lo hemos *intentado*. Lo hemos *intentado en serio*».

[57] Leovy, Jill. *Ghettoside: A True Story of Murder in America*. Londres: The Bodley Head, 2015, pág. 29. (Ed. española: *Muerte en el Gueto: Una epidemia de homicidios en Estados Unidos*. Madrid: Capitán Swing, 2016).

[58] «Quarterly Homicide Team Report for October–December 2014», District Attorney R. Andrew Murray's office, http://www.charmeckda.com/news/011315_1.pdf

[59] «Turning Point Academy», Charlotte-Mecklenberg Schools, http://schools.cms.k12.nc.us/turningpointAE/Pages/Default.aspx

[60] Chuck McShane, «1993: Charlotte's Deadliest Year», *Charlotte Magazine*, http://www.charlottemagazine.com/Charlotte-Magazine/December-2013/1993-Charlottes-Deadliest-Year/?cparticle=2&siarticle=1

[61] Tim Murphy, «Black Parents Need to Get It Together, Says Former Tea Party Congressman Sued Over Child Support», *Mother Jones*, http://www.motherjones.com/mojo/2013/08/joe-walsh-black-parentsneed-get-ittogether

[62] El gran jurado es un paso previo al juicio, el jurado que decide si hay motivos e indicios suficientes para llevar un caso ante los tribunales o no. [N. de la T.].

[63] Joanna Rothkopf, «Bill O'Reilly: Black People Should Wear "Don't Get Pregnant at 14" T-Shirts», Salon, http://www.salon.com/2014/12/18/bill_oreilly_black_people_should_wear_dont_get_pregnant_at_14_t_shirts/

[64] «Meet the Press Transcript – November 23, 2014», *Meet the Press*, http://www.nbcnews.com/meet-the-press/meet-press-transcript-november-23–2014-n255256

[65] Leovy, *Ghettoside*, pág. xix.

[66] «Homicide Trends in the United States, 1980-2008», U.S. Department of Justice, 2011, http://www.bjs.gov/content/pub/pdf/htus8008.pdf

[67] Alexander, *The New Jim Crow*, pág. 100.

[68] Jamie Fellner, «Race, Drugs, and Law Enforcement in the United States», Human Rights Watch, https://www.hrw.org/news/2009/06/19/racedrugs-and-law-enforcement-united-states#_ftn51_; Weich, Ronald H., y Carlos T. Angulo. *Justice on Trial: Racial Disparities in the American Criminal Justice System*. Collingdale: Diane Publishing Company, 2000.

[69] «Homicide Rates Among Persons Aged 10–24 Years – United States, 1981–2010», CDC, http://www.cdc.gov/mmwr/preview/mmwrhtml/mm6227a1.htm

[70] http://vizhub.healthdata.org/gbd-compare/; http://www.npr.org/sections/goatsandsoda/2015/12/07/458815891/the-u-s-is-a-world-leader-in-gundeaths

[71] https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2012/12/14/chartthe-u-s-has-far-more-gun-related-killings-than-any-other-developedcountry/

[72] Cosby, Bill y Poussaint, Alvin F. *Come On, People: On the Path from Victims to Victors*. Nashville: Thomas Nelson, 2007, págs. 60, 73, 86.

[73] Brokaw, Tom. *The Greatest Generation.* Nueva York: Random House, 1998, pág. 86.

[74] «Dr Bill Cosby Speaks», Rutgers University, http://www.rci.rutgers.edu/~schochet/101/Cosby_Speech.htm, pág. 87.

[75] *Hooked on Phonics* es una colección de materiales educativos para aprender a leer, escribir y hablar correctamente. [N. de la T.].

[76] Ibíd., pág. 111.

[77] *Pound cake*, «pastel de libra», es un tipo de bizcocho o pastel que se hace con cuatro ingredientes —harina, mantequilla, huevos y azúcar—, una libra exacta (453 gramos) de cada uno. [N. de la T.].

[78] Ibíd., pág. 137.

[79] Dyson, Michael E. *Is Bill Cosby Right? Or Has the Black Middle Class Lost Its Mind?* Nueva York: Basic Civitas Books, 2005, pág. x.

[80] Ibíd., pág. 172.

[81] North Carolina Department of Justice, «Crime in North Carolina – 1999 Annual Summary Report of 1999 Uniform Crime Reporting Data», muestra las cifras de criminalidad de Charlotte-Mecklenburg en 1999, http://www.ncdoj.gov/getdoc/448ed7e5-b478-4177-bfde-afd95e5e103e/1999-Crime-Statistics.aspx , cuando la ciudad tenía una población de 520.829. Charlotte Police Department, «Year to Date Summary», diciembre de 2013, http://charmeck.org/city/charlotte/CMPD/safety/CrimeStat/Documents/CS13Dec-MonthlySummary.pdf muestra las cifras cuando la ciudad tenía una población de 792.862. La trayectoria descendente global de la criminalidad entre 2002 y 2014 figura en City-Data.com, «Crime Rate in Charlotte», Carolina del Norte, http://www.city-data.com/crime/crime-Charlotte-North-Carolina.html

[82] Mecklenburg County Health Department, Epidemiology Program, diciembre de 2009, «Teen Pregnancy Mecklenburg County, 1995–2008», muestra que la tasa de embarazos de chicas entre 15 y 19 años en el condado de Mecklenburg fue de 74,4 por 1.000 en 1999, http://charmeck.org/mecklenburg/county/healthdepartment/healthstatistics/documents/teen%20pregnancy%20mecklenburg%20co2008.pdf Adolescent Pregnancy Prevention Campaign of North Carolina, «2013 North Carolina Adolescent Pregnancies Ages 15–19», muestra que la tasa de embarazos de chicas entre 15 y 19 años en el condado de Mecklenburg fue de 33,3 por l.000 en 2013, http://files.www.appcnc.org/data/map/northcarolina/2013_pregnancies_15-19_NC.pdf

[83] Adolescent Pregnancy Prevention Campaign of North Carolina, «2007 NC Resident African American Teen Pregnancies: Ages 15–19», muestra que la tasa de embarazos de las afroamericanas fue de 84,8, http://files.appcnc.gethifi.com/data/state-statistics/archived-state-statistics/2007_African_American_pregnancies.pdf APPC of North Carolina, «2012 North Carolina Adolescent Pregnancies by Race/Ethnicity and County», muestra que en 2012 la cifra había bajado a 51,8, http://files.www.appcnc.org/data/map/northcarolina/2012_pregnancies_15-19_by_race.pdf

[84] Inter-university Consortium for Political and Social Research, «Quick Tables: List of Available Quick Tables For the National Survey on Drug Use and Health», 2011, http://www.icpsr.umich.edu/quicktables/quickconfig.do?34481-0001_all

[85] Jo Jones y William D. Mosher, «Fathers' Involvement With Their Children: United States, 2006–2010», National Health Statistics Reports, diciembre de 2013, http://www.cdc.gov/nchs/data/nhsr/nhsr071.pdf

[86] Alexander, *The New Jim Crow*, pág. 93.

[87] Stiglitz, Joseph E. *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*. Nueva York: W.W. Norton & Co., 2012, pág. 17. (Ed. española: *El precio de la desigualdad.* Barcelona, Debolsillo, 2014).

[88] «Number of interracial couples in U.S. reaches all-time high», CNN, 2012, http://www.cnn.com/2012/04/25/us/us-census-interracial/

[89] Hope Yen, «A Census First: Black Voter Turnout Passes Whites», Associated Press, 2013, http://usnews.nbcnews.com/_news/2013/05/08/18131900-acensus-first-black-voter-turnout-passes-whites

[90] Michael A. Fletcher, «Fifty years after March on Washington, Economic Gap between Blacks, Whites Persists», *The Washington Post*, https://www.washingtonpost.com/business/economy/50-years-after-the-march-theeconomic-racial-gap-persists/2013/08/27/9081f012-0e66-11e3-8cdd-bcdc09410972_story.html?wprss=rss_business&tid=pp_widget

[91] Ian Millhiser, «American Schools Are More Segregated Now Than They Were in 1968, and the Supreme Court Doesn't Care», Think Progress, http://thinkprogress.org/justice/2015/08/13/3690012/american-schoolsare-more-segregated-now-then-they-were-in-1968-and-the-supreme-courtdoesnt-care/

[92] Harrington, Michael. *The Other America: Poverty in the United States.* Nueva York: Macmillan, 1962, pág. 14. (Ed. traducida: *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1963).

[93] http://www.bostonfed.org/inequality2014/papers/reeves-sawhill.pdf

[94] Matt O'Brien, «Poor Kids Who Do Everything Right Don't Do Better than Rich Kids Who Do Everything Wrong», *The Washington Post*, https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2014/10/18/poor-kids-whodo-everything-right-dont-do-better-than-rich-kids-who-do-everythingwrong/

[95] Leovy, *Ghettoside*, pág. 243.

[96] Un acto organizado por la asociación de empresarios de Carolina del Norte para reconocer los servicios prestados por diversas personas en pequeñas ciudades y zonas rurales. [N. de la T.].

4
PEDRO CORTEZ
(18 AÑOS)

San José, California
23 de noviembre, 16:22, hora de la Costa del Pacífico

Capitol Park, en el este de San José, se encuentra a los pies de la cadena montañosa del Diablo, instalada en las fantasías infantiles. Es un amplio terreno verde con un parque infantil, canchas de baloncesto valladas y campos de fútbol, mesas de pícnic, barbacoas, un campo de béisbol y un colegio. Las calles que lo limitan son Bambi Lane, Van Winkle Lane, Peter Pan Avenue y Galahad Avenue. Desde allí se puede caminar por el sendero inferior de Silver Creek —un paseo de 10,5 kilómetros que llevará, cuando esté terminado, desde Lake Cunningham Park hasta el sendero de Coyote Creek— o salir por Cinderella Lane. Los jardines de los pequeños bungalós que rodean el parque, en esta zona mayoritariamente hispana, están llenos de plantas exuberantes, incluso palmeras, y alguna que otra fuente. Es, con mucho, el más bonito de todos los lugares en los que perdieron la vida los niños que murieron por arma de fuego ese día, y también el de precios inmobiliarios más caros (por lo que se vende una casa allí, se podrían comprar siete en la zona donde murió Stanley Taylor). Y, con una temperatura de 17,7 grados y una ligera brisa, el más cálido de todos.

A finales del siglo XVIII, San José pertenecía a los españoles, que la convirtieron en la primera población civil de su colonia de Nueva California. Pasó a manos de los mexicanos en 1821 y se incorporó a Estados Unidos en 1850. Hoy es un terreno controlado por los Norteños, una constelación de bandas vagamente afiliadas a Nuestra Familia, una banda carcelaria de chicanos. El nombre *norteños* hace referencia al norte de California. Visten de rojo, suelen llevar tatuajes con cuatro puntos en la mano o en el rabillo del ojo y a veces llevan el número 14 —la N es la decimocuarta letra del abecedario—. Están más anglicanizados que otras bandas hispanas y algunos de sus miembros ni siquiera hablan español. Reivindican la imaginería y la nostalgia del movimiento obrero latinoamericano y, en particular, la figura del líder sindicalista César Chávez, al que muchos conocieron cuando estuvo preso por su activismo.

Su principal adversario, la banda de los Sureños, es más grande pero peor organizada, y tiene su base de operaciones en el sur de California; visten de azul y llevan tatuajes con tres puntos. La frontera generalmente reconocida entre el norte y el sur de California está a 380 kilómetros al sur de San José, en Bakersfield. «Es cierto que este es territorio marcado —dijo Arturo Dado al *San Jose Mercury* pocos días después de perder a su nieto—. Está marcado en rojo»[97].

El 23 de noviembre de 2013, el nieto de Arturo, Pedro Dado Cortez, de 18 años, iba vestido de negro. Su familia insiste en que no era miembro de ninguna banda, aunque se temen que quizá le atraía esa vida. «Yo solía quitarle la ropa de color rojo —dice Silvia Dado, su abuela—[98]. Él siempre decía que no le iba a pasar nada, que no me preocupara por él ni por sus amigos, pero yo

me preocupaba de todas formas y le quitaba las camisas rojas». Pedro vivía con sus abuelos, que dicen que era «popular pero ingenuo». «Les gustaba perder el tiempo como suelen hacer los jóvenes —dice Arturo—. Y no llevaban armas, ni disparaban a nadie, ni robaban, nada de eso»[99].

Los amigos y la familia llamaban a Pedro *Junior* o *Moko*. En casi todas las fotos lleva una gorra de béisbol ancha y muestra una sonrisa fácil rematada por pelusa en el labio superior. En los vídeos subidos en recuerdo suyo, casi siempre rodea a alguien con el brazo —su hermana o distintas chicas—, a menudo con una botella de Hennessy en la otra mano. En un vídeo de YouTube, hace playback mientras suena *Beautiful Girls* y baila medio avergonzado, medio no, mientras sus amigos, apelotonados en un montón de colchones, se ríen y le animan. Pedro tenía ceguera legal, con una discapacidad que había aumentado considerablemente desde los 13 años, pero eso no le impedía arreglárselas bastante bien. Llevaba unas lentillas muy potentes que decía que eran muy molestas. Había dejado los estudios y trabajaba para su padrastro en una empresa de mudanzas. Confiaba en ahorrar suficiente dinero para aprender a conducir y comprarse un coche. Y, aunque uno de sus amigos y él vestían de negro aquella tarde, se cree que otro miembro de su grupo quizá iba de rojo. Caminaban por Van Winkle Lane alrededor de las 16:00, a plena luz del día y en un sitio público. Pero resulta que eso es lo más peligroso en las zonas controladas por las bandas criminales.

En varios estudios sobre los homicidios relacionados con bandas en Los Ángeles, los investigadores han descubierto diversos patrones que los distinguen de otros asesinatos. Tienen más probabilidades de cometerse en la calle, con armas y coches involucrados, a media tarde, y con más participantes jóvenes, en general varones[100].

En ese sentido, el asesinato de Pedro fue de manual. Antes de que cayera el atardecer sobre los montes del Diablo, un Camaro negro descapotable se acercó a sus amigos y él, y un pistolero con el rostro tapado por una bandana empezó a disparar. Luego, el coche «se fue quemando rueda», seguramente por Galahad o Peter Pan, dejando a Pedro con una bala en el corazón. Murió allí mismo. Según una página web local, durante las siguientes 24 horas, el este de San José restalló con el ruido de los disparos, en aparentes represalias, que alcanzaron incluso a varias viviendas[101]. Esa mañana, Pedro había llamado a su hermana, Miranda Brianna, a la que estaba muy unido, para charlar. Esa noche, ella se bebió una copa de Hennessy —la bebida favorita de él— en su memoria.

«Azul, rojo, naranja, ninguna de esas cosas os va a salvar», aseguró su padrastro a los chicos que participaban en una vigilia en el parque unos días más tarde, en referencia a los colores de las bandas, mientras su rostro reflejaba las llamas. «No salvaron a mi Junior. Hoy tenía que haber ido a trabajar con él y, en cambio, he ido solo —dijo, con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas—. He llorado en el ascensor». En uno de los vídeos en recuerdo de Pedro, que muestra fotografías de él con todo tipo de atuendos, desde un esmoquin hasta pantalones de hip hop, suena como fondo «Thinking of You», de Philthy Rich, una balada rap con una base de Diana Ross:

> Toda la mierda es lo mismo, los negros mueren, las madres lloran
> Las putas se vuelven resentidas, está follándose a ese otro tío…
> Nada por lo que vivir, mis negros con cadenas perpetuas
> O muertos o en la cárcel, tenemos cadenas perpetuas.

Obtener el dinero para enterrar a Pedro era complicado, así que crearon una página para recaudar

fondos. «Por favor, ayudad con lo que podáis», pedía su tía. El miércoles posterior a su muerte, organizaron un lavado de coches. En la vigilia recogieron monedas y billetes. Tardaron más de dos semanas en poder sepultarlo. Según lo que publicaba Miranda en Facebook, para entonces, le costaba enormemente levantarse de la cama por las mañanas; en Año Nuevo ya estaba preocupada por lo mucho que bebía. Pidieron a la gente que no llevara los colores de las bandas al funeral de Pedro. «Nada de colores ni de drama —escribió Miranda en Facebook—, queremos intentar pasar un rato agradable mientras nos despedimos por última vez de Junior».

En la mayoría de las ciudades estadounidenses donde los menores recibieron un disparo el día descrito en este libro, un asesinato como el de Pedro no duraría en las noticias ni un día entero. Unos segundos en televisión, tal vez. Unos cuantos centenares de palabras en el periódico con alguna cita de un familiar, nada más. Si hubieran capturado al asesino, eso también habría merecido un par de centenares de palabras. Un suceso destacado, pero con pocas consecuencias. Sin embargo, el asesinato de Pedro fue distinto. Su muerte apareció no solo en los informativos vespertinos de San José y en el periódico del día siguiente, sino también en conexiones televisivas desde la vigilia familiar celebrada unos días después en el parque y en un artículo del columnista del *San Jose Mercury*, Joe Rodriguez, que incluía el subtítulo «Adolescente muerto en unas calles con nombres de cuentos infantiles». «En un barrio inspirado en la imaginación y la fantasía —escribió—, se ha instalado la crudeza, y hay miedo por lo que pueda ocurrir a partir de ahora»[102].

Se hizo mucho hincapié en que Pedro era la 44ª víctima de homicidio en la ciudad ese año[103]. Nunca tenían que haber existido esas 44. Aun así, a la vista de los estándares estadounidenses, no es una cifra tan elevada para una ciudad del tamaño de San José. En general, las autoridades municipales no se molestan ni en contar los homicidios más que cuando alcanzan una cifra redonda o superan un umbral significativo, como sobrepasar el máximo anterior o la cifra del año previo. De los demás pueblos y ciudades mencionados en este libro, solo Grove City, donde Jaiden Dixon recibió un disparo el día anterior, tenía una tasa de homicidios más baja. La más letal, Newark, tenía una tasa más de 10 veces superior[104].

Pero San José es diferente. Desde la Segunda Guerra Mundial ha crecido hasta convertirse en la décima ciudad del país. Entre 1950 y 1970, su población se quintuplicó[105] por la gran cantidad de gente que se trasladó allí después de la guerra; entre 1990 y 2010 creció otro 20 por ciento[106], gracias al auge de las empresas tecnológicas y la inmigración. «Antes era una ciudad ganadera —me dijo un amigo de Oakland—. Hasta que se creó Silicon Valley, y entonces explotó». El crecimiento urbano de la ciudad, a base de casas bajas, le da un aire claramente residencial; da la impresión de que todo está a 15 minutos de distancia, no más, pero seguramente hace falta tomar la autopista o al menos una carretera para llegar. Es una ciudad a la sombra de la fama de sus dos vecinas, San Francisco y Oakland, pero crece más que las dos.

La expansión acarreó problemas. En otro tiempo, San José presumía de ser «la gran ciudad más segura de Estados Unidos». A comienzos de 2013, tenía una tasa de criminalidad superior al resto y, sin embargo, la policía capturaba a la mitad de delincuentes que unos años antes[107]. «San José nunca estuvo al nivel de ciudades como Newark o Chicago», explica Rodriguez, el columnista del *San Jose Mercury*. Quedamos una noche a tomar una copa cuando fui a intentar localizar a la familia de Pedro. «Se compara con lo que solía ser. Las cosas se deterioraron muy deprisa. Cuando la situación está bien y de pronto deja de estarlo, entonces la caída se asimila mal. Es como *El paraíso perdido*. De modo que en el periódico seguimos todas las muertes,

porque en San José ese tipo de tiroteo sigue siendo noticia».

Cuatro días después de que dispararan contra Pedro, aproximadamente a las 20:30 horas, agentes de la unidad secreta del Departamento de Policía de la ciudad, acompañados de agentes uniformados, perros y oficiales de la unidad de lucha contra las bandas, arrestaron a Balam Eugenio Gonzalez, de 20 años. Balam tenía cejas pobladas y cabello negro y espeso, que compensaban lo que quizá un día llegaría a ser algo parecido a un bigote. Le acusaron inmediatamente del asesinato de Pedro pero no dieron a conocer su nombre hasta pasados unos días, alegando la delicadeza de la investigación. Pensaron que el asesinato era un problema entre bandas, el décimo homicidio de ese tipo aquel mismo año[108].

Cuando Balam llevaba dos años y medio en la cárcel, le acusaron también de haber matado de un disparo a Armondo Miguel Heredia el 23 de agosto de 2012, y de un intento de asesinato, cometido el 18 de agosto de ese mismo año y que dejó a una persona herida en otro tiroteo desde un coche[109].

Soy lingüista de formación. Estudié para ser intérprete y traductor de francés y ruso, y confiaba en ser, algún día, corresponsal en Moscú. Entonces respondí a una oferta en *The Washington Post*, me enamoré de una estadounidense y me quedé ahí. Me destinaron a Nueva York y me propuse aprender español, pero nunca lo hice. En general, me las arreglaba. Cuando iba al oeste del país, había traductores y, en el sur, también había a veces gente que me traducía y yo salía adelante. No era lo ideal. Pero gracias a mi privilegio lingüístico, a mi condición de angloparlante, podía trabajar. Sin embargo, en casos como este, en comunidades de difícil acceso, el hecho de que no hablara español podría haber sido un problema.

Por lo que veía en sus páginas de Facebook, casi todos los familiares de Pedro hablaban inglés, aunque sus abuelos, con los que vivía, hablaban español. Les dejé notas y mensajes en todas las redes sociales que pude. Les envié cartas (algunas, traducidas al español) a todos los lugares de San José en los que pensé que podrían estar. Fui a San José y llamé a las puertas de todas las posibles direcciones que conseguí. No obtuve respuesta. Entonces empecé a preguntar por ahí. En el resto de sitios en los que investigué para este libro, esa técnica funcionó. Aquí, sin embargo, no. Y no porque nadie hablase inglés. Estoy seguro de que había mucha gente. Pero en una zona plagada de bandas criminales en las que el 90 de la población es hispana, era imposible que un hombre negro con acento británico, preguntando si alguien conocía a la familia de un adolescente hispano al que acababan de matar a tiros, se ganara la confianza de quienes vigilaban a sus niños mientras jugaban en el parque o daban un paseo. Eran demasiadas incógnitas. Aparte de Kenneth, Pedro fue la única otra víctima de aquel día con cuyos familiares y amigos no pude contactar.

El primer día que caminé por la zona de Capitol Park, donde dispararon a Pedro, vi un pequeño altar por su muerte junto al cartel de la entrada. Habían colocado debajo unas cuantas rosas de plástico y una vela con una imagen de la Virgen María, como las que adornan tantos escenarios de tiroteos. Si me hubiera quedado allí 24 horas, en lugar de recorrer varias direcciones, seguro que habría conocido a alguien, porque al día siguiente por la tarde volví y el altar seguía allí con un añadido: una botella de Hennessy —la bebida favorita de Pedro— vacía.

[97] Joe Rodriguez, «San Jose: Teen Slain on Streets Named for Kids' Tales», *San Jose Mercury News*, http://www.mercurynews.com/crime-courts/ci_24593143/murder-fantasy-land-san-joses-44th-homicide-this

[98] Ibíd.

[99] Ibíd.

[100] Klein, Malcolm W. y Maxson, Cheryl L. *Street Gang Patterns and Policies.* Nueva York: Oxford University Press, 2010, pág. 81.

[101] Amy Nilson, «Thanksgiving Marks Violent Crime on San Jose», *Crime Voice*, http://www.crimevoice.com/2013/12/03/thanksgiving-marks-violentcrime-on-san-jose/

[102] Rodriguez, «San Jose».

[103] Robert Salonga, «San Jose: Police Seeking Tips in Deadly Weekend Shooting», *San Jose Mercury News*, http://www.mercurynews.com/crimecourts/ci_24607174/san-jose-police-still-seeking-tips-deadly-weekend

[104] Tasas de homicidios, 2013: San José, 39 – http://www.sjpd.org/CrimeStats/crimestats.html; Newark, 40 – http://www.nj.com/essex/index.ssf/2014/11/newark_had_nations_third_highest_murder_rate_in_2013_fbi_says.html ; Grove City, 1 asesinato – https://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/crimein-the-u.s/2013/crime-in-the-u.s.-2013/tables/table-8/table-8-state-cuts/table_8_offenses_known_to_law_enforcement_ohio_by_city_2013.xls

[105] 1950: 95.000; 1970: 445.000. «City of San Jose», Bay Area Census, http://www.bayareacensus.ca.gov/cities/SanJose50.htm

[106] 1990: 782.000; 2010: 946.000; 782 x 1,2 = 938. Ibíd.

[107] «Official Crime Statistics», San Jose Police Department website, table 3 (delitos contra la propiedad y crímenes violentos combinados), http://www.sjpd.org/CrimeStats/crimestats.html La comparación con las estadísticas nacionales para 2012: «FBI Releases 2012 Crime Statistics», FBI website, 16 de septiembre de 2013, https://www.fbi.gov/news/pressrel/press-releases/fbi-releases-2012-crimestatistics Mike Rosenberg, «San Jose Crime Rate Surpasses U.S. Average», *San Jose Mercury News*, 16 de diciembre de 2013, http://www.mercurynews.com/pensions/ci_24737175/san-jose-crime-rate%20-surpasses-u-s-averagearrests-plummet

[108] Robert Salonga, «San Jose: Suspects Identified in City's Latest Shooting Deaths», *San Jose Mercury News*, http://www.mercurynews.com/crimecourts/ci_24648168/san-jose-suspects-identified-citys-latest-shootingdeaths

[109] http://www.mercurynews.com/crime-courts/ci_29737765/san-jose-jailedsuspect-2013-killing-now-charged

5
TYLER DUNN
(11 AÑOS)
Marlette, Michigan
23 de noviembre, 20:19, hora de la Costa Este

Bajo las nubes que cubrían aquella zona rural de Michigan, en la radio de mi coche sonaron tres pitidos largos, agudos y discordantes, en una sucesión lenta y regular, seguidos de una voz fría que advertía en todas las emisoras sobre las condiciones meteorológicas extremas. En tonos comedidos pero apremiantes e invasivos, anunciaba una situación que, era más que extrema —tormentas, rayos, inundaciones—, casi de proporciones bíblicas. Se avecinaban, decía la voz, unas granizadas capaces de destruir tejados, rayos que podrían ser letales, un tiempo tan feroz que convenía mantenerse apartados de las ventanas. La hecatombe, advertían, iba a atravesar condados de los que nunca había oído hablar, lo que significaba que no tenía ni idea de si estaba dirigiéndome hacia la tormenta o alejándome de ella.

Pero no debía preocuparme. A diferencia de la ciudad, donde el tiempo se transforma imperceptible por las construcciones que nos rodean y entonces te pilla desprevenido, en el campo hace notar su presencia y sus intenciones mucho antes de aproximarse. El horizonte es tan amplio, el paisaje está tan desnudo y el cielo es tan inmenso que el tiempo se hace notar con pompa y circunstancia. Hacia el oeste, unos rayos alargados chisporroteaban en el amanecer como un enorme látigo cósmico. Las nubes se movían en la distancia hacia el sur y el oeste e iban aclarando su recorrido. A pesar de las ominosas advertencias que salían de la radio mientras conducía hacia el nordeste, hacia el pulgar de Michigan[110], vi que la tormenta me esquivaba.

El Condado de Sanilac, adonde me dirigía, tiene una densidad de población menor que la de Finlandia[111] y una diversidad racial ligeramente inferior a la de Noruega (es más del 95 por ciento blanca)[112]. Según el Departamento de Agricultura de Michigan, Sanilac es el condado que más hectáreas dedica de todo el estado a cultivar soja, maíz, trigo y a criar vacas de leche y ganado en general, y el tercero en la superficie dedicada a remolacha azucarera[113]. Unas carreteras llenas de rectas atraviesan terrenos salpicados de silos, establos holandeses, campos de maíz, reses pastando y tierras en barbecho, salpicados por algún pueblo y alguna granja, en dirección al Lago Hurón (uno de los Grandes Lagos), que es su límite oriental.

Marlette, con una población de 1.879 habitantes, está en el borde suroeste de Sanilac, es la tercera ciudad más grande de la zona y se encuentra a 25 minutos en coche desde la capital del condado, Sandusky. Desde lejos, a la izquierda de la carretera, se ve un depósito de agua, azul y reluciente, con el nombre de la ciudad escrito, mientras que los arcos dorados de McDonald’s asoman sobre las copas de los árboles a la derecha. Llegando desde el sur, la primera señal de bienvenida contiene el lema «MARLETTE, EL CORAZÓN DEL PULGAR». Bajo el segundo cartel, que no dice más que «MARLETTE, LÍMITE URBANO», hay una especie de nota al pie que presume de ser

«CUNA DE LOS FINALISTAS EN EL CAMPEONATO ESTATAL DE TERCERA DIVISIÓN MASCULINA DE CAMPO A TRAVÉS». El cine más cercano está en Sandusky, y tanto el Starbucks como la librería no religiosa más próximos, a media hora de coche.

Hace mucho tiempo, escribe Kate McGill, una de las primeras pobladoras de la ciudad, en *The Beginnings of Marlette*, este «había sido el hogar de los indios sauk, y más tarde de los chippewas. Pero los sucesivos asentamientos que fueron estableciéndose en torno a Detroit los fueron expulsando, hasta que en 1854 no quedaron más que unos cuantos grupos dispersos. Entonces llegó a través de los bosques vírgenes, con el camino trazado por el leñador y el agrimensor como única guía, el colono dispuesto a construirse un hogar y un futuro en la nueva tierra»[114].

Los irlandeses y escoceses de Ontario, Canadá, «cargaron sus armas, afilaron sus hachas y se acercaron a investigar» atravesando el Hurón. Corrían rumores sobre «altos árboles y tierra fértil que estaba casi a disposición de quien la quisiera»[115], y poco a poco los inmigrantes hicieron suya la zona. Siglo y medio después, de día parece como la ciudad de *Gilbert Grape*; de noche, sobre todo en invierno, uno se siente como un extra de *Fargo*.

Brittany Dunn, de 20 años, no viviría en ningún otro sitio. «Prefiero vivir aquí que en la ciudad», dice. «Es más relajado», coincide su abuela, Janet Allen, que se trasladó desde White Lake, a 110 kilómetros, en busca de «paz y tranquilidad». «Aquí tienes tu propio espacio —continúa Brittany—. En la ciudad están todos unos encima de otros, pegados al vecino». Estoy sentado en una pizzería, enfrente del único restaurante chino de Marlette, con cuatro generaciones de la familia Dunn: Janet, Lora Dunn Bartz (la hija de Janet), Brittany (la hija de Lora) y Ciannah (la hija de Brittany, un bebé de siete meses que se porta estupendamente), además de Thomas Bartz, el marido de Lora. «¿No es aburrido?», pregunto.

«No —responde Lora—. No es aburrido. Ir a un centro comercial o a cualquier cosa es un viaje en sí mismo. Ocupa todo el día». Lo dice como algo positivo, mientras deja que aparezca una sonrisa burlona en su cara de póker.

Esta vasta extensión de tierra, fértil y estéril, salvaje y domesticada, es el jardín en el que jugaba su hijo. Para un urbanita como yo, Tyler, con sus aficiones al aire libre, parece un personaje de una novela de Mark Twain. A Tyler Dunn, que tenía 11 años cuando murió, le encantaba atrapar bichos, cazar, pescar en el riachuelo detrás de su casa. Le encantaba hacer quad y motocross en verano e ir en trineo en invierno. «Cuando los periódicos quieren demonizar a los niños, suelen decir que están asilvestrados —escribió George Monbiot en *The Guardian*[116]—. Pero asilvestrados es como deberían estar todos los niños: es decir, libres de toda cautividad y domesticación. Los que viven en pisos abarrotados, rodeados de cemento, céspedes cuidados y casas de otras personas no pueden huir de esa prisión sin infringir la ley. Los juegos y las exploraciones que en el campo se consideran saludables están penalizados en las ciudades. Los niños que no han ido al campo jamás viven con restricciones permanentes».

De acuerdo con esta definición, Tyler estaba semiasilvestrado. Tenía libertad para pasear, explorar y relacionarse con la naturaleza, y sus mayores confiaban en él lo suficiente para ponerle pocas limitaciones. Los Dunn viven al final de un camino de tierra de cinco kilómetros que sale de la carretera número 53, la que enlaza la autopista con Marlette. A varios kilómetros del semáforo más próximo y rodeados de campos de cultivos, Tyler podía hacer tranquilamente «sus cosas», y sus padres le echaban un vistazo de vez en cuando.

La llamada de la naturaleza competía todo el tiempo con la de la pantalla. Como en el caso de Jaiden, su programa favorito era *Duck Dynasty*, seguido de cerca por *Bob Esponja* y *Padre de*

familia. Ahora bien, a lo que de verdad estaba enganchado era a los juegos de ordenador. En especial *Call of Duty*, que convierte la guerra moderna en espectáculo. Cuando acompañaba a sus padres a hacer recados, se llevaba un juego. En casa se dedicaba a mandar mensajes a sus amigos desde el teléfono de su madre. Mark Twain nunca habría tenido esos entretenimientos; si los hubiera tenido, Huckleberry Finn habría sido muy distinto, desde luego, o a lo mejor Twain nunca se habría dedicado a escribir.

«Cuando venía a mi casa, era un fin de semana de *Call of Duty* —dice Brittany—. No oía otra cosa en el televisor».

«Luego venía a nuestra casa y eran carreras de coches», dice Janet, a propósito de otro videojuego.

«Eso es porque tú no tenías *Call of Duty*», explica Lora.

Tyler tenía un rostro redondo, casi perfectamente esférico, y el pelo cortado a cepillo. Mirando sus fotos desde pequeño, es como si nunca hubiera perdido del todo la grasa de bebé, como si hubiera crecido amoldándose a ella y hubiera desarrollado un personaje que encajaba, con un ligero hoyuelo en la barbilla, una nariz de botón y unas mejillas redondas que un adulto demasiado afectuoso podría retorcer a gusto. Todos dicen que era un niño feliz. Cuando estaba en quinto curso, su clase estaba enfrente de la de sexto, cuyo profesor era Luke Reynolds. Cada vez que Luke y Tyler se encontraban, se saludaban con los puños. «No sé cómo ni cuándo comenzó la cosa —dice Luke—, pero lo hacíamos siempre. Ni siquiera decíamos nada. Solo nos chocábamos los puños, sonreíamos y seguíamos andando». Al año siguiente, Luke fue su profesor. «Era un niño muy fácil. Nunca tuvo problemas de disciplina. Siempre parecía contento».

Con un público entregado en casa, a Tyler le encantaba tanto gastar bromas como que se las gastaran a él. Brittany, su hermana, se fue a vivir con su novio, y el niño se quedó con su madre, sus otras dos hermanas y Thomas, que era su padrastro pero que siempre había estado presente en su vida. Janet cuenta que, cuando era pequeño, «movía el culo como un gusanito» al ritmo de «canciones de chicas». En la ceremonia de graduación de Brittany, dejó que sus hermanas Ashley, de 15 años, y Tiffany, de 17, le ataran a un árbol con cinta adhesiva. «No estuvo así más que unos minutos», asegura Brittany. En una fotografía que reaparece de vez en cuando en Facebook, se le ve desnudo de cintura para arriba, con una gran sonrisa y un sujetador hecho con dos mitades de coco que Ashley se había hecho un año antes para una fiesta de cumpleaños de tema hawaiano.

Tyler tenía las mejillas redondas y carnosas de su familia. Su madre, Lora, se parece a Roseanne Barr, y Brittany comparte los rasgos de Tyler. Cuando les pregunto qué le gustaba hacer a él, responden a coro que «comer».

—Le encantaba la comida —dice Lora—. La comida basura.

—La abuela le hacía esos pastelitos de cangrejo —recuerda Brittany—. Y esas hamburguesas. Se las comía todas. Nadie más lo conseguía.

—Un día cogió unas cuantas de golpe —dice Janet, recordando a Tyler en pleno acto transgresor—. Tenía un montón en los bolsillos.

—Para comérselas después, probablemente —dice Brittany.

Uno de los pocos momentos de discrepancia entre ellas es cuando les pregunto si era un niño mimado.

—Sí —dicen Brittany y Janet al unísono y sin vacilar.

—No —dice Lora, en tono poco convincente.

—Claro que sí —repiten abuela y nieta con incredulidad.

Brittany explica su punto de vista. «Era el único chico entre tres chicas, era el pequeño, el bebé; claro que estaba mimado», dice, con más aire de resignación que de resentimiento. «Mamá, Fulanita está metiéndose conmigo», dice, imitando a Tyler. «Y entonces las chicas ya tenían problemas. Tyler nunca hacía nada. Nunca tenía que encargarse de su ropa. Estaba mimado».

Lora contempla su pizza con una media sonrisa, negándose a admitir una debilidad que le agrada que otros hayan notado. «No estaba malcriado», murmura.

A veces podía ser sedentario. Cuando estaba haciendo algo con un propósito claro, como pescar o cazar, se entregaba. Pero el ejercicio porque sí —los deportes de competición, por ejemplo— le interesaba muy poco. «No creo que le interesara mucho la gimnasia —dice Lora cuando le pregunto qué le gustaba hacer en el colegio—. Prefería estar sentado que moverse». Si había que hacer algún esfuerzo, encontraba la manera de evitarlo. Un invierno, un día que los hombres de la familia salieron al bosque a recoger leña, a Tyler lo encontraron en una zanja haciendo figuras en la nieve.

El resto de menores que murieron aquella jornada vivían en ciudades, pueblos grandes o ciudades dormitorio; seguramente no tenían ni idea de que acababa de comenzar la temporada de caza. En esta parte de Michigan, el 23 de noviembre, era imposible no saberlo. La caza del ciervo había empezado solo una semana antes, el día 15; la del faisán, el miércoles 20 de noviembre. A finales de otoño, las iglesias de Marlette anuncian sesiones vespertinas para «viudas del ciervo» mientras los hombres salen en busca de presas e historias fantasiosas.

«La tradición aquí, en el Pulgar, es que las escuelas cierren casi por completo el primer día de las temporadas de caza del faisán y el ciervo, porque todos los chicos se van a cazar —me cuenta el sheriff del Condado de Sanilac, Garry Biniecki—. Si intenta encontrar sitio en el restaurante del centro en Sandusky, probablemente le costará, porque se topará con un enorme ejército vestido de naranja». El naranja es el color del atuendo que llevan los cazadores para tener menos probabilidades de que les disparen. «Es una época apasionante».

No era especialmente apasionante para los Dunn, con la excepción de Tyler. Aparte de sus tíos paternos, no cazaba ninguno de sus familiares más próximos. Y si bien a Tyler le gustaban los deportes de campo, no hay pruebas de que se le dieran muy bien. Nunca había abatido a ningún otro ser vivo, que alguien supiera. No tenía más que una escopeta de perdigones y otra de *airsoft*. Le encantaba pescar en el riachuelo, detrás de su casa, pero no lograba grandes piezas. «A veces atrapaba algo así de grande», dice Brittany mientras junta el pulgar y el índice para indicar la pequeñez de su captura.

Un invierno, su novio, Darren, se llevó a Tyler a poner trampas. «Buscaban ratas almizcleras y cosas así —explica Brittany, que no se esfuerza en disimular su repugnancia—. Pones una trampa en las acequias. Las coges y luego las despellejas y las cocinas… Sí, repugnante. Es asqueroso. Asqueroso. Pero le encantaba». Para excursiones de caza más normales, Tyler recurría a su amigo Brandon (nombre ficticio). Brandon vivía aproximadamente a kilómetro y medio (que por aquí significa lo mismo que «a la vuelta de la esquina»), hacia la ciudad, en un camino también terroso que salía del camino de tierra de Tyler. A veces, Brandon, que tenía 12 años, recogía a Tyler en su vehículo híbrido para preadolescentes —un kart con carrocería de camión tuneado y un motor— y recorrían juntos toda la zona. Eran amigos desde el jardín de infancia. No eran inseparables; los dos tenían otros amigos con los que les gustaba hacer otras

cosas, y a veces se peleaban. En una ocasión, Lora le dijo a Tyler que ya no jugaría más con Brandon, después de que este le abandonara en medio de la ciudad para irse con otro amigo y Tyler se quedase llorando y tuviera que llamar a su madre para que le recogiera. Su amistad también sufrió una breve interrupción cuando Brandon se mudó a Colorado con su madre, Connie, que iba a cuidar de su hermana porque esta, según un informe policial, estaba «al parecer muriéndose por un cáncer terminal».

En cualquier caso, eran buenos amigos. Al repasar las fotos escolares de Tyler, Brandon aparece de forma esporádica. Connie llevó a Brandon de vuelta a Marlette para que viviera con su padre, Jerry, al comenzar el curso de 2013. Jerry, que estaba separado de Connie, era dueño de una empresa de camiones. Siempre había tenido un papel muy activo en la vida de Brandon, y Connie lo facilitaba. Poco después del regreso de Brandon, los dos chicos estaban otra vez jugando juntos.

Jerry se llevaba a menudo a Brandon de caza y, en ocasiones, a montar en el camión. Y si estaba Tyler —que pasaba más tiempo en casa de Brandon que Brandon en la suya—, Jerry se llevaba a los dos. Sus portes como camionero consistían en llevar leche y mantillo por el Medio Oeste y solían durar 11 horas o más. Cuando se llevaba a los chicos, les daba un poco de dinero a cambio de que le ayudaran. A Tyler le encantaba. A veces, Jerry les dejaba sentarse con él en la parte delantera; otras, iban atrás jugando a videojuegos.

El jueves 21 de noviembre, Jerry se llevó a los chicos de caza. Tyler durmió en casa de Brandon el viernes, y el sábado tenían previsto acompañar a Jerry hasta Springfield, Ohio —un camino más o menos recto en dirección sur, de 420 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta— para llevar un cargamento de la empresa de compost Michigan Peat. Lora llamó a Tyler el sábado para ver cómo estaba y él le pidió que le llevara la bici a casa de Brandon cuando fuera al centro. Ella la dejó alrededor de las 2 de la tarde, pero no salieron a montar en bici porque hacía demasiado frío: siete grados bajo cero, con vientos de más de 40 kilómetros por hora.

Poco antes de que Jerry saliera hacia Ohio, los chicos habían dicho que preferían quedarse en casa y jugar en el ordenador. Así que Jerry los dejó. Hacía ese trayecto hasta tres veces a la semana, y Brandon sabía cuidar muy bien de sí mismo. Jerry solía salir a la una de la tarde, mientras Brandon estaba en el colegio, y volvía a la una de la mañana, cuando estaba ya en la cama.

A Lora le preocupaba la perspectiva de que Jerry dejara solos a los chicos. Cuando dejaba a Tyler en casa de Brandon, solía comprobar que su padre estuviera en casa. Pero esta vez, sin que ella lo supiera, Jerry estaba ya de camino hacia Ohio cuando dejó la bici. «Tyler sabía que no tenía permiso para estar allí sin un adulto», dice. Pero Tyler no dijo nada. Y Jerry tampoco. Así que Lora salió con Thomas a celebrar el cumpleaños de una amiga en Union Lake, a 90 minutos de trayecto.

Jerry llamó varias veces a los chicos durante la tarde, y le dijeron que estaban jugando a la Xbox. La última vez que Brandon llamó a Jerry fue hacia las 18.30, para preguntarle si podía pedir una pizza a Treve’s, un local de la ciudad.

Casi dos horas más tarde, Brandon abandonaba la casa con las manos en alto, con un pantalón corto rojo y sin camisa ni calcetines, mientras la policía le ordenaba que mantuviera las manos visibles. Acababa de llamar al 911 para decir que había disparado a Tyler.

—¿Tienes algún arma? —gritó el agente.

—No —respondió Brandon—. Está en el suelo de la cocina.

Llegó otro coche de policía. Un agente se llevó a Brandon al vehículo: «Ha sido un accidente.

No sabía que el arma estaba cargada», iba diciendo entre lágrimas.

Según el informe policial, un agente entró en la casa y encontró un rifle de palanca en el suelo de la cocina y a Tyler tendido en el suelo del comedor, vestido con una camiseta de Mountain Dew y pantalón de chándal, con un gran charco de sangre alrededor de la cabeza. No respiraba ni se movía. Tenía una herida enorme en el lado izquierdo de la cabeza. El policía comprobó el pulso pero no lo encontró, llamó a la central y dijo que Tyler estaba muerto. Cuando se levantó para salir, vio una escopeta en el sofá del salón y cuatro agujeros en la ventana del comedor.

Nadie más que Brandon sabrá nunca con certeza qué ocurrió esa noche, dice el sheriff Biniecki. Brandon asegura que estaban jugando a la Xbox cuando sacó un rifle del armero de Jerry para enseñárselo a Tyler en el comedor. No sabía que estaba cargado cuando le pidió a Tyler que lo sostuviera mientras iba a por un batido que se había dejado en el dormitorio. Volvió con el batido, lo puso sobre la mesa y recuperó la escopeta, con la culata hacia él y el cañón apuntando a Tyler. Habían terminado de examinarla y Brandon estaba apoyándola contra la pared cuando se le enganchó en el bolsillo del pantalón y se disparó. Brandon llamó al 911. «[Les llamé] para que trajeran una ambulancia porque mi amigo estaba herido —declaró después al detective en Sandusky—. No enviaron más que a policías, me metieron en un coche, y aquí estoy».

Biniecki considera que el relato de Brandon, que representó varias veces en la comisaría con un palo de escoba haciendo de arma, es fundamentalmente creíble. «Pero pensamos que o le estaba devolviendo el rifle en ese momento o él lo cogió y lo estaba colocando en una esquina y en ese instante se disparó. Evidentemente debía de haber una bala en la recámara y, en ese tipo de arma, debía de tener el percutor levantado y listo para disparar».

Otra vez en la escena del suceso, Brandon permaneció sentado en el coche, visiblemente en shock y consternado, mientras la policía examinaba la casa. Había llorado y era evidente que estaba conmocionado. Cuando le registraron, encontraron en el bolsillo de su pantalón dos casquillos de perdigón Remington del 12 y un teléfono móvil. Tenía sangre en las manos y en el teléfono. Mientras le colocaban en el asiento trasero, repitió una y otra vez: «Estábamos jugando. No sabía que el arma estaba cargada». Prueba de lo asilvestrado que había sido el día es que, cuando le preguntaron cómo habían llegado los casquillos a su bolsillo, Brandon explicó que los había encontrado en su dormitorio unas horas antes, cuando buscaba unas bengalas, y los había metido en el bolsillo para que no se perdieran.

La policía precintó la casa y llegaron más coches con agentes, detectives e integrantes de la policía científica. El primero que había llegado se acercaba de vez en cuando a ver cómo estaba Brandon, y lo encontró a veces en shock y otras aburrido: un chico asustado, tratando de relacionar la tragedia irreversible que acaba de provocar, el horror que acaba de presenciar y la magnitud del lío en el que se encuentra como consecuencia. Al preguntarle qué tal estaba, respondía: «Nada bien. Acabo de disparar a mi mejor amigo». Estuvo toda la noche pidiendo que le devolvieran el móvil para, por lo menos, jugar a algo mientras esperaba, preocupado por dónde iba a dormir y diciendo que ojalá se hubiera quedado en Colorado con su madre. Se quedó dormido media hora, hasta que un agente le despertó para decirle que se lo llevaban a Sandusky para interrogarle.

En el interior de la casa, el registro descubrió un auténtico arsenal. En la habitación de Brandon había una escopeta Remington 1100, cargada y apoyada contra la cómoda, con una bala en la recámara y cuatro en el tubo. Brandon dice que su padre, al principio, dejaba el arma en la cocina, pero que la llevaba a su habitación cuando tenía invitados. Había también otras dos escopetas de un solo tiro (una New England Firearms y una Winchester 370) cerca del armero.

En el cajón superior de la cómoda había un poco de marihuana envuelta en papel de plata y dos porros liados.

Cuando preguntaron a Jerry más tarde cuántas armas tenía en casa, no fue capaz de acordarse. Al principio dijo que siete u ocho, pero luego se corrigió y amplió el margen de error y la posible cantidad para afirmar que entre cinco y 10.

Brandon no sabía la dirección de Tyler, pero sí pudo describir dónde estaba su casa. Los agentes fueron allí y solo encontraron a Tiffany y Ashley, quienes les dijeron que si buscaban a algún adulto tenían que llamar a su abuela, Janet, que vivía cerca. Janet llegó poco después de medianoche y recibió la noticia. Llamó a Lora, pero no obtuvo respuesta. Siguió llamando durante más de una hora y se llevó a Ashley y Tiffany a pasar la noche en su casa. El móvil de Lora estaba sin batería y lo había dejado en el coche para cargarlo. Cuando salió, vio varias llamadas perdidas de su madre y supo que había sucedido algo. Marcó su número.

—¿Estás de camino a casa? —preguntó su madre.

—No. ¿Por qué? —dijo Lora.

—Creo que deberías volver a casa —replicó Janet.

La madre de Lora no quería darle explicaciones por teléfono, pero eso tampoco le pareció inquietante. Supuso que Ashley y Tiffany habían montado una fiesta y que su abuela las había pillado. Se marchó antes de que acabara la fiesta y volvió a Marlette. En esta zona, la noche cae de golpe y cubre la tierra de una oscuridad sin resquicios. En los caminos de tierra, en medio del campo, sin ninguna farola en kilómetros, las luces estroboscópicas de los coches patrulla se anuncian con la potencia de un faro.

Como la calle de Brandon estaba de camino hacia la casa de su madre, Lora vio las luces en el último sitio donde había visto a su hijo y se dirigió hacia ellas.

«Giré allí mismo y llamé a mi madre. Estaba llegando a casa de Brandon cuando cogió el teléfono».

—Mamá, ¿tienes a Tyler? —preguntó.

—Creo que es mejor que vengas aquí —respondió Janet.

«Y entonces puso a una agente al teléfono», recuerda Lora.

—No vaya allí. Venga aquí —dijo la agente, y Lora obedeció.

—Ha habido un accidente —explicó la policía.

—Muy bien —dijo Lora sin inmutarse.

—Su hijo está en el Lapeer County Hospital.

—Vale —dijo Lora—. ¿Por qué no me lo ha dicho antes? Acabo de atravesar Lapeer.

—No, Lora —dijo la agente—. Lora, su hijo ha recibido un disparo y ha muerto.

Un año después, Lora aún está molesta todavía por cómo le dieron la noticia. «Me hizo pensar una cosa, que estaba herido, y luego cambió lo que estaba diciéndome y resulta que estaba muerto».

Mientras Lora regresaba de Union Lake, Jerry estaba en el vestíbulo de la oficina del sheriff de Sanilac County en Sandusky. Eran las dos de la madrugada. Le habían llamado cuando volvía en su camión. Había sido un día largo. Le habían pedido que fuera a buscar a Brandon, pero no tenía ni idea de por qué. Le preguntaron si había algún problema con la custodia entre Connie y él, si solía dejar solo a su hijo, qué opinaba de Tyler y si pensaba que eran dos chicos responsables. Al preguntarle si alguna de sus armas estaba cargada, respondió que era posible. Por último le preguntaron si Brandon había asistido a clases de seguridad para cazadores. Jerry dijo que no porque estaba siguiendo el programa de formación, que permite que un chico de 10

años o más pueda cazar durante dos años sin el certificado de seguridad si está en compañía de un adulto. Aparte de eso, no había dado a Brandon más que las instrucciones básicas. «Le dije que siempre sostuviera la escopeta con el cañón apuntando hacia arriba. Que nunca apuntara a nadie y que nunca la cargara con cartuchos si no estaba en el exterior».

Cómo la escopeta había ido a parar al cuarto de Brandon era un misterio para Jerry. Pensaba que la había puesto en el salón y no recordaba haberla movido. Todas las armas que había en la casa eran suyas, dijo, salvo la del calibre 20, que le había comprado a Brandon para ir a cazar. Dijo que la escopeta 30-30 que había matado a Tyler estaba siempre en su armero, que había metido tres balas en la recámara aproximadamente un año antes y que no había vuelto a tocarla.

Fue entonces, después de estas preguntas preliminares, cuando le dijeron a Jerry por qué estaba Brandon en la oficina del sheriff. Al oírlo, según el informe policial, «Jerry se mostró muy afectado y actuó como es de esperar en una persona que recibe la información que se le dio».

Juntaron a Jerry y Brandon para que leyeran sus derechos a este último en presencia de su padre. Antes de interrogarle, el detective «repasó lo que era verdad y mentira» con Brandon para asegurarse de que conocía la diferencia entre ambas. También le insistió en que, si no sabía la respuesta a alguna de las preguntas, no tratara de adivinar nada, y que podía cambiar de opinión en cualquier momento. Más tarde, Connie declaró a la policía que Brandon nunca le había mentido, aunque alguna vez, si había tenido problemas en el colegio, se callaba alguna cosa.

Eran las 2:30 de la madrugada cuando Brandon repitió su relato. «El arma se disparó cuando estaba bajándola en posición diagonal. Se enganchó en el bolsillo de mis pantalones. Yo estaba bajándola para apoyarla en la pared porque Tyler y yo habíamos terminado de verla». No apretó el gatillo, dijo. No sabía que estaba cargada. No estaba familiarizado con el rifle.

Es relativamente sencillo, en retrospectiva, establecer una pauta que podría no haber sido tan evidente. De no haber disparado a Tyler, varios episodios sin importancia, algunas dudas y momentos extraños en el comportamiento de Brandon seguramente habrían quedado en nada. Pero el caso es que disparó a Tyler y, durante los días siguientes, las entrevistas de la policía con varias personas relacionadas con uno o con ambos niños ofrecieron indicios de que, aunque no fuera un suceso previsible ni probable, la posibilidad siempre había estado ahí.

En su conversación con la policía, Connie afirmó que había estado nerviosa durante todo el tiempo que había vivido con Jerry por la cantidad de armas que tenía en casa, y que siempre había supuesto que estaban cargadas. Lora dijo que, en una ocasión, Tyler había vuelto de casa de Brandon con unos cuchillos. Lora se los quitó pero nunca se le ocurrió hablar de ello con Jerry.

Y luego estaban los incidentes en el colegio que empezaron a conocerse después del disparo, cuando los alumnos recibieron atención psicológica por el duelo. Según el informe policial, el miércoles, la víspera de que comenzara la temporada de caza, Brandon había presumido en clase de que había apuntado un arma del calibre 20, amartillada, cargada y sin el seguro puesto, al estómago de un chico. También se rio al contar que había dicho al chico que, como todavía no había visto ningún ciervo, tenía que ponerse unas astas en la cabeza y correr por el jardín para que Brandon pudiera dispararle. El niño que le había escuchado no estaba seguro, pero pensó que estaba «bromeando» con la historia de las astas; pero también creía que «hablaba en serio» con lo de apuntar con la escopeta al estómago del chico. Al principio, Brandon negó la conversación; luego dijo que no se acordaba.

A principios de septiembre de 1881, escribió Kate McGill en el relato de su experiencia como

una de las primeras pobladoras de Marlette, «un ciclón de fuego recorrió la región y, en cuatro horas, dejó todo el Pulgar de Michigan convertido en un páramo desolado… Un cambio de viento salvó el pueblo, pero al día siguiente no quedaba una sola granja entre él y el río Cass, salvo la casa de James Keys. Vacas, caballos, ovejas, cerdos y gallinas yacían en la tierra calcinados por las llamas. Las manzanas se asaron en el árbol»[117].

El disparo que mató a Tyler tuvo unas consecuencias emocionales parecidas en Marlette. «Somos una zona rural y pequeña —dice Biniecki—. Cuando ocurre un accidente tan trágico como este, afecta a todo el mundo. Empezando por las familias situadas en el epicentro, pero a todo el mundo. Todos conocían a la familia de la víctima. Todos conocían a la familia de quien disparó. Como averiguará cuando indague más a fondo, las dos partes quedaron devastadas».

La cuestión de cómo sopesar ambas experiencias —el duelo por los muertos y la compasión hacia quienes tienen que vivir con sus errores a la espalda— no es fácil. En Marlette, produjo un desgarro en el tejido de esta comunidad tan unida.

Cuatro días después del disparo, Brittany creo un grupo en Facebook, «Justicia para Tyler Dunn»[118]. Las palabras «eres maravilloso» se leían, de color verde brillante, sobre tres fotos de Tyler: una en el kart, un primer plano y una de él descamisado, con una gran sonrisa y el sujetador de coco de Ashley. Otra foto le muestra sentado en una mecedora, vestido con camiseta, como si estuviera concediendo audiencia. En la sección «Acerca de» se lee, sin más: «5 de marzo de 2002 - 23 de noviembre de 2013. Tyler Dunn no tenía más que 11 años cuando se interrumpió su vida. Por favor, apoyad a sus familiares y amigos». El último mensaje de la familia apareció menos de dos meses después de su muerte; vendían camisetas y sudaderas por 25 y 30 dólares, respectivamente. Ambas tienen impreso «Justicia para Tyler» en el pecho, y las camisetas llevan una foto de Tyler en la espalda. Un año después de su muerte, la página tenía 792 «me gusta».

Erica Bartz escribió el siguiente post en la página cuando había transcurrido una semana desde el fallecimiento:

> No deseo sangre ni ruego por ella como respuesta a la muerte del hijo de mis primos. Rezo para que encuentren consuelo a su pérdida, bálsamo para sus corazones rotos y fuerza para seguir adelante. No deseo mal a nadie, especialmente a un niño de 12 años. Lo que sí espero es que haya justicia, sí, justicia para Tyler Dunn, cuya vida se interrumpió demasiado pronto por culpa de unos padres irresponsables que no se preocupan ni cuidan de la seguridad de sus hijos. En cuanto al chico involucrado, le ruego que diga la verdad. Así que, a cualquiera que se sienta ofendido por «Justicia para Tyler Dunn», le digo que no es asunto suyo y que nadie le ha pedido su opinión, salvo que sean palabras para recordar a Tyler o compadecerse de su familia. Si fuera su hijo, su nieto, su hermano, su familiar, su amigo, querrían saber la verdad y que se hiciera justicia con los culpables de que su breve vida hubiera acabado —algo que podría y debería haberse evitado— de una forma tan horrible.

La tensión que desprendía el mensaje —entre la compasión hacia Brandon y el ataque preventivo hacia quienes equiparasen la búsqueda de justicia para Tyler con la venganza contra Brandon— indicaba una amarga división. Cinco días después del disparo fatal, en la página de Facebook de Tyler, que aún continuaba activa, Rikki Mangone anotó:

> Sí, lo que le pasó a Tyler fue una cosa horrible. ¡Pero echar la culpa a su amigo no es justo! ¡Brandon no lo hizo a propósito! Fue un accidente mientras dos niños jugueteaban con un arma. ¡Tenéis que rezar por Tyler Y Brandon! Tyler perdió la vida y Brandon va a tener una basura de vida. Así que todo el mundo debe dejar de

decir mierdas sobre Brandon.

Veintiséis personas dieron a «me gusta». Pero hubo al menos una a la que no le gustó. Janet, la abuela de Tyler, respondió poco después de las cuatro de la madrugada y desencadenó la siguiente discusión:

JANET: CÓMO SE ATREVE, RIKKI, DEBE ELIMINAR ESE MENSAJE DEL MURO DE TYLER, BRANDON NO NOS DA NINGUNA PENA.

THERESA CONQUEST-WILLIS: Guau, no le da pena un niño que cometió un error. No le da pena un niño que ahora tiene que cargar el resto de su vida con la culpa de lo que ha sucedido. Cómo se atreve, señora.

ZACK PALLADENO: Exacto.^

JANET: ¡¡¡CÓMO ME ATREVO!!! NO, NO ME DA PENA, QUÉ SENTIRÍA USTED SI FUERA AL REVÉS, SOY LA ABUELA DE TYLER, Y SÍ, ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡CLARO QUE ME ATREVO!!!!!!!!!!!!!!!!!

THERESA CONQUEST-WILLIS: Señora, es una tragedia para las dos partes.

JANET: ESA ES SU OPINIÓN, NO LA MÍA, ALGUIEN QUITÓ EL SEGURO A ESA ESCOPETA, ALGUIEN APRETÓ EL GATILLO, Y DESDE LUEGO NO FUE TYLER, PORQUE NO ESTÁ AQUÍ PARA CONTAR SU VERSIÓN.

JANET: Y SI CREE QUE VOY A SENTIR PENA POR ÉL, HA PERDIDO USTED SU PUTA CABEZA.

THERESA CONQUEST-WILLIS: Guau, no tengo nada más…

TINA FUHR: Lo único que le quiero decir a Rikki… Este no era un sitio apropiado para colgar su mensaje. Por si no se había dado cuenta, nadie ha mencionado nunca el nombre de Brandon en el muro de Tyler. Nadie ha dicho nunca aquí barbaridades sobre él. Este no es sitio para hablar de Brandon y de lo que hizo. Este es un sitio para que los familiares y amigos se consuelen unos a otros por la pérdida de mi querido sobrino. Además, en mi opinión (no me importa si está usted de acuerdo o no), tenía edad suficiente para saber que no debía tocar las armas ni jugar con ellas, y aun así lo hizo. Ha causado un desgarro en nuestra familia que nunca quedará olvidado ni perdonado. Un consejo amistoso: cuando se trata de la vida de uno y la de los demás, no hay accidentes, solo decisiones.

RIKKI MANGONE: Siento muchísimo que haya gente que va a vivir con esta ira hacia un chico de 12 años. Espero que un día se comprenda a las dos partes. ¿Acaso la gente que dice cosas negativas quiere que otro niño inocente acabe con su vida, que se suicide por los comentarios negativos que oye y ve de otras personas? Esta fue una tragedia para las dos partes y lo siento muchísimo por todos los afectados.

(Lora se une a la discusión).

LORA: Creo que Rikki (y cualquier otra persona) debe salir del muro de Tyler Dunn… y usted tampoco sabe nada así que no meta las narices y guárdese sus opiniones y realmente no me importa lo que sea de Brandon a partir de ahora.

THERESA CONQUEST-WILLIS: Señora no estoy en su muro estoy en el de Rikki y que yo sepa este es un país libre, si no le gusta lo que se está diciendo manténgase al margen de la conversación, hay dos familias que están sufriendo en esta tragedia y lo que menos necesitamos son las tonterías de una persona.

JANET: NO TIENE POR QUÉ HACERLO, ES LA MADRE DE TYLER, ASÍ QUE ¡¡¡¡¡¡VÁYASE A LA MIERDA Y CÁLLESE!!!!!!

Y así sucesivamente.

Las armas de fuego estaban más disponibles y aceptadas en el mundo de Brandon que en los de casi todas las demás víctimas de aquel día. En gran parte del Estados Unidos rural, las armas de fuego forman parte de la vida cotidiana, por motivos prácticos y con fines recreativos. «En una comunidad rural como esta, tenemos problemas con mofetas y todo tipo de animales —explica el

sheriff Biniecki—. Tenemos incluso coyotes que vienen a cazar a los terneros recién nacidos. No es raro que un granjero tenga una escopeta a mano para eliminarlos. Están siempre listos para actuar».

En Marlette, tener armas era, si no normal, tampoco una extravagancia. «Mi madre tiene armas en su casa —dice Lora después de pensar un instante—. Son de su marido. No caza muy a menudo. Pero las tiene. Y Tyler solía ir allí. No están a la vista, pero están allí».

Con tantas armas alrededor, la posibilidad de que ocurra una desgracia siempre está presente. Unas semanas antes, dos hombres que estaban en un hidrodeslizador en la Bahía de Saginaw, a una hora de Marlette, dijeron que un cazador de patos les había disparado[119]. Solo cinco días después de que muriera Tyler, un chico de 16 años se disparó a sí mismo en el pie mientras cazaba; el incidente ocurrió a 20 minutos de trayecto, en Snover[120]. Seis meses más tarde, un chico de 12 años recibió un tiro en la mano cuando otro de 14 sacó una escopeta del armero y la dejó caer[121].

Aunque el sheriff Biniecki trata cada muerte por arma de fuego como una tragedia individual, en su voz se detecta una familiaridad cansada, aunque llena de compasión, con casos como el de Tyler. Lleva casi 40 años manteniendo el orden en el Condado de Sanilac, donde empezó como subalterno y fue ascendiendo después. Su camisa está impecablemente planchada. La estrella que lleva en el hombro y la maqueta de barco que ocupa su ventana dan más la impresión de un hombre militar que de un sheriff rural.

«Por desgracia, cada pocos años la historia se repite —dice—. Hemos tenido otros tiroteos. No siempre mortales. Pero estas cosas ocurren. También hemos tenido adultos que disparan a alguien cuando están de caza. Es una cosa personal, un error humano. Y hay que asumir cierta responsabilidad personal por lo que sucede. Parte de mi trabajo como sheriff a veces consiste en decir las cosas de manera que tengan un efecto duradero. De manera que quizá puedan evitar otra tragedia así».

Biniecki no tuvo una infancia rodeada de armas. Creció en Detroit y vino a esta zona cuando tenía 10 años. Cuando su padre ganó una escopeta en una tómbola, poco después de haber llegado, se la regaló a uno de sus amigos. «No es que estuviese en su contra. Simplemente, no estaba acostumbrado, así que pensaba que para qué tenerlas». Cuando llegó al pueblo, una de las primeras preguntas que uno de sus amigos le hizo a Biniecki fue si tenía algún arma. Cuando tenía 12 años, trabajó todo el verano para comprarse la primera, una escopeta de un solo cañón para cazar faisanes.

Inmediatamente después de la muerte de Tyler, Biniecki hablaba con compasión. «Es una tragedia, sin más —declaró a la prensa local—. Creemos que fue un accidente, algo no intencionado. Es una tragedia. Dos vidas arruinadas. Un niño que ya no estará nunca más con nosotros y otro que tendrá que vivir con ello el resto de su vida. Todo el mundo debe recordar que cualquier arma está cargada. Aunque no lo esté, debe apuntarla hacia donde sea seguro, y así nadie recibirá nunca ningún disparo si no es a propósito. El arma no se dispara sola»[122].

La clave para prevenir accidentes como este, insiste, está en la educación y la responsabilidad de los padres. «Creo que, como líderes de la comunidad, debemos aprovechar la oportunidad para insistir a los padres en que, si tienen un arma, deben asegurarse de que está descargada y guardarla. Que enseñen a sus hijos las normas de seguridad. Y que no se relajen con el paso del tiempo, porque a veces —dice durante nuestra entrevista— los padres se relajan, pero los niños siempre tienen curiosidad. Cuando coinciden esas dos cosas, el resultado puede ser malo. Creo que hoy en día, con internet y los smartphones y tantas cosas conectadas, toda la información

está ahí. Incluso puedes recibir clases online».

Poco después del disparo fatal, Biniecki impartió un curso básico al periódico local sobre los protocolos de seguridad con las armas que no se habían seguido en este caso. Los seguros de los gatillos y otros dispositivos similares pueden impedir que un arma dispare, dijo, y los propietarios debían usar dichos seguros, además de guardar las armas en un armero cerrado. Y siempre debían estar en un lugar aparte de la caja de municiones. «No tienen un mecanismo de seguridad actualizado —señaló—. Es un mecanismo como de trinquete, en cuanto el percutor vuelve, el arma está enganchada y lista para disparar»[123].

«Todos conocemos la naturaleza humana—me dice—. Los niños son curiosos. Están en una edad en la que son como esponjas, desde el mismo momento en que empiezan a hablar, y luego también cuando empiezan a pensar y actuar por su cuenta. Y, si no saben y no se les enseña cuando son pequeños que un arma es peligrosa, pueden ocurrir cosas malas. Les decimos que un cuchillo está afilado. Les decimos que el fuego quema. Y tenemos que decirles desde temprano qué es un arma de fuego y lo que puede provocar»

Tiene sentido. Y hay que señalar que ni Brandon ni Tyler habían asistido a clases de seguridad, aunque Brittany dice que estaba mirándolas para Tyler. Y el sheriff Biniecki predica con el ejemplo. El fin de semana antes de conocernos, me cuenta, estuvo ayudando a organizar una jornada juvenil en la Federación de Pavos Silvestres, una organización conservacionista que, entre otras cosas, enseña seguridad a los jóvenes. Sus dos hijas han crecido sabiendo que él tiene una pistola, y a veces las lleva a la galería de tiro, donde siempre insiste en que sigan todo el protocolo de seguridad.

Lo malo, dicen los expertos, es que el énfasis en la educación sobre seguridad no basta. Incluso cuando se ha educado a los niños —en especial los varones— sobre los riesgos existentes, el atractivo del arma de fuego es más poderoso que las advertencias sobre sus peligros.

En un estudio, los investigadores dejaron a parejas de chicos entre ocho y 12 años a solas en una sala de examen en una clínica de Atlanta, mientras los observaban a través de un espejo unidireccional. Los científicos no les dijeron que había una pistola del calibre 38 escondida en un cajón. Sin embargo, al cabo de 15 minutos, tres cuartas partes de los niños la habían encontrado, dos tercios la habían empuñado y un tercio había apretado el gatillo. Solo uno, de casi 90, llamó a un adulto para decirle que había un arma, una acción que le valió las burlas del resto. Más del 90 por ciento de los chicos habían recibido algún tipo de lecciones sobre seguridad en el manejo de armas[124].

Un artículo publicado en 2013 en *The New York Times* sobre tiroteos «accidentales» mencionaba el caso de Joshua Skorczewski, un niño de 11 años del oeste de Minnesota. El chico estaba tan emocionado de haber asistido a una clase de seguridad en el manejo de armas que cogió una escopeta del 20 descargada del armero de la familia, la cargó y echó para atrás el percutor. Cuando estaba guardándola en el armero, se le resbaló el dedo, disparó y mató a su hermana de 12 años, Natasha[125].

Toda ola de pánico moral sobre los disparos «accidentales» a menores debe verse en perspectiva, no porque sean pocos, sino porque, en comparación con otras muertes accidentales, hay mayores peligros para los niños aunque despierten mucha menos preocupación. Una investigación de *The New York Times* en 2013 llegó a la conclusión de que el número de muertes de menores por arma de fuego que se consideran «accidentales» es, en realidad, el doble de lo que dicen las cifras oficiales debido a errores de clasificación[126]. Sin embargo, incluso si se acepta la cifra que

propone el periódico, más elevada, las muertes accidentales por arma de fuego seguirían estando en quinto lugar entre las causas accidentales de muerte de menores, después de los accidentes de tráfico, ahogamientos, incendios, asfixia y atropellos.

No obstante, en cualquier sociedad en la que haya muchas armas —y Estados Unidos tiene más armas de fuego per cápita que cualquier otro país del mundo[127]—, los niños están expuestos al riesgo de recibir un disparo. Lo que hay que preguntarse es cuánto riesgo y qué hacer para reducirlo al mínimo. Si pensamos en todos los objetos cotidianos diseñados a prueba de niños, desde los asientos de automóvil hasta los frascos de medicinas, es evidente que la sociedad en general desea eliminar tantos peligros para los menores como sean posibles, incluso cuando los afectados sean un número relativamente pequeño. Si la muerte de un niño es evitable, la pregunta no es «¿Por qué tenemos que hacer esto?», sino «¿Por qué no?». Sería ilógico que ese principio sirva para todo menos para las armas de fuego.

Pero escasean las investigaciones que permitan mostrar qué medidas son eficaces para mejorar la seguridad con las armas. Y eso no es casualidad. Hubo un tiempo en el que las armas de fuego, la principal causa de muerte de los jóvenes negros y la segunda de todos los jóvenes, se consideraban un problema de salud pública. Los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) publicaban hallazgos e informes sobre cómo reducir las muertes por arma de fuego del mismo modo que publican informes sobre alimentación saludable o sobre cómo prevenir el síndrome de la muerte súbita del lactante. Descubrieron, entre otras cosas, que la presencia de armas de fuego en casa no reducía las probabilidades de morir, sino que las aumentaba[128]. A la Asociación Nacional del Rifle (NRA) no le gustaron ni esta conclusión en particular ni las investigaciones en general. «Lo que nos preocupa no es la ciencia médica legítima —dijo a *The New York Times* Chris Cox, principal lobbista de la NRA—. Lo que nos preocupa es que estaban fomentando la idea de que tener armas era una enfermedad que debía erradicarse»[129].

De modo que la NRA utilizó su inmenso poder de presión para poner fin a los esfuerzos del gobierno por descubrir cómo hacer que la gente estuviera más segura en su contacto con las armas. En 1996, el congresista republicano por Kansas, Jay Dickey, que posteriormente se calificó a sí mismo como «su hombre en el Congreso», logró la retirada de 2,6 millones de dólares —exactamente la cantidad dedicada el año anterior a la investigación sobre armas de fuego— del presupuesto de los CDC[130]. La ley actual dice: «Ninguno de los fondos para la prevención y el control de lesiones en los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades puede dedicarse a defender ni fomentar el control de armas»[131].

Dado que la legislación entonces ya prohibía que los CDC hicieran lobby a favor o en contra de determinadas leyes, esta disposición era redundante. Pero hizo que tanto el dinero como los investigadores se mantuvieran apartados de esa área de estudio, por miedo a que sus conclusiones acabaran siendo políticamente incómodas y atrajeran la ira de los legisladores partidarios de las armas. «Nos han impedido que sigamos respondiendo a las preguntas fundamentales», declaró a *The New York Times* en 2011 Mark Rosenberg, antiguo director del Centro Nacional para la Prevención y el Control de Lesiones[132].

En enero de 2013, después del tiroteo de Sandy Hook, el presidente Barack Obama inició un segundo mandato en el que las voces que clamaban por el control de las armas se hicieron cada vez más fuertes. Una de sus medidas fue intentar revertir tanta cautela con la publicación de un «Memorándum presidencial para ordenar a los Centros para el Control de las Enfermedades que investiguen las causas y las formas de prevención de la violencia por armas de fuego».

Sin embargo, el problema continúa vigente. El 14 de noviembre de 2013, nueve días antes de que dispararan a Tyler, el presidente Obama nombró Cirujano General[133] a Vivek Murthy. Pero el proceso de confirmación del nombramiento, que casi todo el mundo suponía que era un trámite —Murthy estaba bien cualificado y no tenía escándalos personales a sus espaldas—, acabó envuelto en controversia. Los congresistas republicanos se enfocaron en el apoyo de Murthy a la prohibición de las armas de asalto y en un tuit publicado en 2012, varios meses después de los disparos efectuados por James Holmes en una sala de cine de Aurora, Colorado, que mataron a 12 personas e hirieron a otras 70. «Cansado de los políticos que politiquean con las armas y ponen vidas en peligro porque tienen miedo a la NRA. Las armas son un problema de salud pública. #DebateHealth», tuiteó[134]. Le llevó más de un año obtener la confirmación en el cargo, y lo logró con un margen estrechísimo, después de que la NRA hiciera campaña entre sus miembros en contra del «[aspirante] a cirujano general políticamente más activo»[135] que se recordaba.

Los estudios realizados muestran que los menores corren riesgos importantes cuando conviven con armas de fuego. Según una investigación del año 2000, en más de la mitad de los hogares estadounidenses en los que coinciden niños y armas, las armas no están en un armero cerrado, y en más del 40 por ciento, las armas están sin el seguro puesto y no se guardan bajo llave[136]. Casi tres cuartas partes de los niños menores de 10 años que viven en hogares con armas de fuego dicen que saben dónde están guardadas[137]. Un estudio de 2005 mostró que más de 1,69 millones de niños y jóvenes menores de 18 años viven en hogares con armas de fuego que están cargadas y no se almacenan bajo llave[138]. Según un estudio del Departamento de Educación, el 68 por ciento de los tiroteos en centros escolares ocurridos entre 1974 y 2000 se cometieron con un arma que el autor había obtenido en su casa o en la de algún familiar[139].

Y da la impresión de que las leyes surten efecto. Un estudio de 1997 reveló que en los 12 estados en los que estaban en vigor al menos desde hacía un año leyes para prevenir el acceso de los menores a las armas de fuego, las muertes involuntarias por disparos descendieron un 23 por ciento[140]. Otro estudio de 2005 mostró el nexo entre la presencia de ese tipo de leyes y la prevención de los suicidios juveniles[141].

Existen leyes para prevenir el acceso de los menores a las armas de fuego en 28 estados más el Distrito de Columbia. Las disposiciones varían mucho, desde la responsabilidad penal cuando un menor accede a un arma guardada con descuido hasta la simple prohibición de que los adultos proporcionen armas de fuego a un menor[142]. Entre esos estados no está Michigan, donde murió Tyler. Pero no porque no lo hayan intentado. Durante 15 años, en cada periodo de sesiones de la asamblea legislativa de Michigan, se presentó un proyecto de ley para obligar a guardar las armas de forma segura y fuera del alcance de los niños y castigar a quienes no lo hicieran. Solo una vez superó la fase de la comisión.

La NRA se opone enérgicamente a este tipo de leyes, en Michigan y en todas partes, por dos motivos. En primer lugar, alegan que el número de niños que mueren por disparos accidentales es diminuto y cada vez menor. Segundo, porque obligar a los dueños de armas de fuego a mantenerlas bajo llave hace que les sea prácticamente imposible defender su hogar (imagino que el seminario «Conceptos de defensa del hogar» en la convención de la NRA cambiaría mucho si antes hubiera que encontrar la llave del armero). Pero las investigaciones demuestran que, antes que por un desconocido, una persona tiene más probabilidades de ser disparada por alguien conocido o incluso de dispararse a sí misma. Un estudio de 1998 reveló que, en una casa con

armas de fuego, por cada «disparo legalmente justificable» en defensa propia, había cuatro disparos no intencionados, siete agresiones criminales u homicidios y 11 intentos de suicidio o suicidios[143]. Según el sheriff Biniecki, la mayoría de las muertes por arma de fuego en el Condado de Sanilac son «incidentes domésticos»: un exmarido que dispara a su exmujer, o «un condenado por delitos sexuales que mató a su padrastro y su tío… Cada tres años, más o menos, volvemos a tener uno de estos casos espantosos».

Las leyes, por supuesto, no son garantía de que las cosas se hagan bien. Solo castigan lo que se hace mal y marcan la pauta del comportamiento socialmente aceptable. «Hubo muchos factores que contribuyeron a este desastre —dice Biniecki sobre la muerte de Tyler—. Los chicos habían ido a cazar ciervos. Están acostumbrados [a las armas de fuego]. Hay una medida que no se tomó. ¿Podría el padre haber guardado las armas con llave y que, a pesar de todo, los chicos las hubieran sacado? Por supuesto. Pero eso no es lo que ocurrió en este caso concreto. Sabemos que la escopeta estaba fuera. Sabemos que los chicos tuvieron acceso a ella y también conocemos el trágico resultado. Creo que, en gran parte, es nuestra responsabilidad personal». Y la responsabilidad personal, insistió poco después del suceso, viene acompañada de consecuencias personales. «Vamos a presentar cargos —declaró al periódico local—. Alguien tiene que responder por lo que ha pasado. Los chicos no deberían haber estado solos en casa»[144].

El 20 de febrero de 2014, Jerry y Brandon comparecieron ante el Juzgado de Distrito. De acuerdo con un secretario del juzgado, Jerry tenía tres antecedentes delictivos. En los 20 años anteriores le habían condenado en distintas ocasiones por vender drogas, «cultivar marihuana y preparar una droga de categoría 4», resistirse y estorbar a un agente de policía, «conducir un vehículo en estado de embriaguez» y «conducir un vehículo con un envase abierto»[145].

En Estados Unidos, los delincuentes convictos no están autorizados a tener armas de fuego. De modo que Jerry fue acusado de posesión de armas de fuego siendo delincuente, que es un delito en sí y puede suponer hasta cinco años en prisión. Por dejar solos a dos niños con armas cargadas con el resultado de la muerte de uno de ellos, se le acusó de contribuir al comportamiento delictivo de un menor, una falta de 90 días. Obtuvo su libertad con una fianza de 2.500 dólares[146].

Brandon compareció en el tribunal de menores, donde le acusaron de manejo negligente de un arma de fuego con resultado de muerte, que supone un máximo de dos años de condena. El 10 de abril, Brandon se declaró culpable; el 5 de mayo, Jerry no se opuso a los cargos, y dijo al fiscal que se sentía muy mal por la muerte de Tyler y que había aconsejado a Brandon que se declarara culpable porque «había cometido un error».

En una vista celebrada el 1 de mayo, me contó Lora, Connie lloró al ver a Brandon de pie, con pantalón y sudadera gris de chándal, mientras el juez le ordenaba permanecer en «libertad intensamente vigilada» en casa de ella. La sentencia se leyó al día siguiente. La libertad vigilada contenía 29 condiciones. Le enviaron a un centro de internamiento juvenil durante 10 días, con otros 20 días de sentencia «en suspenso», que se aplicarían si no cumplía a rajatabla las otras 28 condiciones de su libertad vigilada. El tribunal revisaría la condena cada 30 días, dijo el fiscal del Condado de Sanilac, James Young, que predijo que duraría hasta que Brandon cumpliera 18 o 19 años, o «hasta el momento en el que ya no necesite estos servicios y demuestre que ya no necesita estar vigilado»[147].

Las condiciones de la libertad vigilada incluyen el seguimiento electrónico, la obligación de estar en casa entre las siete de la tarde y las siete de la mañana, la asistencia a cursos de control de la ira, terapia, 30 horas de servicio a la comunidad, pruebas aleatorias de alcohol y drogas, el

pago de la incineración de los restos de Tyler y un mínimo de 10 trabajos escritos decididos por su agente de libertad condicional.

La condición 4 es que debe vivir con Connie en Michigan; la 7, que no debe salir del estado sin autorización previa de su agente de libertad condicional; y la 19, que no debe tener contacto, directo ni indirecto, con la familia de Tyler. Tres puntos difíciles de respetar por completo. Las comunidades rurales son pequeñas; las relaciones sociales son estrechas. Aunque Brandon no busque contacto con familiares de Tyler, es difícil evitarlos. Connie se fue a vivir a algo menos de media hora desde el pueblo. Tiffany estaba trabajando un día en el McDonald's de Marlette y ellos pasaron por allí, y otros miembros de la familia se los encuentran de vez en cuando.

Seis semanas después de la sentencia de Brandon, le tocó a Jerry. El juez tuvo en cuenta sus condenas anteriores y le ordenó un año de prisión en la Cárcel del Condado de Salinac por el primer cargo, la posesión de armas de fuego con antecedentes, y 90 días que debía cumplir de forma simultánea por el segundo cargo, la contribución al comportamiento delictivo de un menor. Además tuvo que hacerse cargo de algunas costas, como los honorarios del abogado designado por el tribunal[148].

La ley había hablado. Pero había proclamado sus valores sin ninguna consistencia moral. Jerry fue condenado a un año porque en otro tiempo había cometido «delitos graves» que le impedían poseer un arma. Fue condenado a tres meses por dejar en su casa sin vigilancia varias armas, al menos una de ellas cargada, y por dejar a su hijo y a un amigo en contacto con ellas y sin supervisión. Este último delito, contribuir al comportamiento delictivo de un menor, habría recibido la misma calificación si Tyler y Brandon hubieran descubierto un montón de material pornográfico. No solo fallaba la correspondencia entre los delitos y los castigos, sino que además la caracterización del delito tampoco se correspondía con lo que había hecho. Su negligencia seguramente había corrompido a Brandon, pero desde luego también había hecho posible que muriera Tyler.

La familia de Tyler opina que tanto Brandon como Jerry salieron demasiado bien librados. En particular Brandon, porque están convencidos de que disparó a Tyler a propósito. Creen que se ha echado tierra sobre el asunto. Que hay algo sucio. No saben exactamente el qué, pero les parece que la historia no encaja. Lora no se cree que Brandon estuviese intentando poner la escopeta en el suelo y se le enganchara en el bolsillo del pantalón. «Creo que ha mentido. No me creo que ocurriera así. Yo sabía desde el principio que no podía creerme que fuera un accidente. Estoy segura de que tenía el dedo en el gatillo».

Mientras me como una pizza con Brittany, su madre, su padrastro y su abuela, les pregunto qué considerarían que es hacer justicia para Tyler. Brittany piensa un instante. «Yo querría ojo por ojo», dice. Hago una pausa.

—¿Quieres decir que ejecuten a Brandon? —le pregunto. Ella asiente.

—Brandon debe morir. Creo que no debería poder vivir su vida. Esa es mi opinión personal.

Hago otra pausa y miro a los demás.

—¿Todos estáis de acuerdo?

Todos asienten.

—¿Y Jerry?

—Debería estar tiempo en la cárcel por lo que hizo —dice Lora.

—Probablemente debería estar encerrado el resto de su vida —añade Brittany—. Él tuvo que ver, pero técnicamente no fue quien apretó el gatillo.

Como representante legal de los intereses de Tyler, Lora ha presentado una querella contra

Brandon y Jerry en la que busca una indemnización de más de 25.000 dólares, según el *Sanilac County News*[149].

Pregunto a Lora si Jerry o Connie han intentado hablar con ellos alguna vez desde que murió Tyler. Dice que no han vuelto a tener ningún contacto desde que la novia de Jerry se acercó, unos días después de la tragedia, para devolverles los efectos de Tyler. ¿Le habría gustado saber de ellos? «Habría estado bien que hubieran dicho algo. Que hubieran enviado alguna tarjeta por correo o algo. Pero no. No he escuchado ni una palabra de ellos».

—Incluso en el juicio podrían haberse girado para decir algo —dice Janet.

—Sí, cuando compareció ante el juez y dijo que no era culpa suya —dice Lora.

—Bueno —dice Janet—, no era culpa suya porque no estaba en casa.

A la hora de proteger a los niños de las armas, los padres cometen errores y las leyes son claramente insuficientes. Pero, con algún estímulo ocasional de la Administración, la tecnología se ha vuelto más fiable. Hace mucho más de un siglo que los fabricantes de armas trabajan para fabricar armas de fuego que a los niños les resulte difícil usar de forma indebida.

En 1887, la firma Smith & Wesson fabricó la pistola de seguridad sin martillo del 38, seguida dos años más tarde por el modelo del calibre 32. Tenía una palanca de metal en la parte posterior que la persona debía empujar hacia abajo con la base del pulgar mientras el dedo índice apretaba el gatillo. Este mecanismo de seguridad *New Departure* [«Nuevo punto de partida»] estaba diseñado específicamente para que la mano de un niño no alcanzara a hacer las dos cosas al mismo tiempo. «Una característica muy importante de esta colocación —explicaba el catálogo— es lo segura que resulta el arma en manos de los niños, porque ningún chico normal menor de ocho años puede llegar a dispararla»[150].

Sin embargo, otras iniciativas más recientes y elaboradas han despertado la indignación del lobby armamentístico. En el año 2000, cuando Bill Clinton anunció un acuerdo con Smith & Wesson por el que iban a empezar a poner seguros en las pistolas y a aplicar tecnología de «pistolas inteligentes», la NRA declaró que la empresa era «la primera fabricante de armas que empuña la bandera blanca de la rendición y se esconde detrás de Clinton y Gore»[151]. Llamaron a boicotear a la empresa y, al final, Smith & Wesson se retractó del pacto.

La tecnología se desarrolló de todas formas. Hoy existen indicadores de carga que muestran si un arma está cargada y si queda alguna bala en la recámara. Y las armas inteligentes han avanzado mucho. La Armatix iP1 —una pistola negra de aspecto regordete y acabado en mate— no funciona sin un reloj, que no sirve tanto para mirar la hora sino como mecanismo de seguridad. El reloj y la pistola tienen unos chips electrónicos que se comunican entre sí. Cuando la pistola está a menos de 25 centímetros del reloj, que solo se activa con un PIN de cinco cifras, se enciende en verde una luz en la empuñadura, y entonces puede dispararse. Si está más lejos del reloj, no hay ninguna luz y no puede dispararse. En otras palabras, la única persona que puede manejarla es la que tiene el reloj y sabe el PIN, normalmente el propietario[152].

En una conferencia de prensa en la que lloró junto a uno de los padres que habían perdido a un hijo en Sandy Hook, el presidente Obama manifestó su frustración por el hecho de que una tecnología disponible comercialmente y aceptable para otros usos más frívolos no pudiera utilizarse para garantizar la seguridad. «Si podemos desarrollar una tecnología que impide desbloquear el teléfono sin la huella digital apropiada, ¿por qué no podemos hacerlo con las armas? —dijo—. Si un niño no puede abrir un frasco de aspirinas, deberíamos asegurarnos de que no pueda apretar el gatillo de una pistola»[153].

Se han hecho pruebas con distintas versiones de este tipo de arma, incluidas algunas con reconocimiento de voz, de mano, de huella digital y aplicaciones remotas (que permiten deshabilitar la pistola a distancia). Las ventajas son evidentes: dificultan los disparos accidentales, los suicidios y las cesiones ilegales de armas, y hacen que robar un arma sea inútil. Hasta tal punto que, en 2002, Nueva Jersey aprobó una ley por la que se venderían solo armas inteligentes cuando se cumpliera un plazo de tres años desde la venta de la primera arma inteligente en cualquier lugar del país[154].

La Armatix fue la primera que se comercializó en Estados Unidos. Durante un breve periodo, pareció que su punto de venta iba a ser el Oak Tree Gun Club, uno de los almacenes de armas más grandes de California, situado a las afueras de Los Ángeles. Por poco tiempo fue la única tienda que las tenía en Estados Unidos. «Puede revolucionar la industria de las armas», dijo a *The Washington Post* James Mitchell, el dueño de la tienda[155].

Nadie afirmaba que fuesen a acabar con la violencia por armas de fuego, pero, desde luego, era difícil pensar que las armas inteligentes pudieran empeorar la situación. «Si estás dudando entre dos coches, y uno tiene airbag y el otro no, ¿vas a comprar el que no lo tiene? —explicó al *Post* Belinda Padilla, presidenta de Armatix en Estados Unidos—. Tú verás, pero, ¿por qué harías algo así?»[156].

Un posible motivo sería que no existiera esa elección. La NRA se opone por completo a las armas inteligentes. Considera que no son un elemento de seguridad sino un instrumento de los que se oponen a las armas. La asociación se opone a los «mandatos del gobierno que exigen el uso de características caras y poco fiables, como unas empuñaduras que lean las huellas digitales para poder disparar». También reconoce «que la cuestión de las armas inteligentes puede encajar muy bien en el programa de los antiarmas y abrir la puerta a la prohibición de todas las armas que no incluyan la tecnología exigida por el gobierno»[157]. Están especialmente deseosos de impedir que Nueva Jersey tome la iniciativa de exigir oficialmente esa tecnología.

Cuando se supo que Oak Tree se disponía a vender la pistola Armatix iP1, los activistas amenazaron con boicotear la tienda. Y Padilla se convirtió en blanco de ataques personales. Después de que alguien publicara su número de teléfono en internet, empezó a recibir mensajes amenazantes. Otra persona publicó fotos del lugar donde tenía un apartado de correos, pintó una flecha apuntando a una mujer y escribió: «Belinda, ¿esa eres tú?». En Calguns.net, una página web de California para propietarios de armas, una persona escribió: «No tengo escrúpulos en arrasar personal y profesionalmente con la vida de alguien que ha intentado sacar provecho de desarmarnos a mí y a mis compatriotas»[158].

La presión fue tan intensa que la tienda acabó eliminando cualquier huella de su relación con Armatix. Sus carteles publicitarios, las prendas de vestir con su logotipo y su stand en la galería de tiro fueron retirados. Nadie sugirió que la NRA pudiera estar detrás de ninguna de las amenazas.

Aun así, la senadora estatal de Nueva Jersey que había propuesto el proyecto de ley para que las armas inteligentes fueran las únicas disponibles en su estado ofreció una tregua. Dijo que estaba dispuesta a retirar la obligatoriedad si la NRA no obstaculizaba el desarrollo y la venta de dichas armas. «Estoy dispuesta a hacerlo así porque, al final, estas serán las armas que la gente querrá comprar», dijo. Pero la NRA se negó en redondo. «La NRA está interesada en la derogación total de la desacertada ley de Nueva Jersey», replicó Chris Cox[159].

Nunca sabremos si alguna de estas leyes o innovaciones tecnológicas habría salvado la vida de Tyler. La Oficina General de Contabilidad de Estados Unidos calculó en 1991 que el 31 por

ciento de las muertes accidentales por arma de fuego podrían haberse evitado con cierres de seguridad a prueba de niños e indicadores de carga[160]. Las personas cometen errores, y a un niño no se le puede exigir una responsabilidad absoluta. Además, en estos casos es importante distinguir entre accidente y negligencia. Lo que está claro es que la introducción de todos esos mecanismos no habría hecho daño a nadie y que casi todos habrían reducido las probabilidades de que se produjera la tragedia.

La familia de Tyler llegó al Juzgado del Condado de Sanilac para oír la sentencia de Jerry con un atuendo para la ocasión. Brittany llevaba una sudadera verde con cuatro fotos diferentes de Tyler en la parte delantera y el lema «Justicia para Tyler» en la espalda. Lora llevaba una versión en gris, sin las fotos delante. En el pasillo que llevaba a la sala, había gente sentada y de pie. Cuando no quebraban el silencio con sus charlas y comentarios, daban vueltas con aire sombrío sobre el suelo de mármol.

Jerry llegó con cinco minutos de retraso, vestido con una camisa de rayas blancas y azules, con pantalones y botas vaqueras y con una gorra negra de béisbol con el logo de la empresa «Hercules Pumping and Concrete», bajo la que su cabello gris y lacio colgaba hasta más abajo de los omóplatos. Iba con un amigo, vestido igual, que se quedó con la gorra de Jerry cuando el juez de Distrito Donald Teeple le llamó al estrado. «¿Entiende usted por qué está aquí?», preguntó Teeple después de exponer los cargos. «Sí», contestó Jerry. El juez preguntó a su abogada si quería decir algo. La abogada, después de reconocer el «terrible incidente» que había ocurrido, añadió: «No hubo intención por parte de Mr. Northrup. Fue una acción por omisión». A continuación, el juez preguntó a Jerry si quería decir algo.

—Fue un terrible, trágico accidente —dijo—. Yo no estaba presente. No lo hice yo. Estaba trabajando.

—Pero tenía armas de fuego en casa —insistió el juez.

—Sí —dijo Jerry.

—Pues así ocurren estas cosas… Esta familia tiene que vivir sin su hijo el resto de sus vidas.

—Lo entiendo —dijo Jerry, con una voz que iba haciéndose menos audible con cada respuesta.

—Es lo peor que puede pasar —afirmó el juez.

—Sí —respondió con una voz tan débil que pareció más un murmullo que una palabra.

El juez dictó la sentencia —un año de prisión— y, mientras se vaciaba la sala, Jerry recibió la orden de sentarse en la zona del jurado a esperar a que un funcionario del tribunal recogiera los papeles. Luego, después de poner una firma más en su orden de encarcelación, Jerry comenzó la infantilización de su nueva vida. Había dejado de ser un hombre libre. Se puso de pie y meneó la cabeza cuando el policía le preguntó si tenía algo en los bolsillos, pero encontró unas monedas sueltas. Las sacó y se las dio a su amigo. Levantó los brazos y le cachearon. Luego colocó las manos delante y le pusieron las esposas. Primero la mano derecha. Clic. Luego la izquierda. Clic. Después volvió a sentarse donde el jurado mientras completaban otros trámites. Eran las 9:20 de la mañana cuando salió acompañado de la sala vacía al pasillo, con las manos esposadas delante y su amigo, con las dos gorras y el rostro lleno de lágrimas, detrás. Jerry entró en el ascensor y desapareció.

[110] Si se ve el estado de Michigan tiene aproximadamente la forma de una mano, el «pulgar» sería la parte más oriental. [N. de la T.].

[111] 17,3 habitantes por kilómetro cuadrado en 2010: Wikipedia, «Sanilac County, Michigan», https://en.wikipedia.org/wiki/Sanilac_County,_Michigan En comparación con Finlandia, 17,98 por kilómetro cuadrado en 2014: «Population Density (People per Sq. Km.) in Finland», Trading Economics, http://www.tradingeconomics.com/finland/population-densitypeople-per-sq-km-wb-data.html

[112] «Quick Facts, Sanilac County, Michigan», United States Census Bureau, http://www.census.gov/quickfacts/table/RHI105210/26151; https://en.wikipedia.org/wiki/Demographics_of_Norway#Total_population

[113] Michigan Department of Agriculture and Rural Development, «Michigan Food and Agricultural Systems Profiles», State of Michigan website, http://www.michigan.gov/documents/mda/County_Food_System_Profiles_292923_7.pdf, y https://www.michigan.gov/documents/mda/Regional_Food_System_Profiles_292928_7.pdf

[114] Kate McGill, *The Beginnings of Marlette* (folleto).

[115] Ibíd.

[116] George Monbiot, «Rewilding Our Children», website de George Monbiot, 16 de abril de 2012, http://www.monbiot.com/2012/04/16/2125/

[117] McGill, *The Beginnings*.

[118] Justice for Tyler Dunn Facebook page, https://www.facebook.com/Justicefor-Tyler-Dunn-548697351873913/

[119] http://www.wnem.com/story/23881130/2-in-airboat-report-being-targetedby-duck-hunter

[120] Associated Press, «Teen Shoots Self in Foot While Hunting in Michigan», *Monroe News*, 29 de noviembre de, http://www.monroenews.com/article/20131129/NEWS/311299907

[121] «Boy, 12, Accidentally Shot in Hand», *Sanilac County News*, 19 de marzo de 2014, http://sanilaccountynews.mihomepaper.com/news/2014-03-19/News/Boy_12_accidentally_shot_in_hand.html

[122] Brad Devereaux, «Update: Marlette Elementary Student Shot, Killed at Sleepover Identified», *Michigan Live*, 2 de diciembre de 2013, http://www.mlive.com/news/saginaw/index.ssf/2013/12/sheriff_12-year-old_shot_kille.html

[123] Ibíd.

[124] G. A. Jackman et al., «Seeing Is Believing: What Do Boys Do When They Find a Real Gun?», *Pediatrics* 107 (2001): 1247; http://pediatrics.aappublications.org/content/107/6/1247.abstract

[125] Michael Luo y Mike McIntire, «Children and Guns: The Hidden Toll», *The New York Times*, 29 de septiembre de 2013, http://www.nytimes.com/2013/09/29/us/children-and-guns-the-hidden-toll.html?pagewanted=all

[126] Ibíd.

[127] «Gun Homicides and Gun Ownership by Country», *The Washington Post*, 17 December 2012, http://www.washingtonpost.com/wp-srv/special/nation/gun-homicides-ownership/table/

[128] Linda L. Dahlberg et al., «Guns in the Home and Risk of a Violent Death in the Home: Findings from a National Study», *American Journal of Epidemiology* 160, no. 10 (2004): 929–36, https://aje.oxfordjournals.org/content/160/10/929.full; Andrew Seamen, «Gun Access Tied to Greater Suicide, Murder Risk: Study», Reuters, 20 January 2014, http://www.reuters.com/article/us-gun-suicide-idUSBREA0J1G920140120

[129] Michael Luo, «N.R.A. Stymies Firearms Research, Scientists Say», *The New York Times*, 26 de enero de 2011, http://www.nytimes.com/2011/01/26/us/26guns.html?_r=0

[130] Sam Stein, «The Congressman Who Restricted Gun Violence Research Has Regrets», *Huffington Post*, 6 de octubre de 2015, http://www.huffingtonpost.com/entry/jay-dickey-gun-violence-research-amendment_us_561333d7e-4b022a4ce5f45bf

[131] Ibíd.

[132] Luo, «N.R.A».

[133] Cirujano General equivale al Ministro de Sanidad. [N. de la T.].

[134] Vivek Murthy, Twitter, https://twitter.com/vivek_murthy/status/258393687871074304.

[135] http://www.huffingtonpost.com/2014/12/15/surgeon-general-vote_n_6329884.html; http://www.nytimes.com/2014/12/16/us/obamasnominee-for-surgeon-general-wins-confirmation.html; http://www.thenation.com/article/why-nra-blocking-obamas-surgeon-generalnominee/

[136] Mark A. Schuster et al., «Firearm Storage Patterns in US Homes with Children», *American Journal of Public Health* 90, no. 4 (2000): 589–94, reproducido en RAND Corporation website, http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/reprints/2005/RAND_RP890.pdf

[137] F. Baxley y M. Miller, «Parental Misperceptions About Children and Firearms», *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 160, no. 5 (mayo de 2006): 542–7.

[138] Catherine A. Okoro et al., «Prevalence of Household Firearms and Firearm-Storage Practices in the 50 States and the District of Columbia: Findings from the Behavioral Risk Factor Surveillance System, 2002», *Pediatrics* 116, no. 3 (septiembre de 2005);

http://pediatrics.aappublications.org/content/116/3/e370

[139] Law Center to Prevent Gun Violence, «Child Access Prevention Policy Summary», http://smartgunlaws.org/child-access-prevention-policysummary/

[140] Peter Cummings et al., «State Gun Safe Storage Laws and Child Mortality Due to Firearms», *Journal of the American Medical Association* 278 (1997): 1084–86.

[141] David C. Grossman et al., «Gun Storage Practices and Risk of Youth Suicide and Unintentional Firearm Injuries», *Journal of the American Medical Association* 293 (2005): 707, 711–13.

[142] Everytown for Gun Safety and Moms Demand Action for Gun Sense in America, «Innocents Lost: A Year of Unintentional Child Gun Deaths», Everytown for Gun Safety website, June 2014, http://everytownresearch.org/documents/2015/04/innocents-lost.pdf , 12

[143] A. L. Kellerman, «Injuries and Deaths Due to Firearms in the Home», *Journal of Trauma, Injury, Infection and Critical Care* 45, no. 2 (agosto de 1998): 263–7.

[144] «"Someone Has to Answer for It": Sheriff Seeks Charges Against Resident Where Boy Was Killed», *County Press*, 11 de diciembre de 2013, http://thecountypress.mihomepaper.com/news/2013–12–11/News/Someone_has_to_answer_for_it_Sheriff_seeks_charges.html

[145] Se refiere a un envase de algún tipo de bebida alcohólica, que en Estados Unidos está prohibido llevar abierto en el coche. [N. de la T.].

[146] Eric Levine, «Dad, Son Charged in Fatal Shooting», *Sanilac County News*, 19 de febrero de 2014, http://sanilaccountynews.mihomepaper.com/news/2014–02–19/Front_Page/Dad_son_charged_in_fatal_shooting.html

[147] Brad Devereaux, «Michigan Boy, 12, Gets "Intensive" Probation in Shooting Death of 11-Year-Old Friend at Sleepover», http://www.mlive.com/news/saginaw/index.ssf/2014/05/michigan_boy_placed_in_intensi.html

[148] Brad Devereaux, «Father of 12-Year-Old Michigan Boy Who Killed Friend at Sleepover Gets Year in Jail», *Michigan Live*, 20 de junio de 2014, http://www.mlive.com/news/saginaw/index.ssf/2014/06/father_of_boy_who_fatally_shot.html

[149] http://sanilaccountynews.mihomepaper.com/news/2015-05-27/Front_Page/Father_son_sued_in_fatal_shooting.html

[150] Cirado en Stephen P. Teret y Patti L. Culross, «Product-Oriented Approaches to Reducing Youth Gun Violence», *The Future of Children* 12, no. 2 (2002): 119–31, cita en página 123, http://www.kean.edu/~jkeil/Welcome_files/Youth%20Gun.pdf

[151] «The Smith & Wesson Sellout», NRA-ILA, 20 de marzo de 2000, https://www.nraila.org/articles/20000320/the-smith-wesson-sellout

[152] Michael S. Rosenwald, «"We Need the iPhone of Guns": Will Smart Guns Transform the Gun Industry?», *The Washington Post*, 17 de febrero de 2014, https://www.washingtonpost.com/local/we-need-the-iphone-of-guns-will-smartguns-transform-the-gun-industry/2014/02/17/6ebe76da-8f58-11e3-b227-12a45d109e03_story.html

[153] Dan Roberts et al., «Tearful Obama Tightens Gun Control and Tells Inactive Congress: "We Can't Wait"», *The Guardian*, 5 de enero de 2016, http://www.theguardian.com/us-news/2016/jan/05/obama-gun-controlexecutive-action-background-checks-licenses-gun-shows-mental-healthfunding

[154] Joel Rose, «A New Jersey Law That's Kept Smart Guns off Shelves Nationwide», NPR, 24 de junio de 2015, http://www.npr.org/sections/alltechconsidered/2014/06/24/325178305/a-new-jersey-law-thats-kept-smart-gunsoff-shelves-nationwide

[155] Rosenwald, «"We Need the iPhone of Guns"».

[156] Ibíd.

[157] «Poll Finds Americans Skeptical of So-Called Smart Guns», NRA-ILA, 15 de noviembre de 2013, https://www.nraila.org/articles/20131115/poll-findsamericans-skeptical-of-so-called-smart-guns

[158] http://www.latimes.com/opinion/opinion-la/la-ol-nra-guns-smartgunsgun-control-20140502-story.html

[159] Michael S. Rosenwald, «Threats Against Maryland Gun Dealer Raise Doubts About Future of Smart Guns», *The Washington Post*, 2 de mayo de 2015, https://www.washingtonpost.com/local/threats-against-maryland-gundealer-raise-doubts-about-future-of-smart-guns/2014/05/02/8a4f7482-d227–11e3–9e25–188ebe1fa93b_story.html

[160] U.S. General Accounting Office, «Accidental Shootings: Many Deaths and Injuries Caused by Firearms Could Be Prevented», marzo de 1991, http://www.gao.gov/assets/160/150353.pdf, pág. 4.

6
EDWIN RAJO
(16 AÑOS)
Houston, Texas
23 de noviembre, 19:15, hora de la Zona Central

Al lado de la administración de Lee High School, un instituto situado en el sureste de Houston, cuelga un cartel que anuncia: «TODAS LAS PUERTAS. TODOS LOS PASILLOS. LLEVAN A LA UNIVERSIDAD». Sin embargo, para unos cuantos alumnos es más probable que lleven a la sala 143, el centro de apoyo escolar que dirige Jennisha Thomas, una decidida mujer afroamericana de treinta y tantos años. Cualquier estudiante que necesita apoyo académico especial pasa por aquí. Normalmente, pueden recurrir a él solo una o dos veces, durante la matrícula y para analizar su situación en el instituto. Pero todos los años hay uno o dos que acaban acampados en su aula, porque tienen dificultades para comportarse en clase como corresponde y los envían allí siempre. Durante su primer año en Lee, Edwin Rajo, que tenía 16 años, tuvo que ir a ver a Jennisha al comienzo del curso, pero apenas volvió a aparecer. «No nos enterábamos de que estaba aquí —dice Jennisha —. Nunca se oía hablar de él». En el segundo año, en cambio, su amigo Gabriel (nombre ficticio) y él estaban aquí prácticamente todos los días. «No sé qué sucedió —dice—. Es como si se hubiera tomado bebidas estimulantes».

Lee es un centro difícil, con un alumnado que se enfrenta a problemas muy variados. Siete de cada 10 estudiantes suspenden el examen de inglés de la evaluación académica del estado de Texas; el 96 por ciento vive con dificultades económicas[161]. El instituto tiene un «programa de mochilas» que proporciona a los alumnos comidas para el fin de semana. Muchos de sus estudiantes pertenecen a comunidades de refugiados procedentes de todo el mundo; si hay un país en guerra, existen muchas posibilidades de que algunos adolescentes de esa zona acaben en Lee High School.

Por si fuera poco, también hay una presencia importante de pandilleros, no de una sola banda, sino de todas las bandas negras e hispanas que abundan en la zona. Mientras entrevistaba a la profesora Thomas, el director entró corriendo para decirle que la necesitaban con urgencia porque fuera había empezado una pelea. Jennisha se disculpó y se calzó. «Más deprisa», dijo el director, y ella salió corriendo a hacer de mediadora. En mi primera semana de estancia allí hubo varios alumnos arrestados en el instituto por participar en peleas.

Gabriel tenía jerarquía en el centro. Un chico discreto, tranquilo, cuya opinión pesaba tanto o más que la de muchos profesores. Es un tipo frío y que desprende autoridad. Edwin era su compinche gracioso: más alto, más delgado, más ganso, apenas capaz de controlarse a sí mismo y mucho menos a los demás. Gabriel y Edwin «pasaban el rato» juntos a menudo. Si bien Trey, el amigo de Stanley Taylor, no podía describir exactamente en qué consistía eso, Gabriel sí sabe contarlo: para Edwin y él, pasar el rato significaba jugar al fútbol, fumar marihuana, jugar a

Grand Theft Auto, beber y charlar. «Edwin no era *malo* —dice la profesora Thomas—. Era inmaduro. A los 16 años se comportaba como debería haberlo hecho a los 12. Con 12 años, era un chico callado, encerrado en su caparazón. Al llegar al instituto, empezó a hacer travesuras. Cosas como quitarles a los otros chicos sus carnets de estudiantes, correr por el pasillo o dar palmadas a otros en la entrepierna, cosas de niños. Pero no era *malo*; era *hiperactivo*. Así que casi todos los días acababan enviándolo aquí, porque no podían manejarlo. Era muy disperso».

Impulsivo e infantil. Si Edwin pensaba que podía provocar a un profesor, no solo «lo intentaba» sino que persistía hasta conseguirlo. «Le encantaba ver a los profesores a punto de estallar», dice Thomas. Y carecía por completo de filtros. Si le parecía que el pelo de alguien era un horror, el vestido no le quedaba bien o el piercing de la nariz era ridículo, lo decía, por lo visto, sin darse cuenta de que podía ser ofensivo. En general, su mal comportamiento se manifestaba en actos ocasionales de rebelión sin sentido, sobre todo con un profesor en concreto.

Por ejemplo, los alumnos tenían prohibido llevar camisetas negras, porque ese color se identificaba con la banda Southwest Cholos. Pues Edwin la llevaba. Cuando aquel profesor le dijo que se la quitara, cuenta Thomas, Edwin se enfadó. «No te voy a dar esta camiseta», dijo. Llamaron por los altavoces a la profesora para que fuera a ayudar a contener a Edwin.

—Edwin, ¿qué problema hay? —dijo.

—Quiere que me quite la camiseta —respondió Edwin—. Es gay. No quiere más que ver mi cuerpo. Y yo no quiero que me mire.

—Edwin, quítate esa camiseta —insistió Thomas con los dientes apretados.

—No se la voy a dar a él. Se la voy a dar a ella —dijo Edwin, con un gesto hacia la profesora.

—Me da igual a quién se las des, quítatela —insistió ella.

Edwin se quitó la camiseta y la arrojó al suelo.

Los profesores del departamento de apoyo escolar, en general, no tenían ningún problema con él. «Siempre sabías a lo que te enfrentabas», dice uno. «Era sincero», dice otro. La mayoría de ellos no le consentían caprichos, pero escogían sus batallas. Otros, en cambio, lo consideraban frustrante y alborotador. «Había algunos profesores a los que sabía que podía sacar de quicio —dice Thomas—. A toda velocidad. "¿Estás hoy en el instituto?" —dice, imitando el proceso mental de Edwin—. "Voy a ver si logro enfadarte"».

Nunca se lo diagnosticaron, pero la profesora Thomas cree más probable que tuviera trastorno de déficit de atención que trastorno de oposición desafiante. «El niño que tiene trastorno de oposición desafiante se comporta de esa manera con todos. Aquí nunca tuvimos ese problema con Edwin, porque lo atajábamos. Nunca nos faltaba al respeto. Pero todos los días lo enviaban aquí por algo. No había día en el que no tuviera que preocuparme por él».

A Edwin le gustaba el colegio, dice Gabriel, porque le parecía un escenario genial para hacer el payaso. «Creo que le gustaba porque aquí hay mucha gente y podía distraerse y marear la perdiz», explica. El trabajo escolar en sí era algo que Edwin consideraba aburrido e inútil. Cuando su amiga de toda la vida, Camilla (nombre ficticio), le preguntaba qué quería hacer con su vida, él respondía: «Nada». «No me gusta el colegio —le decía—. Solo quiero trabajar en High Times», un estanco local que además vende objetos relacionados con la marihuana.

En los pocos meses transcurridos desde el comienzo de ese semestre, la profesora Thomas había llamado varias veces a la madre de Edwin, Marlyn, para comentar el comportamiento del chico e intentar enderezarlo. Marlyn, de 39 años, estaba embarazada de ocho meses cuando la conocí, un año largo después del tiroteo. Apenas habla inglés y utiliza a sus hijos como traductores, así que hablamos a través de una intérprete, Miriam García. Marlyn entró en Estados

Unidos por la ciudad fronteriza de Laredo, oculta en la cabina del conductor de un camión semirremolque con otras ocho personas. Tenía 19 años, y quería algo mejor que lo que el futuro parecía ofrecerle en su Honduras natal. Nacida en una familia con siete hijos en El Progreso, un pueblo agricultor y pobre al pie de los montes Mico Quemado, sus perspectivas si se quedaba eran malas. Pagó a unos *coyotes* 1.800 dólares —la mitad por adelantado y la mitad en el lado mexicano de la frontera— y viajó durante un mes atravesando Guatemala y México. «Siempre he querido tener una familia y darle más de lo que tuvimos nosotros, pero sabía que iba a ser muy difícil. Quería venir a Estados Unidos porque pensaba que aquí podía ganar un sueldo decente y enviar dinero a mis padres para ayudarlos».

Las cosas no salieron así. Sí formó una familia. Edwin era el mayor, seguido de Sandra, de 14 años, Víctor, de 12, y Giovanni, de 9. Pero nunca aprendió inglés y nunca obtuvo la formación necesaria para salir de los trabajos manuales más rudimentarios y vulnerables. Limpia pisos y a veces cocina para otros. «El oro cayó de muy arriba en el cielo —escribió John Berger en su libro sobre la experiencia inmigrante, *A Seventh Man: Migrant Workers in Europe*—. Por eso, cuando golpeó la tierra, se hundió a gran, gran profundidad»[162]. Apenas tiene dinero suficiente para mantener a su familia, así que parece poco probable que pueda enviar mucho a su país.

Marlyn había venido de muy lejos, con muchos peligros y muchos esfuerzos, para dar a sus hijos una vida mejor. Ahora, su hijo mayor se dedicaba a perder el tiempo en el colegio. Ella era incapaz de imaginar qué le había pasado. Había sido un niño enfermizo, que tuvo que estar hospitalizado una semana por neumonía a los ocho meses de edad. Marlyn lo vivió aterrada. «Era mi primer hijo. Mi vida. Estuve muy preocupada. Todos son mi vida —dice mientras señala a sus otros hijos—, pero él fue el primero, así que era especial». Mientras estaba en el hospital le diagnosticaron asma. El padre del bebé también lo tenía y los médicos le dijeron que era hereditario. Por eso nunca pudieron tener un animal en casa. Sin embargo, con los años, el asma de Edwin se suavizó hasta convertirse en una serie de alergias menos graves. De niño siempre había sido tranquilo y obediente, y se había mostrado dispuesto a dar ejemplo a sus tres hermanos. Nunca había obtenido unos resultados académicos muy brillantes, pero hasta entonces tampoco había causado problemas. Ahora, la profesora Thomas no dejaba de pedirle que fuera a verla.

Cada vez que decían a Edwin que iban a llamar a su madre, su actitud cambiaba por completo. Su madre no conocía las tonterías y las insolencias de su mundo escolar. Aunque se enterara, Edwin no iba a sufrir consecuencias muy terribles; no parece que Marlyn sea muy estricta. Pero lo más desolador para él era decepcionarla, estropear su imagen de hijo mayor responsable.

Con las palmas juntas como en oración, Marlyn le decía delante de sus profesores: «No me puedo creer que me hagas esto. Prométeme que vas a parar. Se supone que tienes que dar ejemplo a tus hermanos y hermanas». Edwin le daba su palabra. Decía que solo estaba jugando y que el problema estaba en que se llevaba mal con un profesor. «Te prometo que no te van a llamar más —le decía—. Te prometo que para diciembre mis notas habrán mejorado». «Eso era lo que estaba deseando ver», me cuenta Marlyn ahora.

La profesora Thomas tenía un plan para Edwin. Había decidido pasarlo a su clase especial, que tenía menos alumnos y dos profesores. Convocó una reunión para hablarlo con sus superiores a las 8 de la mañana del lunes 25 de noviembre, y la semana anterior se dedicó a reunir los papeles necesarios. El viernes 22 de noviembre, mientras Jaiden yacía con respiración asistida a más de 1.500 kilómetros de distancia, la profesora Thomas volvió de una reunión fuera del instituto y se encontró con que habían vuelto a enviarle a Edwin. «¿Por qué estás aquí?», le preguntó con

cierto cansancio. Él no le dio detalles, solo dijo que su profesor le había enviado a que la esperara. La profesora Thomas entró en su despacho y él la siguió, colocó una silla contra la pared y se sentó delante de la mesa de ella a jugar a Fruit Ninja en su móvil. «Profe, ¿le gusta jugar a Fruit Ninja?», preguntó, mientras eliminaba frutas con el dedo. «No, Edwin —contestó ella—, no juego a esos juegos tan estúpidos». Y le preguntó qué había hecho. Otra vez había estado haciendo el tonto y se había negado a parar cuando se lo habían dicho. «Edwin, te voy a estrangular como no pares», dijo ella, una amenaza en broma que hacía a todos los alumnos que la tenían agotada. Edwin siguió jugando a Fruit Ninja. Permaneció en el despacho el resto del día, hasta que sonó el timbre y se levantó. «Hasta luego, profe», se despidió. «Te veo el lunes», respondió Thomas, que llora al recordar que fue la última vez que le dijo adiós.

Ese fin de semana, la profesora Thomas ordenó los papeles para la reunión del lunes por la mañana. «Ya lo tenía bastante preparado, pero soy un poco perfeccionista, y todo el mundo iba a verlo —explica—. Así que después de limpiar la casa el sábado por la mañana, le eché otro vistazo, me aseguré de que todo estaba en su carpeta correspondiente y lo metí en mi mochila para estar lista».

Con 1,75 metros de estatura, Edwin era un chico bastante alto, delgado, guapo, de pelo negro y fuerte como un estropajo y unas cejas espesas a juego. Parecía menor de lo que era; tenía un rostro suave, todavía sin señales de acné ni barba, con una tez como de leche diluida. Según en qué país estuviera, podrían haberlo considerado de muchas razas o etnias distintas, incluida la blanca. Marlyn tiene unos rasgos amerindios y más oscuros, de los que suelen asociarse a Centroamérica o Sudamérica. Pero Edwin estaba menos definido. En Francia habrían pensado que era del Magreb; en Alemania habría podido ser turco; en España o Portugal, algunos le habrían considerado paisano suyo. En Houston, era hispano.

Tal vez por su inmadurez, no había descubierto la forma de aprovechar su atractivo. Nunca tuvo una relación romántica. Se había enamorado un montón de veces, dice Gabriel, pero siempre era demasiado tímido para hablar con las chicas. Por mucho que Gabriel le dijera que debía relajarse, Edwin nunca se atrevía a pedir una cita a una chica. Le quitaba importancia. «Tu novia será novia mía también», le decía a Gabriel. Cuando este le decía que tenía que buscarse la suya propia, Edwin le pedía ayuda. «No puedo, pero es porque tú no me ayudas, tío», decía. Gabriel le tomaba el pelo sin piedad, se acercaba a «chicas al azar» y les decía que le gustaban a Edwin. «Se ponía completamente rojo», dice Gabriel, que entonces se reía todavía más de él. «Eh, ¿qué te pasa, cabeza de tomate?». «Era tímido —dice Marlyn—. Pero las chicas le perseguían».

Una chica a la que se sentía especialmente cercano era Camilla, que procedía de una familia difícil. Su madre, dicen, era miembro de una banda Cholo. Su apartamento está defendido por un pitbull feroz. Camilla dice abiertamente y con orgullo que pertenece a una banda. Su página de Facebook muestra las letras SWC, que corresponden con el nombre del grupo (Southwest Cholo). No solo se ha empapado de la cultura de las bandas, sino que literalmente la lleva encima. Tiene el pelo atado en una cola de caballo muy apretada en lo alto de la cabeza, las cejas pintadas de negro y varios rosarios colgados en el cuello. Una gran camiseta negra, pantalones negros sueltos, un cinturón negro tan largo que el extremo cuelga hasta casi el suelo, una bandana blanca y negra atada al cuello y un par de zapatillas Chuck Taylor negras. Un aspecto machote y oscuro, negro sobre pardo; el estilo de las cholas.

«Estaba siempre jugando con ella, pero ella tenía una actitud dura —dice Marlyn—. Se querían mucho. Ella le protegía siempre». «Le conocía desde tercero —dice Camilla—. Era mi mejor

amigo. Íbamos juntos al colegio por la mañana y volvíamos juntos por la tarde. Éramos como hermanos». Una vez, Gabriel preguntó a Edwin por qué no salía con Camilla. «Estás siempre con ella. ¿Por qué no salís juntos?». «No, tío, es como si fuera mi hermana», dijo Edwin. «¿Estás seguro? Porque estás siempre con ella», insistió Gabriel. «Qué va —dijo Edwin—. Es mi compi».

Desde hacía unos años, Edwin y Camilla vivían en Bellaire Gardens, un edificio de apartamentos de poca altura en una calle muy concurrida, llena de locales comerciales y viviendas, en el suroeste de Houston, en una zona llamada Gulfton. Un terreno no urbanizado hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial, Gulfton se desarrolló a toda velocidad en los años setenta, en pleno auge del petróleo en Houston. Los trabajadores del sector energético con ambiciones volaron a Texas desde el Cinturón Oxidado[163] y otros países, y los promotores más oportunistas se apresuraron a construir complejos de apartamentos «de lujo» para profesionales jóvenes. Sin normas urbanísticas que los regularan, toda el área de Gulfton se llenó de edificios con nombres pretenciosos como Chateaux Carmel y Napoleon Square, dotados de piscinas, jacuzzis, lavanderías e incluso discotecas, y con regalos, como reproductores de vídeo, para los nuevos inquilinos. Eran urbanizaciones cerradas, situadas en calles con tráfico denso y entre centros comerciales, que muchas veces parecían pequeñas fortalezas e incluso prohibían la presencia de niños. Y hubo muy poco equipamiento social —parques, bibliotecas, colegios— que las acompañaran[164].

Cuando llegó la crisis del petróleo, toda esa nueva clientela se marchó a otros lugares, y los especuladores se encontraron de pronto con enormes carteras inmobiliarias y sin inquilinos que las ocuparan. Para encontrar nuevos clientes abarataron los alquileres, eliminaron las normas contra la presencia de niños y dejaron de investigar los antecedentes de los candidatos, con el fin de atraer a los inmigrantes de bajos ingresos, procedentes sobre todo de México y Centroamérica. En el plazo de una década, para los habitantes de Houston, Gulfton dejó de ser el «barrio de moda» y se convirtió en el «gueto de Gulfton», y pronto se hizo famoso por la actividad delictiva de las bandas.

Bellaire Gardens es uno de esos complejos de viviendas. Se encuentra situado entre una tienda que vende trajes de novia y vestidos de aspecto muy inflamable para fiestas de quinceañera —la celebración de los 15 años de las chicas— y la parte posterior de un supermercado Fiesta, una cadena texana dirigida a la clientela hispana, con una luces de neón chillonas que transmiten la sensación de estar comprando en Las Vegas. Enfrente hay una casa de empeños, un salón de belleza, una taquería mexicana y un restaurante salvadoreño.

El complejo tiene dos edificios de apartamentos con dos alturas que forman un cuadrado, con una piscina y una lavandería en el centro del gran patio. Las fachadas son de ladrillo y están mal mantenidas. Cada apartamento tiene un porche en el que se amontonan plantas, bicicletas y barbacoas a la espera de que haga calor. Marlyn siempre fue feliz allí. «Era muy agradable —dice—. A él le encantaba. Conocíamos a los vecinos. Nunca sucedía nada malo. Todos habían crecido allí, así que estaban todos felices». Marlyn vivió allí ocho años. Se mudaron una vez a otro edificio en el que, por casualidad, también estaba viviendo en esa época la familia de Camilla, pero Marlyn echaba tanto de menos Bellaire Gardens que pronto regresó.

Vivían en un apartamento que daba a la piscina del patio central; el de Camilla estaba en el lado de fuera, más cerca de la entrada al otro lado de la lavandería, a un minuto. A Marlyn no le gustaba la familia de Camilla. Los conocía lo suficiente como para saludarlos, pero nunca visitó su piso y no le hacía demasiada gracia que Edwin pasara tanto tiempo allá. Había oído que

traficaban con drogas y le daba miedo que Camilla llevara a Edwin por el mal camino. «Es mi mejor amiga, no me va a hacer nada», le decía Edwin. Pero Marlyn no estaba convencida. Camilla tenía la sensación de que a Marlyn no le caía simpática. «Tu madre me mira siempre de forma extraña —le decía a Edwin—. No le caigo bien».

Sin embargo, aunque las circunstancias de Camilla eran más difíciles, en la escuela estaba mucho más centrada y era mucho más ambiciosa que Edwin. Él iba al instituto a hacer el tonto, mientras que ella tenía aspiraciones. Quería ser farmacéutica. Tocaba la caja en la banda del instituto. Sacaba buenas notas. A ninguno de sus hermanos se le habían dado bien los estudios. «Era una chica inteligente —dice uno de sus profesores—. Podría haber sido la que triunfara». Cuando estaba triste porque había sacado una mala nota, Edwin trataba de animarla. «Vamos a pasar el rato con unos amigos y a fumar un poco de hierba», sugería. «No puedo, tengo que quedarme a ensayar con la banda», respondía ella. Camilla le apodaba McLovin, por el desgraciado personaje de la película de adolescentes *Supersalidos*.

Los Southwest Cholos mandan en este barrio, en todos y cada uno de los edificios. No hay forma de escapar de ellos. «Los inician desde verdaderamente jóvenes —me cuenta un profesor de Lee High School—. En primaria. En tercero, cuarto. Y esa es la vida de los chicos».

Los criterios que definen la pertenencia a una banda son enormemente subjetivos y difusos. Los jefes no reparten carnets de socios. A veces hay algún rito de iniciación. Pero como la afiliación a una banda puede servir para conocer de manera orientativa la actividad criminal y la lealtad de los delincuentes a cada banda, al menos con su imposición de unos códigos y unos límites medio formales, las autoridades tratan constantemente de encontrar la mejor manera de identificar estos códigos.

Es casi inevitable que esa identificación se apoye en estereotipos. En un artículo publicado en 1999 en *Colorlines*, se destacaba que «al menos en cinco estados, llevar vaqueros holgados de la marca FUBU y ser familiar de un sospechoso de pertenencia a bandas es suficiente para entrar en la definición de “miembro de una banda”. En Arizona, bastan un tatuaje y unas zapatillas Adidas de color azul». A las afueras de Aurora, Colorado, la policía local decidió que para calificar a alguien como miembro de una banda bastaba con que cumpliera dos de estas condiciones: «hablar la jerga», «llevar ropa de un color determinado», «tener un busca», «ir peinado de determinada forma» o «llevar joyas». Los negros conformaban el 11 por ciento de los habitantes de Aurora, pero el 80 por ciento de la base de datos sobre bandas. Al director local de ACLU[165] se le oyó decir: «Podrían llamarla directamente la lista negra»[166].

«Entras para que te protejan —explica uno de los profesores de Edwin—. Aunque no pertenezcas al círculo íntimo, mientras te asocien con ellos, estás a salvo. Tienes que ser de alguien para estar a salvo. Si no, si estás solo, te atacarán». Por eso decir que un sitio está invadido por las bandas es tan sesgado e inútil. En ciertas zonas, muchos jóvenes son miembros de bandas como los ciudadanos soviéticos eran miembros del Partido Comunista y los iraquíes eran miembros de Baath en época de Saddam Hussein; porque no había otra opción. La afiliación a bandas, por sí sola, no dice mucho. Presuponer complicidad en todo afiliado es dar por perdidos a los jóvenes de comunidades enteras por haber nacido en el lugar inapropiado y el momento equivocado.

En el caso de los Southwest Cholos, Camilla era miembro leal; Edwin, no. Aunque nadie lo dice, da la impresión de que su inmadurez habría sido un inconveniente. Era un quiero y no puedo. «Le aceptaban —dice la profesora Thomas—. Se juntaba con ellos. Pero no era uno de ellos». Su madre no sabía nada de todo eso. Claro, que los padres no suelen enterarse.

A mis 16 años, hice camping durante unas vacaciones en Alemania con un amigo. De regreso hacia Inglaterra nos detuvimos en una pequeña ciudad en la frontera holandesa llamada Nimega. Lo primero que hicimos fue ir a un *coffee shop* a comprar toda la marihuana que pudiéramos. Quizá podría habernos durado un par de semanas, pero mi amigo y yo nos la fumamos entera en dos porros gigantescos. Salimos a pasear, compramos unas galletas, unas bolsas de patatas fritas y unos bollos, nos sentamos en un descampado detrás de unas viviendas y nos fumamos los dos porros. Nos reímos a carcajadas y estuvimos allí tendidos durante lo que nos parecieron horas, desvariando como tontos o en silencio absoluto. Al cabo de un rato vino la policía. Nos hicieron preguntas en neerlandés. Sus acentos nos parecieron graciosísimos y seguimos riéndonos. Nos dijeron que regresáramos al camping pero, cuando vieron que nos encaminábamos en la dirección opuesta —no teníamos ni idea de dónde estábamos—, dieron la vuelta con el furgón y nos llevaron.

En el camping, nos ordenaron que les enseñáramos nuestros pasaportes y nuestros billetes de tren. «Hay un tren que sale de aquí esta tarde y que os dejará en Hook of Holland a tiempo para tomar el ferri nocturno —nos dijeron—. Conviene que lo cojáis». A esas alturas, aunque no teníamos las ideas muy claras, éramos conscientes de que nos habíamos metido en un lío. Nos apresuramos a guardar nuestras cosas —tarea nada fácil cuando estás tan colocado como nosotros estábamos— y avergonzados, aunque sin estar todavía sobrios, nos fuimos a casa. Mi madre se alegró de verme, pero se sorprendió de que hubiera vuelto un día antes. Encima de la chimenea había un sobre sin abrir con los resultados de dos exámenes de política y economía para el certificado de secundaria. Tenía sobresaliente en los dos. Si alguien le hubiera preguntado a mi madre qué tal había sido mi verano, habría respondido que había pasado unas vacaciones estupendas y había sacado muy buenas notas en el colegio. No tenía ni idea de que yo hubiera probado la marihuana, ni mucho menos de mi roce con la policía en Holanda. Que ella supiera, su hijo era un estudiante brillante que estaba impaciente por volver a casa y por eso había regresado de su aventura antes de tiempo.

Los padres pueden tener una relación perfectamente afectuosa y funcional con sus hijos y, aun así, sobre todo en la adolescencia, tener poca idea de lo que hacen. Por supuesto, puede haber señales de que un adolescente está manteniendo relaciones sexuales, consumiendo drogas o bebiendo. Pero puede que no sean muy evidentes, que los padres no las noten, que el hijo sea increíblemente hábil a la hora de disimular o que los padres miren hacia otro lado con una mezcla de discreción y negación de la realidad. Es posible traspasar varios límites sin dejar de llegar a casa a la hora señalada, tener unas notas aceptables y ser educado. Es posible que los padres conozcan a sus hijos desde antes que ninguna otra persona y adviertan sus impulsos mejor que nadie. Pero eso no es lo mismo que saber exactamente qué están haciendo en un momento dado.

Marlyn, como la mayoría de los padres, tenía una idea de lo que hacía Edwin muy distinta de lo que hacía en realidad. Sabía que desaprovechaba el tiempo en el colegio. ¿Cómo no saberlo si la llamaban tantas veces para hablar con ella? Pero, aparte de eso, no tenía mucha idea de a qué se dedicaba. Cuando le pregunté a un amigo del instituto, Diego (nombre ficticio), qué hacía cuando estaba con Edwin, su respuesta fue breve y concisa. «Jugar al fútbol y fumar porros», dijo. Gabriel dice que, entre otras cosas, les gustaba fumar. En su página de Facebook, Edwin habla mucho de fumar. «Tío, acabo de escaparme de casa y he ido a fumar un porro con mi compi Camilla-puta-madre». Hay varias publicaciones en las que dice cosas como «Todo es

mejor cuando estás colocado»; una muestra una foto de una mujer de cuya boca sale humo y la palabra «Enciéndela». En julio, su foto de Facebook era una hoja de marihuana rodeada de humo. Había señales.

De modo que cuando Marlyn empezó a buscar explicaciones de por qué estaba portándose mal en el instituto, le agarró las manos y notó que olían a marihuana, la única sorprendida fue ella. Dice que Edwin lloró y le pidió perdón. Que le contó que las manos le olían a marihuana porque había ayudado a Camilla a enrollar un porro. Es el tipo de excusa que una madre se cree porque quiere creérsela. Pero había otras que pocas madres podrían tragarse de forma razonable. Ese verano, Edwin y Camilla se habían enzarzado en una pelea con un chico llamado Stevie G. (nombre ficticio), que pertenecía a una banda rival, La Primera (LP). La novia de Stevie se había mudado a Bellaire Gardens con su tía e intentó hacerse amiga de Edwin y Camilla. Pero a ellos no les cayó bien ni les pareció de confianza. Pertenecía a LP, y supusieron que se lo contaría todo a su novio. «Decíamos muchas tonterías sobre ella en internet», dice Camilla. Cuando Stevie G. se enteró de los insultos, se indignó. Al comienzo del otoño había ido al apartamento de Camilla, la había amenazado y había dicho barbaridades sobre Edwin. Poco antes de eso, había disparado al hermano de Camilla cuando pasaba por Bissonnet Street. Camilla y Edwin pensaron que necesitaban protegerse por si Stevie G. volvía a la carga. Así que reunieron el poco dinero que tenían y compraron una pistola, que guardaron en casa de ella. «Pero estábamos pensando con mentalidad de niños pequeños —dice Camilla—. Yo no sabía nada de armas. Solo sabía que servían para disparar, nada más».

El sábado 23 de noviembre por la mañana, mientras las muertes de Kenneth y Stanley encendían las redes sociales, Edwin estaba durmiendo. Marlyn había hecho tortillas de harina de trigo, que eran sus favoritas, pero dijo que no le apetecían y en su lugar pidió salchichas y un par de huevos. Era maniático para la comida, y Marlyn no quería desperdiciar nada. «Más vale que te lo comas todo», le dijo. Edwin asintió y empezó a comer, pero pasó algún trozo de salchicha al plato de ella. Charlaron sobre el instituto y sobre sus amigos. Acababa de conocer a una chica nueva y decía que el lunes le iba a proponer que saliera con él. Pidió a Marlyn 10 dólares para invitar a la chica a una hamburguesa. «¿Y qué pasa con Joanna?», preguntó su madre, sobre otra chica que le gustaba. «Está con alguien», respondió él.

Se pasó el resto de la tarde vagueando en casa, subió a jugar con la PlayStation y luego volvió al cuarto de su madre, donde se tendió con las piernas sobre las de ella mientras cargaba el móvil y Marlyn veía la televisión. Esa noche hacía un frío poco normal para Houston, estaba nublado y había un viento de 43 kilómetros por hora. Edwin tenía frío y se arrebujó con Marlyn, y le cogió el teléfono para echar un vistazo a su página de Facebook.

Hacia las cinco y media de la tarde, justo cuando Brandon estaba pidiendo una pizza en Marlette, Edwin se puso los calcetines y preguntó si podía ir un rato con Kevin a Bissonnet Avenue. Marlyn dijo que no, porque hacía demasiado frío y estaba anocheciendo. Entonces, sus hermanos pequeños tuvieron otra idea. En la parte posterior de Bellaire Gardens había unos apartamentos abandonados en los que habían encontrado unos cachorros poco tiempo atrás. Edwin no los había visto todavía, y los niños preguntaron a Marlyn si podían ir a darles de comer. Marlyn dio permiso siempre que fueran todos juntos. Preparó un poco de arroz y carne picada para los perros. Salieron juntos y ella se quedó en la puerta viendo cómo doblaban la esquina. «Tened cuidado, y no vayáis a ningún otro sitio», les gritó. Sin embargo, en cuanto se cerró la puerta, Edwin dijo a sus hermanos que volvería a coger su abrigo y se alejó; en realidad, se fue a visitar a Camilla. «Él sabía que, de haberme preguntado, le habría dicho que no», dice

Marlyn.

Al llegar a casa de Camilla, tenía aspecto de recién levantada. «Vengo a ver a mi mejor colega», le dijo él. «Tu mejor colega está en Bissonnet», respondió ella, tomándole el pelo porque sabía que su primera intención había sido ir a ver a Kevin.

Charlaron un rato y Edwin preguntó dónde estaba el arma. Camilla pensaba que su hermano se la había llevado por miedo a Stevie G., pero, cuando miró, allí estaba. Entonces se la dio a Edwin. Ninguno de los dos sabía absolutamente nada sobre armas de fuego. Edwin la amartilló y sacó el cargador. Apuntó en broma contra ella e hizo como si fuera a disparar. Luego se la devolvió. «Haz como si fueras a dispararme», dijo.

Aunque la profesora Thomas no puede saber con certeza lo que ocurrió aquella tarde, asegura que, por lo que sabe de Edwin, pudo pasar así perfectamente. Era el tipo de persona que se pasa todo el tiempo formulando preguntas hipotéticas. «Decía: "Profe, ¿qué pasaría si dejo el colegio?" —recuerda. Y yo respondía— "¿Y si vivieras debajo de un puente?", "Eh, profe, ¿qué pasa si salgo ahora mismo por la puerta?", "¿Y si entonces te suspenden?", estaba todo el tiempo pensando en esas cosas».

Camilla hizo lo que Edwin le pedía. Levantó la pistola en ángulo, como si fuera una prolongación de su brazo, al estilo de las bandas. Suponían que, como el cargador estaba quitado, la pistola no tendría balas. No se dieron cuenta de que, al amartillarla, había puesto una bala en la recámara. «Yo no sabía cómo vaciar la recámara —dice Camilla—. No sabía que estaba ahí. Porque era mi primera arma de fuego». Apoyó el cañón sobre el pecho de Edwin y apretó el gatillo. Pop. Luego silencio. Los ojos de Edwin se abrieron llenos de shock y dolor; Camilla abrió los suyos con incredulidad cuando sintió el retroceso de la pistola. «Mierda, me has disparado», dijo él. «Lo siento», respondió Camilla. Cruzaron sus miradas en un instante de suspense, mientras se daban cuenta de que ya no podían volver atrás y de que a Edwin le quedaba poco tiempo. «Lo cogí en brazos para llevarlo al piso de abajo. Pero cuando le miré, ya tenía los ojos en blanco —dice Camilla—. Básicamente, ya estaba muriéndose».

Camilla entró en pánico. «No sabía qué decir a mi madre ni a nadie —explica—. Porque nadie sabía que teníamos un arma. Ni siquiera ella. Hacía menos de un mes que la teníamos. No sabía cómo decírselo». Escondió el cargador en la cama y la pistola en otro sitio, y le contó a su madre que Stevie G. había disparado a Edwin a través de la ventana.

Al otro lado del patio, Marlyn empezaba a preocuparse. Eran casi las siete de la tarde y los niños llevaban casi media hora fuera. «Si no han vuelto dentro de 10 minutos, voy a buscarlos», se dijo a sí misma. Fue a coger los zapatos y un jersey pero, antes de que le diera tiempo a ponérselos, oyó que subían por la escalera. Lo malo es que solo estaban tres. «¿Dónde está Edwin?», preguntó. «No sabemos —contestaron los niños—. No ha venido con nosotros».

Marlyn supo que había ido a casa de Camilla. Le dijo a Victor que fuera a buscarlo, pero Victor se negó y dijo que odiaba ir a casa de Camilla porque era un asco. Giovanni se ofreció. «Dile que si no viene ahora mismo voy y lo traigo de una oreja», dijo Marlyn. Giovanni se fue pero regresó solo, sin aliento y, recuerda Marlyn, con «el terror en su cara». «Mamá, ven rápido, Edwin está muriéndose en casa de Camilla».

Sandra fue la primera en llegar. Encontró a Camilla llorando en las escaleras mientras su madre intentaba reanimar a Edwin en el piso de arriba, delante de la habitación de Camilla. Ella repitió su historia: Edwin estaba mirando por la ventana cuando se oyó un disparo y ella le vio caer hacia atrás. Marlyn, en un primer momento, se había quedado paralizada por el shock, pero enseguida reaccionó, salió inmediatamente detrás de Sandra y atravesó a toda velocidad el patio.

Subió corriendo las escaleras y apartó a la madre de Camilla. Pensando que había tenido una mala reacción a algún tipo de droga, le gritó: «¿Qué le has dado? Tiene asma». «No —dijo la madre de Camilla—. Tiene una herida de bala».

Marlyn buscó la sangre, en vano. Camilla le había disparado tan a quemarropa que no estaba claro dónde se encontraba la herida. Entonces Marlyn le abrió la chaqueta y vio el agujero. Oyó un ruido en el pecho del chico, una especie de gorjeo; el mismo tipo de ruido que había oído Nicole cuando sostenía en brazos a Jaiden. Cuando Marlyn apretó, salió un chorro de sangre. Ella lo mantuvo en brazos, sin dejar de gritar: «Edwin, ¿qué te han hecho? ¡¿Qué te han hecho?! ¡Contéstame!».

Llevaba así media hora, y nadie había llamado a Emergencias. Marlyn sabía que estaba muerto. Tenía la piel azulada y los ojos vueltos del revés bajo los párpados. Pero confiaba en un milagro. Llamó al 911. Al llegar los servicios de urgencia, dijeron a todo el mundo que se apartara. Cuando, por fin, lo bajaron en una camilla, le dijeron que era demasiado tarde. Había fallecido.

Camilla le contó a Marlyn la historia de Stevie G. y la bala a través de la ventana. Marlyn no se la tragó, pero los medios de comunicación, al principio, sí. La emisora local de ABC News publicó esa noche una noticia en su web que decía que «El autor del disparo sigue en libertad y el caso está sujeto a investigación». A primera hora de la mañana siguiente, el presentador del informativo local, Foti Kallergis, tuiteó que la policía pensaba que el suceso estaba relacionado con peleas entre bandas[167].

Mientras tanto, la mentira de Camilla empezaba a deshacerse. La policía encontró el cargador en la cama y el casquillo en la habitación. Y no hacía falta ningún experto en balística para saber que a Edwin no le habían disparado desde lejos sino desde cerca. «Sabía que tenía que decirles la verdad —dice Camilla—. Encontraron el cargador y el casquillo. Así que sabían que el disparo se había producido en el interior de la casa». Acabó por confesar todo en la comisaría. No volvió a casa hasta las cinco de la mañana del domingo.

La profesora Thomas estaba vistiéndose para ir a la iglesia cuando su antigua secretaria la llamó para decirle que estaban hablando de Edwin en las noticias. No le dijo por qué. La profesora supuso que había hecho alguna tontería. Pero, cuando encendió la televisión, ya no estaban hablando de ello. El ciclo de la actualidad hacía que otra noticia hubiese relevado ya en la emisora local la noticia de un fallecimiento ocurrido la noche anterior. Así que buscó en internet y encontró que Edwin había estado involucrado en un tiroteo mortal. Incluso con esa información, tardó un rato en enterarse de lo que había pasado. Edwin había estado en su despacho dos días antes; tenía en la cartera los papeles sobre su caso. Ahora tenía que llamar a sus superiores para cancelar la reunión del lunes por la mañana. Edwin no iba a pasar a la clase especial. Estaba muerto. No tenía ningún sentido.

El lunes por la mañana, Gabriel llegó al instituto negándose todavía a creer los rumores. Durante el fin de semana había oído a gente hablar de ello, pero creía que todo era una broma de muy mal gusto de Edwin. A primera hora tenía clase con él, y pensaba pedirle cuentas por gastar bromas tan horribles. Normalmente llegaba tarde y veía a Edwin sentado en el mismo pupitre, con la cabeza apoyada en los brazos como si estuviera dormido. Pero el pupitre estaba vacío, y ya no pudo seguir negando la evidencia. Se sentó en la silla de Edwin y se puso a llorar.

Para entonces, la profesora Thomas había conseguido ponerse en contacto con casi todos los profesores de atención especial que conocían a Edwin. Una pequeña caravana de educadores y consejeros del centro hizo los ocho minutos de trayecto hasta Bellaire Gardens para ofrecer su

ayuda. La escena era de locos, con investigadores y agentes de policía en todas partes, una familia viviendo su duelo en un apartamento y una chica conmocionada al otro lado del patio.

Cuando subían por la escalera al apartamento de Edwin, se encontraron con su hermana, Sandra, que estaba sentada en el porche delantero, ensimismada, escuchando las canciones que los chicos estaban colgando en Facebook en memoria de su hermano. Dentro, Marlyn estaba también sentada, con una foto enmarcada de Edwin de 12 por 17 centímetros en las manos, murmurando palabras tiernas en español. En el piso de arriba, en la habitación que Edwin compartía con sus dos hermanos pequeños, Giovanni y Victor estaban jugando a videojuegos y esquivando a los visitantes. Sobre la cama de Edwin estaba su uniforme escolar —pantalón, camisa y calcetines— y su inhalador, y en el suelo estaban los zapatos. Listo para salir.

«¿Quién ha hecho esto?», preguntó la profesora Thomas. «Mamá», respondieron los hermanos, y volvieron a su juego. Al otro lado del patio, Camilla tenía la mirada fija en una enorme televisión plana sin sonido, y un pitbull ladraba en su perrera. Uno de los consejeros se sentó a su lado durante un rato. Al cabo de un tiempo, Camilla reaccionó. «No puedo hablar ahora», dijo, y continuó con su silencio. Más comunicativa se mostró en Facebook, donde compartió abiertamente su pena. Pendiente solo de sí misma, salvaje, desesperadamente necesitada de reafirmación, lo primero que escribió —al día siguiente de haber disparado a Edwin— fue: «¿¿¡¡Por qué!!?? ¿Por qué tienen que pasarme siempre mierdas como esta? :,,(Lo siento tanto, Edwin Martinez [el nombre de Edwin en Facebook] :’’’(Te quiero, tío RIP :((Espero verte pronto…».

La segunda publicación, escrita ese mismo día, dice: «Escuchar a Bob Marley me recuerda a ti Edwin Martinez [emoticono de llanto] tío buenas noches te quiero siempre me acordaré de ti <\3 siento acabar así :’’(:’’’(¡Descansa en el paraíso! [emoticono de corazón]». Etiquetó a su hermano Victor y a su hermana Sandra.

Un par de días después, el 26 de noviembre, escribió un mensaje en el que mencionaba a la familia Rajo:

> Solo quiero dar las gracias a todos los que han estado a mi lado, a mi familia y a la familia de Edwin Martinez [emoticono de corazón] gracias a todos y todos mis amigos gracias a todos me habéis ayudado mucho [emoticono de llanto] [emoticono de llanto] incluso gente que casi no me conoce gracias [emoticono de llanto].
>
> Te echo de menos mi Mclovin mi mejor amigo… [emoticono de llanto] Lo siento [emoticono de llanto] [emoticono de llanto] DESCANSA EN PAZ te quiero aunque nunca te lo dije sé que lo sabías <\3 [emoticono de llanto].

Marlyn, por su parte, se enfrentaba a problemas prácticos. La profesora Thomas se había ofrecido a recaudar dinero para enterrar a Edwin, pero Marlyn dijo que no hacía falta. Vendieron camisetas y solicitaron ayudas públicas para los gastos pero, cuando una persona no habla inglés, está en pleno duelo y depende de unos niños traumatizados para hacerse entender, estas cosas llevan tiempo. Dice que le explicaron que, como el disparo había sido accidental, no tenía derecho a ayudas públicas. No supo qué hacer. Así que algo más de una semana después llamó a la profesora Thomas para aceptar su ayuda. La profesora envió una serie de correos electrónicos. En Houston, una ciudad petrolera, hay dinero, pero gente como los Rajo no tienen fácil acceso hasta él. Pese a ello, antes de que terminara el día, la profesora Thomas y sus colegas habían reunido 1.800 dólares, suficiente para enterrar a Edwin. Su cuerpo estuvo en la morgue más de dos semanas.

Marlyn también atravesaba dificultades emocionales. Cuando la profesora Thomas llegó a la vigilia en el apartamento familiar, se preguntó si Marlyn iba a superarlo. Al entrar se la encontró inclinada sobre el féretro, agarrada a Edwin, mientras en la pared se sucedían diapositivas de él. Arrancó suavemente a Marlyn del ataúd y la condujo hasta la silla más cercana, donde la madre del chico fallecido apoyó la cabeza en el regazo de la profesora Thomas y lloró mientras preguntaba, una y otra vez, «¿Por qué?». Alguien que acababa de someterse a una endodoncia le dio un Vicodin[168]. Fue la primera noche en varias semanas que durmió de un tirón.

Enterraron a Edwin, por fin, el 13 de diciembre. En el funeral, celebrado en la funeraria Santana, se repitió prácticamente la misma escena: la señora Rajo inclinada sobre el ataúd, la profesora Thomas cuidando de ella. «Cuando lo vi en el féretro —dice Marlyn—, quise irme con él. Pero sabía que mis otros hijos me necesitaban». No hubo ningún predicador. No hubo ningún servicio. Ninguna oración. No se leyó ningún fragmento de la Biblia. Algún familiar dijo unas palabras, pero nada más. «Estuvimos sentados contemplando el cuerpo durante dos horas. Fue como cualquier otra vigilia», dice la profesora Thomas. Al final, cerraron la tapa.

Mientras la gente salía del tanatorio para ir al cementerio, Marlyn preguntó si podía ir en el coche mortuorio con el féretro. «No», respondió la profesora Thomas, quien, con la ayuda de su asistente, la metió en el primer vehículo que pudo. Al llegar al cementerio, los directores de la funeraria volvieron a abrir la tapa. Era como si la tortura no tuviera fin.

Después de aquel momento y durante un tiempo, Marlyn pensó que estaba volviéndose loca. Imaginaba que Edwin a lo mejor estaba escondido en algún sitio e iba a reaparecer. El médico le dio pastillas para dormir, pero al final se apoyó en su fe religiosa. Se educó como católica, pero ahora es evangélica. «La Iglesia me ha ayudado a superar el dolor. Me ha hecho más religiosa. Pero a pesar de todo, a veces sigo sintiendo el dolor, y cada día más. Entonces me pongo a rezar». Cuando la conocí, 15 meses después de la muerte de Edwin, empezó a llorar antes de que le hubiera hecho una sola pregunta.

Como sucedió en el pueblecito de Marlette, Michigan, donde Tyler Dunn falleció por el disparo de un amigo, la muerte de Edwin dividió a amigos y familiares. En tanto que Marlyn permaneció en Bellaire Gardens, se encontraba con la familia de Camilla todo el tiempo. Entonces les gritaba: «¿Por qué? ¿Por qué matasteis a mi hijo?». Ellos respondían con insultos. Le decían que estaba loca e incluso le echaban la culpa. «Si le hubieras dejado fumar hierba en tu casa no habría tenido que venir a la nuestra», decían. Acusaron a Edwin de haber llevado la pistola a la casa para pedirles que se la escondieran. «Pero eso no es cierto —dice Marlyn—. Sé que Edwin no tenía ningún arma. Solo Dios conoce la verdad, y Edwin no está aquí para negarlo… Le dije a la madre de Camilla que era culpa suya. Ella es la que vende drogas y tiene armas en su casa».

En un momento dado, Camilla y ella se enzarzaron a golpes. «Yo había tomado drogas —explica Camilla— y ella empezó a gritarme: “Has matado a mi hijo”. Y eso me duele, porque era amigo mío». «Fue un accidente —le respondió Camilla—. No me puedes soltar toda esa mierda cada vez que paso». Según ella, Marlyn le tiró una lata, así que Camilla trató de golpearla. «No paraba de llamarme “diablo” o “asesina” y mierdas así».

Camilla también estaba pasándolo mal. Quiso suicidarse. «Ojalá Edwin me hubiera disparado, o me hubiera disparado yo, o cualquier cosa. Edwin descansa ya en paz, y yo todavía tengo que hacer todo. Todavía tengo que soportar que la gente me mire mal porque sabe lo que sucedió. Quise matarme, pero no tuve valor para hacerlo, así que pensé, voy a dedicarme a la banda y a pelear en honor a Edwin, porque Edwin era un Cholo. Ese era el plan que tenía para morir. Estaba perdida. Había convertido mi vida en un desastre. Con Edwin solo fumaba hierba. Pero

después de que muriera, me metí de lleno en las pastillas [benzodiazepinas, analgésicos con receta]. Empecé a beber cerveza y a consumir coca».

Ha pasado más de un año desde el disparo y Camilla es muy consciente de su fragilidad emocional, aunque puede hacer poco al respecto. «Estaba hecha un desastre. Intenté casi de todo. Colocarme y olvidar mis problemas. Pero al día siguiente me despertaba y seguían ahí. La única razón por la que no me pegué un tiro fue que empecé a leer la Biblia y otras cosas. Antes era atea, pero eso es lo único que me dio esperanzas. Porque es difícil vivir con algo así. Porque todos te lo restriegan por la cara de vez en cuando. "Sabes lo que hiciste". A veces, cuando mi madre se enfada, dice: "Tú tienes la culpa de que tengamos todos estos problemas"».

Camilla fue a terapia e incluso pasó una temporada en un centro psiquiátrico. «Nunca he estado en el hospital más de dos semanas, porque me hacían sentirme loca. Y no lo estoy. Me obligaban a quitarme los cordones de los zapatos. Me obligaban a quitarme la cinta del pelo. Y eso no me gusta». Su prometedor futuro académico se evaporó. Cuando no estaba drogada, tenía una actitud beligerante, y a veces las dos cosas. «Pensé que a la mierda el colegio. Dejó de interesarme. Me expulsaron porque estaba en una banda y en el instituto vi a uno al que habían enviado otros e intenté defenderme. Pero no me importó. Pensé que podría morir cualquier día. Que cualquiera de mis amigos podría morir. Cualquiera de mi familia. Igual que Edwin murió de repente. Ese día, no sabía que iba a morir. Todos los años mueren amigos. No sé cuándo será mi último día con la gente a la que quiero. El futuro no me importa, porque todavía no está aquí».

Sin embargo, hubo diferencias importantes entre la repercusión de la muerte de Edwin y la de Tyler Dunn. En primer lugar, a diferencia del caso de Tyler, en el que los tribunales castigaron a dos personas, no se han pedido responsabilidades a nadie por la muerte de Edwin. Se remitió el caso a un gran jurado[169], pero nada indica que llegaran a reunirse, y nunca se imputó nada a nadie. Menos de dos semanas después de que habláramos, a Camilla la detuvieron por un delito de represalias a causa de un asunto que no parece relacionado. Posteriormente la condenaron a dos años de cárcel.

El principal lamento de Marlyn es que, un año largo después de aquel día fatal, nadie haya sido acusado ni haya pagado un precio. «No me llamaron cuando ocurrió —dice, refiriéndose a Camilla y su madre—. Lo tenían allí y no hicieron nada. Quizá si me hubieran llamado cuando sucedió habría podido hacer algo. Cuando llegué, llevaba ya media hora así. Pero ella no fue a la cárcel. No la acusaron de nada. Llamé a la policía para saber por qué. Está en libertad. Ni siquiera recibió una reprimenda. Dijeron que se hará justicia. Que habrá un juicio. Pero llevamos más de un año. Alguien debería responder por esto. Ella vende drogas. Deberían ir a prisión. Si mataran así a un animal, se haría justicia. No se han mostrado arrepentidos ni culpables, y al final no les ha pasado nada».

Paradójicamente, dado que no ha habido castigo, sí que ha habido cierto perdón. Camilla fue al funeral de Edwin. Su foto de perfil en Facebook la muestra sentada junto a la tumba de Edwin, vestida de negro, rodeada de flores y globos, fumando lo que parece un porro. Su foto anterior mostraba a una gran multitud de pie en torno a la tumba. Dice que mantiene el contacto con Sandra y Victor (Sandra dice que no). «Su hermana y su hermano son geniales —dice—. Pero siempre que estoy con ellos sé lo que pasó y me siento mal porque ya no tienen un hermano. La única persona con la que no estoy en paz es su madre. Y lo entiendo. Porque a veces, incluso yo me enfado conmigo misma. Era mi mejor amigo».

Hubo un momento en Facebook en el que pareció que las tensiones podían estallar, como en

Marlette. Al día siguiente del disparo, Adan Castaneda escribió: «¡Qué mierda saber quién le mató!». En esos instantes, la mayoría de la gente no sabía lo que había pasado ni quién estaba involucrado. El rumor de que había sido suicidio fue negado de inmediato. Pero los amigos de Adan le exigieron que contara lo que sabía. Intervino Yasmine para decir: «No digas su nombre». Entonces entró Camilla.

CAMILLA: Adan, no digas que fue asesinado tío. Fue un accidente.
ADAN: Sé que fue un accidente.
CAMILLA: Lo siento tío.
ADAN: No pasa nada.
EMJAY: Sabemos que fue un accidente y los accidentes le pasan a todo el mundo.
CAMILLA: La vida es una mierda, no quería que acabara así.

Dentro de la banda se debatió si había que expulsarla, matarla por haber matado a uno de los suyos o dejarla en paz. Camilla habló con su OG (Original Gangster, o el líder de la banda). Decidieron que había sido un accidente y que ya había sufrido bastante. «Dijeron que éramos jóvenes y estúpidos y que fue un accidente, y si algunos se meten conmigo por ello entonces serán ellos quienes mueran o lo que sea», me dice. Incluso Marlyn, a pesar de sus peleas, cree que verdaderamente fue un accidente; lo cree la mayor parte del tiempo. «No creo que quisiera matarle a propósito —dice—. Creo que le quería. Pero a veces mi dolor de madre me hace pensar otra cosa».

Los Rajo se fueron de Bellaire Gardens. Marlyn no podía soportar los recuerdos. Cuando los conocí, acababan de establecerse en un nuevo complejo de viviendas a 10 minutos de distancia. Se habían mudado una semana antes y todavía no habían deshecho las cajas. No tenían muebles y Marlyn, pese a encontrarse en avanzado estado de gestación, insistió en que el intérprete y yo nos sentáramos sobre dos mesas. Ella se quedó de pie, acariciándose el vientre redondeado. Poco antes de acabar la entrevista le pregunté si, con todo lo que había ocurrido, se arrepentía de haber emigrado a Estados Unidos. Honduras tiene una tasa mucho más elevada de homicidios en general y de homicidios por arma de fuego en particular. Pero ella había venido en busca de una vida mejor para una familia que entonces aún no tenía, y ahora su hijo mayor estaba muerto. «No —dijo—. Aquí las cosas son difíciles. Muy difíciles. Hay que esforzarse mucho solo para estar vivos. Pero no me arrepiento de haberme marchado de mi país. No me arrepiento de haber venido. A veces pienso que Dios debe de saber lo que le ocurrió a mi hijo y por qué. Pero no le echo la culpa al país. Podría haber sucedido en cualquier parte. Sabiendo cómo está la situación en Honduras, creo que mis hijos están mejor aquí».

Un mes después de hablar con ella, dio a luz a un niño que pesó 2,600 kilos. Le puso el nombre de Edwin.

[161] Monica Rhor, «Immigrants from Around the World are Transforming Houston», *Houston Chronicle*, 5 de marzo de 2015, http://www.houstonchronicle.com/local/themillion/article/How-diversity-culturedemographics-of-Houston-6117301.php

[162] Berger, John. *A Seventh Man: Migrant Workers in Europe.* Nueva York: Viking Press, 1975), pág. 68. (Ed. española, *Un séptimo hombre*. Madrid: Capitán Swing, 2015).

[163] Nombre que recibe el antiguo Cinturón Industrial, en declive desde los años sesenta aproximadamente. Comprende varios

estados del norte del país, desde Nueva York hasta la región de los grandes lagos. [N. de la T.].

[164] https://dispositiondisposal.wordpress.com/2013/06/08/from-swingersvilleto-the-gulfton-ghetto-a-brief-history/

[165] American Civil Liberties Union, Unión Americana de Libertades Civiles. [N. de la T.].

[166] Ryan Pintado-Vertner, «The War on Youth», *Colorlines*, 10 de diciembre de 1999, http://www.colorlines.com/articles/war-youth

[167] Foti Kallergis, Twitter, 24 de noviembre de 2013, https://twitter.com/heykitty/status/404484915460190208

[168] Un analgésico opiáceo a base de hidrocodona. [N. de la T.].

[169] http://abc7news.com/archive/9339451/

7
SAMUEL BRIGHTMON
(16 AÑOS)
Dallas, Texas
23 de noviembre, aproximadamente 23:00, hora de la Zona Central

En *Wrapped in Rainbows*, la biografía de Zora Neale Hurston, escritora del Renacimiento de Harlem, Valerie Boyd explica por qué le costó tanto rastrear el paradero de Hurston cuando tenía veintipocos años: «En 1911, era relativamente fácil para alguien, especialmente una mujer negra, evadir la mirada documental de la historia». Y continúa: «Si no estaban vinculadas legalmente a un hombre, como hijas o como esposas, las mujeres negras no contaban en ciertos aspectos, al menos para la gente que hacía las cuentas oficiales»[170].

El problema de quién cuenta y a quién se cuenta no es una mera cuestión numérica. Es también una cuestión de poder. Para reunir información, en especial sobre personas, son necesarias la autoridad para recopilar los datos y la capacidad de almacenarlos y transmitirlos. Quienes tienen esa autoridad y esa capacidad deben sentir que aquellos a quienes controlan son importantes. Después del huracán Katrina, mientras los muertos flotaban por las calles de Nueva Orleans y los vivos estaban atrapados en las carreteras y los tejados, una enorme muchedumbre, formada en su mayoría por negros y pobres, acudió al centro de convenciones de la ciudad. Al preguntar a Michael Brown, el infausto director de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias (FEMA), por qué los servicios de socorro no habían estado a la altura de las circunstancias, él respondió: «Estamos viendo a gente que no sabíamos que existía»[171].

En otras palabras, no todo el mundo cuenta y, por tanto, no se cuenta a todo el mundo. Sabemos, por ejemplo, cuántos soldados estadounidenses murieron durante la invasión de Irak, porque el gobierno tuvo que llevar el registro; podemos imaginar el escándalo si no lo hubiera hecho. Pero no tenemos ni idea de cuántos civiles o insurgentes iraquíes murieron, porque no existía un Estado iraquí capaz de contarlos y a Estados Unidos no le interesaba hacer el cómputo, mucho menos saber sus nombres. Sabemos cuántos policías estadounidenses mueren cada año en acto de servicio, pero no existe un recuento nacional de cuántas personas mueren a manos de ellos.

En los primeros años noventa, cuando las muertes por arma de fuego de niños y adolescentes doblaban a las actuales[172], los medios no informaban sobre muchas. Se consideraban tan frecuentes y previsibles y ocurrían en sitios tan desconocidos para quienes podían informar sobre ellas que era como si se hubieran producido en Irak. Por eso, en aquella época, una vida joven podía extinguirse sin dejar huella. A la policía no le interesaba demasiado. Las circunstancias, los nombres y las edades de los fallecidos no parecían tener suficiente interés público como para documentar cada una sistemáticamente. Dan Kois, que se encargaba del «Recuento de muertes por arma de fuego» para la revista digital *Slate*, afirma que hoy no sería igual.

«Creo que a estas alturas se informa sobre prácticamente todos los homicidios y accidentes que se producen», me dice Kois. El desarrollo de las redes sociales, el periodismo ciudadano y las nuevas tecnologías han hecho que a los medios establecidos les sea más difícil obviar las muertes por arma de fuego en ciertas zonas. «En la mayoría de las ciudades hay blogs que registran las muertes por armas, y eso obliga a los periódicos y otros medios locales a ser honestos. Las cifras que obteníamos nosotros coincidían con las proyecciones estadísticas [sobre homicidios y accidentes por arma de fuego]». Eso sí, Kois, ahora redactor jefe de *Slate*, reconoce que los datos que él reunía se quedaban muy por debajo de las muertes reales por arma de fuego (eran menos de la mitad) porque, como señalaba en la introducción, no es habitual informar sobre los suicidios.

El «Recuento de muertes por armas de fuego», creado después de la matanza de Newtown, tenía la intención de registrar todas las ocurridas en el país[173]. La página web, que duró un año, recopilaba sus datos con búsquedas básicas en internet y con la ayuda de la gente: cualquiera podía enviar la noticia de una muerte por arma de fuego y los administradores de la web la añadían a la lista. Cada muerte estaba representada por un muñeco en tres tamaños posibles —grande para adultos, mediano para adolescentes, pequeño para niños—, e incluía enlaces a las informaciones periodísticas sobre lo sucedido.

«La página pretendía ser una especie de provocación —escribió Kois cuando la cerró—. Sabíamos que esas filas de muñecos, cada uno con un nombre, amontonándose día tras día, proporcionaban una imagen impactante, capaz de perturbar incluso al más ardiente defensor del derecho a portar armas»[174].

Cinco semanas después del lanzamiento del «Recuento de muertes por armas de fuego», Joe Nocera escribió un artículo para *The New York Times* titulado «Y hablando de las noticias sobre armas de la semana pasada…», en el que ofrecía breves descripciones de unas cuantas personas muertas por arma de fuego en la semana anterior[175].

«Había nueve o diez apartados —me cuenta Nocera—. No expresaba ningún tipo de opinión. Solo los retratos. Me pareció potente y muy eficaz. Una persona que vive en Lexington, Kentucky, o en Providence, Rhode Island, no se hace idea de toda la violencia por armas de fuego que existe en otros sitios». De ahí salió «The Gun Report» [Informe sobre armas], un resumen diario en la página web de *The New York Times* dedicado a todo lo relacionado con las armas de fuego, incluidas sus víctimas. Se publicaba de lunes a viernes; el del lunes recopilaba los sucesos del fin de semana anterior. «No es más que una búsqueda diaria en Google de las muertes por arma de fuego —dice Nocera—. Es lo único de todo lo que he hecho que ha sido objeto de una mención en *The New York Review of Books*», añade con cierto orgullo.

Tanto el Recuento de *Slate* como el Informe de *The New York Times* eran exhaustivos y buenos puntos de partida, pero ninguno de los dos era una herramienta definitiva. Cuatro de los jóvenes que figuran en este libro no aparecían en una u otra de las dos webs; uno de ellos no apareció en ninguna.

Slate puso fin a su Recuento al cabo de un año y redirigió a sus seguidores el Archivo de la Violencia por Arma de Fuego, que llevaba a cabo una campaña similar pero más amplia en una página web, aunque con menos visitas porque no formaba parte de un medio informativo. *The New York Times* mantuvo su informe un poco más, hasta que una disputa por el pago de horas extra al auxiliar de redacción que recopilaba los datos precipitó su cierre[176]. En la página web del periódico, Nocera ofreció una explicación distinta. «Hace unos meses —escribió—, empecé a tener la sensación de que ya habíamos dejado claro nuestro argumento. Día tras día, semana tras

semana, los tiroteos tenían una similitud que podía volvernos insensibles»[177].

Sin embargo, aunque ahora sí se informe en general sobre las muertes por arma de fuego, se suele hacer de la manera más breve posible, casi sin tomárselas en serio. Es lo que sucedió con la muerte de Samuel Brightmon, que apareció en el *Dallas Morning News* bajo el titular «Adolescente muerto de un disparo cuando caminaba por la calle». «La policía está investigando los disparos que causaron la muerte de un adolescente el sábado por la noche cuando caminaba por la calle en el sureste de Dallas —explicaba el artículo—. La policía dice que Samuel Brightmon, de 16 años, y otro chico de la misma edad, iban caminando por el número 7300 de Schepps Parkway, hacia las 23:00, y entonces oyeron disparos. Cuando los adolescentes trataron de huir, Brightmon recibió un tiro y se desplomó en la calle, según la policía. Lo llevaron al Centro Médico de Baylor University, en Dallas, donde certificaron su fallecimiento. No se ha identificado a ningún sospechoso»[178].

Al día siguiente, el *Dallas Morning News* publicó otra breve información de Claire Z. Cardona en la que se añadía que «Crime Stoppers ha ofrecido una recompensa de 5.000 dólares por información que conduzca a la detención y denuncia del autor del delito», y se facilitaba a los lectores el número de teléfono al que llamar.

La emisora local de Fox News mostró una fotografía de Samuel con una sonrisa grande y reluciente, vestido con una camiseta azul y blanca. En ella tiene la piel clara, una mandíbula potente y ojos brillantes, un rostro demasiado joven para que la vida lo llene de surcos. La página web de Fox tenía una información casi idéntica (borrada posteriormente) bajo el titular «Adolescente de Dallas muerto por una bala perdida: La policía de Dallas pide ayuda para encontrar a la persona que mató a un adolescente que caminaba por la calle. Ocurrió justo después de las 23:00 del sábado en Schepps Parkway, en Pleasant Grove. Samuel Brightmon, de 16 años, iba con un amigo cuando oyeron disparos. Intentaron huir a la carrera, pero a Brightmon le alcanzó un tiro. Falleció en el hospital»[179]. Habían conseguido una cita de su madre. «"Es todo muy irreal. Tengo un millón de cosas en mi cabeza, pero no puedo centrarme en ninguna. La única imagen que veo es la última que tengo de mí misma con él en brazos", dijo Audry Smith, la madre de la víctima. El amigo de Brightmon resultó ileso. Crime Stoppers ofrece una recompensa de 5.000 dólares por informaciones que conduzcan a una acusación».

Nada más. No tenían mucho más que contar. El informe policial también es mínimo, y solo añade que creen que el tiroteo no está relacionado con la actividad de las bandas. No había ningún perfil, ningún testimonio de sus amigos o profesores. Nada sobre quién era, ni mucho menos sobre por qué lo mataron. Su muerte entró en el recuento. Pero importó poca cosa.

Samuel Courde-Bernard Brightmon, apodado «DaDa» por su familia (debido a su segundo nombre), murió cuando no le faltaba ni una semana para cumplir 17 años. Era el segundo de los tres hijos de Audry Smith y el tercero de los siete hijos de Willie Brightmon. Willie y Audry se habían separado mucho antes, pero Willie tenía una presencia constante en la vida de Samuel. Además de ellos dos, había otros adultos en la vida del chico, entre ellos su tía Debra (hermana de Audry) y Claudia, la segunda esposa de Willie, que era buena amiga de Audry.

La mejor amiga de Samuel era su hermana Whitney, una chica alta y esbelta solo 11 meses menor que él, que prestó mucha atención cuando entrevisté a su madre pero habló poco. Cuando eran pequeños, dormían juntos porque a Whitney no le gustaba dormir sola. Más adelante, Samuel muchas veces se metía en la cama de Whitney al despertarse. Cada uno completaba las frases del otro. «Estos dos eran como Bonnie y Clyde —dice Audry—. Todos pensaban que eran

gemelos por lo poco que se llevaban y porque hacían todo juntos».

Whitney era la más ardiente defensora de Samuel. «Yo era como su hermana mayor», me contó. Una vez, cuando estaban en casa de la tía Debra, Samuel le dijo a esta que unos chicos le habían atacado. «Antes de que me diera tiempo a calzarme, mi hija mediana y Whitney habían salido corriendo a pelearse con los chicos en su nombre —recuerda Debra—. Para cuando llegué, ya los habían encontrado y los habían arrinconado. Estaban furiosas».

Samuel era un bromista. Sus amigos recuerdan sus bromas como suelen hacer los adolescentes, entre grandes risotadas, de manera que uno está intentando seguir la historia y resulta que ellos ya han contado la parte graciosa. De esas anécdotas que verdaderamente hay que haberlas vivido. En una ocasión, llevó al colegio un pato de goma y se pasó el tiempo persiguiendo a otros alumnos y poniendo voces como la de Blas de *Barrio Sésamo*. Otra vez, se puso las botas acolchadas rosas de Whitney y su bufanda y caminó como si estuviera en un pase de moda. Puso una palomita caramelizada en la mesa de alguien. Su madre tiene un vídeo de él haciendo un baile tonto en el colegio, todo brazos y piernas agitándose. «Eso es él —dice—. Haciendo el tonto. Siempre».

El hecho de que pocas veces dirigiera sus bromas contra nadie era propio de su personalidad. Odiaba los conflictos. Y desde muy pequeño estaba siempre deseando agradar. «Quería encajar en los sitios —dice Claudia, a la que entrevisto cerca de la autopista en Soulman's Bar-B-Que, una cadena texana—. Era el pacificador. Cuando sus hermanos se peleaban, él siempre decía: "Tenemos que llevarnos bien"». Y continúa: «Hiciera lo que hiciera, siempre lo arreglaba con sonrisas. No quería problemas. Sonreía de tal forma que tenías que decirle: "Vale, te doy otra oportunidad", por su sonrisa. Era un encanto».

«DaDa era el hijo que nunca tuve —dice Debra—. Cuando necesitaba alguna cosa, como sacar la basura o alguna otra tarea propia de un hijo, él lo hacía. Si llegaba a casa de la compra, no tenía que preocuparme por sacar las bolsas del coche. Era un niño servicial. Un niño feliz. Lleno de bromas. No era peleón. No era ningún alborotador».

Había cierta preocupación por que su carácter confiado le metiera en líos. «Mi mayor miedo era que se hacía amigo de todo el mundo —dice Willie—. Nadie era un desconocido para él. Esa era su mentalidad. Era muy ingenuo». Willie creció en Marshall, Texas, un pueblo a un par de horas en coche, cerca del límite con Luisiana, en el que todo el mundo se conocía. En su opinión, el carácter de Samuel era mucho más apropiado para una vida rural como la que él había tenido que para un entorno urbano. «En mi pueblo, nadie es desconocido. Pero en la ciudad, algunos ven que eres amable y te consideran débil. Él decía: "No, papá, no va a ser así". Y yo contestaba: "Sí, hijo, claro que sí"».

A Debra también le preocupaba que su deseo de agradar le pudiera llevar a mezclarse con malas compañías. Una vez, cuando Audry y los niños estaban pasando una temporada en su casa, Samuel empezó a juntarse con un grupo de chicos, incluida una chica que le gustaba, pero que a Debra no terminaban de caerle bien y sobre quienes sus dos hijas le habían contado cosas desfavorables. «Creo que solo quería hacer feliz a todo el mundo —dice—, pero esos chicos habrían podido meterle en un lío». Debra le dijo que se mantuviera apartado de ellos. Le inquietaba que, con su empeño en agradar a los demás, corriera peligro de olvidarse de quién era y qué quería. «Se lo expliqué muy claro. Normalmente, conseguía que entendiera que no pasa nada por ser diferente. Le decía: "Sé fiel a ti mismo. Sé quien eres"».

Samuel se lo tomó mal. Protestó y rezongó un rato. «Se molestó mucho esa noche —recuerda Debra—. Pero al día siguiente me escribió una carta pidiéndome perdón por cómo se había

portado y diciendo que lo entendía. Lo valoré muchísimo».

Audry llevaba cierto tiempo preocupada por la posibilidad de que lo que, a primera vista, podía parecer un carácter afable, escondiera en el fondo una gran fragilidad. Samuel era disléxico, y los primeros años de colegio no habían sido fáciles. «La escritura», menciona entre las aptitudes básicas con las que tenía dificultades. «No estar a la altura de los demás niños. Estaba cansado de tener que ir todos los años a clase durante el verano. La profesora que no paraba de llamar para decir: "Necesita ayuda, necesita ayuda"».

«Todo eso se cobraba un precio emocional y hacía que tuviera poca autoestima —dice—. Era callado y reservado. No hacía amigos con facilidad. Cuando era pequeño no le gustaban los deportes. No le gustaba que se tocaran y se golpearan tanto. Era tan sensible que a veces se echaba a llorar. Parecía desesperado por agradar a todo el mundo». Cuando tenía aproximadamente 10 años, le dijo a un psicólogo que a veces pensaba en hacerse heridas. El psicólogo recomendó una evaluación y, después de varias pruebas, los médicos sugirieron su ingreso en un pabellón psiquiátrico.

Para Samuel fue demasiado. «Se puso a llorar —recuerda Audry—. Whitney también. No quería que se fuera, y él no quería estar [en el hospital]. No quería estar separado de Whitney ni de mí. Se sentían como si fuera a la cárcel, porque, claro, te quitan el cinturón, los cordones, todo eso. Así que le dejaron seguir el tratamiento como paciente externo. Iba por la mañana y se pasaba allí todo el día».

Al llegar a la adolescencia fue adquiriendo cada vez más seguridad. Quería ser policía. «Desde muy pequeño, esa había sido su obsesión —dice Audry—. Le encantaban las series de policías, *Criminal Minds*, *Cops*, lo que fuera. Incluso tenía una aplicación en el móvil que le permitía estar al corriente de las actividades de la policía». Cuando Samuel tenía 15 años, Audry les cambió, a Whitney y a él, de un colegio enorme, con más de 3.000 alumnos, a otro nuevo, más pequeño, en el barrio de Richardson, al nordeste de la ciudad, cerca de su trabajo; confiaba en que pudieran prestarle una atención más personalizada. Samuel hizo campaña para ser vicepresidente del consejo escolar, un puesto por elección que exigía ir clase por clase en busca de votos. Prometió conseguir que se creara un equipo de baloncesto, y ganó. El equipo se creó, aunque, como el colegio era tan pequeño, jugaba en una liga municipal, y no contra otros centros educativos.

Cuando el *Dallas Morning News* publicó la noticia en su web, el primer comentario fue de un compañero de clase. Se llamaba Parker Moore y se identificaba como el presidente del consejo escolar en el centro de Samuel. Escribió: «Es un gran chico y un triunfador. Iba a hacer algo grande en la vida. La última vez que hablé con él fue el lunes, sobre nuestras ideas para que el consejo escolar recaudara fondos. Me parece increíble lo que está pasando. Descansa en paz, amigo».

Samuel tenía poca vida social más allá del colegio y la familia, aunque sí tenía novia. Era básicamente una persona hogareña. «Le encantaban sus videojuegos —dice Audry—. No era nada aficionado a salir. Le gustaban las pistolas de aire. Le gustaba disparar contra algo. Pero nunca iba a ninguna parte. Y si iba a algún sitio era conmigo o con Whitney». Da la impresión de que, durante la mayor parte de su vida, los que rodeaban a Samuel hicieron todo lo posible para protegerlo de su propia delicadeza y de la dureza del mundo exterior.

Así fue la breve vida de Samuel, cuya muerte recibió tan poca atención en los medios de Dallas. La mujer que escribió las 81 palabras sobre el asesinato para el *Dallas Morning News* es Melissa

Repko, una periodista joven y simpática con la que me entrevisté en un café de moda en la ciudad situado en una zona en plena gentrificación. Melissa trabajaba a veces los domingos en el blog de sucesos. Es un turno con una rutina macabra y previsible, y que suele empezar con mucho ajetreo. «Si ocurre algo, suele ser entre medianoche y las 4 de la mañana —dice—. Esas horas a las que tu madre te dice que no sucede nada bueno». Los tiroteos, los conductores borrachos y la violencia de género nunca faltan los sábados por la noche. «La policía tiene una base de datos en la que busco, y luego hago llamadas. Busco asesinatos, muertes repentinas, agresiones armadas —dice—. Es muy habitual que haya por lo menos un tiroteo, aunque no siempre son fatales».

Dos meses después del asesinato de Samuel, todavía se acordaba del caso, tanto por lo que escribió como por lo que no. «Lo recuerdo solo por lo joven que era y por la falta de indicios de actividad criminal». Su tarea era dar la noticia, no el seguimiento posterior. De modo que, cuando acabó su jornada, puso el caso en manos del equipo de sucesos, que se queda con las noticias del fin de semana que considera dignas de profundizar. La muerte de Samuel no se lo pareció.

A Repko no le sorprendió. A pocos les sorprendería. Pleasant Grove, la zona en la que Samuel recibió el disparo, es pobre, negra y situada en el sur de Dallas; en lugar de Pleasant Grove (Bosquecillo agradable) la llaman «Unpleasant Grove» (Bosquecillo desagradable). Como dijo una de las profesoras de Samuel, «si hubiera ocurrido en Richardson [donde se encuentra su colegio], habría sido una conmoción. Pero en Dallas sur, tan abajo, no es infrecuente». ¿Ella ha estado allí alguna vez? «No voy por ahí —responde la profesora—. No es una zona segura para una mujer blanca». Está claro que tampoco lo es para un joven negro.

Los tiroteos son frecuentes allí, confirma Repko. «La gente está insensibilizada. Dicen que es el sitio donde pasa todo lo malo». Es una frase que oí muchas veces cuando hablaba con los periodistas que informaron de los tiroteos de aquel día. Era evidente que yo era el único que les había llamado para preguntar si conocían más información sobre aquellos casos. Ellos repasaban amablemente sus notas y me contaban lo que sabían y, si habían estado en el escenario del crimen, lo que habían visto. Cuando les preguntaba si habían conseguido los datos de contacto de los familiares o si las investigaciones habían avanzado, todos me explicaban con naturalidad por qué habían pasado a otra cosa. «Por desgracia, los homicidios no son raros en esta zona», dijo uno. «Salvo que ocurra algo inesperado, no es el tipo de noticia que seguimos con mucho detalle», explicó otro.

Como periodista, lo entiendo. No tengo ni idea de lo que fue de Jesus Josef, un chico haitiano de ocho años al que conocí en la República Dominicana en 2005. Se había presentado en un centro de refugiados con el cuello torcido de llevar cargas pesadas y los hombros llenos de verdugones de los malos tratos que le infligía la familia que lo había comprado y lo empleaba como esclavo doméstico. Tampoco conozco la suerte de Kulo Korban, a quien conocí en Sierra Leona en 1998, y a quien los rebeldes que luchaban en la guerra civil habían amputado las orejas y tres dedos. Después de una semana cubriendo la información en el sitio, lo había dejado atrás.

Lo escribo sin sentirme ni orgulloso ni culpable. En esta profesión hay cierto grado de distanciamiento intrínseco que seguramente es necesario. Sin él, uno acabaría emocionalmente exhausto. Además, uno está constantemente valorando qué más se puede decir y quién va a prestar atención si lo dice. Los medios tienen recursos limitados. Los responsables tienen que justificar la inversión necesaria para mantener a una persona en determinado lugar o para enviarla a seguir la pista de cada historia individual, por no hablar de las posibles nuevas

historias que pueden dejar de cubrirse mientras tanto. El periodismo no es trabajo social. E incluso los trabajadores sociales, para poder desempeñar su labor con eficacia, deben seguir adelante. Sin embargo, estas no son más que pequeñas excusas racionales para justificar cómo los periodistas, y yo en concreto, ejercemos nuestro poder relativo. Nosotros escogemos qué historias contar, a quién entrevistar y dónde desplegar nuestros recursos. Y esas decisiones no son objetivas. Se toman sobre la base de qué noticias subjetivamente consideramos dignas de contarse en un momento dado. Por supuesto, el hecho de que la mayoría de los medios de comunicación pertenezcan a empresas comerciales cuenta. Cuanto más cuesta una historia y menos lectores (y por tanto ingresos) tiene probabilidades de atraer, menos posibilidades hay de que las instituciones dediquen recursos a ella. Pero ese no es el único factor. Ni siquiera, en general, el más importante.

Incluso sin el provecho económico, los valores informativos no son valores humanos. Si lo fueran, la noticia de portada de todos los periódicos y la primera información de todos los programas informativos serían «Un niño muere de hambre». Pero, como sabemos que millones de personas en el mundo no tienen suficiente para comer y que, en cualquier momento, hay un niño en algún sitio que puede morir desnutrido, no es noticia. Es muy probable que, si un periódico decidiera poner ese titular todos los días, vendiera muy pocos ejemplares.

«Decimos que tenemos fatiga de compasión, como si hubiéramos contraído involuntariamente alguna enfermedad de la que no podemos librarnos hagamos lo que hagamos», dice Susan Moeller en su estudio sobre las reacciones ante las noticias relacionadas con atrocidades. Pero lo que nos hace apartar la mirada no es la fatiga, argumenta, sino el deseo de rehuirlas[180].

En *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering*, Stanley Cohen sostiene que ese deseo de rehuir estas noticias nace de una falta de empatía:

> El problema de las múltiples imágenes de sufrimientos lejanos no es su número, sino su distancia psicológica y moral. La repetición solo sirve para aumentar la sensación de lejanía respecto a nuestras vidas. Esos no son nuestros hijos; no tenemos ningún lazo que nos una a ellos; nunca experimentaremos su presencia; lo único que sabemos de ellos es que existen durante esos 30 segundos aislados en los que la cámara se fijó en ellos[181].

El hecho de que algunos sectores de la población no quieran enterarse de ciertos tipos de sufrimiento repetitivo no hace menos problemático que los medios no informen sobre ellos. En primer lugar, en cierto modo es una profecía autocumplida. Si nunca informamos sobre el hambre infantil, dejamos de pensar en ella y empezamos a aceptarla como un hecho desafortunado pero irremediable. Como es poco probable que se informe sobre ella, es poco probable que se hable de ella. Cuanto menos hablamos de que los niños se mueren de hambre, menos hablamos de por qué se mueren de hambre y de qué podría hacerse para alimentarlos, y menos presión pública hay para que los políticos se ocupen del problema.

En segundo lugar, este razonamiento conlleva una serie de supuestos por parte de quienes toman las decisiones editoriales sobre quiénes somos «nosotros», qué queremos saber «nosotros» y qué creemos «nosotros» que sabemos ya. Ahí se produce el distanciamiento. Cuanto más lejos estamos de experimentar el hambre infantil o de conocer a alguien que la haya experimentado, menos probabilidades tenemos de considerarla una prioridad o de pensar que sus víctimas son relevantes. Dicho sin rodeos, un niño que se muere de hambre es mucho más noticia para quienes conocen al niño que para los que no lo conocen ni seguramente lo vayan a conocer nunca. Eso no niega nuestra capacidad de sentir empatía, de análisis o comprometernos con cosas que están

más allá de nuestra experiencia inmediata. Simplemente, tiene en cuenta la distancia entre el sujeto y el objeto.

«El único sentimiento que puede tener alguien sobre un hecho que no experimenta es el que le provoca la imagen mental que tiene de ese hecho —escribió Walter Lippmann en su fundamental libro *Public Opinion*—. Por eso, hasta que no sabemos lo que otros creen saber, no podemos comprender verdaderamente sus actos… Nuestras opiniones abarcan un espacio más grande, un periodo de tiempo más largo y más cosas de las que podemos observar personalmente. Por consiguiente, debemos darles sentido a partir de lo que nos informan otros»[182].

Los valores informativos no son una descripción objetiva de las cosas más importantes que han sucedido en un momento y un lugar dados. Son la suma total de las prioridades y los conocimientos adquiridos por quienes proporcionan las informaciones. Y estos últimos no son un grupo representativo. En 2013, la media de las rentas personales en Estados Unidos fue de 28.031 dólares; el 30,4 por ciento de los habitantes del país tienen títulos académicos; las minorías raciales constituyen el 39 por ciento de la población y el 58 por ciento de los que viven por debajo del umbral de pobreza[183]. Los periodistas estadounidenses ganan un salario medio de 50.028 dólares; el 8,5 por ciento procede de minorías; el 92 por ciento tiene un título académico[184]. Las redacciones son considerablemente más blancas, más ricas y mejor formadas que la población en general.

Por eso, a la hora de informar sobre la violencia por armas de fuego, quienes marcan las prioridades informativas no suelen ser las personas más afectadas por el problema. Los periodistas tienen menos probabilidades de vivir en los barrios en los que se produce esa violencia. Sus opiniones sobre ellos están «construidas a partir de lo que han informado otros (con los mismos privilegios que ellos)» y amplificadas.

Cuando el *Dallas Morning News* obtuvo el premio Pulitzer en 2010 por su serie sobre la brecha que separaba el norte y el sur de Dallas, Tom Robberson, que había sido corresponsal en el extranjero, contó que había abordado la labor de reportero en el sur de la ciudad como si estuviera mandando crónicas desde otros países. «Las inmensas diferencias que encontramos entre el norte y el sur de Dallas nos lo permite. Explico las cosas como si los lectores del norte de la ciudad no tuvieran ni idea de lo que sucede allí. Como si estuviera escribiendo sobre Líbano»[185].

Y lo que ocurre con los periodistas también puede ocurrir con su supuesto público. Cualquier tipo de segregación es un grave obstáculo para la empatía. «Si eres lector de *The New York Times*, no te resultará fácil imaginar a un niño que recibe un disparo fortuito durante un tiroteo entre bandas —me dijo Kois—. A la gente sí le fue fácil imaginar Sandy Hook».

Las barreras pueden ser de clase o raciales. Nicole Fitzpatrick, que perdió a su hijo Jaiden en Grove City, Ohio, casi nueve horas antes de la muerte de Samuel, dijo lo mismo al explicar cómo el disparo que acabó con la vida de su hijo había cambiado la imagen del barrio en el que había crecido. «Eso no pasa aquí —decía—. Yo no vivo en el “gueto”».

Esta situación no es producto de un abandono malicioso, sino más bien de una omisión inconsciente debida al peso muerto del poder y el privilegio, que vuelve invisibles a los estadounidenses pobres y de piel oscura. Casi en cada ciudad de Estados Unidos hay sitios en los que se cuenta con que los niños y adolescentes pueden recibir algún disparo, zonas en las que el hecho de que unos jóvenes mueran por arma de fuego no contradice la concepción general de cómo debería ser una ciudad, sino que la confirma. Criar hijos allí, acaben o no involucrados en actividades delictivas, es incorporar esa posibilidad a la vida diaria.

Ahí está uno de los elementos más trágicos que he descubierto en mis investigaciones: que todos los padres negros con un hijo adolescente con los que he hablado tenían que contar con la posibilidad de que a su hijo pudiera ocurrirle una cosa así. Es más, casi todos dedican sus aptitudes parentales a intentar que no ocurra. Mientras otros se esfuerzan para que las notas de sus hijos les permitan acudir a una universidad aceptable, o a que sean muy buenos en deporte, o en música, estos padres (que quieren lo mismo a sus hijos) dedican sus energías a mantenerlos vivos el tiempo suficiente para que puedan salir del barrio, de la adolescencia o de ambas cosas. Ese factor determina la gente con la que creen que deben relacionarse los niños, adónde pueden ir y a qué hora deben estar en casa. Cuando se les pregunta si alguna vez imaginaron que las vidas de sus hijos pudieran interrumpirse de forma tan brusca, se encogen de hombros a sabiendas. «Aquí no puedes cumplir tu labor de padre si no piensas alguna vez en que podría ocurrir», me dijo un padre en Newark cuyo hijo murió de un disparo un par de horas más tarde de que muriera Samuel.

Los amigos de los fallecidos también han hecho hueco a la posibilidad de la muerte en sus vidas adolescentes. Cuando pregunté a Trey, el amigo de Stanley Taylor, si alguna vez pensó que podía sucederle algo así, hizo una larga pausa. «No lo voy a decir —afirmó, escogiendo de pronto sus palabras con mucho cuidado—. La vida que elegimos todos en un momento dado. Todos estábamos yendo por ese rumbo equivocado».

Desde luego, Audry había imaginado que quizá algún día tendría que enterrar a un hijo. Pero no creía que fuera Samuel sino el mayor, Jeremy. «Jeremy es el cabezota —dice—. El cabeza de chorlito. Se mete en líos. Cuando te enteras de una pelea, puede aparecer el nombre de Jeremy. Así que tienes que prepararte para que sea Jeremy». Un día de aquel otoño, mientras charlaba con Debra nada más conocerse una noticia sobre un tiroteo en la ciudad, mencionó la posibilidad de contratar una póliza de seguro para sus hijos precisamente por eso. Dijo que iba a mirarlo. Pero no lo había hecho todavía cuando murió Samuel, aproximadamente un mes después.

Es decir, la vida como afroamericano de clase trabajadora le hace a uno vulnerable; su presencia en las zonas en las que suelen vivir afroamericanos de clase trabajadora le convierte en daño colateral. «En cifras —escribe Jesmyn Ward en *Men We Reaped: A Memoir*, donde describe la pérdida de cinco hombres jóvenes de su entorno en cuatro años—, según todos los registros oficiales, aquí, en esta confluencia de la historia, el racismo, la pobreza y el poder económico, esto es lo que valen nuestras vidas: nada»[186].

La familia de Samuel era consciente de esta realidad. «Cuando disparan a un niño negro, es una cosa instantánea —dice su padre, Willie—. Como un relámpago. Lo ves y te preguntas: "¿Eso ha sido un relámpago?". Eso es lo que pasa cuando matan o asesinan a un niño negro. No es noticia. Ahora bien, cuando son otras razas, bueno, entonces ya sabes que va a salir en [los canales] 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7… Odio tener que decirlo, pero seguimos viviendo en un mundo racista. Podemos tener más oportunidades. Pero, a la hora de la verdad, seguimos viviendo en un mundo blanco. Y siguen considerándonos inferiores. Y básicamente dicen que no importamos. Pero si fuera su hijo, entonces que se detenga el mundo. No hablo indignado ni nada de eso. Es la vida».

El 12 de marzo de 1963, un hombre que decía llamarse Alek Hidell compró por correo a la tienda Klein's Sporting Goods de Chicago una carabina Carcano modelo 91/38 de 6,5 mm, con un precio de cupón de descuento de 19,95 dólares más gastos de envío. Su verdadero nombre era Lee Harvey Oswald y, casi exactamente 50 años antes del asesinato de Samuel, utilizó esa escopeta para asesinar al presidente Kennedy en Dallas.

«Dallas mató a Kennedy», escribe Lawrence Wright en *In the New World: Growing Up with America from the Sixties to the Eighties*. Y continúa: «Lo oíamos una y otra vez. Dallas era "una ciudad de odio, la única ciudad en la que podían haber disparado al presidente…". No es extraño que sus habitantes estuvieran indignados y a la defensiva. Y, sin embargo, más allá de nuestro enfado yacía el miedo a que, bajo las mentiras que la gente contaba sobre nuestra ciudad, hubiera algo de verdad»[187].

Dallas no es una ciudad bonita. Una masa desparramada, unida por carreteras y autopistas, con un centro urbano que no es centro en realidad. Puedes circular por ella días y días, como hice yo mientras entrevistaba a los que habían conocido a Samuel, sin tener la sensación de haber estado en ninguna parte más que los sitios concretos a los que iba.

En una encuesta que hizo el *Dallas Morning News* en 1983, se reveló que uno de los tres símbolos que más asociaban los estadounidenses con la ciudad era el asesinato de Kennedy; los otros dos eran su equipo profesional de fútbol americano, los Dallas Cowboys, y la serie de televisión *Dallas*[188]. El paso del tiempo ha erosionado la vinculación con el asesinato. Pero para el resto del país, si es que alguna vez piensa en Dallas, permanece intacta su reputación cuidadosamente cultivada de ciudad moderna y típicamente americana —con su silueta reluciente, sus animadoras tan americanas, sus grandes empresarios, su dinero del petróleo y su impresionante cantidad de victorias en la Super Bowl—.

La difunta periodista Molly Ivins, texana de adopción, mostró su franqueza característica al describir la geografía social de la ciudad. «Hay una Dallas negra, hay una Dallas chicana, hay una Dallas vietnamita, hay una Dallas gay, incluso hay una Dallas vibrante y bohemia —escribió —. Pero, sobre todo, hay una Dallas norte. Un lugar tan materialista y republicano que te chirrían los dientes al contemplarlo… La vergüenza de Dallas, hoy en día, es que probablemente sea la ciudad más segregada después de Johannesburgo»[189].

En efecto, en su libro de 1993 *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Douglas Massey y Nancy Denton presentaban cinco «indicadores claros» que permitían medir la segregación. Las áreas metropolitanas con una puntuación alta en al menos cuatro de ellos eran las «hipersegregadas». En esa categoría encajaban 16 ciudades. Una de ellas era Dallas (además de Chicago, Indianápolis y Newark, otras tres ciudades en las que murieron adolescentes el día del que nos ocupamos en este libro)[190].

«Los negros del sur de Dallas no son un grupo étnico desfavorecido —escribió Peter Gent en la novela *North Dallas After Forty*—. Son una civilización diferente, que vive en cautividad. A unas manzanas de la increíble riqueza de las calles Elm y Commerce, el sur de Dallas era una hipérbole. Una broma siniestra para los que siguen creyendo que todos nacemos iguales… Los negros parecían estar a la espera, observando, conscientes de que siempre iban a terminar jodidos. Esa seguridad les servía de consuelo»[191].

Así es esa parte de la ciudad donde la muerte de un niño apenas es noticia. En términos generales, hay dos fronteras que separan el norte del sur. La primera es el río Trinity, que recorre 1.150 kilómetros en dirección sureste desde el norte y el centro de Texas hasta un brazo de la Bahía de Galveston, y de ahí desemboca en el Golfo de México. Justo al noroeste de Dallas confluyen tres de sus cuatro afluentes por el norte, y después serpentea en diagonal a través de la ciudad —estrecho y canalizado en gran parte del centro por el espeso cinturón verde que lo flanquea— para luego hacer bajadas y meandros más erráticos camino de las llanuras de aluvión y los pinares del este de Texas.

La otra frontera es la autopista interestatal 30, que tiene la mitad de longitud. Esta carretera

parte de Fort Worth, la ciudad gemela de Dallas al oeste, y se extiende hacia el nordeste, hacia el límite entre Texas y Oklahoma, antes de entrar en Arkansas y seguir en diagonal, pasando por Hope —la cuna del expresidente Bill Clinton—, hasta Little Rock.

La manzana 7300 de Schepps Parkway, en Pleasant Grove, en la que murió Samuel, está en la esquina sureste de la ciudad, muy al sur de la interestatal 30 pero justo al norte del Trinity, cerca de uno de los últimos meandros del río antes de precipitarse hacia Galveston. Desde el punto de vista geográfico, Pleasant Grove se encuentra entre las dos fronteras; desde el punto de vista social, económico y racial, está en el corazón de Dallas sur. Cuando se llega en coche desde el centro, los rascacielos imponentes y reflectantes van desapareciendo en el espejo retrovisor y dejan paso a casas de madera más pequeñas y solares. Los supermercados y cadenas comerciales empiezan a escasear; en su lugar, surgen las franquicias de comida rápida, tiendas de licores y locales para canjear cheques. Incluso sin haber visto a un solo peatón, después de haber visitado varias ciudades estadounidenses, se ve que este es el lugar en el que viven los negros y los marrones. Y no por casualidad.

La democracia llegó a Dallas más o menos al mismo tiempo que estaba llegando a los países del Este de Europa: en los primeros años noventa. No es que la gente no tuviera derecho a votar; primero lo tuvieron los hombres blancos y luego todos los demás. Pero la forma de contar los votos y estructurar el sistema hacía que, independientemente de a quién votara cada uno, siempre ganara la oligarquía. Toda la ciudad participaba en las elecciones al gobierno municipal, lo que significaba que, pese a que las minorías contasen con el derecho a voto, les costase reunir los apoyos suficientes para ejercer influencia. Las voces que exigían más recursos en áreas desfavorecidas, en una ciudad tan segregada, quedaban tan marginadas como las comunidades que necesitaban esos recursos.

Una pequeña camarilla de hombres blancos ricos, mezcla de aristócratas, buenos ciudadanos y otros codiciosos, dirigía la ciudad siguiendo lo que se conoció como el Método de Dallas (*Dallas Way*), en el que los intereses del gobierno municipal y las empresas locales se consideraban sinónimos y simbióticos, incrustados unos en otros. «Dallas siempre había pertenecido a los hombres que la construyeron —escribió Jim Henderson en 1987—. Hombres que no necesitaban ordenanzas urbanísticas que les dijeran dónde levantar rascacielos o qué campos subdividir… Dirigían su gobierno como sus empresas privadas»[192].

El consenso en torno a esa situación se circunscribía básicamente a Dallas Norte, y acabó siendo considerado ilegal. Además se hizo cada vez insostenible, a medida que los blancos se convirtieron en una minoría; en la actualidad, Dallas tiene un 42 por ciento de hispanos, 25 por ciento de negros y 29 por ciento de blancos[193]. Aun así, fueron necesarias varias sentencias de tribunales federales para que la ciudad tuviese una democracia municipal digna de tal nombre. A partir de los años noventa, los que vivían en barrios con mayoría de personas pobres y no blancas pudieron elegir a candidatos que, al menos en apariencia, representaran sus intereses. En 1995, la ciudad eligió a su primer alcalde negro[194].

Es decir, durante 149 de sus 173 años de existencia, Dallas fue gobernada exclusiva y abiertamente por hombres blancos y ricos, con intereses empresariales que a menudo colisionaban con los intereses de los afroamericanos, los hispanos y los pobres. Dallas es una ciudad sureña y Texas fue un estado confederado. En *The Dallas Myth: The Making and Unmaking of an American City*, Harvey Graff describe cómo la ciudad corrigió sus estatutos en 1907 para permitir la segregación racial en las escuelas públicas, las viviendas, los locales de ocio y las iglesias; en 1916, para legitimar la segregación residencial; y en 1930, para restringir

el acceso de los afroamericanos a los cargos públicos, exigiendo a todos los candidatos que se presentaran como independientes y no como miembros de un partido. «Se construyó una segunda ciudad, tanto en la ley como en la práctica social», asegura[195].

Y la separación se hizo respetar estrictamente. Cuando los afroamericanos empezaron a mudarse a zonas blancas, incluso se hicieron estallar bombas contra sus casas. En el edificio que alberga una de las agencias de adopción más antiguas en la ciudad había una piedra de granito (posteriormente retirada) que identificaba al Ku Klux Klan como uno de sus principales donantes, señal de la respetabilidad del grupo durante la primera parte del siglo XX.

En zonas como Pleasant Grove, donde se concentran los negros pobres, tanto el hecho de que las mujeres blancas no se sientan seguras como que Samuel pudiera morir por un disparo sin que los medios se preguntaran por las causas es consecuencia directa de las políticas públicas y de las prácticas privadas. Dallas no terminó siendo así porque sí; la hicieron así.

«No es más que otro niño negro y otra estadística —dice Claudia—. Otro niño negro en el gueto. No un niño blanco al que hayan matado en University Park o en Highland Park, donde está la SMU [Southern Methodist University]. Si hubiera sido uno de ellos, le habrían dedicado toda una columna, no un párrafo. Pero no creo que sea cosa de Dallas. Creo que es cosa de Estados Unidos».

Dada la poca información existente, supuse que dar con el entorno de Samuel me sería difícil. No encontré huellas de él en las redes sociales, aunque luego resultó que era porque su nombre en la página de Facebook era Samuel Goodson, un seudónimo que transmitía la devoción por su madre. Cuando me puse en contacto con Melissa, en el *Dallas Morning News*, me proporcionó una aproximación a la dinámica racial en la ciudad, y con toda generosidad me contó lo poco que sabía del tiroteo, que no era mucho más que lo que había escrito.

Con tan poca cosa, encontré las direcciones del director de la funeraria que se había ocupado de los restos de Samuel y la iglesia en la que se había celebrado el servicio. Desde mi cuartel general, en un Holiday Inn al borde de la autopista, preparé dos sobres para la madre, con cartas en las que solicitaba una entrevista. Dejé uno en la iglesia y me dirigí al tanatorio, un gran edificio en el extremo de un centro comercial encajado al lado de otra autopista.

Le conté a la mujer de la recepción lo que quería. Ella me escuchó solo lo suficiente para asegurarse de que necesitaba llamar a algún responsable y así lo hizo. Empecé otra vez mi explicación. La segunda mujer me escuchó atentamente, sin dejar de sonreír y, cuando terminé, me dijo que no había entendido una palabra de lo que le había dicho.

Esto no es tan extraño como puede parecer. El lenguaje es una parte relativamente pequeña de la comunicación. El resto lo captamos del contexto. Yo había entrado sin previo aviso, con el rostro negro y acento inglés para decirle que estaba escribiendo un libro y necesitaba hacer llegar unos papeles a la familia de alguien a quien no conocía y que había fallecido hacía más de dos meses. Para la directora de una funeraria de Dallas, en un día corriente, no existe contexto posible para entenderlo bien.

Tampoco ayuda mi imagen poco convencional en casi todas las circunstancias profesionales. Soy bajo (1,68 metros), barrigón, negro, desaliñado; cuando los estadounidenses piensan en un periodista británico, lo cual no es muy común, no tienen en mente precisamente a alguien como yo. La desorientación se vuelve aún peor cuando escuchan mi acento. Los afroamericanos a menudo piensan que es fingido, que soy un negro engreído y pretencioso. A veces, eso me favorece. La gente, especialmente la que tiene una visión confusa de los grandes medios, puede

sentirse más cómoda con lo que parece la estética de alguien fura de lugar. Otros, quizá porque esperan a alguien con autoridad para contarle su historia, se sienten poco impresionados y convencidos. Cuando estaba informando sobre el huracán Katrina, una vez trataba de llegar a una zona afectada en Mississippi y un policía blanco dio unas palmaditas sobre su arma y me dijo que diera la vuelta al coche. Yo iba siguiendo la misma ruta que otros periodistas —blancos— que sí consiguieron pasar. Se imagine lo que se imagine la gente, suelo sorprenderles. Y entonces allí estaba, en una funeraria de Dallas, esperando.

La mujer que no podía entenderme llevó a otra colega. Yo acorté mi historia y mi pregunta hasta lo mínimo imprescindible. Ella fue a buscar el expediente de Samuel, salió unos minutos después y dijo: «Su tía está al teléfono. Dice que acepta hablar con usted». Di mi explicación a la tía, Debra, intentando no sonar demasiado hastiado al tener que repetir mis frases sobre el libro por cuarta vez en 10 minutos. Le di mi número y mi dirección de correo. Dijo que le pasaría el mensaje a su hermana. «Le llamará esta noche para darle una respuesta».

No hubo llamada esa noche. Ni durante esa semana, después de la que acabé regresando a Chicago. Yo no me había quedado con su número. Estaba a punto de llamar a la iglesia y probar suerte. Entonces, ocho días más tarde, cuando estaba recogiendo a mi hijo de sus clases de cómic, recibí una llamada de un número que no conocía, con el prefijo de Dallas. Tan despistado como la mujer de la funeraria, necesité un momento para encontrar el contexto y dar sentido a lo que me decían. Era Audry Smith, la madre de Samuel.

Si Pleasant Grove respondió a un intento deliberado de juntar a los negros pobres en ciertas áreas de Dallas, la historia que me contó Audry sobre cómo su familia y ella acabaron allí se debe a una serie de sucesos desafortunados que pone de relieve la precariedad de la clase media estadounidense.

Audry, Samuel y Whitney vivían juntos en el barrio de Garland, a las afueras de la ciudad. Audry trabajaba de administradora para una empresa que ofrecía asistencia a domicilio. Su jefe fue arrestado por fraude a Medicaid y Medicare[196]. Abandonó su trabajo siguiendo el consejo de su abogado, porque, dada su función en la empresa, de quedarse habrían podido incriminarla. Se fue en septiembre de 2011. Aprovechó ese parón forzoso para someterse a una operación bastante seria de cirugía optativa que necesitaba pero llevaba tiempo aplazando. Solicitó la prestación de desempleo, que al principio le denegaron, pero que después obtuvo mediante un recurso.

Se operó en marzo de 2012 y tuvo una convalecencia de varias semanas. En mayo, estaba ya casi curada y empezó a buscar trabajo. Un día recogió a los niños del colegio. Cuando se dirigía hacia el oeste por la interestatal 30, con Whitney en el asiento trasero y Samuel en el delantero, el coche que le precedía en el carril de alta ocupación frenó en seco. Ella, desprevenida, se chocó con él. «Abollé el capó de mi coche. Pero hasta ese momento todos podríamos haber seguido circulando», dice. Justo cuando estaba desabrochándose el cinturón para ver cómo estaba Whitney, un Chevy Impala se estampó contra su trasera. Como su coche era un todoterreno, muy elevado sobre el suelo, el Impala se deslizó por debajo. Iba muy rápido. El cristal posterior del coche de Audry salió volando hacia dentro; el volante se empotró en el motor; sus zapatos fueron a parar encima del salpicadero; sus gafas acabaron en el asiento trasero; su asiento se derrumbó hacia atrás. Perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, se encontró con la pierna atascada debajo del volante.

Los niños estaban bien, pero una mujer que iba en el Impala se había roto varias costillas y

Audry se quedó con una rodilla maltrecha. No pudo caminar durante seis semanas. Como no podía andar, no podía trabajar, y, como el conductor del Impala no tenía seguro, Audry no recibió indemnización por la pérdida de posibles ingresos.

Su prestación por desempleo finalizaba en julio y el alquiler de su apartamento, en agosto. Para aspirar a alguna ayuda por discapacidad, necesitaba estar así durante un año. Estaba en un verdadero apuro. Buscó algo de dinero que le permitiera aguantar hasta que pudiera, literalmente, volver a ponerse de pie. La Liga Urbana de Dallas, una histórica organización de derechos civiles, aceptó pagarle el alquiler del último mes mientras buscaba algún otro sitio más barato. Pero, en el último minuto, el dinero no se materializó. No pudo pagar y tuvo que dejar el piso. En menos de un año, había pasado de tener casa y empleo a no tener ninguna de las dos cosas.

Aunque las circunstancias que condujeron a Audry hasta esa situación fueron específicas, la fragilidad que le había permitido caer tan bajo y en tan poco tiempo es demasiado habitual en un país que no tiene una red de protección social propiamente dicha. Uno de cada tres estadounidenses vive en la pobreza o se debate en la categoría que el censo denomina «casi pobres»[197]. De acuerdo con un sondeo, el 80 por ciento de los adultos estadounidenses ha experimentado en algún momento de su vida un año o más de desempleo periódico, ha vivido casi en la pobreza o ha dependido de la asistencia social[198].

«La pobreza ya no es una cuestión de "ellos", es una cuestión de "nosotros" —explicó Mark Rank, un profesor de la Washington University de San Luis que había estudiado el tema, a *USA Today*—. Solo cuando consideremos la pobreza como algo generalizado, y no un hecho marginal que solo afecta a los negros y los hispanos, podremos empezar verdaderamente a obtener apoyos para programas destinados a ayudar a quienes lo necesitan»[199].

Cuando no existen tales programas, es muy fácil que la gente que lucha para salir adelante acabe encontrándose con dificultades para sobrevivir. «Si algo se tuerce, no hay ningún colchón —escribe Joseph Stiglitz en *El precio de la desigualdad*—. Ya antes de la crisis, los estadounidenses pobres vivían al borde del precipicio; pero, con la gran recesión, empezó a ocurrirle también, cada vez más, a la clase media. Las historias humanas de esta crisis están llenas de tragedias; un retraso en el pago de la hipoteca se convierte en una vivienda perdida; la falta de hogar se convierte en la pérdida de un trabajo y, al final, en la destrucción de familias enteras. Esas familias tal vez puedan sortear una sacudida; la segunda, no»[200].

Sin crédito por insolvente y sin empleo, Audry no podía encontrar otro sitio para vivir a corto plazo. Whitney, Samuel y ella se fueron a vivir con Debra. Debra y Audry están muy unidas. Las dos primeras veces se quedaron embarazadas al mismo tiempo, siempre han vivido cerca y hablan por teléfono casi todos los días. Sus hijos eran casi más hermanos que primos. Debra tiene dos años más, pero su papel en la familia siempre ha sido el de alguien mucho mayor. «Cada vez que pasa algo, yo soy a la que llaman —dice, no con resentimiento, sino porque las cosas son así—. Es como me ven en la familia. Como si yo pudiera arreglar todo, y entonces tengo que decir: "No puedo"».

Pero hizo lo que pudo para ayudar a Audry. «No sé por qué ha sucedido esto —dijo entonces Debra—. Pero todo pasa por algo. Sea lo que sea, se arreglará. Aunque te hayan echado, no puedes decir que estés en la calle. Porque, mientras yo tenga un lugar en el que vivir, tú también lo tendrás».

Y así fue. Aunque no fue fácil. Debra vivía en un apartamento de dos dormitorios con sus dos hijas pequeñas, puesto que la mayor estaba ya en la universidad. De modo que, cuando Audry, Samuel y Whitney se mudaron a su casa (Jeremy vivía con su abuela), tuvieron que apretarse.

«Era distinto —dice Debra con una sonrisa—. Pero nos adaptamos. No hubo cosas raras. Fue incómodo tener más gente. Hablé con mis hijas. Les dije: "Sé que vamos a estar apretados. Pero somos familia. Esto es lo que hay que hacer. No hay elección"».

Cada día que podía, Audry buscaba trabajo. Estaba deseando encontrar su propia casa. «No tenía ninguna prisa por separarme de Debra. Pero en cierto modo tenía prisa porque éramos un estorbo, aunque ella no dijera nada. Por supuesto, ¿quién quiere vivir en un piso de dos dormitorios con seis o siete personas?».

Cinco meses más tarde, cuando Audry encontró un piso en Pleasant Grove en el que se fiaban de ella, pidió prestado a Debra el dinero para el depósito. «No creo que verdaderamente quisiera irse a vivir a Pleasant Grove —dice Debra—. Pero yo la comprendí. Para ella fue como decir: "Vale, esta es mi oportunidad de volver a tener mi propia casa". Cuando eres mayor y tienes hijos, quieres tener tu propia casa. Creo que estaba tratando de recobrar su independencia. Es completamente normal».

Audry conocía la reputación de Pleasant Grove, pero no se sentía intimidada. «Cuando era pequeña, el barrio en el que crecí tenía peor fama que Pleasant Grove ahora —dice—. La gente decía: "¿Dónde vives?". Cuando les respondía, ellos decían: "No pareces del sur de Dallas". Y la siguiente pregunta era: "¿Cómo se supone que tengo que actuar solo porque vivo en determinada parte de la ciudad? ¿Me vas a decir cómo tengo que actuar?". El hecho de haber crecido en una parte mala de la ciudad no significa que una sea mala persona. Y ese es el estereotipo que marca lugares como Pleasant Grove, y Oak Cliff, y Dallas Sur».

Aunque no se mudara allí por voluntad propia, a Audry no le importó vivir en Pleasant Grove. «El barrio en sí está bien —dice—. Solíamos pasear por la zona en la que mataron a DaDa para hacer ejercicio. Siempre hay chicos jugando al baloncesto en esa esquina».

En cualquier caso, Audry pensaba a largo plazo. Había encontrado trabajo en Plano, cerca del colegio de los niños. «Tenía un plan. Ir a vivir a un sitio en el que el alquiler no fuera muy caro. Trabajar para recuperar el crédito y entonces comprar una casa. Estaba intentando ahorrar dinero. Y a la hora de la verdad, ¿mereció la pena? —pregunta—. ¡No! ¿Por lo menos conseguí ahorrar algo? No». Tenía que hacer todos los días 80 kilómetros entre ida y vuelta para ir de Pleasant Grove al trabajo y al colegio. «El transporte se llevaba todo en gasolina».

Cuando la conocí, Audry se había alejado de Dallas y se había ido al barrio de Rowlett, al noroeste de la ciudad, a media hora de Pleasant Grove, junto a la George Bush Highway. Aunque vivieron en Pleasant Grove 11 meses, nunca echaron raíces. Conocían a sus vecinos, un anciano pastor y su mujer. Pero el largo trayecto al trabajo y el colegio no dejaba mucho tiempo para hacer amigos. «Por eso es tan absurdo que dispararan a Samuel —dice—. Mi hijo no se relacionaba con nadie allí. No pasaba tiempo allí, así que no conocía a nadie de su edad».

Estas circunstancias desembocaron en que Samuel estuviera en Pleasant Grove aquella noche, una zona en la que su madre nunca había pensado vivir pero en la que otros, expertos conocedores de la geografía racial y de clase de Dallas, veían normal que muriera un joven de su edad y su color de piel.

A la vuelta de donde dispararon a Samuel se encuentra Gayglen Drive, con filas de casas que parecen barracones militares y que se encuentran ligeramente apartadas de la calle; un conjunto acantonado como si se preparase para una guerra. Esa era la única parte del barrio que a Audry le parecía peligrosa. «Asante, Murdock Villas, Trinity Trails. Esas casas cambiaban de nombre todo el tiempo, pero el problema seguía siendo el mismo. Todo se reducía a esos apartamentos.

Así que nunca oímos disparos. Todo pasaba allí».

El tramo de Schepps Parkway donde murió Samuel no lleva a ninguna parte: al final de la calle hay una barrera y más allá una enorme autopista. Se encuentra a medio camino entre la vida precaria de la clase media y la calma bucólica. A un lado se extiende el parque Woodland Springs, con sus mesas de pícnic, que a su vez limita con la Reserva de McCommas Bluff, una zona arbolada de 45 hectáreas que parece un punto de partida poco probable para un paseo tranquilo. Al otro lado hay un laberinto de calles con casas largas y estrechas, como bungalós. Los jardines, en general bien cuidados, y los impresionantes coches aparcados indican más comodidad que riqueza; las rejas en casi todas las puertas y ventanas sugieren que en la vida diaria se ha deslizado cierta sensación de peligro. En la esquina de Neuhoff y Schepps, el punto justo en el que murió Samuel, hay un cartel hecho a mano y clavado en el suelo que ofrece «Dinero por coches para el desguace».

El censo nos habla de crecimiento demográfico y huida de los blancos. Entre 2000 y 2010, la población blanca de esta zona se redujo en un 41 por ciento, mientras que la población hispana creció el 39 por ciento y la negra el 25 por ciento. Estos movimientos hacen que la mitad de sus habitantes sean negros y más de la tercera parte, hispanos; como la mayor parte de Estados Unidos, se ha convertido en un área más poblada y menos blanca[201].

Samuel no tenía amigos que vivieran en el barrio. Pero tenía a un compañero de clase, Denzel, que iba por allí una vez al mes o así, a visitar a su abuela, que vivía a dos calles de Samuel. Denzel tiene una forma de hablar que parece melaza: despacio, con una voz rica y espesa. Sus relatos son sucintos, con pocos adornos y un deje texano. En esa época salía con Whitney, así que, cuando ella le invitó a que pasara la noche con su familia, él aceptó.

Vieron la película *Somos los Miller* mientras bebían cacao caliente. «Una minivelada familiar, supongo», dice Denzel. Whitney y Denzel estaban en la cocina con Audry cuando Samuel dejó su Xbox para sugerir una partida conjunta de Uno. Audry declinó, al principio. «Hacía tiempo que no jugábamos a Uno —dice—. Y Samuel acostumbraba a hacer trampas».

«No voy a hacer trampas esta vez —protestó Samuel—. Voy a jugar limpio».

De modo que se sentaron a jugar en el suelo. Samuel hizo trampas, aunque no tan descaradas como de costumbre. Hacia las 11, Denzel decidió irse a casa, y Samuel se ofreció a acompañarle parte del camino. Se tardan unos siete minutos andando de una casa a la otra. Samuel solo iba a ir hasta la esquina, pero decidió seguir un poco más. Estaba hablando por teléfono con su novia, Alexis, cuando interrumpió la conversación para indicar a Denzel que acababan de pasar junto a un Crown Victoria blanco aparcado al final de la calle, cerca de Gayglen. «Me volví y vi un coche parado allí —dice Denzel—. Era todo blanco. Pero el interior estaba oscuro, así que no se podía ver nada. A nadie. Nada. Los faros estaban apagados. Pero las luces de freno estaban encendidas. Así que nos volvimos y continuamos andando. No le dimos importancia. Pensé que estaban ahí, sin más, no sé. Así que seguimos andando, dos, tres pasos, y de pronto oigo un disparo».

Cuando le pido a Denzel que describa el sonido se encoge de hombros. «Fue una especie de BLAH».

Y continúa: «[Samuel] dijo: “Eh, me han dado”. Pensé que estaba bromeando. Le dije: “Deja de jugar”. Y corrí hacia él —Denzel se corrige. Si hubiera sabido lo que había pasado, habría corrido. Pero en ese momento todavía no podía creer lo que estaba sucediendo—. No corrí. Me acerqué a él andando. Y entonces él se acercó a la pata coja al bordillo de la acera. Y le dijo a Alexis, por teléfono, que le habían disparado». Denzel llamó a Whitney. «Whitney. Han

disparado a Sam». «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?», preguntó Whitney. «Le han disparado, tienes que venir corriendo».

Audry fue inmediatamente en coche con Whitney y encontraron a Samuel tendido en el suelo. Detuvo el vehículo en mitad de la calle, activó el freno de mano y salió de un salto con el motor en marcha y las puertas abiertas. «Cuando llegué a la esquina, Denzel estaba gritando y aullando, descompuesto. Pero yo me puse en mentalidad de madre —cuenta Audrey—. Encontré la herida. Apliqué presión sobre ella. Cuando Samuel empezó a regurgitar, lo volví de lado. No grité ni aullé. No había tiempo para eso. Mi reacción fue más práctica». Samuel no llevaba más que uno de sus zapatos; el otro estaba al otro lado de la calle. «Cuando llegué estaba quejándose. Dijo: "Mamá". Estábamos intentando encontrar dónde le habían dado. Llamamos al 911. Localizamos la herida. Estaba intentando presionar. Empezó a regurgitar por la nariz y la boca, y los ojos empezaron a quedársele en blanco. En ese instante supe que estaba muriéndose en mis brazos, pero aún conservaba la esperanza».

Las preguntas del operador del 911 la irritaron. «Me preguntaron: "¿Está todavía ahí la persona con la pistola?". Venga, hombre, ¿crees que me habría importado aunque hubiera estado? Cuando estaba viendo a mi hijo allí tendido en el suelo. O "¿Están todos a salvo?". "¿Están en una zona bien iluminada?". Todo preguntas sin sentido. Mi atención no podía estar en esas preguntas absurdas. O "¿En qué cruce importante se encuentra usted?", cuando sé que tienen GPS y pueden captar la señal del móvil. Y no paraban de hacer esas preguntas absurdas».

Durante la llamada se oye cómo va en aumento la frustración de Audry. Empieza a hablar con urgencia, claridad y pánico. «Han disparado a mi hijo en Schepps y Parkway —grita, con Denzel y Whitney llorando al fondo—. Necesitamos una ambulancia». El operador le pide que deletree el nombre de la calle. «S-C-H-E-P-P-S», dice dos veces. Pero mientras Audry suena desesperada por conseguir que alguien vaya a salvar a su hijo, el operador, con un tono desapasionado y profesional, quizás algo pesaroso, recoge los detalles pormenorizados de la escena.

—¿Él ha visto a quien lo ha hecho?

—No.

—Y acaban de dispararle. ¿Usted no ha visto quién lo ha hecho?

—No, estaba caminando con un amigo.

—¿Está ahí el amigo?

—Sí —y entonces Audrey vuelve a fijarse en Samuel—. Respira, respira, respira —dice.

Mientras trata de insuflar vida a su hijo, el operador pregunta: «¿Ha visto algún vehículo o algo así?».

Se oye la voz de Denzel a corta distancia y Audry transmite el mensaje: «Era un Crown Vic negro. No. Era un Crown Vic blanco».

—¿A dónde se ha ido? —pregunta el operador, y en ese momento Audry pierde la paciencia y adopta un tono más formal.

—No sé dónde ha ido, señor, no lo sé.

—Muy bien. ¿Dónde le han disparado?

—En la espalda —pide a alguien que le lleve una manta.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—¿Está segura de que no sabe adónde ha ido el coche?

—Señor, alguien me ha llamado por teléfono y me ha dicho que viniera, así que no sé nada —dice Audry, para acabar de una vez con esa pregunta.

—¿Está consciente?

—DaDa, ¿estás consciente? —pregunta. Se oye un largo gruñido—. Sí, está quejándose. Puedo oírle.

—OK. ¿Y no hay nadie alrededor con un arma ni nada parecido?

—No.

—Voy a conectarle con los servicios de emergencias para que les diga cómo llegar, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Cuando llegó la ambulancia, se mantuvo a cierta distancia durante varios minutos, algo que a Audry le pareció extraño. «¿Cómo no ven mi coche en medio de la calle, con las luces encendidas y las puertas abiertas?», se preguntó. Al final, los sanitarios se acercaron, pero Denzel seguía entendiendo lo que había pasado tan poco como ellos. Y él había estado presente desde el principio. «Sé que los apartamentos de esa zona son peligrosos —me dice, en referencia al complejo de Gayglen—. Mi hermana vivió allí un tiempo y decía que eran peligrosos».

Denzel permaneció sentado en el escenario del crimen varias horas. Cuando la policía le dijo que Samuel había fallecido, se encogió de hombros. La policía preguntó después a una profesora, refiriéndose a Denzel, si era un chico lento. «No, es muy inteligente —respondió ella—. Pero está conmocionado». Audry miró por la ventanilla de la ambulancia y vio que estaban intentando reanimar a Samuel con RCP. Les preguntó si estaba respirando por sí solo. Le dijeron que no. Supo que estaba muerto antes de llegar al hospital, porque en la ambulancia no encendieron las luces de emergencia.

Llamó a Willie, cuya primera reacción fue dramática, dice Audry. «Se pasó toda la noche corriendo por el pasillo del hospital, gritando y aullando —recuerda—, dejándose caer al suelo con Whitney, pidiendo perdón sin parar».

Audry estaba especialmente disgustada por sus últimos momentos con Samuel en el hospital. «Tuve la sensación de que no pude despedirme como es debido, porque en el hospital no me permitieron tocarle —dice. El cuerpo de su hijo formaba parte de las pruebas de un crimen—. Eso fue verdaderamente devastador. Lo único que podía hacer era verlo a través de un cristal. Estaba allí tendido, como si estuviera dormido, pero yo sabía que no lo estaba». Tres meses después me enseñó una foto que había hecho desde el otro lado del cristal, de Samuel yaciendo en una camilla, con el cuerpo cubierto por una sábana blanca hasta el cuello.

«¿Con cuánta frecuencia miras esa foto?», le pregunté.

«Cada día», respondió.

Desde el principio, el método de Audry para salir adelante fue tratar de mantenerse ocupada. Samuel murió a última hora del sábado por la noche. El lunes por la mañana fue a trabajar. El miércoles volvió a ir. «Realmente lo hacía para salir —explica—. En casa no estaba en paz. Había mucha gente entrando y saliendo constantemente. Sé que todo el mundo tenía buenas intenciones. Ya sabes, llevarnos comida y comprobar cómo estábamos. Pero no era el abrazo que yo quería. No era la risa ni la voz que yo quería oír. Así que sentí que el trabajo era el único sitio al que podía ir en el que sabía que nadie me iba a molestar. Cuando sonaba el teléfono, otra persona descolgaba. Era como si mi jefe supiera lo que necesitaba, pero no quisiera decirme nada. Si trabajaba un poco y luego decía “Vale, ahora me voy”, nadie decía nada. Era el sitio en el que buscar mi paz».

Su médico le dijo que estaba negando la realidad y corriendo demasiado, y le recetó

medicamentos para la ansiedad, para ayudarla a dormir y, por último, para la depresión. La vigilia, celebrada el 29 de noviembre, coincidió con el cumpleaños de Samuel. Habría cumplido 17 años. En el tanatorio soltaron globos y cantaron «Cumpleaños feliz». Samuel siempre decía que quería que sus hermanos, repartidos entre diferentes familias por toda la ciudad, estuvieran juntos. Y allí estaban. «Pues bien, has conseguido lo que querías», dijo Audry. El funeral se celebró el 30 de noviembre. Audry volvió a trabajar la jornada completa el 2 de diciembre.

En el funeral, la segunda esposa de Willie, Claudia, se sentó justo detrás de Audry, en la segunda fila. En el momento de cerrar el ataúd, Audry tendió la mano hacia atrás, buscó la de Claudia y la llevó consigo a ver al niño por última vez. Colocó la mano de Claudia sobre el féretro y su mano sobre la de ella y, juntas, cerraron definitivamente la tapa.

Whitney estaba en un estado terrible. «Creo que no he visto nunca una pena como la de Whitney —dice una amiga—. En el entierro, me acerqué a darle un abrazo y pregunté: "¿Vas a volver al colegio?"». Whitney dijo que no sabía. «¿Qué querría Sam que hicieras?», preguntó la amiga. «Querría que me metiera en la tumba con él», replicó.

La primera vez que vi a Audry, en febrero de 2014, cogió una caja de piel de leopardo, aproximadamente del tamaño de una caja de zapatos, y la abrió con toda tranquilidad mientras hablábamos. Dentro había recuerdos del funeral. Un par de palomas de *papier mâché* montadas en finas varillas de metal, copias del servicio con la misma foto que había aparecido en la web de noticias locales, testimonios escritos por amigos del colegio y fotos de Samuel en diversas etapas de su niñez, desde que era un bebé en adelante. Todos los días abre la caja.

Es uno de los muchos rituales que ha adoptado Audry desde que murió su hijo. Pocos meses después del disparo, cada sábado por la noche seguía poniéndose la misma ropa que llevaba la noche de su muerte, un pantalón rosa de chándal y una camiseta que dice «Completamente estresada y sin nadie a quien estrangular». «A veces ni siquiera lo hago de forma intencionada —dice—. Simplemente me encuentro con la ropa puesta. Cada sábado, más o menos a la misma hora, me entra la angustia. No me duermo. Nunca me duermo hasta la madrugada, y siempre me despierto entre lágrimas».

Cuando volví a verla en junio, las cosas habían mejorado un poco. «Ya no me pongo la misma ropa todos los sábados. Lo de dormir todavía me cuesta. No me duermo hasta las tres o las cuatro de la mañana. No estoy tan angustiada ni tan furiosa como antes. Quizá sea por la medicación. Cuando estoy con gente, intento relacionarme la mayor parte del tiempo. Cuando estoy en casa, estoy callada».

Whitney lo está pasando mal. Dice que ve a DaDa en todas partes. «Todos los días. Cualquier mínima cosa me lo recuerda —dice—. Teníamos esta cancioncilla que yo cantaba y decía, por ejemplo, "DaDa, canta conmigo". Pero no está ahí. ¿El colegio? No está ahí. ¿Casa? No está ahí. Odio estar en casa sin él».

«Un día —dice Audry—, Whitney llamó a la puerta de mi dormitorio. Dijo: "No me responde". Yo dije: "¿Quién no te responde?". Me explicó: "DaDa. No responde a mis mensajes de móvil"».

Al final, Whitney dejó el colegio. «El mero hecho de ver su pupitre y no verle a él se lo hacía mucho más difícil a diario —cuenta Audry—. Samuel era siempre el que tranquilizaba a Whitney en determinadas situaciones. Era quien la hacía entrar en razón. Cuando ella se agitaba por algo o se enfadaba, él la tranquilizaba. Yo no podía. Intenté que fuera a ver a alguien. Pensé que tarde o temprano acabaría estallando. Que iba a pasar en el colegio. Estaba mirando siempre su pupitre. Y estaba furiosa».

No fue a terapia, aunque Debra dice que la necesita. «Más que nadie, porque es una niña y no

sabe cómo superarlo. Pero no le gusta abrirse a otros». Denzel dice que a él no le ofrecieron ninguna ayuda pero que no la habría aceptado. «Yo no me abro a nadie —explica—. Así son las cosas».

Fueron varios psicólogos al colegio, donde el pupitre de Samuel permaneció vacío el resto del curso, con una Biblia abierta por el Libro de Samuel. Una profesora colocó un ángel en la entrada con un poema al lado, para ayudar a hablar con los niños del suceso. Pero muy pocos encontraron útiles a los psicólogos. Uno de ellos hablaba de Samuel con un nombre equivocado. «Les estaba dejando ver a los niños que no les importaba nada», dice otro profesor.

Willie se ha encerrado en sí mismo. «Por lo que veo, me da la impresión de que está sufriendo mucho —dice Claudia—. Siempre era el alma de la fiesta. Se empeñaba en que bailases. En que cantases. Salía el fin de semana a divertirse con sus amigos. ¿Pero ahora? Se ha encerrado en un caparazón. Es comprensible, porque uno nunca piensa que vaya a tener que enterrar a su propio hijo».

Willie dice que está siempre con los nervios de punta. «Básicamente, ya no puedo relajarme. Ya no hay tranquilidad. Ya no puedo llegar a casa, echarme y pensar que los niños están bien, que no va a suceder nada. No se sabe. Ahora estás siempre en guardia. Dios no comete errores. Así que no puedo levantarme y preguntar: "¿Por qué mi hijo?". Porque todos morimos, tarde o temprano. Todo el mundo tiene su nombre en la lista. Pero me entran dudas: quizá si hubiera estado conmigo. Bueno, puede pasar aquí como puede pasar en cualquier otro sitio. Como padre, quieres protegerlos».

Audry sigue esforzándose por conocer los detalles exactos de lo que pasó aquella noche. «Al principio, escuché muchas versiones distintas de cómo le habían disparado. La primera, que le habían alcanzado en el estómago, en el abdomen. Dije: "No es verdad. ¿Acaso salió la bala del estómago? Porque la única herida que vi estaba en la pelvis". Y nadie sabía decirme nada. Denzel estaba destrozado, así que también cambió su relato. Dijo que no había oído ningún disparo. Y unas semanas después, dijo que sí».

Una niña de ocho años fue la única que afirmó haber oído los disparos. Cuando la policía y un periodista fueron puerta a puerta, nadie más confesó haber escuchado nada. Y a pesar de la llegada de los bomberos, las ambulancias y los coches de policía, a pesar de los gritos y los disparos, nadie salió de su casa para ver qué estaba ocurriendo. «No salió nadie —dice Audry—. Nadie. Es rarísimo. Tuvieron que oír la ambulancia. No solo la ambulancia, sino el camión de bomberos y la policía. Fue como si nadie quisiera hablar».

Audry no quiso seguir indagando por su cuenta. Cuando Jeremy, su hijo mayor, empezó a hacer preguntas en la tienda de la esquina, ella le pidió que lo dejara. «Le dije que, cuando empiezas a llamar la atención, nunca sabes quién va a aparecer. Prefería que me dejara mudarme y, si alguien se presentaba a decir algo, eso era otra cosa. Pero él tenía todavía una hermana por la que preocuparse».

Nadie sabe por qué alguien pudo hacer algo así. No hubo una motivación clara. La policía estaba convencida de que no tuvo nada que ver con bandas, y la pista se enfrió desde el primer momento. Denzel no vio la matrícula, ¿por qué iba a haberse fijado? Y, aunque lo hubiera hecho, la policía le dijo a Audry que era increíble la cantidad de Crown Vics que se roban y se dejan abandonados en el barrio de al lado.

«Tenía toda la vida por delante —dice Claudia, con la pena de lo absurdo que es todo—. No fue a su baile de graduación. No fue a la graduación. Se perdió todo porque alguien quiso hacer una

estupidez. ¿Y quién sabe quién lo hizo? Pudo ser alguien que lo conocía. Pudo ser un vecino. ¿Porque quería disparar por disparar? ¿Porque estaba haciendo lo que le daba la gana? ¿Y qué quieres?».

«En un instante estábamos jugando a Uno —dice Denzel, con una reflexión sobre lo caprichoso de que él esté vivo y Samuel haya muerto—. Y diez, quince minutos después, ¡boom!».

[170] Boyd, Valerie. *Wrapped in Rainbows: The Life of Zora Neale Hurston.* Nueva York: Scribner, 2003, pág. 65.

[171] Citado en Nancy Gibbs, «An American Tragedy: The Aftermath of Katrina», *Time*, 4 de septiembre de 2005, http://time.com/3210311/hurricanekatrina-the-aftermath/

[172] Jens Manuel Krogstad, «Gun Homicides Steady After Decline in '90s; Suicide Rate Edges Up», Pew Research Center, 21 de octubre de 2015, http://www.pewresearch.org/fact-tank/2015/10/21/gun-homicides-steady-afterdecline-in-90s-suicide-rate-edges-up/ ; http://www.childtrends.org/?indicators=teen-homicide-suicide-and-firearm-deaths

[173] Chris Kirk y Dan Kois, «How Many People Have Been Killed by Guns Since Newtown?» *Slate*, 16 de septiembre de 2013, http://www.slate.com/articles/news_and_politics/crime/2012/12/gun_death_tally_every_american_gun_death_since_newtown_sa

[174] Dan Kois, «A Year of Gun Deaths», *Slate*, 12 de diciembre de 2013, http://www.slate.com/articles/news_and_politics/crime/2013/12/newtown_anniversary_what_slate_learned_from_trying_and_fail

[175] Joe Nocera, «And in Last Week's Gun News», *The New York Times*, 29 de enero de 2013, http://www.nytimes.com/2013/01/29/opinion/nocera-and-in-lastweeks-gun-news.html

[176] http://gawker.com/the-times-killed-its-gun-report-after-the-writeraske-1592851849

[177] Joe Nocera, «The Last Gun Report», *The New York Times*, 10 de junio de 2014, http://nocera.blogs.nytimes.com/2014/06/10/the-last-gun-report/?_r=0

[178] Melissa Repko, «Teen Fatally Shot when Walking Down Street in Southeast Dallas», *Dallas Morning News*, 24 de noviembre de 2013, http://crimeblog.dallasnews.com/2013/11/teen-fatally-shot-when-walking-down-street-insoutheast-dallas.html/

[179] «Dallas Teen Killed by Random Gunfire», Fox 4, fox4news.com

[180] Moeller, Susan D. *Compassion Fatigue.* Nueva York: Routledge, 1999, http://www.savan.nl/data/IntroductiontoCompassion-fatigue_Moeller.pdf

[181] Cohen, Stanley. *States of Denial: Knowing About Atrocities and Suffering.* Malden: Massachusetts, Blackwell Publishers, 2013, pág. 194. (Ed. traducida: *Estados de Negación: Ensayo sobre atrocidades y sufrimiento*. Buenos Aires: Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 2005).

[182] Lippmann, Walter. *Public Opinion.* Nueva York: Harcourt, Brace & Company, 1922, se puede descargar en http://wps.pearsoncustom.com/wps/media/objects/2429/2487430/pdfs/lippmann.pdf , pág. 11. (Ed. Traducida: *La opinion pública*. Nueva York: Harcourt, Brace and Company, 1922.

[183] https://www.ssa.gov/oact/cola/central.html

[184] Willnat, Lars, y David H. Weaver. *The American Journalist in the Digital Age*. Bloomington: School of Journalism, Indiana University, 2014, http://news.indiana.edu/releases/iu/2014/05/2013-american-journalistkey-findings.pdf

[185] http://www.dallasnews.com/news/community-news/dallas/headlines/20100413-Dallas-Morning-News-wins-Pulitzer-for-5971.ece

[186] Ward, Jesmyn. *Men We Reaped: A Memoir*. Nueva York: Bloomsbury, 2013, pag. 237.

[187] Wright, Lawrence. *In the New World: Growing Up with America, from the Sixties to the Eighties*. Nueva York: Vintage Books, 1989, págs. 4, 5.

[188] «JFK Death Not Associated with Dallas», *Southeast Missourian*, 20 de noviembre de 1988, https://news.google.com/newspapers?nid=1893&-dat=19881120&id=1LYfAAAAIBAJ&sjid=S9cEAAAAIBAJ&pg=5675,2700778&hl=en

[189] Ivins, Molly. *Molly Ivins Can't Say That, Can She?* Nueva York: Random House, 1991, pág. 37.

[190] Massey, Douglas S. y Denton, Nancy A. *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass.* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1993, pág. 75.

[191] Gent, Peter. *North Dallas After Forty.* Nueva York: Villard Books, 1989, pág. 19.

[192] Graff, Harvey J. *The Dallas Myth: The Making and Unmaking of an American City*. Mineápolis: University of Minnesota Press, 2010, pág. 127.

[193] «Quick Facts, Dallas, Texas», United States Census Bureau, http://www.census.gov/quickfacts/table/PST045215/4819000

[194] Sam Howe Verhovek, «Dallas Is First Big Texas City to Elect a Black to Be Mayor», *The New York Times*, 8 de mayo de 1995, http://www.nytimes.com/1995/05/08/us/dallas-is-first-big-texas-city-to-elect-a-black-to-bemayor.html

[195] Graff, *The Dallas Myth*, pág. 169.

[196] Medicaid es el programa federal de seguro de salud para las personas sin ingresos y más necesitadas y Medicare es el programa equivalente para los mayores de 65 años y los discapacitados. [N. de la T.].

[197] Jason DeParle et al., «Older, Suburban and Struggling, "Near Poor" Startle the Census», *The New York Times*, 19 de noviembre de 2011, http://www.nytimes.com/2011/11/19/us/census-measures-those-not-quite-in-poverty-butstruggling.html?_r=0

[198] Hope Yen, «4 in 5 US Adults Face Near-Poverty, No Work for at Least Parts of Their Lives», *Business Insider*, 28 de julio de 2013, http://www.businessinsider.com/ap-poll-4-in-5-us-adults-face-near-poverty-no-work-for-atleast-parts-of-their-lives-2013-7

[199] Ibíd.

[200] Stiglitz, *The Price of Inequality*, pág. 10.

[201] http://www.usboundary.com/Areas/Census%20Tract/Texas/Dallas%2County/Census%20Tract%20116.01/493345#Data

8
TYSHON ANDERSON
(18 AÑOS)

Chicago, Illinois
23 de noviembre, 23:05, hora de la Zona Central

Poco después de mudarme a Chicago, en 2011, fui a una reunión sobre sensibilización viaria en la guardería de mi hijo. El director nos aconsejó que, para enseñar a los niños a orientarse, siguiésemos las mismas rutas cuando fuéramos andando a los sitios habituales. De ese modo, los niños tendrían la oportunidad de encontrar el camino a casa si se perdían. Para ilustrar su mensaje, señaló las rutas que utilizaban los trabajadores del centro cuando hacían sus salidas habituales. Uno de los padres preguntó si seguirían pasando por el lugar junto al metro en el que había habido un tiroteo reciente. El maestro sonrió. «Sabía que iba a salir el tema —suspiró—. Es una cuestión legítima y, definitivamente, tendremos que hacer algo al respecto. Debemos hablar con los niños sobre cómo afrontar situaciones así, porque el mayor problema en esos momentos es que les entra el pánico».

Me pareció raro. Sentir pánico ante unos disparos es una reacción perfectamente racional, tanto si se tienen 4 años como 44. En mi opinión, el problema no era el pánico, sino los disparos. Ese día, de regreso a casa, vi unos carteles en la ventana del centro juvenil al extremo de nuestra calle. Pasaba por delante todos los días, pero esa era la primera vez que me había detenido a mirarlos. «BASTA DE MATAR GENTE», decían. Me pareció una sugerencia para la que no se debería necesitar un cartel.

Casi todas las grandes ciudades han tenido épocas en las que se han hecho famosas por sus altas tasas de asesinatos. Los Ángeles, Nueva York, Washington DC, Nueva Orleans, Detroit, Filadelfia, Baltimore y Miami, por nombrar unas pocas, han pasado por ello. Durante los últimos años —casualmente, cuando yo vivía allí—, le ha tocado a Chicago. La reputación no suele estar necesariamente relacionada con las estadísticas reales. El año del que se habla en este libro, Kansas City, Oakland, Filadelfia, Baltimore, Detroit y Nueva Orleans tuvieron tasas de homicidios más elevadas que Chicago[202]. Pero ninguna de ellas era la tercera ciudad del país ni el lugar de nacimiento del presidente en ejercicio.

En cualquier caso, la mala fama era merecida. Se calcula que entre el 20 y el 30 por ciento de los niños que asisten a escuelas públicas de Chicago han presenciado un tiroteo[203]. En 2012, hubo 506 asesinatos por arma de fuego en la ciudad, un incremento del 11 por ciento respecto al año anterior[204]. El fin de semana del Memorial Day[205] de ese año hubo 43 tiroteos, que causaron 10 muertes[206]. En ocho de los 10 años anteriores al año del que trata este libro, el número de asesinatos en Chicago fue superior al número de bajas mortales de estadounidenses en Afganistán[207]. La ciudad recibió el apodo despreciativo de Chiraq, un nombre que, ligeramente cambiado (*Chi-Raq*), acabaría convirtiéndose en el título de una película de Spike Lee sobre la

violencia con armas de fuego en la ciudad. Durante la primavera previa a que mi familia y yo regresáramos a Inglaterra, cuando se derritió la nieve, una pistola apareció en un callejón próximo al parque de nuestro barrio, y otra detrás del colegio de mi hijo.

La ciudad se convirtió en una truculenta mina periodística, llena de historias trágicas, épicas o brutales. O, a veces, las tres cosas. Una madre de 54 años, Shirley Chambers, había perdido a sus cuatro hijos por disparos con arma de fuego en cuatro incidentes distintos. «Solo me queda un hijo —declaró después de que falleciera el tercero— y tengo miedo de que [las matanzas] no acaben hasta que él también esté muerto»[208]. El último murió, y los asesinatos continuaron.

El 26 de noviembre de 2012, casi un año antes del día tratado en este libro, Sherman Miller, de 21 años, asistió al funeral de James Holman, de 32, en la iglesia de St. Columbanus. Holman había muerto por disparos una semana antes. Desde el banco, Miller envió un mensaje a un amigo para contarle lo mucho que estaba conmoviéndole el servicio. «Este predicador es como si me hablara directamente a mí —escribió—. Habla de heridas y dolor. No puedo huir del dolor porque ha dejado de herir estoy peor si estoy solo porque tengo que pensar en todo». Minutos después, Miller falleció por disparos en las escaleras de la iglesia, mientras los demás asistentes salían corriendo entre llantos.

Aunque toda Chicago se ganó la mala fama por la violencia de las armas de fuego, los tiroteos no se repartían de manera equitativa por la ciudad. La inmensa mayoría se concentraba en un puñado de barrios del sur y el oeste, zonas fundamentalmente negras e hispanas, respectivamente[209]. Como ilustraban las reacciones al asesinato de Samuel Brightmon en el capítulo anterior, esa concentración de pobres, negros e hispanos en las ciudades estadounidenses no ocurrió por defecto, sino de forma deliberada. «La segregación residencial es la principal responsable, más que cualquier otra característica organizativa de la sociedad estadounidense, de la creación de la clase baja urbana», escriben Massey y Denton en *American Apartheid*[210]. Chicago, como Dallas, perfeccionó ese diseño con el paso de los años. En casi todos los aspectos es, desde hace mucho tiempo, la gran ciudad más segregada de Estados Unidos[211]. En relación con los tiroteos, esta segregación ha tenido dos consecuencias fundamentales y conectadas.

En primer lugar, en el resto de la ciudad apenas se experimentaba ese caos. Aunque eso tampoco significa que estuviera completamente a salvo. Yo vivía en la parte norte y, aun así, tengo historias que contar. Pero lo que convertía a los sucesos de mi zona en algo digno de contar era, precisamente, que comparativamente ocurriesen muy pocas veces. (Todo es relativo; si en la zona de Londres en la que vivo ahora hubiera sucedido la décima parte de lo que pasaba allí, no hablaríamos de otra cosa). En cualquier caso, algunas veces, cuando amigos de otras ciudades o incluso otros países leían alguna noticia sobre un fin de semana especialmente letal en Chicago, se ponían en contacto conmigo para saber si estaba bien. Si yo no hubiera visto los informativos la noche anterior o leído el periódico esa mañana, quizá no habría sabido de qué hablaban. Era como si hubiera sucedido en otra ciudad u otro país.

En segundo lugar, para quienes vivían en el sur y el oeste de la ciudad, no había escapatoria. En la décima planta de la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Illinois, el doctor Gary Slutkin señala un plano de Chicago con pegatinas en los lugares donde se han cometido asesinatos. El Lago Michigan se encuentra al este, el norte está bastante despejado, pero hay partes del sur que no pueden verse por la acumulación de pegatinas. «Sigue la misma pauta que un mapa que muestra la incidencia del cólera en Bangladesh. Es un proceso infeccioso», dice.

Entrevisté al doctor Slutkin después de que una avalancha de tiroteos en la ciudad volviera a llamar la atención de mis jefes. El doctor Slutkin, director ejecutivo de Cure Violence, es

especialista en el control de enfermedades infecciosas y la lucha contra las epidemias. Antes trabajaba para la Organización Mundial de la Salud. Cree que la violencia se comporta como la tuberculosis o el sida, que es una enfermedad infecciosa que puede eliminarse cambiando las normas de conducta. En la pared de su despacho, un gráfico muestra los tiroteos mortales en Chicago durante varios años, una montaña rusa de subidas y bajadas. «Casi cada ciudad tiene la misma curva —dice—. Es una curva propia de epidemias».

Las comunidades más desfavorecidas vivían en estado de sitio. En Lawndale, en la parte sur, una mujer dijo al *Chicago Tribune* que incluso algunos perros ya no ladraban cuando oían disparos[212]. Charles Brown, un oficial de policía jubilado de la zona vecina de Englewood, me dijo que ya no prestaba atención a los chisporroteos y los disparos mortales que retumbaban alrededor de su casa. «Ya ni lo oigo —dijo—. Aquí forma parte de tu existencia».

Cuando comencé este libro, supuse que, independientemente del día que escogiera, había muchas probabilidades de que uno de los menores muertos fuera de mi ciudad de residencia, de que fuera negro y de que lo hubieran matado en la parte sur o en la parte oeste de la ciudad. Por desgracia, acerté en todo.

Tyshon Anderson, de 18 años, vivió y murió en Chicago Sur, que no debe confundirse con el sur de Chicago. El sur de Chicago es toda una parte de la ciudad; Chicago Sur es un barrio concreto dentro de esa zona. Está a 21 kilómetros del *Loop* —la zona comercial del centro—, en el borde este de la ciudad. Limitado por la interestatal 90 al oeste, la carretera 12/90 al sur, la vía comercial de East 79th Street al norte y el Lago Michigan al este, su proximidad a muchos nudos de transportes lo convirtió durante un tiempo en un lugar ideal para situar industrias pesadas. A mediados del siglo XIX, se levantaron allí enormes fábricas de hierro y acero que atrajeron a trabajadores inmigrantes, sobre todo de Polonia, Italia e Irlanda. En 1911, South Works, propietaria de U.S. Steel y con sede en el barrio, empleaba a 11.000 personas. Pronto llegaron los afroamericanos en la Gran migración, seguidos de los hispanos de México y el oeste del país.

«Cuando era pequeña, por las mañanas, las calles estaban llenas de gente que iba a trabajar —me dice una anciana afroamericana que creció y sigue viviendo en Chicago Sur pero que prefiere permanecer anónima, cuyo padre y cuyos tíos trabajaron en la fábrica—. Había padres que llevaban a sus niños al colegio y decían: “Corred, que voy a llegar tarde a trabajar”. Entonces, en el verano, las calles estaban tan limpias que podías quitarte los zapatos si tenías calor y caminar descalza».

El racismo transformó el barrio en los años cincuenta y sesenta, cuando muchos descendientes de los inmigrantes europeos huyeron a toda velocidad por miedo a la llegada de los negros y los hispanos. En *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America’s Great Migration*, Isabel Wilkerson describe la asombrosa rapidez y escala de la transformación de South Shore, un barrio colindante, cuando Ida Mae Gladney, procedente de Mississippi, compró allí una casa. «Los blancos se fueron a tal velocidad que Ida Mae no tuvo oportunidad de llegar a conocer a ninguno de ellos, ni a sus hijos, ni a qué se dedicaban… No se quedaron el tiempo suficiente para explicárselo»[213].

En los años siguientes, algunos blancos relataron su versión de aquel proceso. «Ocurrió despacio, hasta que, de pronto, *boom* —contó un ama de casa blanca de la parte sur al escritor Louis Rosen—. Todo el mundo se fue. Todo cambió. Antes de darnos cuenta, este, aquel… Nadie quería ser el último»[214].

Y lo que no cambió el racismo, lo cambió la economía. La aniquilación del sector industrial

estadounidense destruyó Chicago Sur. En los ochenta cerraron muchas fábricas. Lo que queda allí es un páramo postindustrial, con enormes barreras de cemento, de unos 10 metros de alto, por encima de arbustos y matorrales. Y las vías de tren, que se empleaban para transportar el acero, ahora están corroídas por el tiempo y las condiciones meteorológicas. En una mañana de un día laborable, solo se escuchan el viento y las olas del Lago Michigan, que golpean contra los pies oxidados de antiguos gigantes. Sin el tejido industrial, Chicago Sur se convirtió en una zona residencial empobrecida, encajada entre bulliciosas carreteras y la orilla del lago. Viviendas y tiedas abandonadas y medio en ruinas se alzan como cicatrices en una comunidad antes floreciente. A nadie en su sano juicio se le ocurriría hoy caminar descalzo por estas calles.

«El barrio ha estado sumido en una depresión colectiva desde que cerraron las plantas siderúrgicas y mucha gente se quedó, de pronto, sin empleo —explica Olga Bautista, una organizadora comunitaria nacida y criada en Chicago Sur—. La depresión se manifiesta en el alcoholismo, la violencia de género, las drogadicciones. Aquí no hay clínicas de salud mental. De modo que así están las cosas».

Esta fue una de las primeras zonas en las que el joven Barack Obama trabajó para la comunidad a mediados de los ochenta. «Expresaba parte del enérgico y brutal espíritu del pasado industrial de Chicago, una amalgama de vigas de metal y hormigón —escribió en *Dreams of My Father* después de visitar la vieja Wisconsin Steel Plant—. Salvo que ahora estaba vacía y oxidada, como un barco abandonado»[215].

Cuando empecé a escribir este libro llevaba ya varios años informando sobre Chicago, y conocía a distintos líderes comunitarios y activistas sindicales. Pero casi nadie conocía a personas que ocuparan esos roles en Chicago Sur. Era como si les pareciese inconcebible que allí hubiera suficiente actividad como para que fuese necesario organizarla. «Somos gente olvidada —dice un activista local—. La verdad, creo que mucha gente ni siquiera sabe que estamos aquí».

Hoy, la mitad de los vecinos de la pequeña área en la que vivía Tyshon ganan 30.000 dólares anuales o menos (aproximadamente dos tercios del promedio nacional), y la cuarta parte de las viviendas están vacías. Es un éxodo que aún no ha terminado. La zona perdió la octava parte de su población entre 2005 y 2009, y los que se quedaron sufrieron una caída de sus ingresos medios del 22 por ciento[216].

A primera vista, el trauma económico es evidente pero no tan llamativo en las manzanas en las que vivió y murió Tyshon. Cada manzana en este perímetro tiene al menos una casa cerrada a cal y canto. East 79th Street, la vía principal que marca la frontera entre Chicago Sur y South Shore, ofrece los servicios típicos de una zona urbana de clase trabajadora: un Family Dollar, un salón de belleza, un Dollar General[217], una lavandería y una pizzería. Las ventanas de las *bodegas* están protegidas por rejas de metal.

Pero el césped de los jardines está cuidado y los setos recortados, y, por cada casa abandonada, hay al menos dos que, desde fuera, parecen confortables. El censo revela que, a pesar de las dificultades de esta época, aquí hay una minoría considerable a la que le va bien. Uno de cada 10 tiene un título medio o superior y gana entre 75.000 y 100.000 dólares al año[218]. Estos datos ponen de relieve la larga lucha de lo que antes era una sólida clase media negra, que se resiste frente a la destrucción de su vida urbana y las patologías y tragedias que la acompañan.

Es una tendencia que Obama observó 30 años antes en otros barrios similares. «A pesar del merecido sentimiento de éxito que tenían estos hombres y mujeres —escribe—, a pesar de las pruebas irrefutables que atestiguan su propio progreso, nuestras conversaciones delataban el peso de otra amenaza más siniestra. Las casas tapiadas, las tiendas en declive, el envejecimiento de los

feligreses, los niños de familias desconocidas que se pavoneaban por las calles —grupos ruidosos de chicos adolescentes y chicas, también adolescentes, que alimentaban a bebés llorosos con patatas fritas, y luego arrojaban al suelo los envoltorios, que revoloteaban en el viento— Todo ello susurraba unas verdades dolorosas sobre lo efímero del progreso que habían alcanzado, sus raíces poco firmes; que quizá se acabaría antes que sus propias vidas»[219].

Los problemas de Chicago Sur parecen pesar sobre los párpados de Tyshon Anderson. En casi todas sus fotos, los ojos parecen dos ranuras estrechas luchando por hacerse notar mientras los párpados descienden hacia una duermevela. Sus fotos de Facebook muestran un rostro ovalado, con la barbilla hundida y la frente alta, definida por las rastas que caen desde el centro de la cabeza, de forma simétrica, hasta la mitad del cuello. En ese marco se encuentra una cara atractiva, de labios carnosos.

A su padre o su madre le gustaba especialmente su sonrisa: «La boca se le torcía un poco, era una monada», dijo uno de ellos a una periodista local[220]. Pero en las fotos que colgaba él mismo, la sonrisa no es frecuente; en algunas aparece pensativo; en otras, colocado (la explicación más probable de sus párpados pesados es que consumiera drogas a menudo). «Incluso cuando era pequeño, tenía espíritu de viejo», dice su madrina, Regina Gray. En general, su página de Facebook da fe de una adolescencia normal y corriente, aunque un poco revoltosa. En una foto aparece con una mano agarrando una botella de Hennessy, como Pedro Cortez, mientras el otro brazo rodea a una chica. En otras, como en la página de Edwin Rajo, hay imágenes de marihuana. A veces, algún que otro gatito o cachorro, y otras chicas. Si los pantalones aparecen en el cuadro, suele llevarlos medio caídos y con los calzoncillos bien visibles. Sus películas favoritas eran *Rambo* y *The Hills Have Eyes* [*Las colinas tienen ojos*]. Sus series de televisión preferidas eran *Futurama*, *Padre de familia* y *Twerkers Exposed*. Esta última es una especie de porno blando en el que chicas con poca ropa toman selfies de sus considerables traseros.

En muchas fotografías aparece posando sin camisa; era un adolescente delgado, con un torso esbelto pero no muy definido, del que, pese a todo, él estaba claramente orgulloso. En las fotos de sus fichas policiales (de las que hay una buena colección), su aspecto es muy diferente. Las rastas, más enmarañadas, dejan al descubierto una mandíbula más marcada. Los labios han perdido su gesto; los ojos han arrebatado cierto espacio a los párpados. Sus datos físicos —1,72 metros y 65 kilos— indican que, al menos en el aspecto físico, era un chico típicamente estadounidense, normal y corriente.

Alrededor de las 23:05 del 23 de noviembre, entre los malos olores y los ecos del primer tramo de la escalera de un edificio de cuatro pisos en East 80th Street, a la vuelta de la esquina de su casa, alguien se acercó a Tyshon, le disparó en la cabeza y se marchó. La persona que llamó al 911 —el Departamento de Policía de Chicago no quiere hacer pública la grabación— lo encontró sangrando en el descansillo. Una ambulancia se lo llevó al Northwestern Memorial Hospital, a 25 minutos. Cuando lo recogieron estaba en estado crítico; a las 23:50 lo declararon muerto.

En los 45 minutos desde que dispararon a Tyshon hasta su muerte, alguien disparó e hirió a un chico de 17 años a menos de una manzana de distancia, quizá como posible represalia.

No había transcurrido ni un año desde Sandy Hook y, con la gente aún sensibilizada ante la ubicuidad de estas tragedias, seguía existiendo un claro interés ciudadano por informar sobre las víctimas de las armas. *The New York Times* seguía publicando su «Informe sobre armas» diario, y Tyshon apareció en él; *Slate* todavía publicaba su Recuento de muertes por arma de fuego, y

Tyshon figuró en él también. En Chicago, una página web llamada DNAinfo.com se había fijado la misión de informar sobre cada homicidio, así que, al día siguiente, la joven reportera Erica Demarest fue a casa de Tyshon.

Erica había visto a las familias de muchas víctimas mientras trabajaba en este proyecto, e incluso tres meses más tarde, cuando nos conocimos en una cafetería cercana al colegio de mi hijo, recordaba a la de Tyshon como una de las más complicadas. Cuando llegó allí, los parientes se habían reunido para ofrecer su pésame. Habló brevemente con el abuelo, que no quiso dar su nombre. Entonces llegó el padre o la madre y dijo que estaba dispuesto a hablar con ella si no se revelaban ni su nombre ni su sexo; esta última es una condición con la que nunca me he encontrado en 21 años de labor periodística. Aun así, Erica no estuvo en la casa más que ocho minutos; lo cronometró.

En ese plazo, se enteró de estas cosas: «Tyshon era "alegre", "bromista" y "un adolescente típico". Le gustaba trastear con la electrónica, y era fácil encontrarlo viendo la televisión o jugando a videojuegos con sus hermanos. Había tenido líos en el colegio… y estaba buscando programas educativos alternativos. Tenía pensado obtener un documento de identidad estatal el siguiente lunes para empezar a buscar trabajo».

«Estaba tratando de enderezar su vida», dijo el abuelo.

«Estaba tratando de encontrar una vía alternativa», dijo el progenitor, que después pidió a los lectores de Erica que se lo pensaran dos veces antes de causar a otros el sufrimiento que estaban sintiendo ellos. «Podría muy bien ser su hijo. De modo que piensen en eso antes de hacérselo a alguien». A continuación, le dijeron a Erica que se fuera.

Todo indica que Tyshon tenía mucho que enderezar. La policía declaró a DNAinfo.com que era «miembro probado de una banda» y que pensaban que el disparo podía estar relacionado con una pelea entre bandas. El «progenitor» confirmó que había tenido «líos con las bandas en el colegio», y otro familiar señaló que había abandonado los estudios.

En efecto, de vez en cuando, la página de Facebook de Tyshon enseña cosas brutales además de las juergas. Una imagen del 14 de enero de 2013 muestra al menos 400 dólares sobre una mesa, 250 de ellos extendidos en abanico con una pistola debajo. El pie dice: «El trabajo de un día». Unas semanas antes, colgó una foto de sí mismo de pie en un cuarto de estar, apuntando una pistola a la cámara. En muchas fotografías, tiene las manos extendidas con el pulgar doblado sobre la palma hasta tocar el dedo anular y los demás dedos estirados, sin duda una señal de alguna banda. Su cuenta de Instagram se llamaba «Lakesidegangsta»[221]. Poco más de un año antes de morir, se mostró en un pasillo con el brazo izquierdo extendido y los dedos fingiendo una pistola, y la mano derecha apuntando al suelo con un dedo, como una pistola de un solo cañón. El pie dice: «Revienta». Su página de Facebook está llena de mensajes de pésame en honor de amigos caídos, saludos a otros que están en la cárcel y carteles recordando su pertenencia a los Lakeside Gangster Disciples, una banda de ámbito nacional. Tyshon no solo era una víctima de las distorsiones en torno a las patologías negras en los medios de comunicación; sus acciones proporcionaban material para estas.

«Tyshon no era un chico inocente —dice Regina, una de las mejores amigas de su madre, que dice que conoció a Tyshon "antes incluso de que fuera una idea"—. Robaba, vendía drogas, mató a gente. En la calle tenía poder. De verdad. Sobre todo para ser tan joven. Tenía poder. Mucha gente se sentía intimidada por él, le tenía miedo. Sé que tenía varios cadáveres en su cuenta». Si yo hubiera escogido otro día para el libro, a lo mejor habría tenido que informar sobre una de las

víctimas de Tyshon.

Los homenajes después de su fallecimiento mezclan un sentimiento de duelo por su muerte con cierta ambivalencia moral sobre su vida. Como con un soldado caído en combate, las lamentaciones están enmarcadas en el sobreentendido de que su trágico final era, como mínimo, un riesgo laboral. «Quien a hierro mata, a hierro muere —dice Regina—. Él vivió con las armas y las bandas y las calles, y así murió. Fue triste verle allí, tendido, en el funeral. Yo le había visto crecer y le quería, y sé que podía ser buen niño. Pero no sirve de nada edulcorarlo. También era malo».

Muchos de los mensajes en su página de Facebook eran elegías, despedidas literalmente poéticas. Hay uno de su hermana mayor, Kiyana:

> Tú no eres el demonio solo te sumabas a su juego.
> Pero ruego a Dios que te conviertas en un ángel.
> Todo el mundo toma malas decisiones,
> Pero nunca pensé que ellas
> Se cobrarían tu vida…

Y otra de su amigo Chris:

> Parece que fue el otro día cuando estábamos entretenidos pasando el rato
> Ahora mi pequeño hermanito se ha ido por culpa de otro con una pistola
> Cuántas más puedo soportar ya te digo que ninguna
> Espero que los que lo hicieron se mueran
> Y no voy a morderme la lengua.

Las bandas no son nada nuevo ni exclusivas de ninguna raza. Desde las bandas irlandesas, polacas, judías y portorriqueñas de Nueva York hasta la mafia, estos grupos informales de diversos tipos, generalmente hombres jóvenes, aunque no solo, han formado parte desde hace mucho tiempo de la vida en Occidente. Suelen aunar elementos sociales, violentos, empresariales y criminales. Y, aunque constituyen una minoría relativamente pequeña, agrupan a un número de personas considerable. Según el Estudio Nacional sobre Bandas Juveniles, en 2012 había en Estados Unidos alrededor de 30.000 bandas, con más de 800.000 miembros[222], aproximadamente la población de Ámsterdam. Las condiciones de pertenencia y los códigos de conducta varían, igual que las supuestas ventajas, dependiendo del contexto. Algunos se unen por miedo; otros, para dar miedo a los demás; algunos se identifican justo lo suficiente para pasar inadvertidos o, como Edwin, se relacionan por el prestigio social. Muchos no tienen realmente claro por qué entran; como tantos adolescentes, se limitan a seguir a sus amigos. Algunos no se juntan con las bandas; como vimos antes, se les relaciona «con las bandas» solo porque en sus barrios mandan las bandas, y no hay forma de evitarlas.

«Entrar en una banda es gratis —dice Bautista—. Hay parques, pero están mal atendidos, con poco personal y escasos recursos. Las canchas de baloncesto están desapareciendo. Si no tienes dinero, existen muy pocas opciones para hacer algo emocionante».

La novedad es que en los últimos años las bandas se han vuelto más letales que nunca. Según el Estudio Nacional sobre Bandas Juveniles, entre 2007 y 2012 la pertenencia a bandas aumentó un 8 por ciento, y los homicidios relacionados con bandas, un 20 por ciento[223]. Parece que la

principal razón de que la actividad de las bandas se haya vuelto más letal es la facilidad de acceso a las armas de fuego. Unos estudios realizados en el condado de Los Ángeles entre 1979 y 1994 revelaron que la proporción de incidentes armados entre bandas que terminaron en homicidios pasaron en esos años del 71 por ciento al 95 por ciento[224]. «El contraste con la actualidad es muy llamativo —dice el sociólogo Malcolm Klein después de llegar a una conclusión similar en Filadelfia y Los Ángeles Este—. Ahora, las armas de fuego son lo habitual. Se compran o se piden prestadas con facilidad y están más a mano que antes»[225].

Sin embargo, pese a toda su brutalidad, las bandas también pueden ofrecer un sentimiento de comunidad y dar propósito a la vida de un joven en una situación en la que ambas cosas parecen fuera de su alcance. «El fracaso escolar, el desempleo y la disfunción familiar hacen añicos la autoestima de una persona joven —escribe Deborah Prothrow-Stith, antigua comisionada de Salud Pública de Massachusetts y coautora de *Deadly Consequences: How Violence Is Destroying Our Teenage Population and a Plan to Begin Solving the Problem*[226]—. La pertenencia a una banda es un bálsamo para esas heridas». Las bandas, afirma, pueden ser sitios en los que los jóvenes se sienten valorados y en los que la voluntad de luchar para defenderse a uno mismo y a otros compensa la incapacidad de encontrar trabajo y madurar hacia roles masculinos más tradicionales.

Se convierte en una especie de familia que acoge desde una edad muy temprana a aquellos que parecen vulnerables y les da un sentimiento de camaradería y una identidad que, de otro modo, no tendrían. «Para muchos chicos pobres, la diferencia más tangible entre la calle y el hogar es que, aunque el hogar también es peligro y miseria, al menos ofrece una manta y un techo», escribe James Baldwin en *The Evidence of Things Not Seen*[227]. A pesar de varios intentos, no conseguí hablar con la madre de Tyshon ni con nadie más de su casa. Pero según Regina, por muy dura que fuera la calle, siempre le ofreció a Tyshon más que su vida hogareña:

> A veces [su madre] no salía de la habitación durante días… Y no dejaba de tener hijos. Y los hijos tenían que arreglárselas como podían… Así que tenían que salir a la calle. Tenían que robar su propia comida. Tenían que hacer lo que fuera para sobrevivir. La vida de esos niños era difícil.
>
> Los pandilleros mayores vieron esa situación y se aprovecharon. Le hicieron pensar que le querían. Le daban cien dólares de vez en cuando. Y él pensaba: «Esta gente me quiere. Voy a seguirlos en la calle. No le voy a hacer caso a ella». Y ellos le utilizaban. Sabían que los niños no podían ir a la cárcel mucho tiempo. Sabían que no los juzgaban como a adultos. La calle hizo eso. Él se volcó en la calle porque no podía ni ir a casa ni llamarla hogar. Era básicamente un chico de la calle.

La clave para combatir las trágicas consecuencias de la cultura de bandas, me explica el doctor Slutkin, de Cure Violence, reside en tratar los crímenes violentos como una enfermedad y cambiar las normas en los barrios más afectados para prevenir su transmisión. «Necesitamos interrumpir su contagio, cambiar el guion, cambiar la conducta y cambiar las normas», dice.

Cure Violence ejerce una gran labor de educación pública, a menudo en colaboración con el clero local, para organizar a las comunidades contra la violencia armada. También tiene un equipo de «interruptores de violencia». Suelen ser antiguos delincuentes y miembros de bandas que viven en la comunidad y que, entre otras cosas, intentan negociar treguas, van a urgencias cuando hay una víctima hospitalizada y tratan de convencer a los familiares para que no tomen represalias.

Yo acompañé a los *interruptores* en Englewood, uno de los barrios del sur de Chicago en los

que más ha aumentado la violencia por armas de fuego (no trabajan en Chicago Sur, donde vivía y murió Tyshon). Fue a principios de otoño de 2014. No era más que media tarde, pero mientras patrullábamos las calles en coche, vimos señales de vida y muerte. Hacía buen tiempo y la gente estaba fuera: sentados en las escaleras de casa, los chicos jugando al baloncesto, los mayores jugando a las cartas y haciendo barbacoas. Para ser una zona conocida por sus delitos de armas, el ambiente era increíblemente relajado. Sin embargo, cada pocas manzanas, una pintada o unas flores y unas tarjetas señalaban el lugar donde alguien había muerto. Y, como mis dos acompañantes habían crecido en el barrio, también hubo muchos lugares sobre los que inevitablemente conocían historias de algún drama y algún tiroteo.

Esta es una de las paradojas de las zonas de alta delincuencia. Las comunidades están, en muchos sentidos, unidas y comprometidas. La propia naturaleza de la vida en barrios pobres hace que a sus residentes les sea difícil salir de ellos. De forma que los que viven allí se conocen bien, y en los meses de verano la vida social sale a la calle. Adolescentes y adultos se reúnen en los porches y las escaleras, los niños corren de una casa a otra, y los clanes familiares, unidos por infinitas permutaciones de madres, padres y «tíos» y «tías» sin vínculo biológico (estructuras familiares informales que conozco bien por mi familia en Barbados), se ayudan entre sí.

Al mismo tiempo, estas zonas sufren el desgarro de la violencia y la pobreza. Aparte de las balas perdidas, los autores y las víctimas de los disparos suelen conocerse. Y los límites de cada comunidad, como casi todos los límites, son arbitrarios, se hacen respetar por las malas y son inevitablemente porosos. Si un chico o una chica se hacen amigos en el colegio de alguien que vive dos manzanas más allá, coquetean con alguien de una calle distinta o llevan una camiseta del color equivocado cuando van a la tienda, pueden estar como Pedro, el chico de San José, jugándose la vida.

JC (nombre ficticio), uno de los interruptores con los que iba, dijo que la situación, ese fin de semana, estaba «caliente». La tarde anterior habían disparado a nueve personas en Englewood. Uno de ellos, Deandre Ellis, de 22 años, estaba sentado en la «primera silla» de una peluquería, el Suitable Barber and Beauty Salon, para cortarse el pelo, cuando entró un hombre todo vestido de negro que barrió el local a disparos, matándole a él e hiriendo a otros dos[228].

«Resulta que el problema entre ellos empezó con una mujer —dice JC—. Estos dos tipos fueron juntos al colegio, y hubo un tiempo en el que se llevaban bien. Ahora es una situación delicada, porque hay cadáveres».

De modo que JC y Jamal (nombre ficticio) recorren las calles en las que crecieron, se detienen ocasionalmente a hablar con familiares, gente a la que conocen y personas con las que compartieron prisión. Mientras damos una vuelta, los jóvenes levantan la mirada un instante para reconocer nuestro coche, por si significa algún problema, y luego vuelven a sus conversaciones en escalones y esquinas. La policía también vigila el barrio. En un momento dado vemos cómo alinean a varios jóvenes contra la pared de un edificio; los agentes les hacen colocar las manos en la pared y abrir las piernas para cachearlos. Nadie sabe de dónde va a venir el próximo disparo ni contra quién irá dirigido. Pero todo el mundo sabe que vendrá.

«Pasamos por los sitios más críticos —dice JC—. Vemos a alguien que está relacionado con la manzana y nos puede dar algún detalle sobre lo que sucedió anoche, y juntamos eso con muchas otras informaciones e intentamos detener las cosas antes de que ocurran. Nos toca ir a hablar en persona con los tipos de más alto riesgo».

¿Quién es de alto riesgo? «Un tipo de alto riesgo es alguien del que se sabe que lleva armas y que ha hecho daño a alguien —continúa—. Con un historial de violencia. Alguien que acaba de

salir de la cárcel. Nueve de cada diez veces, alguien que está en plena guerra ahora». Mientras damos vueltas, Jamal recibe una llamada de una mujer porque «el padre de su bebé» ha sido asesinado la noche anterior.

La transición de la cárcel a la vida civil es especialmente difícil, sobre todo si la persona ha estado encerrada mucho tiempo. Deseosos de restablecer su posición, los exconvictos se encuentran con que la gente se ha olvidado de ellos. «Muchos vienen a casa y no encuentran trabajo —explica Jamal—. Pero si han estado fuera mucho tiempo, la manzana ha cambiado. Estos hermanos viven en el pasado. Y piensan: "Hace diez años yo aquí era el hombre importante. Y sigo siéndolo". Así que salen a demostrar a todos que siguen siéndolo. Ahí llega el conflicto. La gente dice: "No puedes venir aquí sin más porque ahora nos hemos asentados nosotros. Tu nombre ya no tiene ningún valor"».

¿Y cómo intervienen JC y Jamal en un ambiente tan volátil y peligroso? Depende de la situación. A veces apelan al propio interés de su interlocutor, y explican a alguien furioso por la muerte de un familiar o de un colega lo que se juega si actúa con precipitación. «Está en libertad condicional —dice Jamal—. Acaba de salir. Si le encuentran con un arma y vuelve a la cárcel, serán diez años. Y no quiere volver a pasar por eso». Otras veces, las raíces del conflicto son tan profundas que los protagonistas han olvidado por qué empezó la pelea. Y otras, hay gente a la que es imposible llegar. «Hay hermanos que quieren pegar tiros —dice JC—. Puedes hablar con ellos, pero eso no quiere decir que te vayan a hacer caso».

Antes, coinciden los dos, en las bandas había más estructura y disciplina que ahora. Ya ni siquiera las llaman bandas, sino «pandillas» (como los amigos de Stanley en Beatties Ford, en Charlotte), y están vagamente afiliadas a las viejas etiquetas de las bandas. «Básicamente, ya no hay manzanas enteras en Englewood —dicen, mientras miran los solares vacíos y las casas tapiadas de una comunidad económicamente destrozada—. Quizá cinco o seis casas en cada manzana. Así que son solo pandillas. Se hacen amigos y, cuando cumplen años, quizá hacen cosas como fumar y beber, y se convierten en tu pandilla. Muchas veces se ponen nombre a sí mismos, a veces en honor a sus amigos muertos. ¿Cuál es tu nombre?», pregunta Jamal. «Gary», respondo. «Por ejemplo, si tú fallecieras, podrían llamar a su pandilla G-boy o Garyworld».

Al llegar a las oficinas de Cure Violence, está anocheciendo. «Ahora van a la tienda de licores y salen con su gente a hacer planes para esta noche», dice JC. Esa noche, en Englewood, cuatro personas recibieron disparos y resultaron heridas. No murió nadie.

La pandilla de Tyshon se llamaba Lolo World, por un miembro fallecido que se apodaba así. Con los años, Tyshon ascendió a un puesto de mando. Su némesis era Lil Herb, un experto rapero de la vecina South Shore, que pertenecía a la banda NLMB (*No Limit Muskegon Boys* o *Never Leave My Brothers*, «Chicos de Muskegon Sin Límites» o «Nunca Abandonar a Mis Hermanos»), un grupo fundado en la parte este.

Lil Herb (que posteriormente quiso que le llamaran G Herbo) tenía la misma edad que Tyshon. Tuvo un gran éxito en 2012 con «Kill Shit», que grabó con Lil Bibby, y luego pasó a grabar con artistas importantes como Nicki Minaj, Chance the Rapper y Common. En una de sus canciones, «Chi-Raq», celebra la violencia que ha asolado su ciudad natal.

No existen pruebas de que Lil Herb tuviera nada que ver con la muerte de Tyshon. Pero al menos en una canción, «Zeko Pack» de RondoNumbaNine, que salió seis meses después del asesinato, presume del disparo que le mató. Tyshon también solía llamarse Posto[229], y su pandilla se llama ahora Postogang.

Si la calle educó a Tyshon, el sistema de prisiones fue su casa durante gran parte de su adolescencia. Acababan de dejarle en libertad ese mismo lunes. Poco más de seis semanas antes, le habían detenido por alterar el orden público y por comportamiento temerario cuando la policía le encontró en un callejón en el que, según sus informaciones, los Disciples suelen reunirse a practicar tiro. Cuando le dieron el alto, salió corriendo y detuvo el tráfico en South Marquette Road; ocho agentes le persiguieron y le detuvieron junto a su casa. Aquella vez solo pasó una noche en una celda.

Al enterarse de su muerte, una de sus amigas en Facebook manifestó su sorpresa, porque la última vez que se habían visto fue cuando la policía los detuvo, y ella pensaba que seguiría en la cárcel. «La última vez que te vi estábamos juntos en la parte de atrás de un furgón del CPD [Departamento de Policía de Chicago] lo más loco es que yo estaba ahí por decir barbaridades a la policía porque iban a intentar tenderte una trampa me pusieron una multa y te llevaron ni siquiera sabía que estabas fuera así que cuando me llamaron ni siquiera estaba pensando en ti. Entonces me di cuenta… te echaremos de menos aquí abajo… mis oraciones a todos los que sufran por esto… cuándo acabará… me siento triste…».

Lo trágico de este comentario es la suposición de que si hubiera estado en la cárcel, seguiría vivo. Esa es la brutal realidad de crecer pobre y negro en áreas como la parte sur de Chicago: que dos de los finales más probables para un varón negro menor de 25 años son la prisión y la muerte, y quizá, como en el caso de Tyshon, ambas cosas. No son verdaderas opciones, porque nadie en su sano juicio las escogería. Solo son los caminos más a mano, igual que los hijos del privilegio que llegan a su último año de estudios de grado suelen estar destinados o a seguir estudiando o a empezar a trabajar. Por supuesto que esos jóvenes universitarios pueden acabar en el paro o abandonando los estudios, pero es poco probable si se limitan a dejarse llevar por la corriente de su raza y su clase. De la orientación profesional a la presión de sus padres y sus colegas, pasando por el propio sistema y las circunstancias, favorecen esa transición.

Para los jóvenes negros en barrios de rentas bajas, el sistema y las circunstancias favorecen una trayectoria completamente diferente y, para escapar de ese destino, tienen que nadar contra corriente y confiar en un golpe de suerte. En este sentido, según Regina, Tyshon lo tenía todo en contra.

Dada la vida que tuvo, es asombroso que llegara a los 18 años. Unos años antes, le dispararon en la pierna, en 79th Street. Al día siguiente de salir del hospital, dice Regina, volvieron a dispararle, a solo un par de manzanas del primer tiroteo. Su madre fue a la tienda de licores y un chico le dijo que no pararían hasta matarlo. «Tú eres su madre —le dijo—. Deberíamos matarte a ti también».

Regina le rogó que se fuera a vivir a otro sitio. Ella había vivido durante un tiempo con la familia de Tyshon, cuando era joven y tenía problemas de drogas, y luego tuvo que marcharse para curarse. Primero fue a Indiana, luego a Wisconsin, y hoy vive en Iowa. Intentó convencer a la madre de Tyshon de que podía romper el círculo vicioso si se mudaba, y de que así podría salvar a sus hijos de un destino peor. Cuando la madre se negó a irse, Regina le rogó que permitiera a Tyshon vivir con ella, y argumentó: «Hay muchas cosas que ver aparte de Chicago y una tienda de licores. Venga». Pero ella no le dejó.

En los capítulos anteriores hemos visto cómo actúa la ley de las probabilidades en el sistema de justicia penal, el mercado de trabajo, los logros académicos, etcétera. Lo que es más difícil de cuantificar es la carga psicológica que supone para quienes se crían en esos ambientes. «Creo

que debemos ser conscientes de lo fatalistas que pueden sentirse muchos adolescentes, especialmente de barrios desfavorecidos, con respecto a la violencia; las armas de fuego, la fuerza física, las lesiones y la muerte son cosas que conocen íntimamente —escribe Prothrow-Stith—. Muchos chicos pobres, negros, de barrios desfavorecidos, viven rodeados por una cantidad de violencia que incluso a los que somos expertos en "daños intencionados" nos parece asombrosa. Lo que usted y yo leemos en los titulares es algo con lo que cientos de miles de niños normales y corrientes viven a diario, a menudo sin la protección ni la orientación de ningún adulto»[230].

Poco después del asesinato de Tyshon, un fotógrafo de la agencia gráfica Getty Images entrevistó a una madre que vivía en el edificio en el que ocurrió. «Estaba contenta de que su hijo de 14 años estuviera encerrado —le dijo— porque para él era más seguro estar en la cárcel que vivir en el barrio»[231].

Esta precariedad invade todo. En *Gang Leader for a Day: A Rogue Sociologist Takes to the Streets*, el jefe de una banda, JT, explica al autor y estudiante de doctorado Sudhir Venkatesh por qué debería siempre aceptar un trato menos lucrativo ahora que la promesa de uno mejor para más tarde. «En este juego siempre apuestas sobre seguro —dice—. No se puede predecir nada, ni el suministro ni nada. El negro que te dice que va a tener producto de aquí a un año está mintiendo. Para entonces puede estar en la cárcel o muerto. Así que aprovecha tu descuento ahora»[232].

Hace unos años, Doriane Miller, la médica de atención primaria de Chicago que conocimos en un capítulo anterior, empezó a notar que cada vez más pacientes llegaban con unos síntomas físicos para los que no había un diagnóstico claro. «Venían quejándose de dolor de cabeza o dolor de estómago. Cosas que no podían señalarse claramente y que no parecían relacionadas con ninguna enfermedad física fácilmente diagnosticable. Pero todos estaban muy tristes. Tristes y enfadados al mismo tiempo. Era evidente que estaban angustiados», me dice. En 2011 escribió una obra de teatro sobre violencia juvenil y depresión, titulada *It Shoudda Been Me* [Tenía que haber sido yo], después de fijarse en cierto tipo de tatuaje en la piel de muchos de los jóvenes que acudían a ella con síntomas psicosomáticos. «No eran los típicos tatuajes fantasiosos, como mujeres desnudas, ni mamá, papá, o el nombre del novio o la novia —explica—. Era un rostro o un corazón roto con las iniciales de un ser querido, RIP, su año de nacimiento y su año de fallecimiento. Y la mayoría de esos jóvenes habían nacido en los años ochenta y noventa. Los que habían muerto».

No tardó en descubrir, mientras les creaba los historiales médicos habituales, que muchos de sus pacientes habían recibido algún disparo, o tenían un amigo o familiar cercano que lo hubiese recibido. Cuando profundizaba en la posible relación entre esa experiencia y sus males, se topaba con una resistencia tenaz. «Mostraban síntomas de trastorno de estrés postraumático. Pero, cuando intentaba ayudarles a asociar su experiencia de un episodio tan trascendental y la razón por la que habían ido a mi consulta, decían: "Esto no es nada, ocurre cada día, pasemos a la siguiente pregunta, por favor". Normalmente no decían por favor. Decían: "Pase a otra cosa". Porque no querían que me centrara en ese hecho… Yo me detenía para darles margen y tiempo para que reflexionaran sobre ello, y ellos decían: "No"».

Su rechazo a indagar en el origen de su sufrimiento, tanto el físico que motivaba su consulta como el psicológico que negaban, no se debía tanto a la cabezonería, sino que era una encarnación dura —y seguramente equivocada— del instinto de supervivencia. A sus pacientes, hablar de los efectos de la violencia armada en sus vidas les parecía un ejercicio inútil. Guiados,

sin saberlo, por las instrucciones de la Plegaria de la Serenidad de Reinhold Niebuhr (que estaba colgada en el dormitorio de mi madre) —«Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las cosas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia»—, no eran obstinados, sino, dadas las limitaciones que conocían, prudentes. Para salir adelante tenían que aceptar las cosas que no podían cambiar.

«Yo estaba dispuesta a hablar de ello como estoy acostumbrada a hacerlo en atención primaria —dice la doctora Miller—. Lo que la gente trae al médico no solo tiene que ver con la salud física, sino también con sus experiencias vitales. Sus circunstancias. Todas esas cosas que forman quiénes somos como individuos y que pueden tener una enorme influencia a la hora de mejorar la salud. Por eso, para el médico de atención primaria es importante conocerlas, y así me lo han enseñado. Pero mis pacientes no querían contar nada. Algunos, sí. Pero solo hasta cierto punto. Decían: "¿Qué va a hacer al respecto? Eso no va a cambiar lo que ha pasado". Además, no estaban familiarizados con el proceso terapéutico y con el acceso a terapias. Pero había ese sentimiento de que "así son las cosas en mi vida y mi comunidad". Hay una desesperanza adquirida. De modo que haces de tripas corazón, te armas de valor y sigues adelante».

La proximidad de tantos jóvenes a tantas muertes suscita preguntas existenciales, aunque no siempre se expresen de la forma más elocuente. Enfrentados a su propia mortalidad en plena adolescencia, los amigos y hermanos de los fallecidos se ven obligados a reflexionar sobre sus vidas y, como es comprensible, a desesperarse, tal como había hecho Camilla, la amiga de Edwin. «Piensan: "¿Qué más da todo? Me da igual. No se puede hacer nada. Mucha gente que conozco en mi comunidad está muerta a los 25 años, y lo mismo me puede pasar a mí" —explica la doctora Miller—. De modo que, en ese estado mental propio de los últimos años de adolescencia en el que uno tiende a asumir más riesgos y a no pensar en las consecuencias futuras de su comportamiento, deciden: "Qué demonios, de todas formas no estaré aquí. Ya puestos, mejor vivir deprisa, morir jóvenes y ser un cadáver bonito"».

En Gran Bretaña, durante las guerras mundiales, la gente justificaba todo tipo de actos impulsivos —aventuras amorosas, matrimonios precipitados, abandonos familiares, decisiones profesionales apresuradas— con la frase «Estábamos en guerra». La omnipresencia de la muerte y su constante recordatorio de la mortalidad no empujaban a planificar a largo plazo. La gente vivía al día, sin saber nunca si ellos o sus seres queridos verían amanecer a la mañana siguiente.

Muchas de las zonas en las que viven y mueren estos jóvenes parecen zonas de guerra: solares vacíos, edificios medio derruidos, infraestructuras dilapidadas, vigilancia policial de estilo militar, calles llenas de baches, casas tapiadas, iglesias abandonadas. Pero, sobre todo, sus habitantes las viven como zonas de guerra. Las personas (sobre todo varones jóvenes) desaparecen, van a la cárcel o a la tumba, y queda un inmenso desequilibrio de sexos[233]. En el área censal de Tyshon, el 55 por ciento de las personas entre 21 y 50 años son mujeres; a escala nacional, el reparto es mitad y mitad[234]. Más del 50 por ciento de los varones negros adultos y el 80 por ciento de los varones adultos negros en edad laboral tienen antecedentes policiales[235]. Los tiempos son difíciles y la economía informal es abundante, lo que significa que en todas partes hay delincuentes y estafadores exhibiendo su riqueza. La distinción entre civiles y combatientes no está clara; como se criminaliza a toda la comunidad, casi todos confían en la policía tan poco como en los traficantes de drogas. La única diferencia seria es que, mientras que las guerras a menudo fortalecen las comunidades, porque la gente se une contra un «enemigo común», en estas áreas el enemigo está en todos lados y puede ser cualquiera.

El ambiente que ese cálculo —el de la muerte o la cárcel— puede crear en un barrio está claro:

cintas rodeando escenarios de crímenes, agujeros de bala, presencia policial, tributos a los muertos al borde de las calles, filas de hombres abiertos de brazos y piernas contra las paredes, pobreza y deterioro. Pero solo es visible para los pocos que se acercan. Esas zonas de las ciudades son como cárceles al aire libre. Entran pocos, y salen todavía menos. Los que pueden huir, normalmente, lo hacen. Son barrios muy presentes en el imaginario popular. Todo el mundo en Chicago *ha oído hablar* de la parte sur. Pero pocos que no sean de allí han estado en la zona (aparte de ir a Hyde Park).

Además, muy pocos con una vida como la de Tyshon consiguen salir de ella. «Seguro que la mayoría de los chicos que viven en ese barrio no han estado nunca en el *Loop*, salvo quizá en una excursión escolar», dice Bautista, el organizador comunitario. Los pocos que logran salir y que tienen la capacidad y el margen para contar su historia son, por definición, atípicos. Como «el corredor» del que hablaba Mario Black, el antiguo profesor de Stanley Taylor, son los que consiguieron escapar.

Para Tyshon, la cárcel fue seguramente un elemento tan constante como el colegio durante su adolescencia. En una carta que conserva Regina, de 2012, habla como si estuviera pasándolo mal en un campamento. Después de insinuar a Regina que quiere que le envíe dinero, escribe:

> ¿Cómo has estado? Yo, bien. Salvo por el hecho de que estoy en [la cárcel del] Condado solo por intentar proteger mi vida si esos tipos querían atacarme. Y el hecho de que no creo que vaya a conseguir la condicional porque nunca han venido a evaluarme para eso. O sea, todavía tengo todo un mes antes de ir ante el juez pero a estas alturas no tiene buena pinta. Quizá tenga que aceptar ese año. Quiero la condicional porque entonces no quedará en mi ficha. Pero estoy empezando a cansarme. Los colegas empiezan a irritarme cada día más. Esta comida es una mierda y no te dan suficiente para llenarte. Si tienes que ir a cagar vas a tener hambre todo el día así que lo mejor es retenerlo JAJAJA Mi pelo está horrible. Pero espero estar en casa pronto… Voy a tener un compañero de puta madre. Y no me he peleado en todo el tiempo. Lo único que me impide bloquearme es escribir estas cartas. Así que contéstame loca. Jaja. Te quiero y te echo de menos.

Pero si la cárcel era una constante, Regina tenía la certeza de que sufriría una muerte prematura: «Odio que haya muerto. Pero ahora lo veo como que ya no tengo que preocuparme por que esté ahí fuera matando a nadie ni nadie tratando de matarle a él. Fue triste verle ahí tendido. Pero me alegro de que haya pasado, porque ahora cada día que tengo que vivir es un día en el que no le van a matar. Es un día en el que no va a morir. Porque sabíamos que iba a pasar, lo único que no sabíamos era cuándo. No sabíamos que iba a ser tres días antes de Acción de Gracias. No sabíamos que iba a ser justo cuando estaba tratando de enderezar su vida. Sabíamos que iba a pasar por todas las cosas que hacía. Así que intentamos prepararnos. Un día. Y así, un día, a las dos de la mañana, recibo una llamada».

¿Él lo veía venir?, le pregunto. «Yo creo que sí —dice—. Sabía que mucha gente quería matarle. Una vez escribió en Facebook algo así como “Si me pasa algo, ¿quién lloraría por mí?”. Así que creo que era consciente de que estaba llegándole su hora. Por eso quería cambiar de vida. Pero era demasiado tarde. Había hecho daño a demasiada gente. Algunas personas habían muerto porque iban al lado de Tyshon, porque alguien había intentado matar a Tyshon y habían matado a la persona equivocada. Era demasiado tarde».

El día en el que Tyshon habría cumplido 21 años, Bertha Rufus colgó en el muro de Facebook en su memoria: «Feliz cumpleaños Tyshon todavía cuesta creer que te hayas ido cuando tu mamá te tuvo fue una de las primeras en tener un bebé entre las alumnas así que todas nos turnábamos

para tenerte en la iglesia era como si fueras el bebé de todas nosotras se te quiere y se te echa de menos R.I.P. sobrino».

Su madre, por su parte, quedó muy noqueada por la pérdida. «Hablamos cada día —dice Regina —. Lo llevó muy mal. Muy, muy mal. Hasta el punto de que me decía que quería morirse. Decía: "Regina, estoy cansada y quiero irme. Pero no puedo porque tengo otros tres". Antes pesaba 86 kilos. Ahora pesa 58».

La madre de Tyshon aceptó que el hermano pequeño viviera con Regina. Pero también era demasiado tarde. «Le expulsaron temporalmente del colegio… Tiene trece años. Es otra vez lo mismo. Y entonces quiso dármelos. Le dije: "Ya no puedo controlarlo. Deberías habérmelo enviado cuando te lo pedí. Si traigo a tus hijos a Iowa, van a asustar a todos estos blancos. Es demasiado tarde. Deberías habérmelo enviado entonces, cuando podía enseñarle valores y principios. Pero no lo hiciste". Así que ahora me tiene sentada al teléfono, esperando a que me llamen para otro funeral».

[202] https://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/crime-in-the-u.s/2013/crime-inthe-u.s.-2013/tables/6tabledatadecpdf/table-6; http://www.huffingtonpost.com/2014/11/12/highest-murder-rate-us-cities-2013_n_6145404.html

[203] Gary Younge, «Gun Violence in Chicago: A Struggle for Answers in Obama's Hometown», *The Guardian*, 12 de febrero de 2013, http://www.theguardian.com/world/2013/feb/12/barack-obama-gun-violence-chicago

[204] «Crime in the United States 2012», Table 8, Federal Bureau of Investigation, https://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/crime-in-theu.s/2012/crime-in-the-u.s.-2012/tables/8tabledatadecpdf/table-8-state-cuts/table_8_offenses_known_to_law_enforcement_by_illinois_by_city_2012.xls ; en comparación con «Crime in the United States 2011», Table 8, Federal Bureau of Investigation, https://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/crime-inthe-u.s/2011/crime-in-the-u.s.-2011/tables/table8statecuts/table_8_offenses_known_to_law_enforcement_illinois_by_city_2011.xls

[205] Festividad en honor a los caídos en las guerras que se celebra el último lunes de mayo. [N. de la T.].

[206] Matt Pearce, «10 Dead, 43 Wounded in Chicago's Bloody Holiday Weekend», *LA Times*, 29 de mayo de 2012, http://articles.latimes.com/2012/may/29/nation/la-na-nn-bloody-chicago-weekend-20120529

[207] «Operation Enduring Freedom, Coalition Military Fatalities by Year», http://icasualties.org/OEF/index.aspx; en comparación con «Uniform Crime Reports», Federal Bureau of Investigation, UCR Publications, Crime in the United States https://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/ucr-publications#Crime

[208] Peter Nickeas, «Fourth Sibling from Same Chicago Family Killed by Gun Violence», *Chicago Tribune*, 27 de enero de 2013, http://articles.chicagotribune.com/2013–01–27/news/ct-met-ronnie-chambersdead-20130127_1_gun-violence-gunshot-victims-cabrini-green

[209] Monica Davey, «In a Soaring Homicide Rate, a Divide in Chicago», *The New York Times*, 2 de enero de 2013, http://www.nytimes.com/2013/01/03/us/a-soaring-homicide-rate-a-divide-in-chicago.html?_r=0

[210] Massey y Denton, *American Apartheid*, pág. 9.

[211] Sean Stillmaker, «Chicago Still the Most Segregated U.S. City», *Chicagoist*, 31 de octubre de 2010, http://chicagoist.com/2010/10/31/chicago_still_the_most_segregated_c.php

[212] Lolly Bowean y Jeremy Gorner, «Spike in Violence Takes its Toll on Residents in Chicago's Troubled Neighborhoods», http://articles.chicagotribune.com/2012-07-01/news/ct-met-chicago-violence-0701-20120701_1_homicides-last-year-neighborhoods-shootings

[213] Wilkerson, Isabel. *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*. Nueva York: Vintage Books, 2010, pág. 395.

[214] Ibíd., pág. 396.

[215] Obama, Barack. *Dreams from My Father: A Story of Race and Inheritance.* Nueva York: Three Rivers Press, 2004, pág. 249. Ed. española, *Los sueños de mi padre: Una historia de raza y herencia*. Barcelona: Debate, 2017.

[216] http://projects.nytimes.com/census/2010/explorer, tract 4603 IL

[217] Family Dollar y Dollar General son cadenas de tiendas de productos baratos y de descuento. [N. de la T.].

[218] Ibíd.

[219] Obama, *Dreams from My Father*, pág. 157.

[220] Erica Demarest, «Slain South Chicago Teen Wanted to "Get His Life Straightened Out": Family», https://www.dnainfo.com/chicago/20131124/south-chicago/slain-south-chicago-teen-wanted-get-his-life-straightenedout-family

[221] «Gánster de la zona del lago». [N. de la T.].

[222] «National Youth Gang Survey Analysis», National Gang Center, https://www.nationalgangcenter.gov/Survey-Analysis/Measuring-the-Extent-of-Gang-Problems#estimatednumbergangs

[223] Ibíd.

[224] H. R. Hutson et al., «The Epidemic of Gang-Related Homicides in Los Angeles County from 1979 Through 1994», *Journal of the American Medical Association* 274, no. 13 (1995): págs. 1031–6.

[225] Klein, Malcolm. *The American Street Gang: Its Nature, Prevalence, and Control*. Oxford: Oxford University Press, 1997, pág. 81.

[226] Prothrow-Stith, Deborah, con Michaele Weissman. *Deadly Consequences: How Violence Is Destroying Our Teenage Population and a Plan to Begin Solving the Problem*. Nueva York: HarperPerennial, 1993, pág. 106.

[227] Baldwin, James. *The Evidence of Things Not Seen. Nueva York*: Owl Books (Tenth Anniversary edn), 1995.

[228] http://homicides.suntimes.com/2014/09/27/deandre-ellis-shot-dead-atwest-englewood-barbershop/

[229] Denominación en slang de una sustancia hecha a base de semilla de amapolas. [N. de la T.].

[230] Prothrow-Stith con Weissman, *Deadly Consequences*, pág. 24.

[231] Scott Olsen, «One Dead, Seven Shot During Violent Weekend in Chicago», Getty Images, 25 de noviembre de 2013, http://www.gettyimages.com/detail/news-photo/building-resident-signs-a-memorial-to-18-year-oldtyshon-news-photo/451955749

[232] Venkatesh, Sudhir A. *Gang Leader for a Day: A Rogue Sociologist Takes to the Streets*. Nueva York: Penguin Books, 2008, pág. 29.

[233] Jonathan Tilove, «Where Have All the Men Gone? Black Gender Gap is Widening», *Seattle Times*, 5 de mayo de 2005, http://www.seattletimes.com/nation-world/where-have-all-the-men-gone-black-gender-gap-iswidening

[234] http://www.usboundary.com/Areas/454133#Data

[235] Alexander, *The New Jim Crow*, pág. 189.

9
GARY ANDERSON
(18 AÑOS)

Newark, Nueva Jersey
24 de noviembre, 1:00, hora de la Costa Este

Durante la Gran migración, cuando los afroamericanos huían de la penuria y la represión política en el sur buscando trabajo y dignidad en el norte, muchas veces lo hacían a escondidas. Si alguien los veía irse, podía alertar a una cuadrilla de justicieros o incluso al sheriff local, que impedirían su marcha. De modo que, muchas veces, se limitaban a desaparecer, si no aprovechando la oscuridad, al menos envueltos en misterio, sin explicaciones ni anuncios. Cogían lo que podían llevar consigo y dejaban el resto, como si fueran a volver en cualquier instante.

«El Delta, hoy, está salpicado de cabañas fantasmagóricas de aparceros —escribe Nicholas Lemann en *The Promised Land: The Great Black Migration and How It Changed America*—. Sin puertas ni ventanas, las paredes interiores están forradas con periódicos de las décadas de 1930 y 1940, que servían de aislamiento»[236]. En la actualidad, gran parte de Newark produce una sensación parecida. Salvo que no fueron personas las que encabezaron la marcha, sino el capital, que dejó tras de sí un paisaje urbano abandonado, entre postindustrial y postapocalíptico. Desde la Revolución Industrial, Newark había sido uno de los grandes centros productores del país. «El baúl con el que viaja usted está, nueve de cada 10 veces, fabricado en Newark —se leía en *The New York Times* en 1872, en la época de la Exposición Industrial de Newark—. El sombrero que lleva se hizo allí, los botones de su abrigo, la camisa que tiene puesta, el cepillo, el menaje que utiliza en la cocina, la lona impermeable sobre la que camina, el arnés y el bocado con el que lleva a su caballo, todos tienen su origen en Newark»[237].

Sin embargo, con la automatización, el traslado de la industria a las afueras y luego la globalización neoliberal, la base productiva de Newark emprendió un declive inexorable. Los trabajos que las máquinas, y después los ordenadores, no podían hacer fueron a parar sobre todo al sur, a las afueras o al extranjero, donde la tierra y la mano de obra eran más baratas, los sindicatos eran más débiles y las normas, menos estrictas. Eran las mismas fuerzas que destruyeron el barrio del sur de Chicago en el que dispararon contra Tyshon Anderson. Solo que en este caso la devastación alcanzó a toda una ciudad, igual que en ciudades como Detroit, Buffalo, Pittsburgh, Cleveland y Gary. Pero, como señala Brad Tuttle en *How Newark Became Newark: The Rise, Fall, and Rebirth of an American City*, Newark fue un caso excepcional. «Se distinguió por la extraordinaria velocidad, profundidad y crueldad de su declive, y por las inmensas dificultades que afrontó la ciudad al intentar salir del agujero»[238]. Cuando el capital huyó, los puestos de trabajo siguieron rápido sus pasos y, por tanto, los trabajadores también. Entre 1960 y 1990, Newark perdió casi un tercio de su población[239].

Lo que queda es un espacio público vacío, mermado, deteriorado y decrépito, donde antes prosperaban unas comunidades trabajadoras. Complejos enteros de viviendas sociales que daban cobijo a varios miles de personas hoy están tapiados y cerrados a cal y canto. Las antiguas fábricas albergan hoy palomas y árboles. Todo abandonado. Arruinado. Olvidado.

La zona de Newark alrededor del complejo Kretchmer, en Frelinghuysen Avenue, un laberinto de torres de apartamentos asequibles no lejos del aeropuerto, produce esa misma impresión. En un día cálido, la vida sale a la zona verde común entre las torres del complejo. Hombres y mujeres jóvenes que pasan el rato, adolescentes que coquetean, viejos que se sientan a observar, con mucho tiempo y poco dinero. Enfrente hay un McDonald's, entre desguaces y talleres de mecánica. Y a poca distancia, otro complejo se alza deshabitado, con sus ventanas, que antes ofrecían la vista de las grúas y los cargamentos en la Bahía de Newark, hoy tapadas con bloques de cemento. Este es, con mucho, el sitio más pobre de todos en los que murieron las personas recordadas en este libro, el 23 de noviembre de 2013. Según el censo, la renta media de esta zona es de 10.307 dólares, menos de la mitad que la siguiente zona más pobre mencionada aquí, que es la parte de Houston en la que murió Edwin Rajo.

Fue aquí donde, poco después de medianoche, Gary Anderson, de 18 años, y su novia fueron al McDonald's. Gary había dormido durante el fin de semana en casa de su madre, mientras su padre llevaba a su hermano pequeño, Tasheem, a un torneo de baloncesto en Maryland. El padre (también llamado Gary) tenía la custodia única de su hijo Gary desde los cinco años. Pero, en los últimos años, Gary había empezado a relacionarse de nuevo con su madre.

Se habían entendido, en parte, por su cabello. Aunque lo había llevado corto la mayor parte de su vida, a su madre le gustaba trenzárselo. Las rastas de Gary no enmarcaban el rostro como las de Tyshon, sino que colgaban hacia atrás en trenzas ligeras sobre el cuello y los hombros, y dejaban al descubierto su frente alta y su cada redonda. Era un chico grande, robusto y alto. A su padre no le gustaba cómo llevaba el pelo, pero lo había dejado estar. «Ese era el mundo que compartía con su madre —dice—. Yo le decía todo el tiempo: "Tienes que conocer a tu madre". Así que cualquier cosa que hiciesen los dos, le dejaba. Yo no dejaba de decirle que no me gustaban y que no quería que las llevara. Pero era un asunto entre su madre y él, así que prefería dejarlo estar».

Pero el padre de Gary también cree que le gustaba ir a casa de su madre porque ella le dejaba más libertad. En casa, su hijo siempre estaba tratando de probar los límites, pero él fijaba unas normas estrictas. El chico tenía que estar en casa a las nueve. «Lo malo era que siempre quería ir a casa de su amigo porque le gustaba sentarse en su porche —dice el padre—. Sus amigos están en el porche hasta las once o las doce de la noche. Pero yo le decía: "Tienes que estar en casa a las nueve en punto. Porque sé lo que pasa en las calles". Y él contestaba: "No hago nada más que estar sentado en el porche". Y yo respondía: "No me importa. Es tarde. La calle no es donde tienes que estar". Ese era mi mayor conflicto con él. Quería estar sentado en el porche con sus amigos».

Su madre, en cambio, era menos estricta. «Vive en un edificio de apartamentos y se sientan fuera o en el balcón. Supongo que eso es lo que hacen —dice—. Así que por eso le gustaba ir allí. Porque podía quedarse fuera hasta las diez, las once, y estar en el balcón con su madre».

El McDonald's queda a unos pasos de Kretchmer, al otro lado de la calle principal. Mientras Gary caminaba de vuelta al edificio de su madre alrededor de la una de la madrugada del 24 de noviembre, tres jóvenes salieron de un coche y le dispararon. Los familiares dicen que estaba

intentando proteger a su novia. «Trató de taparla», aseguró su hermana mayor, Linda Bradley. La policía dijo que muy bien pudo suceder así. «Había ciertos indicios de que quizá empujó a otra persona para apartarla», declaró Thomas Fennelly, fiscal jefe adjunto del condado de Essex, a *The Star-Ledger* de Newark[240].

En cualquier caso, cayó bajo una lluvia de balas y lo llevaron a toda prisa al University Hospital, donde certificaron su muerte hora y media más tarde.

«No tiene un arma. No tiene nada —dice su padre—. Dicen que se equivocaron de persona. Pero nunca llevó un arma».

«¿Le gustaría que la hubiera llevado?», le pregunto.

El padre hace una pausa. «No, le habrían matado de todos modos».

El error fatal de Gary esa noche no fue estar en la calle a altas horas, sino llevar una sudadera roja con capucha. Su padre lo explica. «El día anterior un tipo con una sudadera roja, como la de mi hijo, mató a alguien un poco más arriba. Mató a uno que era amigo de esos. Así que ellos volvieron en su busca al día siguiente, y mi hijo llevaba una sudadera roja. Y le dispararon». La pelea, contó alguien a los medios locales, era una disputa territorial que había escalado, relacionada con el tráfico de drogas en Frelinghuysen Avenue[241].

«Este sitio es como el salvaje oeste —declaró Hassan Taylor, de 47 años y vecino de la madre de Gary, a *The Star-Ledger*—. No es un mal lugar para vivir. Es solo que esos jóvenes tienen esa mentalidad sobre cómo funcionan las cosas»[242].

Según el padre de Gary, pocos días después de que mataran a su hijo, el chico de la sudadera roja al que presuntamente iba dirigida la bala se acercó a la madre, la abrazó y le pidió perdón. «Sabe que iba dirigida a mí», dijo. La noche del tiroteo, la policía no quiso confirmar si las balas que habían alcanzado a Gary estaban destinadas a otra persona. «No puedo confirmarlo, más allá de afirmar que las investigaciones continúan en estos momentos —declaró Fennelly al *Star-Ledger*—. Cuando se comete un delito, siempre comprobamos si está relacionado con otro delito o si responde a un patrón»[243].

El padre de Gary afirma que la policía cree saber quién mató a su hijo. Pero el chico de la sudadera roja —que está en la cárcel por un delito de drogas— no dice nada porque le implicaría en el otro tiroteo. Así que, seis meses después de la muerte de Gary, la policía no tenía a ningún acusado. «No pueden detenerle porque no tienen testigos ni pruebas, de modo que [el sospechoso] puede decir: "Yo no lo hice". No sé quién es, y no me lo dirán porque la investigación sigue abierta. Esperan que para el verano alguien se haya cansado y hable —dice el padre—. En cuanto empiece el calor, alguien hablará, o alguna de esas pistolas aparecerá pronto. Porque saben a quién están buscando, y disponen de agentes observándolos hasta que cometan un error».

El padre de Gary tenía más confianza en el Departamento de Policía de Newark—en las instituciones municipales en general— que otras personas con las que hablé. Aunque no hace mucho que Chicago ha tomado el poco envidiable testigo como capital del asesinato de Estados Unidos, Newark no ha perdido su reputación de ciudad violenta y disfuncional durante la mayor parte de los últimos 40 años. En los años setenta, *Newsweek* la describió como un «clásico ejemplo de desastre urbano», *The New York Times Magazine* dijo que era «un ejemplo de los males, las tensiones y las frustraciones que aquejan a las principales ciudades de Estados Unidos» y *Harper's* la calificó como «la peor ciudad de Estados Unidos». Hay otras ciudades que le han disputado este dudoso honor. Washington, Nueva York, Nueva Orleans y Los Ángeles han hecho méritos en distintos momentos. Pero lo que hace que Newark sea especial es

que, a pesar de varios intentos, no ha habido ninguna transformación desde que sus problemas arraigaron[244].

Entre 1954 y 2006, Newark no tuvo más que cuatro alcaldes. Tres de ellos fueron acusados de corrupción mientras estaban en el cargo o poco después de dejarlo. Una ciudad que había sido famosa por su industria y su producción se hizo tristemente famosa por su deterioro y su cleptocracia. El artículo de *Harper's* destacaba que, en un estudio realizado sobre 24 grandes ciudades en 1975, Newark era la última en porcentaje de graduados de bachillerato, porcentaje de titulados universitarios, porcentaje de viviendas en propiedad, hectáreas de parques públicos por residente e instalaciones de ocio y entretenimiento por persona. La conclusión del estudio era: «La ciudad de Newark es, con gran diferencia, la peor de todas. Newark es una ciudad que necesita ayuda desesperadamente»[245].

Como en el caso de Detroit, pronto se empezó a hablar de ella no como una ciudad sino como un estado fallido, una entidad tan aquejada de males sociales y patologías políticas incurables que se había vuelto incapaz de sostenerse ni proteger a sus ciudadanos. Starbucks no abrió un local allí hasta 1999, el mismo año en el que la compañía se expandió a China.

Las autoridades políticas de Newark reconocían sus fallos. «Nuestras obligaciones son recoger la basura, barrer las calles y proporcionar cierto grado de protección policial y contra incendios, y a duras penas podemos cumplirlas», dijo Kenneth Gibson, el único alcalde en ese medio siglo que no abandonó el cargo rodeado de escándalo (aunque también él fue acusado más tarde de sobornos y se declaró culpable de evasión fiscal)[246].

Los problemas empiezan desde muy jóvenes. En 1992, más de la mitad de los ladrones capturados en la ciudad tenían menos de 17 años. Y la sensación de impotencia era generalizada: en un momento dado, cuenta Tuttle, la ciudad compró 1.750 dispositivos antirrobo de coches y los sorteó entre los residentes. Les pareció un método más eficaz que vigilar la ciudad para que no robaran los vehículos[247]. En 2006, el 60 por ciento de los policías de la ciudad no trabajaba más que de día. La unidad de bandas criminales trabajaba de 8:00 de la mañana a 4:00 de la tarde, de lunes a viernes, que no es precisamente el horario de más actividad para las bandas; y eso era mucho mejor que la unidad de narcóticos, que, a pesar del enorme problema de drogas que traía aparejado el problema de las bandas, sencillamente no existía[248].

El sistema judicial, por su parte, era una auténtica calamidad. «Constantemente había personas que acudían a sus citas con el juez para descubrir que sus nombres no aparecían en el ordenador —escribe Tuttle—. A menudo, los agentes de policía no recibían ningún requerimiento para ir a testificar. Los fiscales se quedaban siempre agradablemente sorprendidos cuando un policía aparecía en el tribunal el día que le tocaba. Conscientes de que el sistema era un caos, los ciudadanos acusados de infracciones sabían que con tal de que tuvieran paciencia y estuvieran dispuestos a esperar todo el día a comparecer ante el juez, sabían que al final tenían muchas probabilidades de que sus casos fueran desestimados»[249]. Newark fue la única jurisdicción de todas las mencionadas en este libro que no me proporcionó la autopsia o algún informe relacionado con los sucesos, sin ofrecerme ninguna justificación para no hacerlo. A pesar de todos mis intentos de contactar con el personal municipal correspondiente, sencillamente no me devolvieron las llamadas.

Ese era el sistema en el que el padre de Gary depositaba su confianza para encontrar a los asesinos de su hijo. En el momento de escribir estas líneas, no se ha llevado a nadie ante la justicia.

Aparte de ser la persona equivocada, Gary no hizo nunca nada que pudiera explicar por qué le

atacaron de esa forma, dice su padre. «Nunca tuvo problemas. Nunca estuvo encerrado. Nunca se metía en líos. Alguna cosa en el colegio, por pelearse y cosas así. Pero nada más. Nunca robó ningún coche. Nunca tuvo un arma. Nada de eso. Nada. Nunca había tenido ningún problema con la policía. Nunca».

Que los padres negros de rentas bajas tengan que explicar por qué sus hijos no merecían que les dispararan, para evitar la hipótesis previa de que son «indignos» hasta que no se demuestre lo contrario, es un trágico reflejo de la situación actual. El vecino de su madre, Taylor, dice que Gary no era como tantos otros chicos que causaban problemas en el edificio. Era «un tío verdaderamente majo, verdaderamente respetuoso —aseguró al *Star-Ledger*[250]—. A veces, veía que yo tenía problemas y me decía: "¿Qué necesita? Yo voy a comprárselo"». Taylor había sido encargado nocturno de un supermercado y se había mudado al edificio de Anderson dos años antes de la muerte de Gary, después de que le amputaran una pierna.

Las dos cosas que más le gustaban a Gary eran arreglar cosas y los perros. «Tenía sus amiguitos aquí. Montaban en bici, jugaban al baloncesto y pasaban todo el tiempo juntos. Jugaba a la Xbox. Al principio era la PlayStation. Y después pasó a la Xbox» —dice su padre—. «Tenía cuatro amigos con los que solía jugar. Nada más. Pero sobre todo estaban las bicis. Se iban hasta las montañas. A eso se dedicaba. Era muy manitas: arreglaba bicis, arreglaba ordenadores. Estaba todo el día arreglando bicis. Ocho, nueve bicis al día, y luego paseaba en ellas por el barrio… Y le encantaban los perros. Eso era lo que más le gustaba. De hecho, había rellenado una solicitud para trabajar en la Humane Society. Tenían que llamarle para un análisis de sangre. Las bicis y los perros, esas eran sus cosas preferidas».

Pero el padre dice que, para un hombre negro joven, el mero hecho de vivir en Newark es tentar a la suerte. «En Newark no puedes dejar de preocuparte por las armas. Eso es lo peor. Es una locura. Hay chicos que van por la calle con un arma solo por tener un arma». Ese es el motivo, dice, de que fuera tan estricto con Gary. «Sabe que, de ninguna manera, puede vivir en mi casa y salir por ahí después de las 10 de la noche sin mí. Ni yo quiero salir. A veces salgo tarde de trabajar y tengo que volver a las 11. Vengo por la calle así —mira a su alrededor con precaución —, porque la gente se te acerca en coche y te dispara sin motivo. Así que hay que pensar bien en cada sitio al que vas y cada cosa que haces».

La vulnerabilidad que causa una atmósfera así entre los jóvenes queda resumida en un poema que escribió un alumno de primer curso en Central High School varios años antes de que mataran a Gary. El profesor escribió ESPERANZA en la pizarra y dio un rato a la clase —solo de chicos— para pensar en el tema y luego escribir una estrofa sobre él. Un estudiante llamado Tyler escribió:

> Esperamos vivir,
> Vivir suficiente para tener hijos
> Esperamos volver a casa cada día
> Esperamos no ser el próximo objetivo acribillado…
> Esperamos no terminar nunca en el pozo muerto de Newark
> Yo espero, tú esperas, todos esperamos[251].

Encontré la dirección de Gary en whitepages.com al asociar los nombres publicados en la necrológica en internet con los nombres relacionados con una propiedad concreta que estaba a la vuelta de la esquina de la iglesia en la que se había celebrado su funeral. Me pareció que sería mucha coincidencia que no fuera su casa, aunque había una buena probabilidad de que, como

tantas familias que perdieron a sus hijos ese día, su padre se hubiera mudado. Cuando llegué al domicilio, desde fuera, la casa parecía abandonada. Estaba pegada a otra casa en una manzana desoladora, entre una fábrica cerrada y un solar vacío. Las cortinas estaban cerradas. Daba la impresión de que llevaba algún tiempo vacía.

La zona estaba deteriorada pero no parecía peligrosa. Mientras estaba allí, entablé conversación con una mujer que vivía enfrente y estaba sentada en los escalones delanteros, al sol, estudiando para el examen de enfermera y cuidando de su nieta. No llamé a la puerta; con el padre de Kenneth Mills-Tucker había aprendido la lección de que no se debe llamar a alguien que ha perdido a un ser querido. Dejé un sobre en el buzón y me fui a los servicios funerarios para ver si podían ayudarme a encontrar a algún miembro de la familia.

Estaba sentado con el director de la funeraria cuando estalló una gran pelea fuera, una disputa familiar agudizada por la pena. Mientras el director salía a solucionarla, recibí una llamada del padre de Gary. La casa que había visto unos minutos antes no estaba vacía, en absoluto. Él había estado dentro todo el tiempo. Me dijo que fuera.

Era la casa en la que había crecido Gary hijo, un lugar acogedor con un enorme televisor con pantalla plana dominando el pequeño cuarto de estar. Al lado estaba la casa en la que había crecido Gary padre, y en la que seguía viviendo la madre de este. La abuela de Gary, feligresa de la iglesia de St. Paul Sounds of Praise, a la vuelta de la esquina, donde yo también había dejado una nota.

El edificio medio en ruinas de al lado era la fábrica en la que había trabajado la abuela. Producía cosméticos. «Antes, esta era una zona que no estaba mal —dice Gary padre—. Podíamos permitirnos distintas cosas. Los niños podían hacer cosas diferentes. Teníamos un poco de todo. El barrio contaba con todo tipo de nacionalidades. Blancos, chinos, negros, hispanos. Había una fábrica, así que todo el mundo tenía trabajo. No estaba tan mal. Este era el barrio más tranquilo. Era apacible. No pasaba nada».

¿Por qué sigue viviendo aquí? «Pienso en cambiarme todo el tiempo. Le digo a mi madre: "Hagamos las maletas y vayámonos al sur". Pero es complicado porque ahora estoy trabajando en el Prudential Center [un pabellón cubierto multiusos que acoge al equipo de hockey sobre hielo de los New Jersey Devils], y no tengo tanto dinero como para poder largarme sin más. Y hay que pensar en mi madre. Ella sigue viviendo al lado, y no voy a dejarla sola en este barrio tan enloquecido».

Esto tampoco significa que todo fuera fácil antiguamente. Aquí siempre ha habido zonas a las que no se podía ir. «De aquí a allí solo había dos sitios a los que no se podía ir —explica—. Avon Avenue y 16th Avenue. Eran las dos peores zonas. Pero todo lo demás estaba tranquilo. Así que sabíamos que, mientras permaneciéramos en este barrio, no pasaría nada. Pero si íbamos a Avon, no había más que bandas. Si íbamos a la 16, no había más que bandas. Por eso sabíamos que no debíamos ir por esas zonas, sino quedarnos aquí. Yendo al parque de aquí al lado, no había ningún problema».

El padre de Gary solo tenía tres años en julio de 1967, cuando en Newark estalló una llamarada de insurrección popular. Los desórdenes, que duraron varios días, enfrentaron a la población negra con las fuerzas del orden —formadas en su mayoría por blancos— y la Guardia Nacional. La policía se descontroló. «Si tenéis un arma —llegó a decir en un momento dado por la radio interna el director de la Policía, Dominick Spina—, tanto si es un arma larga como si es una pistola, utilizadla»[252]. Los guardias nacionales salieron de sus carros de combate para encontrarse con lluvias de botellas y otros proyectiles lanzados por los ciudadanos locales.

Durante seis días, la ciudad estuvo en llamas. Al terminar la semana, habían muerto 26 personas (24 negras y 2 blancas), habían resultado heridas más de 1.100, y 1.400 estaban detenidas. Hubo 350 incendios provocados y daños por valor de 10 millones de dólares, aproximadamente. Y la policía utilizó 13.326 cartuchos de munición[253]. Tras los disturbios en Newark y otras ciudades, el gobierno federal de Lyndon Johnson elaboró el Informe Kerner. «La segregación y la pobreza han creado en el gueto racial un entorno destructivo completamente desconocido para la mayoría de los estadounidenses blancos —afirmaba en su conclusión—. Lo que los estadounidenses blancos no han comprendido nunca del todo y los negros no pueden olvidar es que la sociedad blanca tiene mucho que ver con el gueto. Las instituciones blancas lo crearon y lo mantienen, y la sociedad blanca lo tolera»[254].

El informe vendió dos millones de ejemplares, convirtiéndose, según suele decirse, en el informe federal más vendido de la historia de Estados Unidos. El padre de Gary cree que las cosas se han deteriorado desde entonces. Hoy, dice, el entorno en el que un padre puede considerar que su hijo está verdaderamente a salvo se ha reducido a la casa en la que vive. «Desde luego, ya no es un lugar de clase media», añade.

Parece evidente, aunque se reconozca demasiado poco, que la violencia por armas de fuego, como la mayoría de los delitos, está estrechamente relacionada con la pobreza. La mayoría de los pobres nunca disparan contra nadie y algunos ricos sí lo hacen, de modo que no es una relación automática. Pero cuando una persona tiene un futuro en el que pensar, cuando puede permitirse pagar a unos abogados para arreglar cualquier disputa, unas actividades extraescolares para entretener a sus hijos, una educación privada (o una casa en una zona que garantice buena educación pública), una seguridad privada, un coche para transportar a sus hijos adolescentes a sus compromisos sociales, un dinero para donar a campañas políticas, una comunidad que a los políticos les interese ganarse, una base fiscal que permite sufragar buenos parques, policía y actos culturales; en resumen, cuando una persona puede utilizar todos los recursos disponibles para un estadounidense acomodado, entonces tanto la tentación como la amenaza de la violencia armada disminuyen considerablemente. Eso no te convierte en una persona mejor; solo hace que estés mejor equipado para proteger tu seguridad en un país en el que la provisión de armas de fuego es abundante.

Ahora bien, salvo que uno sea rico de familia, la única forma de conseguirlo es trabajando. Y para un estrato concreto de la sociedad estadounidense, es difícil encontrar un trabajo estable con un salario que permita vivir. Las nuevas tecnologías, los acuerdos de libre comercio, las desregulaciones y la ortodoxia económica liberal han acelerado y agravado la tendencia a un empleo menos cualificado y peor remunerado, unos puestos que habrían sido inimaginables cuando la abuela de Gary trabajaba en la fábrica. En Estados Unidos, los salarios han estado estancados desde los años setenta[255], y la renta media del varón es equivalente a la de 1964 en términos reales[256]. En los años setenta, casi dos tercios de los varones en edad productiva y con una educación inferior al bachillerato trabajaban, a jornada completa y de enero a diciembre, ocho de cada 10 años. En los años ochenta, la proporción bajó a la mitad[257]. Durante esa década, señala William Julius Wilson en *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*, se perdieron empleos en fábricas, transporte y trabajos manuales, y se crearon en los sectores administrativo, de ventas y de servicios[258].

Esta realidad ha afectado a la mayor parte del país y a casi todos los grupos raciales. Se puede observar en los antiguos pueblos mineros, ahora deprimidos, de Ohio, Pennsylvania y Kentucky,

en las antiguas ciudades industriales como Buffalo, y en las fábricas de componentes de automoción en todo el Medio Oeste. Pero a los afroamericanos les ha afectado más que a otros por el simple motivo de que este drástico cambio coincidió con su obtención de derechos civiles y su traslado cada vez mayor a las ciudades y a los sectores que comenzaban su declive.

«Justo cuando comenzaron los intentos serios de dar a los negros una mayor cuota del mercado de trabajo, el mercado se contrajo —escribe Thomas Sugrue en *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*—. Los negros lograron avances en trabajos que empezaban a escasear en las décadas de posguerra. La mezcla de discriminación y cambios profundos en la base industrial de Detroit dejó a una parte notable de la población negra desprovista de toda esperanza en la tierra de Canaán»[259].

Como consecuencia, al acercarse el nuevo milenio, los puestos de trabajo seguros y decentemente remunerados a los que en otro tiempo aspiraban bastantes hombres afroamericanos en una ciudad como Newark habían desaparecido. Fue una situación especialmente devastadora para los jóvenes. Entre 1973 y 1987, el porcentaje de hombres negros entre 20 y 29 años que trabajaban en el sector de la fabricación cayó del 37 al 20 por ciento[260]. Como revela la fábrica abandonada junto a la casa de Gary, de toda esa antigua capacidad industrial no quedó nada más que el caparazón hueco. Y gracias a la segregación —Newark fue uno de los pocos sitios que quedó aún más segregado después de la época de la lucha por los derechos civiles[261]—, esas pérdidas destruyeron comunidades e incluso ciudades enteras.

Uno de cada tres residentes negros de Newark vive en la pobreza; el desempleo negro en la ciudad es más del doble que el blanco y el quíntuple de la media nacional[262]. Y con cada crisis económica, las repercusiones de estas tendencias —desindustrialización, segregación, pobreza— se intensifican y amplifican[263].

¿Qué tiene que ver esto con Gary y las armas? En primer lugar, cuando escasea el trabajo, el tráfico de drogas se convierte en uno de los pocos sectores económicos disponibles para quienes tienen un nivel de educación de bachillerato o inferior.

En *Freakonomics: A Rogue Economist Explores the Hidden Side of Everything*, Steven Levitt y Stephen Dubner describen el modelo de negocio de una narcobanda en los años noventa, tomando la información de las investigaciones del entonces estudiante de sociología en la Universidad de Chicago, Sudhir Venkatesh. Este se pasó varios años estudiando a una banda de la parte sur de Chicago, los Black Disciples [Los discípulos negros], que le permitieron conocer sus mecanismos internos. «[La banda operaba] en muchos sentidos como la mayoría de las empresas estadounidenses, aunque quizá, más que ninguna otra, como McDonald's —escriben Levitt y Dubner—. De hecho, si comparásemos un esquema organizativo de McDonald's con otro de Black Disciples, casi no podríamos apreciar la diferencia»[264].

Entre los costes mensuales que debía cubrir la banda —estamos hablando de los noventa, en el apogeo de la epidemia de crack—, el 2 por ciento se dedicaba a armas y más del 10 por ciento a «combatientes mercenarios». Si uno permanecía en la banda cuatro años, podía razonablemente prever que le detendrían 5,9 veces, sufriría heridas o lesiones no mortales 2,4 veces y tendría un 25 por ciento de probabilidades de morir asesinado.

Esas son las probabilidades que jugaron en contra de Tyshon, que murió en Chicago justo antes de que muriera Gary en Newark. Y, a falta de cualquier información concreta de la policía, me imagino que son las mismas probabilidades que enviaron a los asesinos de Gary (que seguramente no eran muy diferentes de los de Tyshon) en busca del chico con una sudadera roja al que más tarde detuvieron por drogas.

Además, las investigaciones del profesor Delbert S. Elliott, director y fundador del Centro para el Estudio y la Prevención de la Violencia, en Boulder, Colorado, revelaron que existe una correlación clara entre la imposibilidad de encontrar trabajo y la tendencia a mostrar un comportamiento violento. Las diferencias de raza y de clase en cuanto a los delitos violentos son pequeñas durante la adolescencia, descubrió, pero se disparan con el paso a la edad adulta, en función de la existencia de empleo. Esto se debe a dos motivos. El primero, que la falta de empleo reduce considerablemente la probabilidad de que alguien se case, que es una de las vías fundamentales hacia un comportamiento más estable y menos violento. En segundo lugar, crecer en barrios pobres y desorganizados inhibe el desarrollo normal del adolescente. Los jóvenes en esas áreas, descubrió Elliott, tienden a poseer niveles más bajos de competencia, autosuficiencia, aptitudes sociales y disciplina. «Muchos no están debidamente preparados para incorporarse al mercado laboral aunque haya puestos de trabajo disponibles. Están, en ciertos aspectos, atrapados en una adolescencia prolongada y siguen practicando un comportamiento adolescente»[265].

Las transgresiones adolescentes de Gary fueron normales y corrientes. Su padre recuerda que el reverendo que ofició su funeral le vio una vez paseando por la manzana y le preguntó qué estaba haciendo. Gary le contestó de mala manera, algo así como que no era asunto suyo. Cuando el reverendo le dijo que conocía a su abuela, Gary exclamó: «Pues no le vas a decir nada», y se fue. Al día siguiente, Gary estaba en el porche con su abuela cuando el reverendo se acercó y le contó a ella lo que había pasado. Gary recibió de inmediato una bofetada, me contó su padre riéndose. «Desde entonces, no paraba de preguntar: "¿Qué tal, pastor? ¿Qué tal le va, señor?"».

Gary hijo estaba pensando en marcharse de Newark y tal vez dirigirse al sur para empezar una nueva vida en Carolina del Norte, con su hermana mayor. Ella había estado de visita justo una semana antes de que él muriera, y le había dicho que se volviera con ella. Pero Gary prefirió esperar a graduarse.

Era, dice su padre, un «adolescente típico». «Le gustaba el colegio hasta cierto punto. Ya sabes cómo son los chicos. Les gusta el colegio. Pero cuando el profesor trata de enseñarles algo, ya no quieren tomarse la molestia. "No quiero ir al colegio". Aprobaba sus asignaturas. Hacía lo que tenía que hacer».

«Adolescente típico» en Newark tiene una serie de connotaciones, que a estas alturas ya nos resultan familiares. En la habitación de Gary, donde su gato Mocha aún se pasea y sus ropas todavía cuelgan seis meses después de su muerte, hay una esquela en recuerdo de uno de sus amigos al que dispararon.

Era su último año de bachillerato, y Gary, al principio, había decidido que no tenía interés en hacer nada extraordinario para celebrarlo. «No quería ir al baile. No quería ir a la ceremonia de graduación. Pero, en cuanto cumplió 18, dijo: "Papá, sí quiero ir al baile. Quiero ir a mi graduación. Así que tengo que conseguir lo que necesito". Tenía una novia. Así que le dije que muy bien. Cuando le dispararon, no paraba de hablar de ir a clase e ir a la graduación». Su padre pensaba que Carolina del Norte podría haberle ofrecido unas oportunidades que no habría encontrado en Newark. «Si allí era donde quería ir para triunfar, no me importaba. Se lo dije. Porque Newark es una locura. Ser un joven negro aquí… Es difícil —dice, meneando la cabeza —. Es difícil intentar ser joven aquí».

[236] Lemann, Nicholas. *The Promised Land: The Great Black Migration and How It Changed America.* Londres: PaperMac, 1992, pág. 50. (Ed. traducida: *La tierra prometida: Cómo la gran migración negra cambió a Estados Unidos.* Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1994).

[237] Citado en Tuttle, Brad R., *How Newark Became Newark: The Rise, Fall, and Rebirth of an American City*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2011, pág. 65.

[238] Ibíd., pág. 8.

[239] «New Jersey Resident Population by Municipality: 1930–1990», New Jersey Department of Labor and Workforce Development, http://lwd.dol.state.nj.us/labor/lpa/census/1990/poptrd6.htm

[240] Steve Strunsky, «Newark Teen Shooting Victim Recalled as "Good Dude" Who Tried to Shield Girlfriend from Gunfire», NJ.com, 24 de noviembre de 2013, http://www.nj.com/news/index.ssf/2013/11/newark_shooting_victim_recalled_nice.html

[241] Ibíd.

[242] Ibíd.

[243] Ibíd.

[244] Todos citados en Tuttle, *How Newark Became Newark*, pág. 9.

[245] Ibíd., pág. 208.

[246] http://www.nytimes.com/2002/11/01/nyregion/newark-s-ex-mayoradmits-tax-evasion-and-avoids-prison.html

[247] Tuttle, *How Newark Became Newark*, pág. 225.

[248] Ibíd., pág. 266.

[249] Ibíd.

[250] Strunsky, «Newark Teen Shooting Victim Recalled as "Good Dude"».

[251] Dale Russakoff, «Schooled», *New Yorker*, 14 de mayo de 2014, http://www.newyorker.com/magazine/2014/05/19/schooled

[252] Tuttle, *How Newark Became Newark*, pág. 162.

[253] Mumford, Kevin. *Newark: A History of Race, Rights, and Riots in America*. Nueva York: New York University Press, 2007, pág. 125.

[254] Kerner Commission, «Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders», reproducido por la Eisenhower Foundation, http://www.eisenhowerfoundation.org/docs/kerner.pdf

[255] Lawrence Mishel et al., «Wage Stagnation in Nine Charts», Economic Policy Institute, 6 de enero de 2015, http://www.epi.org/publication/chartingwage-stagnation/

[256] Michael Greenstone y Adam Looney, «The Uncomfortable Truth About American Wages», *The New York Times*, 22 de octubre de 2012, http://economix.blogs.nytimes.com/2012/10/22/the-uncomfortable-truth-about-american-wages/?

[257] Katie Sanders, «*Time*'s Rana Foroohar Says Median Male Worker Hasn't Seen a Raise in 30 Years», Politifact, 15 de enero de 2014, http://www.politifact.com/punditfact/statements/2014/jan/15/rana-foroohar/times-ranaforoohar-says-median-male-worker-hasnt-/

[258] Wilson, William Julius. *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*. Nueva York: Vintage Books, 1997, pág. 26.

[259] Sugrue, Thomas J. *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*. Princeton: Princeton University Press, 2014, pág. 123.

[260] Wilson, *When Work Disappears*, pág. 31.

[261] John R. Logan y Brian J. Stults, «The Persistence of Segregation in the Metropolis: New Findings from the 2010 Census», US 2010 Project, 24 de marzo de 2011, http://www.s4.brown.edu/us2010/Data/Report/report2.pdf

[262] http://patch.com/new-jersey/newarknj/report-newarkers-among-newjerseys-poorest

[263] Massey y Denton, *American Apartheid*, pág. 126.

[264] Levitt, Steven D. y Dubner, Stephen J. *Freakonomics: A Rogue Economist Explores the Hidden Side of Everything.* Nueva York: HarperCollins, 2005, pág. 99. (Ed. española: *Freakonomics: Un economista incorrecto explora el lado oculto de lo que nos afecta*. Barcelona: Ediciones B, 2007).

[265] Delbert S. Elliott, «Youth Violence: An Overview», Center for the Study and Prevention of Violence, 1994, http://www.colorado.edu/cspv/publications/papers/CSPV-008.pdf

10
GUSTIN HINNANT
(18 AÑOS)

Goldsboro, Carolina del Norte
24 de noviembre, 3:30, hora de la Costa Este

El periodo de 24 horas que narra este libro termina con un Cadillac Sedan Deville, de color verde y del año 1996, que se detiene en el patio de alguien a primera hora de la madrugada del 24 de noviembre, en la esquina de Walnut y South Audubon, en Goldsboro, Carolina del Norte. Es una calle tranquila y arbolada en la que, en otoño, las hojas se acumulan en pequeños montones, y está situada en una ciudad pequeña de la que mucha gente del estado ni ha oído hablar. Cuando la policía vio el coche, mientras respondían a otra llamada de auxilio, las puertas estaban abiertas y las luces, encendidas. Los pasajeros habían huido. El conductor, Gustin Hinnant, no tuvo tanta suerte. Su cuerpo yacía caído entre los asientos delanteros, con la cabeza colgando hacia los reposapiés de los asientos traseros, goteando sangre hasta formar un charco en el suelo. Una sola bala, que agujereó el cristal de atrás y le alcanzó en la nuca, le había matado.

El rostro alargado y delgado de Gustin era tan suave y oscuro como chocolate fundido, y se muestra reluciente en una foto que parecería retocada si no fuera por la pelusa encima del labio (la autopsia menciona un «atisbo de barba y bigote»). No totalmente angelical, tal vez, pero sí juvenil y juguetón. «Desde el punto de vista físico, era un chico menudo —dice Daina Taylor, una amiga de la familia que conocía a Gustin (pronunciado como *Justin*) desde que era pequeño —. Era lo que llamaríamos un chico escurrido, con poca carne. Así que lo único que tenía a su favor era —abre y cierra la mano como si manejara un muñeco de guiñol— que "hablaba por los codos"».

«Era delgado —dice su padre, Greg, que crio solo a Gustin la mayor parte de su vida—. Tenía el cuerpo más o menos en forma, de hacer pesas y flexiones. Musculoso, pero no un chico grande… menudo».

Era lo bastante joven como para que sus películas favoritas, según Facebook, fueran *Happy Feet* y *Toy Story*, y su afición doméstica preferida fuera estar sentado en la habitación, tranquilo, dibujando. Pero también era lo bastante mayor como para haber cambiado su foto de perfil en Facebook, solo unos días antes de morir, de un muro lleno de grafitis a una lluvia de balas de gran calibre.

También era lo bastante mayor como para pasar la noche con chicas. Lo bastante joven como para que las pillaran trepando para entrar por su ventana. «Había un par de chicas que lo hacían —dice Greg, meneando la cabeza—. Y siempre que venían yo las pillaba y les decía: "Si entras por la puerta principal de mi casa, siempre serás bienvenida. Pero si entras por la ventana, no lo serás. No te dejes convencer por Gustin para entrar por la ventana"». Demasiado joven para respetar la considerable libertad que le daban los horarios de trabajo de Greg (el turno de noche

de Walmart). «Mira, tío. Trabajo de noche. Ya sabes qué días libro. No seas cabezota», le decía Greg.

«En más de una ocasión, su padre volvía a casa y se encontraba con chicas —añade Daina, que apenas puede reprimir una sonrisa—. Si tú sabes que tu padre llega a casa a las siete de la mañana, echa a las chicas a las cinco o las seis. No le desafíes de esa manera. Que no se encuentre a todos dormidos desnudos unos encima de otros. Ponte las pilas. Quieres ser un hombre. Pues esto forma parte de ser un hombre».

Lo bastante mayor como para hacer planes sobre lo que quería ser en la vida, aunque hay ciertas discrepancias entre quienes lo conocieron. Según Greg, quería ser fisioterapeuta para deportistas de élite. «Sufren un esguince de rodilla o algo así, y él quería ser el tipo que les permite recuperar el nivel suficiente para jugar», explica. Pero a Daina le dijo que quería ir al Wake Technical Community College y hacer una formación profesional para trabajar en una compañía de cable. Hardy, un amigo del instituto, dice que quería ser «emprendedor».

Pero Gustin era todavía demasiado joven para abandonar su sueño de ser rapero. Pasaba mucho tiempo en el ordenador con programas de DJ, y había puesto en marcha con sus amigos un sello discográfico, Green Team. La única canción que he oído en internet, interpretada con alguien llamado T. Quail, no estaba mal. Suave, rítmica y con cierto sentimiento. La letra es básica. «No deja de decir a los negros que obedezcan / Puedes decir que tú eres mejor / pero sabemos que no es verdad / lo único que oímos ahora es insultos / eso es lo que hacen los raperos». O: «Ves dinero y tienes que cogerlo / Ves dinero y tienes que gastarlo». No es nada brillante. Pero, en comparación con otros raps de aficionados que circulan por ahí, es ciertamente respetable.

Lo bastante mayor como para buscar sus emociones en lugares prohibidos. Desde hacía unos meses, en cuanto Greg se iba a trabajar, Gustin se escabullía por la ventana de su dormitorio y se dirigía a Slocumb Street, un lugar que a Greg le parecía un punto de encuentro de vagos. La casa de Gustin estaba al borde de la carretera y tenía enfrente un polígono industrial. Su habitación estaba en la parte posterior y daba a una zona boscosa por la que se escapó más de una noche. «Salía por la ventana, rodeaba la valla y bajaba por el camino de tierra hasta donde estaban divirtiéndose», explica Greg.

Demasiado joven para comprender que estaba nadando en aguas infestadas de tiburones y en una situación que no podía controlar. Uno de los chicos con los que solía pasar el rato en Slocumb Street está hoy en la cárcel por haber disparado contra otros dos, dice Greg, que creció en el Bronx. «Yo le decía: “Gustin, tío, no estás preparado para esos chicos que andan por Slocumb Street, venga. Van a acabar matándote. Tú no has crecido como crecí yo. No tienes ese instinto asesino, porque no tienes que sobrevivir como nos pasaba a nosotros. Tienes una madre y un padre que te compran cosas”».

A Daina, que vive en Slocumb Street, le preocupaba que no estuviera entendiendo el mensaje. Criada en Queens, Nueva York, es una organizadora comunitaria *sui generis*. Además de dirigir su propia empresa de limpieza de viviendas y locales comerciales, se encarga de una organización benéfica que ayuda a expresidiarios para que no vuelvan a delinquir. Antiguamente la llamaban «la señora de los libros». «Preguntaba a los niños qué les interesaba y pedía a distintas editoriales que me enviaran libros en función del interés de cada uno —explica—. Lo que fuera para hacer que leyeran. Me preocupaban sobre todo los niños que no sabían leer. Pero Gustin no necesitaba ningún apoyo especial». También revisaba las notas escolares de los chicos, y si eran buenas les daba un par de dólares o los invitaba al McDonald’s. Gustin siempre tenía premio.

«Me daba miedo pensar en él —dice—. Conozco la calle. Yo me crie en la calle. Y Gustin no me parecía hecho para la calle». De ser algo, dice Daina, era «un poco empollón», un estudiante muy brillante, que estaba en el cuadro de honor y al que le gustaba jugar a Words with Friends[266] en clase de química. «Incluso cuando estaba con los chicos seguía sacando buenas notas», dice Greg. Habría sido el primero de su familia en terminar el bachillerato. El Cadillac verde estaba pensado inicialmente como un regalo de graduación. «Greg siempre presumía sobre los logros de sus hijos, sobre todo en el momento de las notas», dice Daina.

Hay un motivo por el que las aseguradoras de coches cobran primas más altas a los conductores jóvenes y por el que el sistema de justicia penal trata —o debería tratar— a los delincuentes jóvenes con más indulgencia. La adolescencia es una etapa de la vida con su propia dinámica. Los adolescentes tienen la capacidad de actuar como adultos —pueden tener hijos, conducir coches y matar a gente—, pero no siempre la experiencia que les permita utilizar bien esas facultades. Tienen más probabilidades de asumir riesgos y menos de comprender lo que esos riesgos entrañan. Están experimentando no solo con distintas sustancias (alcohol y drogas) sino también con las relaciones (sexuales, familiares, sociales) y los modos de vida. Están averiguando qué tipo de persona quieren ser y, en ese proceso, pueden tomar decisiones sensatas en la misma medida que los mayores pueden tomar decisiones precipitadas.

No se trata solo de un proceso social y cultural, un periodo en el que los jóvenes aprenden cosas antes de asentarse. Es también un proceso fisiológico. Y su principal impulsor no es hormonal, aunque sin duda las hormonas tienen mucho que ver. A esa edad, nuestros cerebros están transformándose.

«El cerebro es un conjunto de células que se comunican entre sí mediante unas sustancias químicas llamadas neurotransmisores —explica Daniel Siegel en *Brainstorm: The Power and Purpose of the Teenage Brain*—. Durante la adolescencia, hay un aumento en la actividad de los circuitos neuronales que utilizan la dopamina, una sustancia neurotransmisora fundamental en la creación de nuestro deseo de recompensa. Desde las primeras fases de la adolescencia y con su máximo pico a la mitad, esa mayor liberación de dopamina hace que los adolescentes se inclinen hacia experiencias emocionantes y sensaciones excitantes»[267].

Esa avalancha de dopamina, explica Siegel —psicoterapeuta y profesor clínico de psiquiatría en la University of California, Los Angeles—, tiene tres consecuencias directas: una tendencia a la impulsividad, a la adicción y a la hiperracionalidad. Esta última, explica, puede llevar a la asunción de más riesgos. «[La hiperracionalidad] es cómo pensamos en términos concretos y literales. No examinamos más que los hechos concretos sin ver el cuadro completo; no tenemos en cuenta la situación ni el contexto en el que se producen esos hechos. Con ese pensamiento literal, un adolescente puede dar más importancia a las ventajas que se esperan de una acción que a sus posibles riesgos»[268].

Si a ese cóctel tan explosivo le sumamos un cerebro más tendente a buscar lo nuevo, una mayor intensidad emocional, la exploración creativa y la relación con sus coetáneos, tenemos la receta para el periodo más volátil, vulnerable, estimulante y difícil de la vida de casi todo el mundo. «Aunque los aspectos más fáciles de medir de nuestra vida, como la fuerza física, la función inmune, la resistencia al calor y el frío, y la velocidad y agilidad de reacción, mejoran durante la adolescencia —escribe Siegel—, tenemos el triple de probabilidades que en la infancia y en la edad adulta de sufrir una lesión grave o la muerte. Ese aumento del riesgo no es “casual”, sino que los científicos creen que se debe a los cambios innatos en el desarrollo del cerebro durante

esa etapa»[269].

Este tipo de comportamiento seguramente es no solo natural sino necesario. El intento de romper con los límites de la niñez y abrirse camino por uno mismo, como aprendices de adultos, implica afrontar miedos y evaluar peligros. A pesar de los riesgos, si no atravesáramos esa etapa, quizá estaríamos mal preparados para madurar.

«Ese mismo umbral de riesgo rebajado —ese placer recién descubierto de correr riesgos— es probablemente lo que impulsa a los pájaros a salir del nido, a las hienas a abandonar las guaridas colectivas, a los delfines, elefantes, caballos y nutrias a unirse a manadas, y a los adolescentes humanos a agruparse en centros comerciales y residencias universitarias —escriben Barbara Natterson-Horowitz y Kathryn Bowers en *Zoobiquity: What Animals Can Teach Us About Health and the Science of Healing*—. Como hemos visto, un cerebro que nos vuelve menos temerosos permite, quizá incluso fomenta, que confrontemos amenazas y rivales, lo que resulta fundamental para permanecer seguros y triunfar. La biología de la disminución del miedo, el aumento del interés por lo nuevo y la impulsividad tienen una finalidad en todas las especies. De hecho, es posible que la única cosa más peligrosa que correr riesgos en la adolescencia sea no correrlos»[270].

Greg tiene otro término para definir todo esto. Lo llama «cabezota». Por muchas advertencias que hiciera a Gustin, su hijo no le escuchaba. «Le decía: "Tengo 57 años. He vivido más que tú, tío. Si me escuchas, puedo contarte lo que he vivido en mis cincuenta y tantos años. Tú vas a vivir las mismas cosas"».

Greg, que gracias a su atractivo pícaro puede seguir llevando vaqueros y cazadora con deportivas blancas, verdaderamente puede contar un puñado de historias. «Le contaba algunas de las cosas que solíamos hacer. Ya sabes, yo vendí drogas. Estuve un tiempo con una banda. Pero, tío. Ya me ves ahora. Voy a trabajar cada día. Sabía que aquella vida no era nada».

Gustin era el hijo mayor de Greg. Tiene varios hijos con distintas madres, y desde luego los quiere mucho —se apresura a sacar fotos de sus vacaciones y en casa—, pero no es precisamente un padre consentidor. Cuando le pregunto cuántos hijos tiene, vacila. «Tengo… a ver —dice, mientras los enumera en silencio, con los dedos—. Tengo… tres chicas… y cuatro chicos». Hace una pausa. Algo no le convence. Vuelve a recitar los nombres mientras cuenta con los dedos, como si repasara las tablas de multiplicar. Se había olvidado de uno. «Tengo cinco chicos y tres chicas», dice. El más pequeño, a quien vi una vez cuando salía de la guardería, tiene solo dos años.

Sus advertencias a Gustin nacían de su propia y amarga experiencia. Hace unos 20 años, Greg recibió un disparo de unos «tíos desconocidos» con los que pasaba ratos en Goldsboro. «No conoces a esos tipos como yo —le decía a Gustin—. Porque a mí me dispararon. Me dispararon por meterme en líos con esos mismos tíos. Solo por estar en la calle con ellos. Me coloqué un poco e intentaron robarme. Me dispararon en las dos piernas… Tuve que esconderme en unos arbustos. Pero me escapé. Creía que eran mis amigos. Pero llegó la envidia. Empezamos a hacer algo de dinero. Intentaron robarme. Y entonces me dispararon».

Señala su pierna izquierda, y luego la derecha, y dice: «Tengo una larga cicatriz aquí. Tengo un agujero de bala en esta pierna. Y un agujero de bala ahí detrás, donde me reventaron la vena. Me dispararon en las dos piernas. Volví cojeando a mi piso, y la madre de mi hijo llamó a urgencias para que vinieran a buscarme».

Casi siempre, Gustin quitaba importancia a sus consejos y los consideraba regañinas de un viejo fastidioso que no entendía la situación actual. «Papá, qué miedo tienes, hombre. Qué anticuado.

Este es nuestro momento. Todo eso está ya pasado» (cuando Greg imita a Gustin, baja el timbre de voz media octava y habla más despacio, con una sintaxis arrastrada, con la misma energía que un adolescente levantándose de la cama).

Greg se separó de la madre de Gustin, Melissa, cuando el niño tenía unos cuatro años. Gustin vivió con su madre un tiempo, hasta que su hermano —también llamado Greg— y él volvieron con su padre, cuando tenía siete años. Cuando Gustin llegó a la adolescencia, los chicos empezaron a enfadarse por los límites que les ponía su padre y volvieron a casa de su madre en Raleigh. «Papá es demasiado duro —dice Greg, imitando la voz quejosa de sus hijos cuando eran más pequeños—. No nos deja hacer esto. No nos deja hacer lo otro».

Sin embargo, la vida tampoco era demasiado prometedora con su madre. Al cabo de un tiempo, Melissa llamó a Greg para decirle que aquello no estaba funcionando. «Me llamó para que fuera a buscarlos. Fui a recogerlos a la pista de patinaje, porque justo estaban preparándose para enfrentarse a ella y no sé qué mas», explica. Gustin vivió con su hermana mayor durante un breve periodo, pero tampoco salió bien la cosa. «Lo trajo aquí y lo dejó. Su novio no quería que siguiera viviendo con ella. Tanto el novio de su hermana como el novio de Melissa se habían enfadado con Gustin y lo habían echado. Así que acabó aquí».

Greg acogió a los chicos, pero pensó que haberlos llevado a Goldsboro a esa edad era una mala idea. «Dije: "Eh, no deberías haberlo traído aquí. Estos tipos de aquí no quieren nada. Y tienen armas. Y se va a meter en algún lío"».

Goldsboro (con 37.000 habitantes) se encuentra a mitad de camino entre Raleigh y la costa atlántica, pero está apartada de la interestatal, en una carretera que no lleva a ningún sitio concreto, y tiene un centro urbano pintoresco que prácticamente cierra a las siete de la tarde. Wikipedia habla de 29 personas conocidas de Goldsboro. Los más famosos son Chris Richardson, concursante en la sexta temporada de *American Idol*, y Thomas Washington, un almirante e hidrógrafo de la Armada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

A Greg, que es de Nueva York, las actitudes que ve en Goldsboro le parecen restrictivas y retrógradas. «Aquí estamos en el sucio sur —dice—. Esta gente está 20 años por detrás de su tiempo. Todavía dejan que los blancos los tengan como esclavos, como el Tío Tom[271]. Y yo digo que ya no necesitamos comportarnos como el Tío Tom. Tenemos un presidente negro. Todo eso se acabó. Somos todos iguales».

Daina dice: «No se interesaron por él porque era negro. No venía de una familia acomodada. Sus padres no eran pilares de la comunidad».

Jasmin, la novia de Greg, que tiene 28 años y es la madre de su hijo más pequeño, está de acuerdo. «Aquí se meten contigo por las cosas más tontas —dice la joven, que se crio en California—. Por el color del coche, porque llevas el pelo más largo que ellos, porque tu casa es más pequeña. Es una locura. Y eso, solo los negros. Por no hablar de los blancos. No nos mezclamos con ellos».

Gustin, desde luego, estaba harto de Goldsboro y pensaba irse a Raleigh el lunes siguiente para vivir con su madre, que dijo que estaba dispuesta a dejarle su apartamento mientras se matriculaba en el colegio universitario local. Por lo menos, ese era el plan. A Greg le parecía bien. «Le dije que aquí no había trabajo. La única razón por la que sigo aquí es porque trabajo en Walmart. Si no trabajara en Walmart, me iría a trabajar a Raleigh».

Greg era un padre implicado y comprometido. Cada dos sábados, llevaba a los chicos a la barbería Golden Touch. Cuando llegaba la devolución de impuestos, repartía el dinero. A Daina

le impresionaban las comidas caseras que hacía. «Quiero decir que cocinaba desde cero. Hacía sus propias galletas. Nada de latas de refrescos y patatas fritas. ¿Quién hace eso?».

«Eran casi como amigos —dice Jasmin—. Tenían sus altibajos, pero eran como amigos». Algunos de esos momentos bajos eran mezquinos. Un día de Acción de Gracias, cuando Gustin no debía tener más de 13 años, Greg llevó a los chicos muy malhumorado a casa de Daina. «Estaba furioso —dice—. Y yo exclamé: "Es Acción de Gracias, ¿qué ha pasado?". Y él le quita la bufanda del cuello a Gustin y dice: "Ese es el problema". Tenía un mordisco. Lo malo era que la chica tenía 18 o 19 años. Greg estaba lívido».

De vez en cuando, Gustin «tomaba prestada» la colonia de Greg, o cogía su coche sin tener permiso de conducir. En el verano, Greg había prometido a Gustin unas deportivas, pero no había podido comprárselas. Gustin sintió que era justificación suficiente para llamarle «mentiroso» y reprenderle por no haber cumplido su palabra. Lo de que «hablara por los codos» también reavivaba las llamas de cualquier disputa que hubiera en casa. «Le encantaba responder —dice Greg—. Cosas normales en un chico de 18 años. "Limpia tu habitación". "No quiero". Querer dormir todo el día. "Hoy tienes que cortar la hierba". "Vale, ya lo sé". Y yo volvía y la hierba no estaba cortada. Cosas así. Cosas sencillas. Cosas básicas».

Gustin parecía valorar a Greg, aunque le daba la impresión de que quería abarcar demasiado. «Mi padre está bien —le decía a Daina—. Es guay. Solo que tiene demasiados hijos. Ni siquiera se acordó de mi último cumpleaños».

Con el tiempo, no obstante, las «cosas básicas» se acumularon y se transformaron en conflictos más serios. Además de las chicas que entraban por la ventana, estaban los chicos que se plantaban allí a pasar el rato. Por si no bastara con que Gustin, de vez en cuando, se dedicara a corretear por las calles, parecía que estaba llevando, cada vez más, las calles a casa. En un momento dado, Greg amenazó a Gustin con privarle de toda intimidad. «Tú no pagas alquiler aquí, tío, así que a lo mejor saco la puerta de los goznes y entonces estarás como en la cárcel. Sin puerta. Cada vez que pase podré echar un vistazo en tu habitación».

«No lo hice —me explica—. Pero le amenacé con hacerlo».

A Greg le gustaba el mejor amigo de Gustin, Britt, que iba al mismo instituto. Su casa, dice otro amigo, Hardy, era el «sitio de quedar», en el que se reunían todos ellos. Pero a Greg le preocupaban cada vez más otras compañías de Gustin. Volvía del trabajo o de la casa de alguna de las madres de sus hijos y se encontraba a gente a la que no conocía o en la que no confiaba, o las dos cosas a la vez, tirados por allí. «Había unos tipos echados en su habitación —dice—. Yo preguntaba. "¿Quién es ese?". Todos los días traía gente a casa, y se quedaban a pasar la noche. Yo llegaba a casa, entraba en su habitación y había un chaval dormido allí. Y le decía: "Tú, tío. ¿Qué es esto? ¿Un motel o algo así?"».

Eran los «chicos de Slocumb Street», y Greg sabía que algunos estaban en bandas, y sabía que no quería eso para Gustin. «Cada vez que traía algo que parecía de una banda callejera, yo abría la puerta de esa estufa de leña y lo echaba al fuego. Le decía: "No me traigas estos líos a casa, tío". Conocía las señales y veía claramente que Gustin sentía la tentación. Un par de veces compró alguna cosa roja. Yo le observaba un rato y decía: "Estás comprando mucha cosa roja, chico, ¿por qué? Sé que no estás en ninguna banda". Si estaba limpiando y me lo encontraba, lo tiraba a la basura».

Como Toshiba, la madre de Stanley, que había muerto casi exactamente 24 horas antes no lejos de allí, en Charlotte, Greg tenía la sensación de que había intentado todo, desde fijar límites claros hasta adaptarse a los arrebatos adolescentes de Gustin. Como el padre de Gary, en

Newark, Greg pensaba que quizá Gustin estaba molesto por la disciplina un poco más estricta que se deriva del mero hecho de tener a un hombre en casa: «Si tienes un padre que te deja hacer casi todo lo que quieres en casa, te quedas en casa. No estés por la calle, tío, porque esos chicos tienen madres que les dejan hacer lo que quieren. Tú tienes un padre que no te deja hacer todo lo que quieres, así que tienes que decidir hacia dónde quieres ir. Es otro tipo de amor. Tienes que seguir unas normas».

Greg pensaba que algunas de esas normas perdían eficacia por culpa de la madre y la hermana de Gustin. «Mi idea era que, si quería dinero, tenía que estar trabajando o en el colegio —dice Greg—. Pero su madre y su hermana lo malcriaban de mala manera. No paraban de enviarle dinero a través de Walmart MoneyGram. Y yo no lo sabía. Así que estaba todo el día vagueando en casa como si no tuviera dinero. Y por la noche, cuando me iba a trabajar, se levantaba de un salto y se iba».

En ocasiones, las tensiones se volvían físicas. «Tuve que pegarle un par de veces —dice Greg —. Le dio por pensar que podía ponerme a prueba. Mientras soltaba su rollo, me acerqué a él y *zas*. Le agarré por el cuello y le dije: "Basta de pelear, chico". No, no, no, no vamos a continuar así. Una vez tuve que perseguirlo con un bate de béisbol. Él empezó a insultarme, y le respondí: "Tío, soy la persona a la que menos tienes que faltar al respeto porque, a la hora de la verdad, soy el único que te apoyará"».

En un momento dado, ese mismo otoño, Greg había echado de casa a Gustin durante dos meses, y él se fue a casa de Britt y sus padres. En octubre, Daina habló con Gustin. «Le pregunté si había aceptado a Jesucristo en su vida —dice—. El término que usan aquí es *salvado*. Dijo que había entregado su vida a Jesucristo hacía muchos años. Y le respondí: "Ha llegado el momento de renovar tu relación. Porque necesitas protección. Quieres ser un hombre. Ya no estás en el porche. Estás en la calle. No estás en casa. La gente con la que te juntas son ya palabras mayores. Necesitas protección. Y estoy muy preocupada"».

Un domingo se lo llevó a la iglesia, le presentó a los hombres de la congregación y se fue para dejar que hablaran. No tiene ni idea de lo que dijeron. Después lo llevó a comer a Applebee's para hablar de su futuro y animarle a que se reconciliara con su padre.

Intentó que viera las cosas desde el punto de vista de Greg. «Tienes que entender que está tratando de cuidar de la familia y de garantizar que tengas lo que necesitas. A veces hay desilusiones. Pero eso no significa que sea malo… Cuando eres responsable de otra persona, porque la has traído a este mundo, no importa cómo ni lo que tienes, lo haces lo mejor que puedes, porque eres padre y te preocupas. Y hasta que no seas padre no lo vas a comprender».

Gustin comprendía en cierta medida a su padre. Greg recuerda que, después de estar alrededor de seis semanas en casa de Britt, Gustin se le acercó. «Eh, papá, tío —dijo—. Mierda. Estoy cansado de dormir en ese colchón». Greg le dijo que volviera a casa si estaba dispuesto a respetar sus normas. «Le dije: "Mira, cuando vuelva de trabajar, no quiero ver a cinco o seis tipos esperando en mi casa, durmiendo y fumando hierba y otras cosas. Puedo olerlo". Solía dejar que Britt viniera a dormir porque sabía que era su amigo. Su amigo de verdad. Cuando volvió le dije: "Mira, Britt es tu verdadero amigo. Cuando te eché, él te acogió. Eso es un amigo. ¿Dónde estaban los demás?"».

Gustin consintió. «Algunos niños son un poco más maduros —dice Daina—. Yo sabía que, incluso aunque su padre tuviera unos métodos con los que yo no siempre estaba de acuerdo, ahí había amor».

Gustin no llegó a graduarse. Pese a que le faltaba poco para terminar y con todo lo listo que era, no lo fue lo suficiente como para no meterse en líos en el colegio. En octubre le habían expulsado 10 días después de que lo encontraran, a un amigo y a él, en posesión de unos móviles robados (no está claro qué estaban haciendo con ellos ni cómo los habían conseguido, pero nadie niega que los tuviesen). Cuando se cumplió el plazo de la expulsión, su amigo volvió al instituto; Gustin, no.

Daina intervino en su nombre ante la administración del centro para ver cómo podían devolverlo al buen camino. Sabía que, cuando lo deseaba, era capaz de concentrarse. Alguna vez había trabajado para ella y lo había hecho bien, y otros empleados decían que era un chico listo. Sin embargo, a medida que se aproximaba el momento de graduarse, estaba teniendo cada vez más dificultades para llegar a la línea de meta. Después de su expulsión se resistió a volver a clase porque dijo que un profesor le había sometido a acoso. Optó por seguir estudiando en casa, pero, para enorme frustración de Daina, el instituto no quiso cooperar. Necesitaba dos o tres créditos, y podría haber terminado esas asignaturas en enero. «Está a las puertas de la graduación —dijo a los administradores del centro—. Va a ser el primero de su familia con el bachillerato. ¿Cómo se lo van a negar? A estas alturas. En este momento». Ellos no dejaban de repetir: «Ya la llamaremos. Ya la llamaremos». Pero, cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde.

De modo que Gustin estaba fuera del instituto y sin nada que hacer. «Así que le quité la paga —cuenta Greg—. Le hice pasar hambre». Le dijo: «No te voy a dar nada si no estás trabajando. O vas a clase o trabajas. Entonces podrás tener todo lo que tengo. Y no tengo mucho. Pero colaboraré contigo». Cuando Gustin anunció su plan de irse a Raleigh el lunes, Greg lo consideró una señal positiva y decidió regalarle el Cadillac.

«Creo que en lo que se equivocó Greg fue en haberle dicho a Gustin al principio que para regalarle el coche tenía que graduarse —dice Jasmin—. Y luego fue y se lo regaló de todos modos».

«Sin duda —reconoce Greg—. Hice lo contrario de lo que había dicho». Le hizo una advertencia: «No vayas a ese barrio con el coche… No porque tú seas mejor que nadie. Solo porque, si tienes 18 años y vas en un Cadillac, en esta ciudad va a haber alguien que te odie por eso».

Daina pensó que era mala idea, sin más. «No me gustó lo del coche. Tiene 18 años. ¿Qué demonios hace con un Cadillac?». Pero era un plan que Greg llevaba preparando hacía tiempo. Tenía demasiados hijos para que cupieran en el coche, y ya había apalabrado la compra de una furgoneta blanca a un amigo.

Sin hablar a Gustin de sus planes, de vez en cuando Greg le había dejado que condujera el Cadillac, para ir a la barbería o para volver del instituto, siempre en su compañía. Gustin obtuvo el permiso de conducir el miércoles, 20 de noviembre. Greg le dio las llaves del coche el jueves. «Muy bien —le dijo—. Este es tu coche. Si lo quieres, vas a tener que cuidarlo. Yo no voy a gastar más dinero en él. Pagaré el seguro. Pero tú tienes que pagarte la gasolina».

El coche llevaba un tiempo en el garaje y necesitaba alguna reparación. Greg estaba deseando que Gustin lo descubriera. «Perdía un poco de líquido. Yo sabía lo que le pasaba y no se lo dije». Pero Gustin era listo. Lo averiguó y pasó todo el sábado —mientras la familia de Jaiden lloraba su muerte, mientras Kenneth planeaba su última noche fuera como adolescente y mientras Tyler y Brandon jugaban a videojuegos— trabajando en el Cadillac hasta arreglarlo. Al caer la noche estaba listo para salir.

«Ser joven es… como uno de esos juguetes *malencos* que se venden en las calles —dice Alex, el quinceañero protagonista de *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess, en la jerga juvenil de nadsat—. Pequeños *chelovecos* de hojalata con un resorte dentro y una llave para darles cuerda fuera, y les das y grrr grrr grrr ellos *itean* como si caminaran, oh hermanos míos. Pero *itean* en línea recta y tropiezan contra las cosas bang bang, y no pueden evitar hacer lo que hacen. Ser joven es ser como una de esas máquinas *malencas*»[272].

El caso es que del tipo de camino que le hayan preparado a uno dependerá, en gran parte, contra qué tipo de cosa va a bang bang y cuánto daño le hará.

Para los privilegiados, las consecuencias a largo plazo de los instantes temerarios pueden ser mínimas. Cada vez que, en plena campaña electoral, le preguntaban al expresidente George W. Bush por su consumo de cocaína y alcohol cuando era joven, él respondía en tono de broma: «Cuando era joven e irresponsable, era joven e irresponsable»[273]. Es una respuesta irónica y con cierta lógica, aunque Bush no sea precisamente un ejemplo de su lección más importante: no podemos esperar más que cierto grado de madurez en quienes no son completamente maduros.

El Bullingdon Club, un club selecto solo para hombres de la Universidad de Oxford, es famoso por sus ostentosos banquetes, en los que los alumnos privilegiados se emborrachan y a menudo destrozan los restaurantes en los que han cenado, para luego pagar todos los daños. Entre sus antiguos miembros están el primer ministro británico David Cameron, el ministro de Hacienda George Osborne y el alcalde de Londres Boris Johnson, todos miembros del Partido Conservador[274]. «No creo que hubiera una velada que acabase sin destrozar un restaurante y sin pagar todos los destrozos, muchas veces en efectivo —escribe el biógrafo de Boris Johnson, Andrew Gimson, sobre las actividades del club en los años ochenta—. Una noche en el calabozo era algo habitual para un miembro del Bull, igual que bajarle los pantalones a cualquiera que fuera un motivo de irritación para los Bullers»[275].

Dos meses después del día en el que transcurre este libro, la estrella pop Justin Bieber fue detenido a las cuatro de la madrugada por conducir borracho y resistirse al arresto. Iba a 96 kilómetros por hora en una zona de 50, en una carrera de coches contra el rapero Khalil Sharieff, de la discográfica Def Jam, después de un día presuntamente dedicado a fumar marihuana, ingerir antidepresivos y beber cerveza. Posteriormente se rebajaron los cargos a conducción temeraria y resistencia al arresto, después de un acuerdo por el que Bieber aceptó recibir 12 horas de terapia sobre control de la ira, asistir a un programa sobre las consecuencias de conducir borracho para las víctimas y hacer una donación de 50.000 dólares a la organización Our Kids [Nuestros niños]. El juez explicó la suavidad de la sentencia así: «Tenemos a una persona que es joven. Tiene toda su vida por delante, y confiemos en que haya captado el mensaje. Ya madurará»[276].

Fue una decisión acertada. Ahora bien, sin un abogado caro o unos padres poderosos, son pocos los que reciben un trato tan indulgente. Gustin era, en muchos sentidos, un adolescente normal. Fumaba marihuana pero, según Greg, «no era drogadicto»; le gustaba tomar una copa, «pero no era un gran bebedor». «Tampoco era un ángel —dice Greg—. No me entienda mal. Era el típico chico de 18 años. Hacía lo que hacíamos nosotros cuando teníamos 18 años». Pero cuando uno es negro y de clase trabajadora, lo «normal» no basta. Un tropiezo sin importancia, incluso aunque él no sea el culpable, puede traducirse en peligro.

«Tengo nietos que viven en barrios residenciales —dice Daina—. No digo que estén protegidos. Pero controlan sus idas y venidas. En la ciudad faltan recursos, pero el hogar de mis nietos no se parece al de Greg, con un padre que está solo y trabaja de noche». Que le pillen a

uno en un delito, por pequeño que sea —como posesión de marihuana—, puede tener graves consecuencias que le dejen atrapado en la maraña de la justicia penal, con repercusiones para el resto de su vida y la privación, en la práctica, de sus derechos civiles.

«Cuando a una persona la tachan de delincuente —escribe Michelle Alexander en *The New Jim Crow*—, las viejas formas de discriminación, que afectan al empleo, a la vivienda, al derecho al voto, a las oportunidades educativas, al acceso a los cupones de alimentos y a otras prestaciones públicas, y a la prohibición de formar parte de un jurado, de repente se vuelven legales. Un delincuente tiene apenas más derechos, y desde luego menos respeto, que un hombre negro que viviera en Alabama en el apogeo de Jim Crow[277]. En Estados Unidos no hemos acabado con las castas raciales; solo las hemos rediseñado»[278].

La ley es la ley, y quienes consumen cocaína o destrozan propiedades saben que es ilegal. Pero, cuando lo que está en juego es tanto y la balanza está tan desequilibrada, los pobres no pueden permitirse el lujo de aprender de sus errores. Para los jóvenes de clase trabajadora, el gran mito americano de la reinvención personal es esquivo[279]. Para hacerlo realidad, no solo hace falta un buen abogado, sino también los recursos necesarios para desintoxicarse, un nuevo hogar alejado de los enredos del pasado, la posibilidad de un empleo nuevo y la oportunidad de formarse y educarse. Sin esas cosas, una persona tiene más probabilidades de repetir sus errores que de recuperarse de ellos.

«No dejáis de enviarme a la cárcel», dijo Steven Loney, jefe de una banda criminal de Baltimore a sus 24 años, en la vista de su sentencia. Le habían condenado por crimen organizado después de sobornar a los guardias de la prisión en la que cumplía condena para que le dejaran introducir marihuana, tabaco y pastillas. Loney tenía unos antecedentes penales nutridos, que incluían la condena por una agresión en la que se produjo un intercambio de disparos. «La cárcel está empeorándome. ¿No lo ven? No he estado en la calle. Llevo encerrado toda mi vida… Dicen que soy drogadicto desde que tenía 17 años. He estado encerrado desde mis 19, señoría. Desde los 19 hasta ahora, he pasado en casa 120 días. El gobierno nunca me ha ofrecido ningún tratamiento. Nunca ha hecho nada. Se preguntan por qué sigo haciendo cosas. Y usted me envía al mismo problema. Me envió al Centro de Detención de la Ciudad de Baltimore, donde pasa todo eso. Está claro que necesito ayuda. Nadie me da una oportunidad, nadie me ayuda»[280]. Loney fue condenado a nueve años.

Este libro es la historia de unos jóvenes que, en su mayoría, tomaron decisiones equivocadas; algunos murieron, otros mataron. Algunos no hicieron nada más que elegir mal a sus amigos. No hace falta justificar nada de lo que hicieran para comprender que lo que los distingue de otros jóvenes, más afortunados, no es una patología innata, sino un entorno embrutecedor e implacable. Hardy, el amigo de Gustin, continúa estudiando, tiene un empleo de media jornada y vive con discreción. Pero, aunque no vio venir la muerte de Gustin, parece que nunca descartó esa posibilidad durante la mayor parte de su joven vida. «Conozco a algunas personas a las que han disparado», me cuenta cuando me entrevisto con él en su casa, una tarde después del trabajo. «¿A cuántas?», pregunto. Hace una pausa larga y densa. «Toda mi vida. Vaya donde vaya, siempre hay alguien al que han disparado. Conozco a mucha gente a la que han disparado. Mucha gente que ha muerto… He visto cómo disparaban a gente». Hardy insiste en ello con una mezcla de resignación y resentimiento; sabe que eso no está bien, pero también sabe que no puede hacer nada al respecto. Es su vida. Está acostumbrado. Solo cuando alguien le pregunta y tiene que expresarlo, parece el momento en que reconoce el peso que lleva encima en silencio desde hace tanto tiempo.

La tarde del 23 de noviembre, Greg se despertó de la siesta antes de empezar su turno de noche y se encontró en el salón a uno de los amigos de Gustin, uno de esos «chicos de Slocumb Street», «Lord Henry» (no es su verdadero apodo). Gustin ya estaba reculando en el trato que había hecho al volver a casa de su padre, y estaba utilizándola como albergue para compañías indeseables.

Antes de que le diera tiempo a vestirse, Gustin y Lord Henry ya se habían ido. Salvo que esa vez Gustin no necesitó escabullirse y correr a través de los campos de la parte posterior. Tenía el Cadillac que había estado arreglando todo el día. El grupo creció cuando recogieron a una chica y otros dos chicos. Gustin le dijo a su hermano que iba a «pasar el rato con estos tíos por última vez» antes de marcharse a Raleigh. No está claro qué hicieron el resto de la noche. En algún momento fueron al Lighthouse, una tienda de alimentación que también vendía pollo frito, y que era famosa por las violentas peleas que se desataban dentro.

Greg telefoneó a Gustin desde el trabajo alrededor de medianoche. «¿Qué haces, tío?», preguntó, a sabiendas de que Gustin estaba fuera de casa y, con toda probabilidad, metido en algo que no debía. Oía «mucha confusión» de fondo. Intentó ser franco con él. «Creía que te ibas a Raleigh mañana. No te he regalado el coche para que pasees a esos tipos», dijo.

«Ah, papá, no lo entiendes, tío —dijo Gustin—. No pasa nada, tío». Se suponía que esa noche debía recoger a Hardy, después de que otro amigo de ambos, TJ, saliera de trabajar. Iban a grabar una canción. Pero nunca llamó a TJ. Justo después de las ocho de la mañana siguiente, cuando Greg conducía de vuelta a casa, se encontró con coches de policía en todas las esquinas de Ash Street, no lejos de su casa. Pero no le dio importancia. Había intentado hablar con Gustin varias veces más durante la madrugada, solo para comprobar que estaba bien, pero le saltaba siempre el buzón de voz. Tampoco le dio mucha importancia. Fue a casa de la madre de su hijo pequeño para hacer el desayuno. Al llegar más tarde a su casa, en la puerta había una nota que le indicaba que se quedase allí y que llamase a un número de teléfono.

«Pensé: “Vaya, este chico se ha metido en algún lío”». Marcó el número. Poco después, vio que se acercaban dos coches de policía y, en ese momento, supo que habían podido pasar dos cosas. «En ese momento supe, porque no envían dos coches de policía por una tontería, que o Gustin había matado a alguien o que le habían matado a él».

La pista del Cadillac verde encontrado en la esquina de South Audubon y Walnut les había llevado hasta Greg. Le dijeron que creían que habían disparado a su hijo y lo habían llevado al hospital. Desde allí llamó a Daina. Estaba tan desconsolado que a ella le costó entender sus palabras. Y, cuando por fin lo supo, le costó creerlo. «Por fin se calmó lo suficiente para hacerse entender: “Han matado a mi hijo”».

—¿Qué dices? —preguntó ella.

—Estoy con los policías —respondió Greg.

—No, seguramente le prestó el coche a otra persona —dijo ella—. No es Gustin.

—Estoy en el hospital. Han matado a mi hijo —repitió Greg. Estaba gritando y llorando.

—¿Quién está contigo? —preguntó Daina. Cuando Greg dijo que estaba solo, ella se metió en el coche y voló hacia el hospital. Cuando entró, los policías estaban llevándole a identificar el cuerpo. «Entonces le oí gritar al otro lado de la puerta, y ya no pude negar la evidencia. El grito de su padre lo confirmó».

La autopsia (que clasifica erróneamente a Gustin como nativo americano) describe con lenguaje técnico y detallado lo que sucedió cuando la bala penetró en la parte posterior del cráneo. «La

trayectoria de la herida comienza en la parte occipital izquierda del cerebro, y lo recorre por la mitad y hacia arriba, causando graves daños en el cerebro y separándolo en tres grandes trozos: el hemisferio derecho, el hemisferio izquierdo y el cerebelo, divididos en el mesencéfalo».

En resumen, una sola bala hizo añicos el cráneo y partió el cerebro en tres. Un diagrama al final del informe lo deja más claro, mostrando una línea dentada que sube en vertical por el centro del cráneo y luego se abre en abanico horizontal, arriba y abajo, como una I mayúscula.

Cuatro días después de que Greg le regalara el Cadillac a Gustin, el coche no se dirigía a Raleigh, como él había esperado, sino que volvió remolcado a casa. «De haber vivido hasta el lunes, se habría ido de aquí», dice Greg con tristeza. El coche está ahora en su garaje. Desinfló las ruedas y lo dejó ahí; el coche de sus sueños se ha vuelto inseparable de su peor pesadilla. Unos amigos limpiaron el charco de sangre del asiento del copiloto, pero no han podido limpiar el recuerdo. Un año después, en torno al orificio de la bala, que tiene el tamaño de un pulgar adulto y se encuentra en la esquina superior izquierda, aún se perciben las venas que, como una tela de araña hecha de pequeñas grietas, produjo el impacto en el cristal trasero. Greg rodea el vehículo y pasa el dedo por el polvo que lo cubre.

Los familiares y amigos de Gustin se enteraron de lo ocurrido, pero no supieron por qué. Cuando Daina ayudaba a Greg a planear el funeral, intentaron comprender qué había podido provocar el disparo. «Dimos mil vueltas a la cabeza tratando de averiguar qué demonios pudo hacer Gustin para que alguien quisiera quitarle la vida —dice Daina—. Conozco a algunos chicos que están verdaderamente descontrolados y que viven en la calle. De ellos no me sorprendería. Pero en el caso de Gustin, todo el mundo quedó conmocionado, la verdad».

«¿A quién había hecho daño? Pensamos que quizá era algo de chicas. La novia de alguien. O quizá cogió algo, o robó algo, o se enfrentó de palabra con la persona inapropiada. Sabíamos que no es posible que alguien le odiara hasta ese punto».

Entonces, un empleado de Daina fue a verla para contarle algunas cosas de las que se había enterado. Los autores de los disparos no iban a por Gustin. Iban a por el sobrino del empleado, Lord Henry, a quien localizaron esa misma noche, más tarde, en el Wayne Memorial Hospital, donde había ido a que le trataran unas heridas menores en la pierna. «Llevaban toda la semana intentando pegarle unos tiros —dice Greg—. Se juntaba con Gustin pero no le había dicho que había unos tipos que estaban buscándolo. Así que le vieron en el Lighthouse. Ven a Lord Henry que se mete en el coche. Así que siguen el coche. Intentan disparar a Lord Henry, pero fallan. Y dan a Gustin en la nuca y lo matan».

Si Gustin hubiera tenido más veteranía al volante, los atacantes no habrían tenido nada que hacer, asegura Greg, meneando la cabeza al pensar en todas las cosas que podrían haber pasado. «Ese coche tiene un motor Northstar. Le dije a su madre: “Si hubiera sabido conducir verdaderamente este Cadillac, lo único que tenía que hacer era pisar a fondo y quienquiera que estuviera siguiéndole se habría quedado muy atrás en la calle. Y el policía habría visto pasar volando el coche”. Pero no era un conductor experimentado».

Lord Henry era un Blood. El asesino de Gustin, cree la policía, era un Crip. Aunque Goldsboro pudiera ser un lugar pequeño y «atrasado», su reputación de pequeño puesto de avanzada en el sur había atraído a miembros de bandas urbanas de Los Ángeles. En las últimas décadas ha proliferado la actividad de las bandas en las ciudades pequeñas, impulsada más por los medios de masas, las redes sociales y las tensiones locales que por una genuina expansión de las bandas de las grandes ciudades. En lugar de recorrer South Central [una zona de Los Ángeles], los miembros pasean por las avenidas menos imponentes pero igualmente letales de Goldsboro, y

exhiben sus duras identidades urbanas en calles arboladas con nombres como Mulberry, Pineview y Evergeen. Greg insiste en que Gustin no pertenecía a ninguna. «Los chicos con los que se juntaba Gustin eran Blood. Yo le decía: "Tío, ¿por qué vas con ellos? Si ni siquiera estás en una banda. Pero te dedicas a pasar el rato con esos tipos de las bandas". Porque yo sabía que Lord Henry era Blood. Pero Gustin no estaba en la banda. Eso es lo que traté de decirle a la policía. Les dije: "No es ningún pandillero"». La policía no estaba nada convencida. Insistieron en que otros Blood apodaban Jersey a Gustin.

La línea roja, para Greg, está en que empiecen a difamar y distorsionar el recuerdo de Gustin. Es una línea muy fina, pero es evidente que para él es importante. «Es cierto que pasaba tiempo con esos chicos. Pero él no pertenecía a ninguna banda. Quisieron atribuirle un apodo de los de las bandas. Yo les dije: "Pueden ir a su habitación y no encontrarán nada que indique que estaba en una banda". Estaba dispuesto a acudir a los tribunales por eso —dice, y da palmadas para marcar cada una de sus siguientes palabras—. No. Estaba. En Ninguna. Banda».

Hardy no lo vio venir. «No me lo esperaba —dice—. No estaba en líos de esos». Cree que la vulnerabilidad de Gustin no venía porque se identificara con una banda, sino porque se identificaba con personas que estaban en diferentes «pandillas». Hardy le había advertido que, como se sabía que iba al instituto de Eastern Wayne, era preferible que se mantuviera apartado de la gente de Slocumb Street, porque pertenecían a territorios de bandas distintas. «No lo digo porque haya muerto —subraya—. Pero una vez que empiezas a pasar el rato con ellos, es como si jugaras con los dos bandos».

Daina tenía una sensación similar, y quizá por eso pensaba que Gustin no estaba «hecho para la calle». A pesar de ser muy inteligente, no había comprendido cómo funcionaban las lealtades. «Era amigo de los Blood y de los Crip. Era amigo de todo el mundo. En el funeral hubo negros, blancos, hispanos. Y todos lloraban. Y eso no es habitual en un funeral en una ciudad. He estado en muchos funerales de niños que han fallecido en la ciudad, y no se suele ver eso».

Greg insiste en que la policía sabe quién lo hizo, pero que afirman que no pueden hacer nada porque no hay nadie dispuesto a testificar contra él. Se ha oído al autor de los disparos presumir de ello por la ciudad. Y una noche, mientras Greg estaba trabajando en Walmart, el supuesto autor se colocó a su lado y se puso a vender un teléfono móvil a alguien. «La otra persona dijo su nombre —cuenta—. Yo le miré. Pero seguí trabajando. Me crie en la ciudad. Sé cómo mirar a alguien y apartar la vista. Así que le miré, di la vuelta y seguí trabajando».

Greg cree —como creía Willie Brightmon sobre su hijo Samuel en Dallas— que, como Gustin es negro, la policía no está tomándose su muerte en serio. «No he tenido noticias de ellos —dice —. No he sabido nada de la policía desde dos meses después del funeral. Nadie me ha contactado. Nadie ha dicho nada. Solo dicen que lo están investigando. No conseguimos que nadie testifique. Piensan que no es más que otro niño negro. Esto es el sucio sur. Esto es Goldsboro. Como he dicho, esta gente va 20 años por detrás de su tiempo».

De las 10 muertes por arma de fuego que se produjeron en las 24 horas estudiadas en este libro, la de Gustin fue la quinta en la que la policía aún no ha identificado al autor del disparo (en el momento de escribir estas líneas, todavía no se han pedido responsabilidades a los asesinos de Kenneth, Samuel, Tyshon ni Gary). De los demás, dos de los presuntos asesinos —Demontre Rice, que mató a Stanley, y Balam Gonzalez, al que se atribuye la muerte de Pedro— están en prisión. Brandon pasó 10 días en un centro de internamiento juvenil por disparar accidentalmente a Tyler, y su padre, Jerry, estuvo un año en la cárcel por violación de las condiciones de libertad

y por facilitar el delito de un menor. Camilla, que disparó accidentalmente a Edwin, no fue acusada de su muerte. Danny Thornton, que disparó a Jaiden, murió en un tiroteo.

Según un análisis de Scripps Howard News Service, de los más de medio millón de homicidios cometidos entre 1980 y 2008, se identificó al autor el 67 por ciento de las veces cuando la víctima era negra o hispana y el 78 por ciento cuando la víctima era blanca[281]. La discrepancia, dice la policía, se debe a las circunstancias de cada muerte. Cuando el agresor y la víctima no se conocen, el homicidio es mucho más difícil de resolver. Y eso tiene más probabilidades de ocurrir en los asesinatos relacionados con bandas criminales o con drogas, y los afroamericanos e hispanos tienen más probabilidades de morir en circunstancias asociadas a esos factores, dicen.

Es imposible saber si la policía habría resuelto estos tiroteos si, en igualdad de circunstancias, las víctimas hubieran sido blancas. Pero las circunstancias no son iguales. Y, como se conocen y se sienten las miles de desigualdades, las familias de muchas víctimas negras creen que no se ha hecho justicia precisamente porque son negras (hay que destacar que las familias de los chicos que murieron en «tiroteos accidentales», los Dunn y los Rajo, tampoco creen que se haya hecho justicia. Son dos casos con resultados muy diferentes y que afectaron a una familia blanca y otra hispana).

Les parece que sus hijos no son noticia como sí ocurre en otros casos. Y que, por tanto, hay pocas presiones políticas para que la policía intensifique sus investigaciones. Si la vida de su hijo estuvo lejos de aquello que se considera estelar —no fue un estudiante de matrícula, no permaneció en el colegio o de camino a la universidad, no se libró de condenas previas, o no se relacionaba con bandas—, entonces es casi como si el chico se lo hubiera buscado.

En otras palabras, mientras sean jóvenes negros quienes matan a otros jóvenes negros, algunos tienen la impresión de que no le importa a nadie. Esto no es nada nuevo. Durante su estudio etnográfico de Indianola, Mississippi, en los años treinta, la antropóloga Hortense Powdermaker llegó a esta conclusión: «La tibieza de los tribunales con los delitos de negros contra negros es solo uno de los factores que sitúa al negro al margen de la ley»[282].

En muchos barrios de minorías, la situación no ha cambiado verdaderamente. La policía las trata como zonas intrínsecamente anárquicas, y una parte importante de los que viven allí se sienten como si vivieran bajo una ocupación[283].

Como consecuencia, el deseo de que la labor policial sea más eficaz se debilita, porque los afroamericanos tienen poco respeto por las personas que, precisamente, tienen la capacidad de protegerlos mejor. Los datos combinados de 2011 a 2014 muestran que, mientras el 59 por ciento de los estadounidenses blancos tienen mucha o bastante confianza en la policía, entre los afroamericanos la cifra es del 37 por ciento. En cuanto a los que tienen poca o ninguna confianza en la policía, los afroamericanos, con el 25 por ciento, son el doble que los blancos[284]. «Tengo más miedo a la policía que a las bandas —me dijo una abuela en la parte sur de Chicago—. No me gustan las bandas, pero sus miembros tienen que seguir viviendo aquí. Los policías no, y no vienen a servir y proteger. Creen que somos inferiores a ellos».

Esta experiencia de acoso policial —unida a las noticias ampliamente difundidas sobre policías que disparan o matan a hombres negros— inspira en muchos el temor a que, en lugar de encontrar a los delincuentes, se limiten a criminalizar a toda una comunidad. De modo que, mientras un número desproporcionado de asesinatos queda sin resolver, hay un número desproporcionado de jóvenes inocentes que sufren acoso. Y los que son culpables de pequeños delitos tienen más probabilidades de ser capturados y recibir condenas más duras.

«Igual que el matón del patio del colegio —escribe Leovy—, nuestro sistema de justicia penal

acosa a la gente con pretextos sin importancia, pero su cobardía ante los asesinatos queda al descubierto. Hace que cantidades de hombres negros pasen por su maquinaria, pero no los protege de resultar heridos o muertos. Es, al mismo tiempo, represiva e insuficiente»[285].

Daina también está decepcionada por la reacción de la policía, pero también cree que la comunidad negra debe ser consciente de la dimensión y la rotundidad de la crisis que afronta. «Muchos de los hombres con los que trato, que acaban de salir de la cárcel, dicen que no están dispuestos a llamar a la policía —asegura—. Dicen: "No somos chivatos". Lo comprendo. Yo tampoco he querido nunca ser una chivata. Pero hoy es distinto, porque ahora están jugando con armas, y eso es definitivo. Cuando yo era niña, se juntaba una muchedumbre y el que tenía mejores de estos —muestra los puños— ganaba la pelea y todo se terminaba. Hoy estamos yendo a funerales. Y creo que cualquier padre cuyo hijo haya muerto asesinado por otro chico preferiría visitar a ese hijo en la cárcel que en el cementerio». Son unas alternativas terribles, añado.

«Bueno, entonces estaría vivo, en vez de muerto —insiste en tono impasible—. Si está por ahí haciendo esas cosas, es la comunidad la que tiene que llamar a la policía. Que lo encierren. Salvar su vida. Si se le deja que esté por ahí y siga comportándose así, la calle le va a arrebatar la vida. Se lo he dicho a mis nietos, se lo he dicho a los que más quiero, se lo he dicho a mis conocidos en la comunidad: no me importa la maría. Pero si te veo con un arma… No hace falta que estés apuntando a nadie ni disparando a nadie. Si te veo con un arma, voy a denunciarte a la policía. Así de sencillo. Porque esto no tendría que estar pasando. No podemos cambiarlos, pero podemos salvarlos. Debemos estar suficientemente comprometidos para saber que esta es una de esas decisiones difíciles que hay que tomar. Tampoco fue fácil parir».

[266] Un juego similar a Scrabble. [N. de la T.].

[267] Siegel, Daniel J. *Brainstorm: The Power and Purpose of the Teenage Brain.* Nueva York: Jeremy P. Tarcher, 2013, pág. 67. (Ed. española: *Tormenta cerebral: El poder y el propósito del cerebro adolescente*. Barcelona: Alba Editorial, 2014).

[268] Ibíd., pág. 69.

[269] Ibíd., pág. 108.

[270] Natterson-Horowitz, Barbara, y Kathryn Bowers. *Zoobiquity: What Animals Can Teach Us About Health and the Science of Healing*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2012, pág. 285.

[271] Referencia a *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, cuyo protagonista es un esclavo negro complaciente e incapaz de pensar en rebelarse. [N. de la T.].

[272] Burgess, Anthony. *A Clockwork Orange.* Londres: Penguin, 1992, pág. 140. (Ed. española, *La naranja mecánica*, Barcelona: Booket, 2012).

[273] «George W. Bush: Out of His Father's Shadow», *BBC News*, 8 de noviembre de 2000, http://news.bbc.co.uk/2/hi/in_depth/americas/2000/us_elections/profiles/576504.stm

[274] Los tres ocupaban aún sus cargos cuando se escribió el libro. [N. de la T.].

[275] «Cameron Student Photo Is Banned», *BBC News*, 2 de marzo de 2007, http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/politics/6409757.stm

[276] «Justin Bieber Pleads Guilty to Careless Driving in Deal», *BBC News*, 13 de agosto de 2014, http://www.bbc.com/news/world-us-canada-28781437

[277] Jim Crow era un apelativo peyorativo para referirse a los negros en la época posterior a la Guerra de Secesión, cuando, a pesar de haber quedado abolida la esclavitud, se aprobaron una serie de leyes que sentaron las bases de la segregación vigente durante casi 100 años. [N. de la T.].

[278] Alexander, *The New Jim Crow*, pág. 2.

[279] De Tocqueville, Alexis. *Democracy in America.* Nueva York: Harper and Row, 1988, pág. 232. (Ed. española, *La democracia en América*, Alianza, 2017).

[280] Jeffrey Toobin, «This Is My Jail», *New Yorker*, 14 de abril de 2014, http://www.newyorker.com/magazine/2014/04/14/this-is-my-jail

[281] German Lopez, «Police Are Much Less Likely to Solve Homicides when the Victims Are Black», *Vox*, 11 de junio de 2015, http://www.vox.com/2015/6/10/8757163/homicide-race

[282] Leovy, *Ghettoside*, pág. xviii.

[283] Ibíd., pág. xvii.

[284] Frank Newport, «Gallup Review: Black and White Attitudes Toward Police», Gallup, 20 de agosto de 2014, http://www.gallup.com/poll/175088/gallup-review-black-white-attitudes-toward-police.aspx

[285] Leovy, *Ghettoside*, pág. xvii.

EPÍLOGO

A las 11:15 del domingo 24 de noviembre, la policía de Cleveland acudió al número 5500 de Linton Avenue, donde halló a Darnell Jones, de 16 años, con un disparo en el cuello. Los servicios de emergencia lo llevaron al Metro Health Medical Center, donde falleció más tarde. No hubo ningún perfil de quién era o quería ser; ninguna entrevista con sus padres. Aparte de los documentos oficiales, no existe ninguna otra prueba de que habitara este planeta. Y así continúa la historia. Otras 24 horas y otro montón de menores asesinados cuyas historias nadie contará y cuyas muertes no provocarán ninguna indignación.

Investigar para este libro y escribirlo me han dado ganas de gritar. He querido gritarles a Edwin y Dylan que las armas no son juguetes; a Jerry, que o bien se llevara a los chicos o bien se quedara en casa; a Stanley, que dejara de pasar tanto tiempo en la esquina; a Gustin, que tuviera cuidado de con quién se relacionara; y a la madre de Tyshon, que se mudara a otro lugar. He querido gritar a los periodistas y los policías que trataran estas muertes como si sus vidas importaran.

Pero, más que querer gritarle a nadie en particular, lo que me ha hecho es simplemente aullarle a la luna. Un grito largo, triste y penetrante por un país rico que podría y debería hacer más por sus jóvenes y sus niños —por mis hijos—, pero que parece haberse asentado, al menos en lo legislativo, en un umbral de dolor moralmente inaceptable.

Quiero aullar a los cielos porque, mientras siguen muriendo niños como los que aparecen en este libro, la clase política no solo se niega a hacer todo lo que esté en su mano, sino nada en absoluto para minimizar los peligros que amenazan a esos niños que morirán por disparos hoy o mañana.

Como expliqué al principio, este no es un libro sobre el control de armas. Los retos que afrontan los sujetos de estas páginas son más espinosos y complicados. La pobreza y la desigualdad alimentan la desesperación; la segregación es un serio obstáculo para la empatía. Cuanto más rica y más blanca es una persona, menos probabilidades tiene de pensar que estos chicos podrían ser sus hijos. Y eso es cierto desde el punto de vista estadístico, pero el caso es que siguen siendo hijos de alguien y que sus padres lloran como todos los demás.

Factores como la mejora de la educación, más servicios para la juventud, empleos con una remuneración que permita vivir, recursos para la salud mental, terapia para casos de traumas o un sistema de justicia penal justo —es decir, más oportunidades y menos impotencia—, contribuirían a crear un entorno en el que esas muertes sean menos frecuentes.

No es posible legislar sobre el sentido común y la decencia. Ni la pobreza ni el racismo ponen un arma en manos de nadie, ni mucho menos le dicen que la dispare. Pero sí son el punto de partida para las condiciones de marginación, ilegalidad y ambivalencia en las que se puede utilizar un arma y pasar por alto algunas muertes. La gente tiene que asumir su responsabilidad personal por lo que hace y vivir con las consecuencias. Pero las sociedades deben asumir la responsabilidad colectiva de lo que hacen y vivir con las consecuencias también[286].

Como afirmaba en la Introducción, este es un libro sobre lo que sucede cuando no hay control

de armas. Los estadounidenses no son intrínsecamente más violentos que ningún otro pueblo. Lo que hace que su sociedad sea más letal es el fácil acceso a las armas de fuego. Cada país tiene sus problemas, asociados a su propia historia y su propia cultura. Pero en ninguna otra sociedad occidental sería posible este libro.

Defender esta realidad apelando a la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense tiene tanta relevancia como tratar de comprender las raíces del terrorismo moderno —para condenarlo o para aprobarlo— mediante la lectura del Corán. Basar un argumento en textos antiguos equivale a abdicar de nuestra responsabilidad de comprender el presente, puesto que la descargamos en otros que ya están muertos. No solo rechaza la posibilidad de nuevas interpretaciones y soluciones, sino su necesidad.

Ninguno de los familiares con los que hablé sacó a colación la Segunda Enmienda en un sentido u otro. Casi todos pensaban que las armas son demasiado fáciles de conseguir; ninguno creía que se pudiera hacer nada al respecto. En todo el país existen magníficos grupos comunitarios que trabajan, a menudo casi sin dinero, como el de Mario en Charlotte, y que llevan a cabo campañas incansables contra la violencia armada y a favor de unas leyes sensatas sobre armas de fuego. Pero quienes más se centran en proteger a los «bebés» y los «ángeles» frente a gánsteres y delincuentes tienen menos probabilidades de echar raíces en las comunidades donde esos problemas son más graves. Da la impresión de que, de todos los padres que perdieron a sus hijos ese día, Nicole es la única, a juzgar por publicaciones posteriores en Facebook (que incluyen una referencia a un libro infantil paródico con el título *The Gun That Went Around Killing Children All By Itself* [La pistola que se dedicaba a matar niños por su cuenta]), que parece comprometida con cierta labor activista en torno a esta cuestión. Pero incluso a ella le parece que hablar de control de armas en general es demasiado problemático. Además de publicar los retratos de cientos de niños muertos[287] por disparos desde Sandy Hook, entre los que estaba Jaiden, Nicole escribió:

> Jaiden fue uno de los centenares de niños menores de 12 años muertos por arma de fuego en el año inmediatamente posterior a la matanza de Sandy Hook…
>
> Ahora que se aproxima el tercer aniversario de Sandy Hook, habrá informaciones, remembranzas y artículos sobre el control de armas y otras cosas. No quiero entrar en un debate sobre el control de armas, la violencia ni los problemas de salud mental, pero lo que sí me gustaría es pedir a cada uno de vosotros que se detenga un momento a mirar a estos preciosos niños y recordarlos a ellos y a sus familias durante esta época de festividades, además de a todos los que murieron en la escuela elemental de Sandy Hook.

Por lo demás, es como si cada muerte se hubiera producido en un aislamiento impotente y desesperado: una tragedia privada y separada en cada caso. Muchos tenían claro el contexto general de la raza y la pobreza. Pero, cuando yo les hablaba de otras familias que habían perdido a sus hijos ese día, todos parecían auténticamente asombrados de que su pena pudiera superponerse en el tiempo con la de otros. Es como si hubieran perdido a un ser querido en una guerra sin ningún propósito, sin final y sin un enemigo claro; una guerra sobre la que no podían hacer nada; una guerra cuya existencia conocían desde hacía mucho tiempo pero de la que confiaban en mantener a salvo, gracias a la suerte, la sensatez, la disciplina y la prudencia, a sus hijos; una guerra de la que normalmente se habla en abstracto pero que pocas veces se aborda en aspectos concretos. Una guerra que les arrebató a sus hijos pero no les proporcionó aliados ni comunidad que compartiera su pena. Una guerra que sabían que estaba librándose en otros sitios

pero que vivieron a solas, como si solo les ocurriera a ellos, cuando, en realidad, le estaba ocurriendo a Estados Unidos. A diario.

[286] http://www.theguardian.com/commentisfree/2014/may/04/guncontrol-violence-poverty-segregation-nra
[287] http://www.motherjones.com/politics/2013/12/children-killed-guns-afternewtown-portraits

AGRADECIMIENTOS

En un libro que tarda tanto en escribirse y extiende una red tan amplia, hay tanta gente a la que dar las gracias que no puedo reconocer a todos de forma individual. Por suerte, muchos son amigos; sabéis quiénes sois y cuánto agradecí vuestra ayuda. En especial, quiero dar las gracias a los familiares que me abrieron sus corazones, sus álbumes de fotos y sus recuerdos y me contaron sus historias. Sin ellos, este libro no existiría. Cada entrevistado cuyo nombre aparece en el libro me otorgó su tiempo y sus opiniones, dos cosas que agradezco enormemente.

En concreto, quiero dar las gracias a Merope Mills, que me dio la idea de escribir un reportaje sobre este mismo tema en 2007, cuando dirigía la revista de fin de semana de *The Guardian*. El artículo salió bien. Pero, al investigar y escribir entonces, supe que había más elementos que no podían caber en un reportaje para una revista. Sin embargo, para poder trabajar a mayor escala necesitaba un tiempo y un dinero que no tenía.

La oportunidad de hacerlo llegó gracias a mi maravilloso agente, Jonny Geller, que defiende mi trabajo desde hace más de una década, y a Frances Coady. Cuando Jonny le explicó la idea a Frances, entonces responsable en una nueva editorial, Atavist Books, ella la captó de inmediato. Trabajamos juntos más de un año. Frances orientó el libro en su primer borrador y no dejó en ningún momento de animarme. Sabía los nombres de todos los niños y en qué circunstancias habían fallecido, comprendía los temas y contribuyó en gran parte a dar forma al relato. Era tal su dedicación al proyecto que, cuando Atavist Books cerró sus puertas, ella siguió trabajando en él. Se convirtió en agente y pasó a representarme en Estados Unidos. Y, de paso, se convirtió en una buena amiga, una gran aliada y una estrecha colaboradora. Alessandra Bastagli, de Nation (Perseus) Books en Estados Unidos, y Laura Hassan, de Guardian Faber Books en Reino Unido, acompañaron el libro hasta la línea de meta con una mirada sagaz pero indulgente para el detalle, el estilo y la promoción. Ha sido un verdadero placer trabajar con ellas.

En las investigaciones para escribir el libro han colaborado muchas personas, entre ellos Micah Utrecht, Benjamin Hattem, Darren Ankrom y Kat Keene Hogue; muchas gracias a Taya Kitman, del Nation Institute, que ayudó a financiar gran parte de mis indagaciones. Y luego están otros no mencionados a los que me gustaría expresar mi gratitud: Jesse Soodalter, Jessica Blatt, Steve Strunsky, Stephanie Lundy, Jessica Smith, Carrie Messenger, Miriam Garcia, Keeanga Yamahtta Taylor, Melissa Raymond, Wendy Posner y Elliott Fineman. Gracias asimismo a Benedick Raikes, Ingrid Jacobson, Taline Voskeritchian, Andrea Levy, Bill Mayblin, Colin Robinson, Mickey Davis y Julie Fain, que leyeron el texto en diversas fases y lo impulsaron hasta la madurez. También estoy agradecido a Melissa Raymond y Kelley Blewster, que trabajaron teniendo en cuenta mis problemas domésticos para asegurar que fuera posible fijar un calendario de producción sin que fuera demasiado riguroso.

Por último, y por encima de todo, quiero dar las gracias a Tara, por la revisión definitiva, y a Osceola y Zora por aguantar mis frecuentes ausencias. Mientras investigaba y escribía este libro, no hubo un instante en el que no estuviera pensando en vosotras.

BIBLIOGRAFÍA

AGGER, Ben, y Timothy W. Luke, eds. *Gun Violence and Public Life*. Boulder: Paradigm Publishers, 2014.

ALEXANDER, Michelle. *El Color de la Justicia: La Nueva Segregación Racial en Estados Unidos*. Nueva York: The New Press, 2017.

BALDWIN, James. *The Evidence of Things Not Seen*. Nueva York: Owl Books (Tenth Anniversary edn), 1995.

BERGER, John, *Un séptimo hombre*. Madrid: Capitán Swing, 2015.

BLUESTONE, Barry, y HARRISON, Bennett. *The Deindustrialization of America: Plant Closings, Community Abandonment, and the Dismantling of Basic Industry*. Nueva York: Basic Books, 1982.

BOYD, Valerie. *Wrapped in Rainbows: The Life of Zora Neale Hurston*. Nueva York: Scribner, 2003.

BRAMAN, Donald. *Doing Time on the Outside: Incarceration and Family Life in Urban America*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2007.

BROKAW, Tom. *The Greatest Generation*. Nueva York: Random House, 1998.

BURGESS, Anthony. *La naranja mecánica*. Barcelona: Booket, 2012.

COHEN, Stanley. *Estados de Negación: Ensayo sobre atrocidades y sufrimiento*. Buenos Aires: Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 2005.

COLES, Roberta L. *The Best Kept Secret: Single Black Fathers*. Lanham: Rowman and Littlefield, 2010.

COSBY, Bill, y ALVIN F. Poussaint. *Come On, People: On the Path from Victims to Victors*. Nashville: Thomas Nelson, 2007.

DE TOCQUEVILLE, Alexis. *La democracia en América*. Madrid: Alianza, 2017.

DYSON, Michael E. *Is Bill Cosby Right? Or Has the Black Middle Class Lost Its Mind?* Nueva York: Basic Civitas Books, 2005.

FELDMAN, Richard. *Ricochet: Confessions of a Gun Lobbyist*. Hoboken: John Wiley and Sons, 2008.

GENT, Peter. *North Dallas After Forty*. Nueva York: Villard Books, 1989.

GRAFF, Harvey J. *The Dallas Myth: The Making and Unmaking of an American City*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2008.

HARRINGTON, Michael. *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1963.

IVINS, Molly. *Molly Ivins Can't Say That, Can She?* Nueva York: Random House, 1991.

KELLNER, Douglas. *Guys and Guns Amok: Domestic Terrorism and School Shootings from the Oklahoma City Bombing to the Virginia Tech Massacre*. Boulder: Paradigm Publishers, 2008.

KLEIN, Malcolm. *The American Street Gang: Its Nature, Prevalence, and Control*. Oxford: Oxford University Press, 1997.

KLEIN, Malcolm, y MAXSON, Cheryl L. *Street Gang Patterns and Policies*. Nueva York: Oxford

University Press, 2010.
KOPKIND, Andrew. *The Thirty Years' Wars: Dispatches and Diversions of a Radical Journalist, 1965-1994*. Nueva York: Verso, 1995.
KYLE, Chris, y DOYLE, William. *American Gun: A History of the U.S. in Ten Firearms*. Nueva York: HarperCollins, 2013.
LEMANN, Nicholas. *La tierra prometida: Cómo la gran migración negra cambió a Estados Unidos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1994.
LEOVY, Jill. *Muerte en el Gueto: Una epidemia de homicidios en Estados Unidos*. Madrid: Capitán Swing, 2016.
LEPORE, Jill. *The Whites of Their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History*. Princeton: Princeton University Press, 2010.
LEVITT, Steven D., y DUBNER, Stephen J. *Freakonomics: Un economista políticamente incorrecto explora el lado oculto de lo que nos afecta*. Barcelona: B de Bolsillo, 2007.
LINDQVIST, Sven. *Exterminad a todos los salvajes*. Ciudad de México: Turner Libros, 2004.
LIPPMANN, Walter. *La opinion pública*. Nueva York: Harcourt, Brace and Company, 1922.
MASSEY, Douglas S., y Denton, NANCY A. *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*. Cambridge: Harvard University Press, 1993.
MOELLER, Susan D. *Compassion Fatigue*. Nueva York: Routledge, 1999.
MUMFORD, Kevin. *Newark: A History of Race, Rights, and Riots in America*. Nueva York: New York University Press, 2007.
NATTERSON-HOROWITZ, Barbara, y BOWERS, Kathryn. *Zoobiquity: What Animals Can Teach Us About Health and the Science of Healing*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2012.
OBAMA, Barack. *Los sueños de mi padre: Una historia de raza y herencia*. Barcelona: Debate, 2017.
PROTHROW-STITH, Deborah, con WEISSMAN, Michaele. *Deadly Consequences: How Violence Is Destroying Our Teenage Population and a Plan to Begin Solving the Problem*. Nueva York: HarperPerennial, 1993.
SCHIFF, Harriet Sarnoff. *The Bereaved Parent*. Nueva York: Penguin Books, 1978.
SIEGEL, Daniel J. *Tormenta cerebral: El poder y el propósito* del cerebro adolescente. Barcelona: Alba Editorial, 2014.
STEVENS, John Paul. *Six Amendments: How and Why We Should Change the Constitution*. Nueva York: Little, Brown, 2014.
STIGLITZ, Joseph E. *El precio de la desigualdad*. Barcelona: Debolsillo, 2014.
SUGRUE, Thomas J. *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit*. Princeton: Princeton University Press, 2014.
TUTTLE, Brad R., *How Newark Became Newark: The Rise, Fall, and Rebirth of an American City*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2011.
VENKATESH, Sudhir A. *Gang Leader for a Day: A Rogue Sociologist Takes to the Streets*. Nueva York: Penguin Books, 2008.
WALDMAN, Michael. *The Second Amendment: A Biography*. Nueva York: Simon and Schuster, 2014.
WARD, Jesmyn. *Men We Reaped: A Memoir*. Nueva York: Bloomsbury, 2013.
WEICH, Ronald H., y Carlos T. Angulo. *Justice on Trial: Racial Disparities in the American Criminal Justice System*. Collingdale: Diane Publishing Company, 2000.
WILKERSON, Isabel. *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*.

Nueva York: Vintage Books, 2010.
WILLNAT, Lars, y WEAVER, David H. *The American Journalist in the Digital Age*. Bloomington: School of Journalism, Indiana University, 2014.
WILSON, William Julius. *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*. Nueva York: Vintage Books, 1997.
WRIGHT, Lawrence. *In the New World: Growing Up with America, from the Sixties to the Eighties*. Nueva York: Vintage Books, 1989.